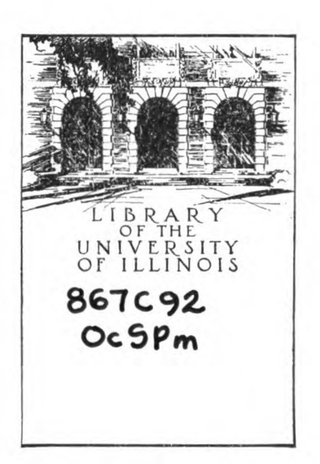


COLECCION UNIVERSAL

Anónimo catalán del siglo XV

CURIAL Y GUELFA

TOMO I

MCMXX

Papel especialmente fabricado por La Papelera Española.

COLECCION UNIVERSAL

ANONIMO CATALAN DEL SIGLO XV

Curial y Guelfa

TOMO I

LIBROS I Y II

La traducción del catalán ha sido hecha por Rafael Marquina.



MADRID-BARCELONA
MCMXX

"Tipográfica Renovación" (C. A.), Larra, 8.—MADRID.

Esta novela, catalana y universal a un mismo tiempo, retórica y naturalista, ingenua y trascendental, es, como ha hecho observar el erudito e ilustre bibliógrafo Sr. Rubió y Lluch, maestro y amigo a quien se debe la vulgarización del manuscrito existente en la Biblioteca Nacional, "una obra de transición, llena por una parte del espíritu de la Edad Media, y por otra, del Renacimiento, una singular mezcla de lo gótico y lo clásico, que recuerda la de la arquitectura plateresca".

Ya ello parece explicar sobradamente el interés especialísimo de su publicación y de su lectura. Añádase su edad, pareja a la de Tirant lo Blanch; *la característica acentuada con que a través de sus páginas se define el ambiente, lleno de realidades heroicas y de preocupaciones filosóficas, de su tiempo; la gracia del estilo, el fuerte sabor de catalanidad que impone su sello hasta en el encendido patriotismo con que el autor—seguramente catalán, aunque desconocido—ensalza y magnifica la figura del rey Pedro el Grande; el interés casi histórico de algunos pasajes y de algunos nombres, y se comprenderán las razones que han movido a la publicación de la versión castellana de esta obra, que, con ser parecida a todas las de su género, se aparta de todas y es única en él.*

Y antes de que el lector entre a gustar del interés de Curial y Guelfa, *y de las bellezas que en el trasiego de la lengua catalana medieval al castellano vulgar haya tenido la fortuna de conservar el traductor, éste se cree en el caso de hacer respecto a su labor unas ligeras indicaciones.*

No tiene esta traducción pretensión de erudita, sino deseos de vulgarizadora. Atendiendo a ello, se ha vestido el traje de cada día, sin apelar a la ostentación y pompa del castellano viejo. Solo en algunos giros demasiado característicos, y en la línea general del estilo—curva graciosa—, se ha procurado conservar la equivalencia exacta.

En la traducción de algunos nombres imaginarios se ha atendido más a la semejanza que a la significación.

Finalmente, los títulos e indicaciones que separan los principales y más señalados hechos que registra la crónica de los amores de Curial y Guelfa son de iniciativa y responsabilidad del traductor, y obedecen, ¡ojalá pueda decirse que con acierto!, al buen deseo de hacer más reposada la lectura y más provechosa y fácil la repetición en aquellos pasajes que mayor placer hayan procurado al lector curioso.

Y con ello no va más, sino pedir licencia y suplicar benévola gracia propicia.

R. M.



PROEMIO

¡Qué grande es el peligro, cuántas son las solicitudes y congojas de aquellos que se debaten en amor! Porque, supuesto que algunos favorecidos por la fortuna sean llegados al puerto por ellos deseado, tantos, empero, son los que razonablemente se duelen, que apenas puedo creer que entre mil desventurados se halle uno que haya conducido su causa a glorioso fin. Y si con recto juicio es considerado este caso, imagino que serán muchos aquellos que esta ventura desearían para sus amores; pero sabiendo la certitud de las penas de que está llena aquella amarga dulzura, y no teniendo certitud de si será próspero o adverso su término, deberían guardarse mucho de meterse en este animoso pero doloroso camino. Y por ello quiero recitaros cuánto cuesta a un gentil caballero y a una noble dama amarse mutuamente, y cómo con grandísimo trabajo seguido de muchos infortunios, después de mucho tiempo, consiguieron el galardón a sus sendos esfuerzos.

CURIAL Y GUELFA

LIBRO PRIMERO

Primera fortuna de Curial.

Vivió ya hace mucho tiempo, según yo he leído, en Cataluña un gentilhombre, mejor dotado en juicio y simpatía de las gentes que de aquellos bienes corrientes que a los hombres la fortuna depara, ya que era tan sólo señor de una casa baja. Y teniendo una bellísima mujer por esposa, nombrada Honorada, desentendidos del tráfago mundano, honesta y pobremente vivían. A toda hora se esforzaban en conseguir la gracia del Redentor piadoso, de lo cual, más que de ninguna otra cosa, tenían continua diligencia. Aunque en su juventud no habían tenido hijos, Dios nuestro Señor quiso consolarlos en su vejez, y les dió un hijo, al cual llamaron Curial, y fué ya en su primera ternísima edad más bella criatura que ninguna otra; y con él vivieron los padres tanto más contentos cuanto mucho lo habían deseado. El tal mozo, pocos años después de su nacimiento, mu-

riendo su padre, quedó huérfano de él. La santa mujer, que por el mucho amor que a su hijo tenía no le dejaba apartar de sí, junto a ella le retenía, deseando que de aquella pobreza que de su padre le era provenida se diese por contento. Empero, noble corazón, como en pobres hombres se aposenta, aposentóse en éste, y ya desde la terneza de su infancia le hizo aborrecer aquella vida; con que viendo que su madre no podía darle otra, pobremente y a pie le huyó y fuése a casa del marqués de Monferrato, que en aquel tiempo era joven mayorazgo, que por reciente muerte de su padre había entrado en regimiento y señoría de su tierra, y tenía una hermana, doncella de poca edad, llamada Guelfa. Entrado, pues, Curial en casa del marqués, que a la sazón demoraba en un castillo llamado Puente de Stura—Puentestura—, se adelantó hacia los caballeros y nobles personajes, mirándolos absorto por si uno de ellos le hablaría; por lo que el marqués, saliendo de la misa, como se hallare ante el mozo, díjole:

—¿De quién eres?

El zagal responde:

—¡Vuestro soy, señor!

El marqués se detiene y mírale, y en verle en tan tierna edad formado, y no menos viéndole los ojos muy resplandecientes y tanta belleza en su cara, que más naturaleza no podía otorgar, respondióle al punto:

—Pláceme que mío seas.

Y volviéndose a los suyos, dijo:



—Por mi fe, jamás vi hasta hoy tan gentil criatura ni que tanto me pluguiese—y replicó—: tú serás mío, pues que a mí te has dado, y lo serías aunque te hubieras dado a otro.

Y habiéndole preguntado su nombre, le declaró que Curial le llamaban. Con lo que mandó que le vistiesen prestamente y acicalasen, y en su misma habitación, al servicio de su persona, por camarero le retuvo. Creció Curial en días, en juicio y en belleza personal con tanta singularidad que vino a ser común proverbio de la corte; al querer nombrar alguna extraordinaria belleza corporal, referíanse a la de Curial. Y así como Dios nuestro Señor le había dado corporal belleza, dióle también gracia de cuantos ojos le veían. Y así no le veía persona que de él no se enamorase.

En aquel tiempo, el señor de Milán, que era joven y gentil caballero, tenía una muy bella hermana, llamada Andrea, y el cual, habida noticia de la belleza de Guelfa, que sin comparación ninguna posible traspasaba en aquel tiempo la belleza de todas las doncellas de Italia, no obstante ser moza que apenas el treceño año alcanzaba, enamoróse de ella e hizo tratos que si al marqués de Monferrato fuese aceptable, de buen ánimo le daría Andrea por mujer, caso de que a Guelfa darle quisiere. Ello tuvo cumplimiento, después de largo tratado. Merced a ello, el señor de Milán, entregando a Andrea, recibió a Guelfa con gran placer, y parecióle más bella de lo que le

habían dicho. Así enamoróse de ella, y en su amor encendióse que otra cosa no veía ni oía, y sólo hallaba reposo cuando con Guelfa estaba. Era esta Guelfa muy sabia, suave y templada en sus movimientos. Amaba sobremanera a su marido, y de él enseñoreóse a punto de que no hacía ni ordenaba cosa alguna de que ella no tuviese conocimiento, y Guelfa con tanta discreción se comportaba, que era muy amada del marido.

No bien cumplido el segundo año de su casamiento, sobrepuso al marido una gran fiebre, que de tal modo le fué combatiendo que todos los médicos pronosticaron la muerte, por lo que hizo testamento, el cual ordenó a presencia de todos sus varones, y quiso que Guelfa, maridada o viuda, fuese señora de Milán, y terminados sus días pasase a dominio de quien o quienes ella dispusiese, y así él hízolo jurar a sus vasallos, y traspasó esta vida. De ello sintió Guelfa inestimable dolor. Dando, empero, las lágrimas lugar a la largura del tiempo, empezó a dolerse menos. Por lo que su hermano el marqués, viéndola joven, tierna, rica y codiciada por muchos, temiendo algún contratiempo, empezó a solicitarla por cartas que le pluguiese venir a Monferrato. Guelfa, que obediente era y amaba a su hermano más que a su propia felicidad, púsose al punto en camino y marchó a Monferrato, a una ciudad nombrada Alba, donde su hermano vivía. El recibióla con grande honor, asignándole para su estancia una y más bella parte de su palacio. A menudo la ha-

cía comer con él o él y Andrea con ella comían, y así estuvieron algunos años fraternalmente comunicados.

Aunque Curial, sirviendo al marqués, era por él muy estimado, tanto se había enamorado éste de Andrea su mujer, que ya de nadie cuidaba, antes olvidaba toda otra cosa. Por lo que dicho mozo, que notable entrada había tenido en casa de su señor, había sido puesto en olvido por el señor enmujeriado, y no andaba así de favorecido, engalanado y apuesto como antes de que Andrea hiciera entrada en la casa. Con ello, viéndose abatido y en disfavor, no alternaba como solía; más bien se apartaba, de lo que algunos envidiosos, de que están llenas todas las casas de los grandes señores, hubieron gran placer. Pero el mozo, como quien no carece de juicio, durante el tiempo del disfavor, por no perder el tiempo, aprendió gramática, lógica, retórica y filosofía, y fué verdadero hombre en estas ciencias, y asimismo gran poeta, tanto que, en algunas comarcas, sabida su ciencia, devino muy famoso y era tenido en gran estima.

Guelfa, la cual era joven y fresca, y a la cual nada faltaba sino marido, hallándose muy bella y muy loada, rica, favorecida y ociosa, requerida y por muchos solicitada, viendo que su padre no cuidaba de darle marido ni parecía en ella honesto pedirlo, no pudiendo resistir los naturales apetitos de la carne que en continuas puniciones incesantemente la combatían, pensó que si por

ventura amase en secreto a algún valeroso joven, sin que nadie lo advirtiera, no sería deshonestidad; a otras más de mil había acontecido, y aun supuesto que algunos, por vía de indicios, queriendo adivinar lo que no saben, lo advirtieran, no osarían hablar de tan gran señora como ella. Así dió licencia a los ojos de que mirasen bien a todos quienes en casa de su padre estaban. Y no curándose de limpieza de sangre, ni de cantidad de riqueza, entre los demás, mucho le plugo Curial, porque, viéndole muy gentil de la persona y harto gentil de corazón y para su edad muy sabio, dió en pensar que sería valiente caballero si tuviese con qué demostrarlo. Por lo que pensó en favorecerle, y desde entonces empezó a acercársele y llamábale a menudo y hablaba con él con bien dispuesto ánimo.

Tenía esta noble dama un procurador que tenía, recibía y administraba por ella todas las rentas de Milán, hombre muy entendido, callado y valeroso, Melchor de Pando llamado, ya de edad de cincuenta años. Estimaba mucho Guelfa a este Melchor y fiábale no sólo todas las riquezas, sino también todos sus secretos. Por lo que un día, hablando Guelfa con el dicho Melchor de todos los de casa del marqués, vínoles a la memoria Curial, a quien Melchor elogió mucho y dolióse de la pobreza del joven y el poco discernimiento del marqués. Porque era su juicio que si aquel mozo hubiese algunos pocos bienes, sin duda alguna llegaría muy valeroso a ser; de lo

que Guelfa, mostrándose movida a compasión, tomó a su cargo ayudarlo y a despecho de la pobreza hacerle hombre. Y en seguida ordenó a Melchor que le condujese a su casa, y que sin descubrirle de dónde provenía, le pusiese en conveniente estado y le diese dinero, tanto como el dicho Curial quisiera y supiese dispendiar. El dicho Melchor, que no tenía hijo ni hija y amaba al dicho Curial poco menos que Guelfa, le tomó de la mano, y conduciéndole a su casa, en la siguiente forma le habló:

—Curial, yo tuve amistad con tu padre, que fué gentilhombre, de buena pro y gran amigo mío. He visto la entrada que hiciste en casa del marqués, a la cual el tiempo no ha dado continuación según había dado principio, ni parece que a ello se disponga, porque el marqués no sólo tiene olvido de ti, sino de sí mismo y de todos los de su casa. Y yo, viendo que ni hijo ni hija tengo, ni parientes que me ayuden a dispendiar lo que Dios me ha dado, he deliberado, si es posible, que mis riquezas en vida mía, y viéndolo yo, aprovechen a alguien, por lo que he dispuesto comunicarte desde luego alguna parte de mis bienes, y si veo que en ti los obsequios no se pierden, de mucho mayor bien al cabo de mis días te haré señor.

No dejando contestar a Curial, tomándole de la mano, le condujo a una habitación, y abriendo una gran caja llena del tesoro de Guelfa, le dijo:

—Hijo mío, he aquí una parte de mis bienes;

toma de ellos a tu placer tanto como creas que te será menester para ponerte en buen estado, y no pienses que porque ahora no puedes llevarte tanto como quisieras, que en ningún modo por ello esta caja te vedará proveerte otra vez; antes por el contrario, presta estará siempre a tu ordenación, y no tomarás hoy tantos que no estén mañana repuestos, en forma que no se acabarán. No obstante, hijo mío, sé discreto y piensa que los estados quieren graduación y ascender poco a poco, por escala.

El joven, sobremedida turbado de esta gran novedad, no tenía ardimento ni para dar un paso ni era osado a coger dinero. Empero, el prohombre tomó de aquellas monedas, y dándole tantas como llevar pudo, diciéndole adiós, despidióle.

Curial, turbado, que apenas hallaba la puerta por donde volver a su posada, tornóse y empezó a poner en obra lo que el prohombre le había ordenado. Vistióse ricamente, hízose con alguna cabalgadura y tomó algún servidor en su casa. Y no obstante ser hombre bien acostumbrado, en punto que vióse así de estado creció también en virtud, y si bien era buena y dejaba aparte la otra manera que tener solía, tornóse muy prudente y apto, pues en seguida fué muy bello cantador y después diestro en tocar instrumentos, de que fué muy famoso, y en cabalgar, trovar, danzar y en todas las demás aptitudes que a noble joven valeroso convenían. Y como fuese muy bello en la prestancia y se mostrase muy engalanado,

fué tan gentil, que en casi toda la corte del marqués de otro no se hacía mención, de lo que el marqués hubo gratísimo placer, y pensó que Melchor de Pando le había adoptado como hijo dándole todo lo que el joven dispendiaba. Guelfa, viendo crecer en virtud y en belleza a su Curial más de día en día se le acercaba y le confortaba a mejorar y a crecer, contándole con diversas novelas cómo por distintos accidentes muchas veces los hombres llegan del pobre estado a la grandeza, y a ello los conduce el vivir virtuosamente, cosa que está en manos de cada uno, mayormente de aquel a quien Dios dió gracia, que la pobreza no podrá sojuzgarle nunca. Melchor, por mandato de Guelfa, comunicaba todos los días con Curial, confortándole a bien obrar, dándole diariamente dinero con gran largueza; y tanto sobresalió, que todos los demás, rebajadas sus vidas, no tenían predicamento. Mientras estas cosas así acontecían, dos caballeros ancianos que Guelfa tenía en su compañía, viendo a menudo a Curial hablar con Guelfa y viéndole crecer en estado y manera, pensando que esto se debiese a Guelfa, impelidos por la envidia, hablaron entre ellos, diciéndose:

—Ciertamente, esta señora mucho ha cambiado en manera de vivir de un tiempo a esta parte. Porque ésta era una de las más honestas mujeres del mundo, y ahora mudóse toda, y ya no le place consejo ni le place nuestra compañía; por el contrario, malgasta y da sus bienes a ese ta-

caño Curial, que le hará perder no solamente el honor, sino también la fama. Si en sus principios esto no se socorre, esta dolencia tomará gran crecida, y nosotros, que nada sabemos, podríamos acarrear punición, de la que seríamos dignos si al marqués no prevenimos.

Guelfa declara su amor.

Y aunque sobre esto mucho insistieron, concluyeron finalmente que antes de hablar al marqués vigilarían atentamente por si podían ver indicios de alguna deshonestidad, de la que en seguida darían conocimiento al marqués. El cual marqués aficionábase mucho a Curial y le comunicaba todos sus consejos y placeres. Y viendo que su hermana recibía placer de su conversación y compañía, se lo enviaba a menudo, de lo cual recibía ella consolación soberana. Cuanto más con él comunicaba, más en su amor se enardecía y encendía, y vivía muy congojosa porque él no lo adivinaba. Así díjole ella a Melchor que temía que aquel joven fuese cobarde. Y todo esto duró largo tiempo, porque Curial, que ni sospechaba ni sabía que Guelfa le daba todo lo que él dispendiaba, tenía el entendimiento alejado del de Guelfa, aunque la solazase con halagos, palabras y burlas. Pero nunca le daba a entender que la amase ni mostraba señal que entendiese que ella le amaba, de lo que la enamorada mujer se acarreaba insufrible pena.



Pensó un día que sólo la vergüenza le negaba los placeres, y que, pues otro impedimento no existía, ella cuidaría de vencerlo y llegar a buen fin de su deseo. Estando esto imaginando y la manera y modo como se desligaría de tan cruel y desaguisada vergüenza, el marqués envióle a Curial rogándole que fuese a comer con él. Ya sin más deliberación alzóse, y haciendo pasar delante a todos los demás, ella y Curial, que del brazo la tenía, quedaron los últimos, y viendo oportunidad, del siguiente modo le habló:

—¡Ay, cativa de mí! ¡Cómo he malogrado mi amor en ti! Mucho tiempo hace, mezquina, te quiero y te he dado todo lo que de Melchor has recibido, y en mi pensamiento te he hecho señor de mí misma y de mis bienes, y tú, más cruel que Herodes, así como ingrato, desprecias los dones que amor, más piadoso que tú, te ofrece. ¡Ah, carne de leprosía! ¡Nunca sentirás las palabras acuciantes que a tu presencia he tenido que arrancar de mi boca! ¡Ah! ¡Vergüenza, ven, ven a mí, y huye de este insensato que parece que jamás haya tratado personas!

Y dichas estas palabras, apenas podía retener las lágrimas. Con esto llegaron juntos a la cámara del marqués, que la recibió muy alegremente, y pusiéronse a la mesa y comenzaron a comer. Pero ella, pensando en lo que había dicho, y más todavía en cómo había sido entendida, apenas probaba bocado, y decía que entonces se levantaba del lecho y aun no le era venido el ape-

tito. Por otra parte, Curial empezó a pensar en las palabras que había oído, y el saber que Guelfa le había dado y le daba todo aquello de que hubo necesidad, le puso en gran reflexión. Deseoso de contestar, le pareció que aquella comida duraba un año. No obstante estar de ella apartado, miraba a la señora cuando los servidores o los comensales que delante estaban se apartaban un poco, y maldecía a todos los que entre ella y él se interponían. Y cuando éstos, por apartar la cabeza o en otra manera hacían ventana, al punto los ojos de los enamorados se juntaban en ella, y cuando se cerraba, todo placer les huía. Así se comportaron los dos en aquella comida, que ni ella comió ni él pudo sosegarse. En el pecho gentil en que impresión alguna de amoroso placer no había aún entrado, súbitamente encendióse una llama arrebatada, que ya hasta que la muerte le ocupó no pudo apagarse. Terminó la comida y se alzaron las mesas, de que ambas partes hubieron contentamiento. Y después de pasado un rato despidióse la mujer de su padre, y a su cámara, acompañada de mucha gente notable, congojosa regresó. Y dijo a Melchor:

—Decid a Curial que os conteste a las palabras que hoy le he dicho.

Y volviéndose a Curial, le dijo:

—Hablarás a Melchor como conmigo harías.

Por lo que fué Curial a casa de Melchor, y palabra por palabra todo lo que le había dicho Guelfa descubrióle. Añadió a esto que ya hacía

tiempo que él pensaba lo que había sucedido, y esperaba oportunidad para darle certeza de su pasión, y pues que Nuestro Señor a este punto los había conducido, el mandar a ella correspondía. Y que le suplicaba que se sirviese abreviar, a fin de que discreta orden pudieran dar a este hecho; porque mientras él imaginaba no estar ella dispuesta a complacerle, comportaba en cierta manera la pena; pero ahora que entre los dos las palabras habían esclarecido el hecho, le sería más dura cosa soportarla. El prohombre, que ya desde días tenía por sabido que aquella entrada a esta salida tenía que conducir, amonestó al joven rogándole mucho que fuese secreto y cauteloso, y que en esto más juicio había de menester que en toda otra cosa, por tal que todos mirábanse en aquel espejo. Y que ya era muy envidiado, y desde aquel punto mucho más lo sería. Melchor, de vuelta a Guelfa, díjole que Curial no era nacido más que para servirla y que ella ordenase, que él otra cosa no haría sino obedecerla. Respondió la mujer:

—Melchor, yo heme metido en la cabeza hacerle hombre, porque creo que lo merece. Y he pensado que hay muchos hombres que todas las riquezas del mundo no les harían buenos, y sólo Amor es bastante para levantarlos en un día. Ciertamente, mi intención es hacerle hombre, empero no entiendo darle el amor mío, sino trabajar en hacerle bastador de sí mismo y valeroso, dándole a entender que le amo. Para ello esta

noche conducidle aquí, que en vuestra presencia quiero hablarle, poniéndole en vía de ser bueno.

Llegada, pues, la noche, Melchor fué por Curial; a la cámara de la señora fueron, y llegado que hubieron a presencia de Guelfa, ella comenzó a hablar y dijo:

—Curial, he resuelto comunicar a ti todos mis tesoros, y sin decirte nada he dado principio a tu honor. Es verdad que te amo, y así como te he otorgado los bienes, te daré otras cosas cuando entienda que las has merecido; por lo que te ruego quieras trabajar en buscar vía por la que puedas acrecentar tu honor. Empero esta ley quiero que observes: de mi amor no me pedirás más de aquello que yo te concediere. Y de otra parte, te aviso, y recuérdalo bien, que si tú en algún momento por servidor mío te publicas, me perderás para siempre y te privaré del bien que de mí esperas tener. De aquí en adelante no alegues ignorancia.

Y cogiéndole por las mejillas le besó, ordenándole que a su casa se volviese. Alegre sobremanera, tornó Curial a su casa, y aquella noche no pudo dormir; tan ocupado estaba de inestimable placer. Pero llegada la mañana, fué a oír la misa, y después con el marqués en placeres, burlas y solaces pasó las horas matinales. Y cuando esto estuvo fué a ver a Guelfa, la cual más le deseaba que a la propia salud, y después de haber estado con ella durante un rato, a su casa se volvió. Los envidiosos, turbados, no sabían qué hacerse,

ni podían ver cosa que de reprender fuese, sino la frecuentación de ir y venir y aparentemente el acrecimiento del estado de Curial que de ella creían emanado.

El beso de Curial y la envidia de los ancianos.

Mientras estas cosas por esta vía iban, aconteció un día que Guelfa, yendo a comer con el marqués, su padre, habiéndose adelantado todos los hombres de su compañía, sólo retenido a un lado Curial, que del brazo la llevaba, ella, moviendo la cabeza, el dicho Curial acercóse, y a su juicio, llegada la hora en que nadie los viese dióle un beso, y en aquel punto, para su desventura, los dos ancianos volvieron los ojos hacia aquella parte; solamente vieron lo apartado de las cabezas a quienes amor, sin avisarse de lo que hacía, dulcemente había a aquel beso compelido. Y no hablando, pero murmurando, fueron a la estancia del marqués. Mas apenas llegaron se salieron, y pensando que tenían suficiente ocasión de poner en obra lo que tanto habían deseado, determinaron denunciarlo al marqués. Y tenido así un breve consejo, a comer se fueron, y no tardaron mucho en ello; allí permanecieron hasta que fueron alzadas las mesas, y Guelfa, en compañía de muchos, regresó a su estancia. En seguida los ancianos llamaron al marqués a un lado, y uno de ellos, de nombre Ansaldo, que era



buen conversador y gran orador, obtenida licencia del otro, así habló y dijo:

—Señor, antes que mi lengua nada diga te ruego y suplico quieras oírme con oído pacífico, y que las cosas que te diré, aunque graves, no te muevan a hacer algo, hasta que deliberadamente y guardando tu honor, que debe serte muy caro, puedas resolver. Nosotros, para nuestra desventura, y pluguiese el cielo que jamás se hubiese hecho, estamos al servicio de Guelfa, tu hermana, que durante algún tiempo, mientras pluguiéronle consejos, ha vivido con harta honestidad y a honor tuyo, tanto que éramos nosotros alegres, pensando darte buena cuenta de su honra. Y creemos que si a tu casa no hubiese venido, su vida de bien a mejor hubiera crecido. Tú creo que, queriendo bien obrar, la hiciste venir, a la cual cosa fué nuestro consejo favorable, teniendo por seguro que la sucesión de sus principios recibiese con ello mejoramiento. Y, ciertamente, así hubiera sido si un demonio, que Dios pluguiese estuviera por nacer, a ello no se hubiera contrapuesto. Verdaderamente, con fuerte violencia hemos soportado la deshonesta y continua frecuentación de Curial y Guelfa, teniendo por seguro que veríamos lo que hemos visto, y muchas veces hemos estado dispuestos a decírtelo; pero, pensando que a ti placía, hemos hasta hoy callado. De los bienes de ella, que hoy Curial pródigamente consume y gasta, no nos hemos desasosegado mayormente, pensando que tu magnificencia supliríalos. Pero lo

que hoy hemos visto, y pronosticando razonablemente que más debe de haber, nos ha del todo turbado. Y si no que tememos que por nuestro silencio y creciendo el mal crecería nuestro delito, no abriríamos la boca para hablar. Y ello es que hoy, llegándose Guelfa a comer contigo, hizo adelantarse a todos los hombres que la acompañaban, aun a nosotros que del brazo solíamos llevarla, quedando solos ella y Curial, volviendo a ellos vemos que la besa, de lo que hubimos intolerable dolor, pensando que hayamos venido en nuestra vejez a parar en alcahuetes, y no le plegue a Dios que a nosotros, que en nuestra juventud cuidamos haber vivido bien, venga ahora uno, no sabemos quién, a hurtarnos la gloria de nuestro honor y fama. Y así te rogamos, amonestamos y requerimos que evites la ocasión apartando a Curial, de la manera que creas sea conveniente, de la casa de esta mujer, o nos des a nosotros por excusados, porque, verdaderamente, quedando el hecho en estos términos no entendemos seguir.

El marqués, que era discreto y muy buen caballero, dando fe a las palabras de Ansaldo, estremecióse todo, y cercano estuvo a obrar cuitadamente, sin más deliberación que la de hacer alguna novedad a los dos amantes. Empero el otro anciano, de nombre Ambrosio, le retuvo diciéndole:

—Señor, no quieras turbarte de lo que éste te ha dicho, mas recuerda que eres joven, y que al-



gunas veces, aunque discreto, como joven te comportaste. Y si aquellos jóvenes sometidos a fuerzas de amor, locura han cometido, o hacer lo que no deben hacen, con tal acto no realizan cosa nueva, que otros más discretos y sabios que ellos hiciéronlo antes. Con que repósate y atempera tus movimientos y piensa bien en ello. No te olvides ni pases la cosa sin retribución; pero con estudio y mesura te ruego quieras hacerlo, a fin de que, atento a tu honor, mejor a él puedas proveer. Quienes enajenaron el honor suyo no sean causa de que tú pierdas el juicio, del que Nuestro Señor, por su gracia, entre los demás jóvenes de Italia copiosamente te ha dotado.

Primera victoria del doncel enamorado.

Con ello, el marqués, sin oír más a los dos ancianos, murmurando y moviendo la cabeza, partióse de ellos, y entrando en una cámara encerróse en ella, y a pensar lo que en este caso haría solamente dióse. Y así pasó todo aquel día, sin salir apenas de su estancia, y, con harta tristeza, varias resoluciones pensando. Y al siguiente día, sin otra compañía que la de dos jóvenes caballeros fuertes y valientes, y la de Curial, entróse en una iglesia, y, apartándose con Curial, en la siguiente forma le habló:

—Curial, hasta hoy te he amado mucho, y te he adelantado sobre todos aquellos de mi casa, pen-



sando que mi honra a ti fuese encomendada, y que por ella a todo peligro te sometieses. Ahora se me ha dicho que amas mucho más tus placeres que mi honor, y maravíllame. Pensar debes que Guelfa es mi hermana, y que yo he de haber grandísimo sentimiento de todo aquello que contra mi honor en la persona de ella se cometa. Y si como a hombre en esto obrar quisieres, antes de que de mí te partieses te haría heder la boca aquella que ayer, llegándose a comer conmigo, sé que besaste. Y tanto cuanto más favor, honor y provecho de mí has recibido, tanto más contigo había de mostrarme cruel. Pero pensando que en mi casa desde la infancia hasta esta edad te has alimentado, no quiero en un solo punto de este modo destruir la obra de mis manos. Empero, prefiriendo tenerte lejos que cerca, te digo que en este momento de toda mi tierra te ausentes para jamás volver a ella, y buscar en otra parte que a mejor puerto arribe tu juventud, ya que yo en la niñez no lo hice.

Curial, que esto no esperaba, sintió al momento en su corazón un dolor muy grande, y en un instante se le ocurrieron en la memoria distintas cosas, y pensó que le convenía portarse como hombre. Por lo que con cara serena, en nada turbada, inmediatamente respondió:

—Señor, no sabiendo yo quién de esto te haya informado, apenas sabré responder; pero puedo prever a mi verdadera y simple excusación, y después, si la calidad de los acusadores lo requiere,



siguiendo aquélla, estas dos manos me librarán del cargo que, con gran injusticia, falsamente se me ha imputado. Y en ello tú podrías ser buen juez si quisieras, deseando averiguar si aquellos o aquellas que tanto han dicho eran movidos de la envidia o por deseo de congraciarse contigo, que yo, no sabiendo quiénes sean, no lo sé pensar. Guelfa, tu hermana, creo sea perfecta mujer, y no la pretendo excusar, que en tu presencia y a tus ojos no lo ha menester. De mí digo que si caballeros o gentiles hombres son, o tales hombres, aquellos a quienes la presente respuesta atañe, que mienten falsamente por sus bocas, y yo los combatiré cuerpo a cuerpo uno a uno hasta que de esta blasfemia, a juicio tuyo, me halle libre. Si tú me has favorecido, creo que desde que uso razón te he bien servido, y de aquí en adelante mejor entendía servirte. Partirme de tu casa no me duele; sí alejarme de tu persona, a la que he amado y amo con todo mi corazón, habiéndome dado tus razones para ello. Vive, no obstante, seguro de que en donde yo me hallare podrás usar de mi servicio en la forma con que hasta aquí lo hiciste, y mucho mejor.

Al marqués, oyendo estas palabras, entróle en el corazón la sospecha de que todo pudiese ser mentira y envidia de aquellos ancianos, porque ciertamente no podía creer que Curial hubiese cometido tal desaguisado, y, replicando, dijo:

—El gran amor que te tengo, Curial, me halaga pensando en que estas palabras y otras cosas



desatienda ya y más sobre el caso no resuelva. Con lo que, sea verdad o no lo sea, quiero tenerlo por no realizado. Pero te ruego que si con verdad has sido ante mí acusado, te guardes de caer en tal locura. Y si por ventura no es cierto, también te quieras guardar de dar manera de que se hable de ti, a fin de que yo en defensa de mi honor y de mi vergüenza no tenga que recurrir a cosas que me desplacen. Y no imagines ahora, por todas estas palabras, haber desmerecido en mi estima, que con la misma cara, con el mismo comportamiento con que has sido por mí tratado hasta hoy, lo serás de ahora en adelante. Empero, ir y venir a la cámara de mi hermana, ten por prohibido si conmigo no fueses.

Y, volviéndole la espalda, más no quiso escuchar, sino que todos juntos se fueron, y para disfrazar la cosa y que los ancianos conociesen que tenía en poco lo que le habían dicho, en llegando la sazón de comer mandó a Curial que se sentase a su mesa, y le hizo comer con él, de que los ancianos se hallaron tristes y se juzgaron abatidos. Pero como eran hombres de gran astucia y no tuviesen otro partido sino callar, disimularon, aguardando qué salida tendrían estos hechos. Por vía de Melchor supo Guelfa todas estas cosas, y estuvo muy dispuesta a reñir con el hermano y volverse a Milán. Pero, finalmente, determinó callarse, disimular, pensando que la cosa no iría más allá, sino que se callaría o sería puesta en olvido. No obstante, sostenía terrible congoja, porque

Curial no venía a su estancia como antes solía. El continuaba unciendo, la cual cosa hacía mejor que otro, y ella todo el tiempo le miraba. Y cuanto más le era imposible la oportunidad de verle, más se encendía su amor y enardecía. Y no unciendo, Curial jugaba a la pelota delante del palacio, y era por ella continuadamente mirado y visto.

El honor de la duquesa de Hostalrich.

No pasaron muchos días, que estando el marqués, su mujer y su hermana en una villa llamada Casalo, un heraldo llegó de Alemania y buscaba a un caballero que en peregrinación a Santiago de Galicia había ido, y hallóle aquí en un mesón, donde yacía gravemente enfermo, y dióle una carta de la duquesa de Hostalrich, en que le daba conocimiento de que, desde que él partió para su peregrinaje, había sido acusada de adulterio, que decían había cometido con él, por la cual cosa el duque, su señor y marido, la había condenado a muerte. No obstante, a ruego de la reina de Hungría, que le era prima hermana, había conseguido que si él, con quien de adulterio se le acusaba, en batalla, y ayudado de un compañero, que tuviese contra dos caballeros que le acusaban querían defenderla, en venciendo la batalla sería libre; en otra forma, sería ejecutada la sentencia, siendo ella quemada y muriendo en el error. El caballero, que era muy valiente, re-



cibida la carta, y hallándose gravemente enfermo, en trance de no poder socorrer a la duquesa, sintió al punto en su corazón dolor inestimable. Y casi perdido el juicio, empezó a dar grandes gritos y a hacer el mayor y más fuerte duelo del mundo. Llegaron estas nuevas a oídos del marqués, por lo que, acompañado de Curial y de otros muchos de su casa, fueron a ver al caballero y le hallaron muy triste y desconsolado, y luego le preguntaron, después de saludarle, cuánto tiempo llevaba enfermo, cómo se sentía y si de algo había necesidad.

El caballero enfermo, al oír esto, empezó a plañerse gravemente, y respondiendo, dijo:

—El mal que yo tengo es éste que hoy me ha sobrevenido, y al cual, por mi desventura, no puedo suplir.

En seguida dióles a leer la carta que el heraldo le había entregado. Oyendo esto el marqués comenzó a consolarle; pero la consolación que le daba no era bastante para el dolor que él sentía; y después de largo rato el marqués partióse sin saber de otra cosa hablar si no era de este caso, y doliéndose mucho de la duquesa, que era mujer de gran valía. El caballero, cuando el marqués se hubo marchado, preguntó a algunos que habían venido a visitarle quién era aquel hombre que estaba cerca del marqués, y fuéle dicho que un gentilhombre muy valeroso llamado Curial, y secretamente se le dijo cómo también pocos días antes del mismo delito había sido acusado, con

todas las circunstancias que concurrieron en el caso. Calló el caballero maldiciendo en su corazón a todos aquellos que en cosas tales se entrometen.

Después que Curial hubo acompañado al marqués, secretamente a visitar al caballero enfermo fuése, y estando hablando con él de muchas cosas, el heraldo se mezcló en las nuevas y dijo:

—¡Ay, desdichado, qué gran daño será que a tan noble señora como aquélla dos hombres malvados por envidia hagan morir!

Esto oyendo, comenzó el caballero a llorar agriamente, y con tanto ímpetu dolióse, que Curial allí presente, a semejanza y acucio de las lágrimas del caballero, lloró también y dijo:

—Caballero, yo no os conozco, ni siquiera conozco a esa noble dama que me decís ha sido tan injustamente acusada; pero si así es como decís y os place mi compañía, de buen grado sería vuestro compañero en tal jornada como ésa.

De lo que el caballero rindióle agradecimiento, y aceptándole por compañero, juró que contra Dios y justicia y verdad le imponían aquella infamia, en la que Dios sabía que no tenía culpa. Así, pues, Curial replica:

—Caballero, esforzaos y proveed a vuestra salud, porque ya que es así, yo estoy presto con vos o sin vos, como el caso requiera, a defender el honor de esa señora y el vuestro.

Y despidiéndose, a su posada partióse, y significado todo el caso por Melchor a Guelfa, ella

experimentó un gran placer, y al punto mandó a Milán por armaduras, y arneses mandó hacer para Curial y el caballero.

Esforzóse éste, y en breves días vióse restituído a salud. Y Curial mandó hacer libreas muy ricas, muy ricos paramentos y otras cosas para la jornada, y antes de que llegase el tiempo aparejóse para la partida. El marqués le confortó a bien obrar y le dió dinero, que Curial tomó, aunque no le había menester. Llegada la noche, Guelfa ordenó a Melchor que, en secreto y disfrazado, a Curial le trajese; y en llegando la hora, Melchor fué a la estancia de Guelfa con Curial, y ella le recibió alegremente y preguntó a Curial cómo lo había dispuesto todo, y luego que él lo hubo detallado, ella, perdida toda la color del rostro, así le comenzó a decir:

—Curial, poco has tú menester amonestamiento de mujer flaca y de poco valor como yo. Sólo quiero reducir en tu memoria que te acuerdes que eres mío y que ninguna otra cosa deseo en el mundo sino tu adelantamiento y el acrecimiento de tu honor; por lo que no viendo otra vía por la que mejor adelantar puedas que esta de las armas, a la cual Dios Nuestro Señor te ha conducido, he sostenido con paciencia, no empero sin gran dolor de mi corazón, que a reñir esta batalla libremente te hayas ofrecido, y tanto cuanto mayores son el peligro y el pavor, tanto mayor el honor que te proporcionará. Has emprendido justa causa, y por ello la fortuna te es

favorable, que batallarás por una de las más nobles damas y de más valía del mundo, según he oído, a la cual con aquel caballero con infame yerro han acusado. Válgate que de esto, según yo tengo esperanza en Dios, saldrás con la opinión de que de aquí en adelante nadie será osado a hablar de ti y de mí siendo razonable suposición que quien la honra ajena defiende, con doble empuje defenderá la suya. Piensa que te hallarás ante muchos reyes y príncipes, y que las más nobles mujeres del mundo te mirarán. Escríbeme con frecuencia, y sepa yo por hombres que estén en paradas todas las cosas. No me hagas morir de deseo de saber de ti. No temas que nada te falte, que sospecho que no te atrevas a dispendiar tanto como Melchor ha de darte.

Y poniéndole en la mano un riquísimo diamante, llenos de lágrimas los ojos, le besó, y recomendándole a Dios, le dió orden de que se partiese. Y como Curial abriese la boca con ánimo de responder, ella replicó:

—Vete, y nada me digas; sí, en todo tiempo, acuérdate de mí.

Y en cuanto él, suspirando, volvió el rostro y fuése, ella miróle serenamente; pero como él alejóse, cayó en tierra desvanecida, y a su socorro acudieron todas sus damas, y con muchos refrigerios la restituyeron, y casi en vilo a su cama la llevaron. Curial marchóse a su posada muy triste y dolorido, llorando. Piense cada uno en sí mismo cuántos pensamientos y cuántas y va-



rias cogitaciones abrasaron a los dos amantes aquella dolorosa noche.

Pasado que hubo y llegado el día, el caballero alemán, que Jacobo de Cleves se llamaba, madrugó y, puesta a punto toda su gente, montó a caballo y fué a la posada de Curial, que también había ya cabalgado y no esperaba más que la venida del marqués, que había mandado decirle que le aguardase, que con él quería salir. Venido el marqués, emprendieron el camino. Guelfa, que oyó sonar las trompetas, preguntó qué ruido era ése, y le fué dicho que era Curial que partía con el marqués y mucha gente notable, que ya fuera de la villa estaban; pero que quien quisiera verlos bien podía cumplirlo desde aquellos ventanales.

—¡Ay, triste de mí—exclamó Guelfa—, y quién puede mirarlos sin declararse!

Y aunque ella era mujer de gran corazón y sus pasiones sabía ocultar, no pudo en aquella ocasión de la partida conseguirlo, antes dijo muy descompuestas palabras. Empero, tanta mesura hubo, que hizo retirarse a todas las que con ella estaban, y sola en su estancia, largamente se dolió de su pena; pero en la virtud de su Curial valeroso y en la buena justicia de la duquesa puso gran esperanza. Quien quisiese recitar todas las cosas de la pasión de los dos amantes haría muy grande el libro; empero, para ser breves, lo dejaré solamente deseando escribir para vuestra consolación y recitar para vuestro placer aquellas que parecen ser necesarias.

Como Curial viese que ya el marqués bastante le había acompañado, volvióse hacia él y le dijo:

—Mi señor, volveos, que harto y demasiado honor me habéis hecho.

El marqués dijo entonces:

—Curial, a Dios le ruego te permita volver con el honor que deseas.

Con lo que, despidiéndose unos de otros, se separaron.

Primera batalla de Curial.

Los caballeros quedaron siguiendo el camino del reino de Hungría, y después de algunos días de caminar por él, un día, entrándose por una ciudad y llegados a la plaza, vieron mucha gente reunida, y habiendo preguntado qué gente era aquélla, fuéles respuesto que a un anciano caballero querían ajusticiar, por tal que le habían acusado de que traidora y falsamente había hecho matar en un camino a un valiente caballero que en aquella misma plaza yacía. Curial preguntó:

—¿Y se puede probar que él le hizo matar?

Respondiéronle que no; pero probábalo la mala voluntad que los dos se tenían, y que el caballero muerto no había más enemigo, y éste habíale amenazado muchas veces con hacerle matar. Ahora le acusaba un hermano del muerto, que era valeroso caballero. Cierto es que el caballero acusado tiene dos hijos recién llegados de Bohemia, que no

se atreven a contestar al acusador, quien ofreció darlo a conocer en batalla a todo caballero que contra él presumiese entrar en liza. Los hijos, como caballeros novatos, no se atreven a responder. Entonces dijo Curial a su compañero:

—Sigamos adelante, y vamos a ver si podemos poner algún remedio en la vida de ese hombre.

Respondió Jacobo:

—¡Qué cuidados nos merecen los hechos ajenos! Tengamos cura de los nuestros, y harto haremos.

Dijo Curial:

—Si Dios me da honor. voluntariosamente intercederé en este hecho por ver si puedo hacer algún bien en forma de que a este hombre, falto de poder, la vejez no le ponga en mal miramiento.

Y adelantándose, saludó al pretor que aquella ejecución presidía y otra cosa no aguardaba que la confesión del acusado. Viendo a los extranjeros, y deseoso de honrarlos, el pretor acercóse a ellos y les devolvió el saludo. En seguida, Curial dijo así:

—¿Qué hizo este hombre que así le queréis hacer morir?

Antes de que respondiese el pretor, el caballero acusador dijo:

—Ha matado traidoramente a este caballero hermano mío, que aquí yace, frente a vos.

Respondió el viejo:

—Mientes por la boca, porque yo no le he muerto ni sé nada de su muerte, aunque lo había merecido. Si fuese lo que ser solía, te haría des-

mentirte. Aperrin y Hans, no sois mis hijos, que si lo fuerais, no moriría yo así, en fama de traidor asesino.

Los dos caballeros jóvenes, sus hijos, que allí estaban, temiendo la fuerza del acusador, que era esforzado caballero y en armas muy probado y famoso, callaban; pero ciertamente no tenían secos los ojos. A todo lo cual, Curial dijo:

—Caballero, por gracia de Dios, tened piedad de esa vejez. ¿Qué habrás hecho cuando hayas hecho morir a este caballero que no se puede defender? Dígote que, aun supuesto que él fuese merecedor del mal, la cual cosa él niega, mayor venganza tuya es perdonar que hacer lo que quieres hacer, teniendo ante ti a sus dos hijos, que por miedo que te tienen no se atreven a defenderle.

Respondió el caballero que le tuviese por excusado que en cuanto a él nada se cambiaría.

—Si Dios me ayuda—dijo Curial—, tenéis vos poca parte con El y menos con honor de caballería, la cual os niega perseguir judiciariamente a quien os haya perseguido, menos aún a quien no os ha inferido ofensa.

El otro respondióle:

—Muy maravillado estoy, caballero, de vos y de lo que decís. Empero, pues a tanto cuidado os mueven hechos en los que nada os va, y veis a sus hijos que, sabiendo la verdad, no quieren defenderle, tomadlo vos, que a mí me place dejar algún tiempo con que tengáis armas para com-



batir, y entonces sabréis qué quiere decir reñir contra derecho. En lo que decís que no es de mi honor resolver este hecho por justicia, otra cosa no puedo hacer; bien quisiera que él estuviese en edad en que poder pedírselo de otra manera; pero, puesto que esto me es prohibido y sus hijos no satisfacen el deseo, tomo la venganza que puedo, no la que quisiera. Ciertamente, mayor vergüenza de un linaje es tener un pariente muerto por justicia que cien en batalla.

El caballero viejo, que oyó estas palabras, dijo:

—¡Ah, valiente hombre, quienquiera que seas, ten piedad de mi vejez! Heme aquí, que en mi juventud he sostenido muchas batallas a ultranza defendiendo no mi causa, sino la ajena; si alguna deuda tienes con honor de caballería, ruégote que ahora la muestres, porque yo te juro como a caballero que en esto de que soy acusado no tengo mala parte.

Y como Curial quisiese ya adelantarse para ofrecerse a la batalla, su compañero Jacobo de Cleves le llamó y le dijo:

—¿Qué es esto, hermano mío? ¿Es que habéis nacido para enmendar todas las cosas de armas que veáis no estar bien hechas? Estad quieto y dejad hacer justicia, que quien pide justicia no hace entuerto a nadie, y el pretor no le condenaría si antes no tuviese por cierto haberlo merecido.

El caballero anciano dijo a grandes voces:

—¡Ah, Jacobo! Bien te conozco; ¿y no puedes considerar que quitándome la ayuda de ese gentil

caballero me quitas la vida? Plegue a Dios Nuestro Señor que así esté él en tu ayuda como estás tú hoy en la mía, el día de la batalla que te aprestas a dar. Y si tal caballero fueses como pretendes ser, no debieras esperar que éste se te adelantase en defender mi causa, porque tú venías obligado a ello por muchas razones que ahora no hay tiempo de repetir; pero ruego a Dios castigue tu ingratitud. Y tú, gentilhombre que tienes misericordia de mi vejez, yo te suplico que si deseas volver con honra ante los ojos que verte desean, quieras mostrar aquí tu virtud, y con el valor de tu persona, a la que veo dispuesta a tal caso como éste, más que otra alguna haya jamás visto, quieras disponerte a defender mi justicia, pues aquel que de esto quiere retraerte fío en Dios que no pasarán muchos días que habrá menester la ayuda que ahora te pido; y deseoso del socorro del que a mí me quiere privar, se verá en terrible congoja.

Hirvió la sangre en el corazón de Curial al oír estas palabras, y, mirando a la cara al acusador, le dijo:

—Caballero, ruégote, por el bien, por el honor que tienes, que quieras dejar morir a este caballero, que, aunque tú quisieras, no podrá ya vivir largo tiempo porque es ya de edad de ochenta años.

El acusado respondió negativamente, por lo que Curial, trocando los ruegos en iracundia, le dijo:

—Dime, pues, qué le demandas.



—Le demando la muerte de mi hermano, al que de mala manera hizo matar en un camino.

Y volviéndose Curial al acusado, dijo:

—Y vos, ¿qué respondéis?

—Que miente por la boca, y si buenos hijos tuviese, ellos me defenderían. Y así os requiero como hombre gentil que sois, que me defendáis de este grave error que se me demanda.

Curial entonces respondió:

—Y yo, con ayuda de Dios Nuestro Señor y de su preciosísima Madre, os defenderé.

Y volviéndose hacia el acusado, dijo:

—Ved ahora, que pues ni Dios ni la Virgen María han valido contra vos con sus ruegos, mi lanza y mi espada os rogarán, y veremos si la obedeceréis, y desde ahora poneos el arnés, que yo defenderé la verdad de ese hombre.

Jacobo de Cleves, que oyó que Curial había otorgado la batalla, dijo:

—Curial, ¿por qué prometéis lo que sabéis que no podéis cumplir? Sabéis de sobra que vos y yo en breve plazo hemos de mantener batalla con dos caballeros, y así me lo habéis prometido, y ahora veo que queréis hacer esta batalla; dígoos, Curial, que si cien cuerpos tuvieseis, ni uno os sobraría para mi jornada; si así queréis seguir, como comenzasteis, tantos pudieran ser los inconvenientes que nos asaltaran por el camino. Por tanto, os requiero a que esto dejéis y os vengáis conmigo, y cumplido lo que debemos cumplir, a este hombre podréis defender, como yo le de-

fendería si no fuese primeramente a otro deber obligado.

Respondió Curial:

—Jacobo, claramente veo que si en este punto este hombre no es socorrido, muerto es; su negocio no sufre dilación, y yo me he obligado ahora a defenderle, y ¿faltaría al punto de mi palabra? Primero muerto me vea. Cierto es que derecho de armas no lo consiente, pero demándanlo la necesidad de este hombre de ser socorrido y el alma, que aun no quisiera abandonar el cuerpo, y finalmente te digo que esto que he presente es lo primero para mí. Así, te ruego me des lugar de libertar a este hombre, y en seguida te seguiré.

Y a continuación dijo:

—Pretor, ruégoos que otorguéis a este hombre tanto espacio de vida como dure nuestra batalla, y si por ventura Nuestro Señor y su buen derecho le ayudaran, le queráis restituir su honor y buena fama que al tiempo de la vida aquel caballero quería arrebatarle.

Accedió el pretor con contentamiento. Fuése el acusador a armarse, no sin murmurar que por ventura mejor le valiera seguir su camino y viaje que emprender batalla que no le pertenecía.

Curial, con mayor congoja que la que puede decirse, marchó corriendo a su posada, y, desplegado rapidísimamente su arnés, hízose armar, y un bello y brioso caballo montó para ir a la plaza. Curial, aunque extranjero, fué muy bien acompa-

ñado, así de los suyos como de los parientes y amigos del acusado. Era Curial, según en otros lugares ya se ha dicho, uno de los más bellos y gentileshombres del mundo, y desplegó su estandarte, que era buriel y negro, partido por un león rampante en plata, que atravesaba en dos los colores del estandarte, y semejantemente sacó un yelmo muy bello y rico, con un león que tenía en las garras un ave; unos decían que era águila; otros, milano. Los caballeros jóvenes, hijos del acusado, fueron presto a cogerle uno el yelmo, otro el estandarte; pero Jacobo gritó:

—Dejadlo, caballeros sin vergüenza; a Dios pido que os vea morir de mala muerte, porque vuestra vileza y gran cobardía pone en peligro todos mis hechos. Mejor os sentara tomar las armas y combatir por la liberación de vuestro padre.

Y confiados que fueron yelmo y estandarte a dos caballeros de la compañía de Curial, seguido de servidores y trompeteros, mostrando gran alegría, a la plaza fueron. El pretor, al ver a Curial, maravillóse de que tan prontamente fuese venido, y dijo:

—Juro en Dios que jamás vi caballero tan buen cabalgador como éste. Dios, ¿por qué no me hiciste tal?

A seguida, dijo al anciano caballero:

—Dios me valga, que en mucha estima ha de teneros Dios Nuestro Señor, que en tan apurado caso de tal modo os ha socorrido.

El acusador, que Harrich Fonteynes era lla-



mado, estaba ya en el campo, y con gran furor aparentaba sufrir la dilación del hecho.

Y como ellos quisieran comenzar, Jacobo de Cleves adelantóse y dijo:

—Harrich, bien ves que este gentil hombre tiene a Dios de su parte, porque te ha ofrecido la paz que tú has despreciado; yo te ruego por Nuestro Señor Jesucristo, que perdonó su propia muerte, que te partas de esta querella, mayormente no siendo cierto que ese hombre te haya matado el hermano. Y si por Jesucristo no lo haces, a Dios tendrás por enemigo y a este caballero que tienes delante.

Mostró Harrich mucho más furor que antes, cuidando que así los atemorizaba. Los heraldos comenzaron a gritar; dejadlos ir; mandó el pretor que sonase el clarín para que todos se apartaran, y empezaron los caballeros a mover uno contra otro.

Era el tal Harrich Fonteynes asaz buen caballero y muy fuerte, y confiaba mucho en su caballería; y espoleando la cabalgadura como lo hacía Curial, que contra él llegábase, acercóse a él dando golpes a todo poder, con lo que topando Harrich a Curial contra el escudo la lanza, le rompió; pero no le derribó de la silla. Curial, que era de mayor valor y fuerza, y tenía en la mano una grande y potentísima lanza, le hirió de tal suerte que del caballo le derribó, y fué tan grande la caída, que Harrich quedó aturdido, sin mover pie ni brazo, que todos cuidaron que había muerto. Empe-



ro nada decían, sino que esperaban que haría Curial; el cual, como viese que el caballero no semovía, descabalgó, y quitándole el yelmo, le vió como muerto, contemplándole largo espacio, durante el cual el caballero se recobró, y vióse en tierra, entre las manos de su enemigo. Y no obstante poner todo su esfuerzo en levantarse, vanamente lo intentaba, porque Curial se mantenía encima con la espada desnuda, amenazándole de muerte. En aquel punto dijo Curial:

—Harrich, sabe Dios que no deseo tu muerte, ya que no me ofendiste en cosa alguna, y ruégote por liberado tengas a aquel hombre que está en manos del verdugo con gran vergüenza de cuantos caballeros y gentileshombres lo miran, y con mayor vergüenza de ti mismo, si con recto juicio le quisieras mirar. Y así encarado, vuelvo a rogarte, si plegarias de hombres que puedan darte la vida o la muerte deben ser oídas, que quieras apartarte de esta querella, y piensa que no necesidad de caballería, sino tu mala justicia, a ella te condujo.

Harrich, creyendo tener mal derecho y temiendo la espada que el otro sobre su cabeza blandía, dijo:

—Caballero, por tu gracia deseo a ese hombre tener por libre, porque creo ciertamente que en nada me es tenido, que si yo buen derecho tuviese, ni tú ni otro alguno pudiera vencerme.

Las gentes, que todas estas cosas habían oído, corrieron al pretor, que en seguida vino y alzó al



caballero y libertó al acusado, sacando del campo a los combatientes: primero, Harrich de Fonteynes, y después, Curial y el pretor. Grande fué el honor que aquel día hizo el pretor a Curial, pero mayor fué el gozo de Jacobo de Cleves pensando que, con tal compañero en defensión de la duquesa, en honor suyo terminaría la batalla. ¿Qué os diré del libertado mossen Auger Bellian? Fuése a Curial, e hinojóse ante él para hablarle; mas no lo consintió Curial, alzándole al punto, y entonces dijo:

—Señor caballero, ruego a Dios que bendita sea la hora en que aquí vinisteis, pues verdad es que si no fueseis venido, mi cabeza no tendría ahora sobre los hombros. Tengo en esta comarca una heredad asaz grande y buena, de la que, desde ahora, quiero que seáis para siempre señor y dueño. Y como esto es harto mezquina cosa en relación a lo que por mí habéis hecho, ruego a Dios Nuestro Señor que os lo quiera premiar, que yo no soy bastante a ello.

Respondió Curial con muy alegre cara:

—Mossen Bellian, no he menester vuestra heredad; sea en nombre de Dios vuestra y de vuestros hijos, que yo harto contento estoy del honor que en esta jornada me procuró vuestra buena justicia, y, por tal, sed encomendado a Dios, que no quiero que por esto quedéis ligado a mí en nada.

Y plegado su arnés, el siguiente día partió. El pretor, no obstante, no fué negligente; levantóse temprano, y, teniéndoles compañía, les dijo:



—Gentilhombre, yo te ruego por tu bien y por tu honor quieras concederme que vaya en tu compañía en este viaje que emprendes. Y si el caso lo requiere, que me hagas participador en tus honores, que bien se me alcanza que caballero que en tu compañía esté no puede haber sino honor en cualquier lugar donde vaya.

Así también, mossen Auger le suplicó le recibiese por servidor, ya que por cosa ninguna del mundo le dejaría. Muy contento Curial los tomó en su compañía, y a muchos otros que con él fueron para mirar la batalla, y a los cuales daba él todo lo que menester habían; así es que, cuando llegaron adonde el emperador estaba, eran mucha y muy lucida gente.

Juicio de Dios en Alemania.

Tanto en sus jornadas anduvieron, que llegaron hasta el emperador. Tuvo éste gran placer sabiendo que Jacobo de Cleves venía para defender a la duquesa, y traía como compañero al gentihombre que había vencido en la batalla. Muchos príncipes y duques salieron para recibirlos y rendirles honor; pero más por ver a Curial que por otra cosa, atendiendo que tenía fama de ser el más bello y mejor hombre de armas del mundo. Grande fué la fiesta en aquel día. Tenía el emperador cerca de sí a Curial, y no se podía hartar de mirarlo, y preguntó por la batalla, y Bellian

narró el caso; de lo que mostrando Curial vergüenza, apenas miraba a nadie la cara. Entonces, y a presencia de muchos señores, Jacobo de Cleves dijo al emperador:

—Señor, he sabido por este heraldo que la duquesa de Hostalrich fué acusada de adulterio por dos hombres malvados, y que el duque, creyendo con harta ligereza, por culpa tal la había condenado a muerte. Por lo que yo, y este compañero que aquí se halla, con la ayuda de Dios Nuestro Señor y confiando en la buena causa de la duquesa, prestos estamos a defenderla. Por ello os suplico y os reclamo merced de que la batalla se haga ante vuestra presencia, ya que no me parece que el duque debe ni puede ser juez y parte.

Contestó el emperador:

—Jacobo, la batalla se hará ante mi presencia, y aquí haré venir a la duquesa y a los acusadores y al duque.

E inmediatamente escribió al duque que viniese en seguida, trayendo con él a la duquesa y a quienes la acusaban, y que fuesen con él para el día de San Marcos, que es el 25 de abril, pues eran llegados dos caballeros que querían defender en batalla el honor de la duquesa.

Hubo el duque mucho contentamiento, y el día señalado fué en presencia del emperador, acompañado de muchos barones y otra mucha notable gente. Durante este tiempo, Curial mostróse mucho, así en el adorno de su persona como en convites y grandes fiestas en las que con largueza



dispendiaba; y semejantemente en mantener gran rango y en muchos donativos que hacía, en manera que era tenido en muy grande estima.

El emperador había hecho abrir la plaza donde la batalla debía darse, muy hermosa y grande, rodeada de palcos para mirar; pues eran muchos los caballeros llegados, para asistir a la batalla, de Alemania, de Francia, de Italia y de muchos otros lugares. A un lado, separado de la liza, había un catafalco muy elevado, rodeado de mucha leña, y en el que estaba la acusada duquesa. Aparte, el fuego estaba encendido. El duque de Baviera, viendo subir a su hija al catafalco, dijo:

—Hija mía, si limpia estás de culpa en este crimen de que se te acusa, ten esperanza en Dios, que él te sacará con aquel honor que deseas, y verás el cruel castigo de los acusadores.

La duquesa, su madre, sobrada de dolor, lloró muy agriamente, y lo mismo hicieron muchas otras mujeres que en su compañía estaban, y no menos la emperatriz, que era su prima hermana. Empero, mandándolo el emperador, cada uno fué a su sitio, maldiciendo a aquellos dos hombres malvados que en tan grande y tan deshonesto peligro la habían puesto.

Y mientras estas cosas se hacían, llegaron los dos caballeros acusadores, con un estandarte blanco claro, sembrado de zorras, burieles, y asimismo las gualdrapas de los caballos, y bien acompañados descabalgaron en su tienda. No pasó mucho tiem-

po que de la otra parte aparecieran Jacobo y Curial, con estandarte buriel y negro, centrado por un león rampante, entre el estrépito de las trompetas y seguidos de servidores, ministriles e infinitos condes y barones que a pie los acompañaban. Toda la gente congregada volvióse a mirar hacia aquella parte, y ellos descabalgaron en su tienda. Los acusadores habían oído que Curial era muy valiente hombre de armas a caballo, por lo que, pensando que sacarían a pie mejor partido de él, hubieron modo de que a pie se hiciese, de lo que los otros fueron muy contentos.

Todo ello listo, a mandato del emperador, los dos acusadores, que uno Otto de Cribant era llamado, y otro Parrot de San Laydier, entraron en el campo, reverenciaron al emperador y fuéronse a su pabellón, que era azul claro sembrado de raposos. Sin tardanza vinieron Jacobo y Curial, y luego que entraron, Curial detúvose y, mirando a la parte donde el emperador estaba, fué a él, e hinojándose le rogó que le armase caballero. El emperador descendió por una de las escaleras de su sitial, y acercándose a él le hizo caballero. Tornado a su sitio, dijo a los príncipes y señores que tenía cerca:

—Ciertamente creo que he armado caballero al más bello gentilhombre que haya jamás visto, y si es hazañoso como bello, no quisiera ser uno de los acusadores.

Muchas cosas fueron dichas en aquella plaza en loor de Curial. Después de haber hecho reveren-





cia a la emperatriz y a todos los duques y duquesas que en la plaza estaban, se alzó un llanto muy grande en el catafalco de la duquesa de Baviera, que a todas las mujeres y casi a todos los hombres movía a llorar. Curial, que estaba a la puerta de su tienda, santiguándose con el bieldo, al oír aquel gran llanto, dando un fuerte grito dió un tal alto brinco que maravilló a todos los que lo vieron, y, entrando en su tienda, en una silla sentóse. Era el pabellón de terciopelo negro y buriel muy ricamente brocado de oro, coronado con un estandarte con un dorado león rampante. El emperador ordenó a los duques de Holanda y de Lorena, que eran viejos y muy sabios señores, que trabajasen entre estos caballeros por ver si por ventura este hecho podía torcerse de camino sin batalla y la duquesa libertada. Comenzaron a tratar, y dirigiéndose primeramente a los acusadores, les dijeron que recordasen que eran cristianos, y que Dios era justo y mostraba su justicia en tales jornadas, y que así retiraran la acusación, en la cual nada les iba, y que, si por ventura, algún medio sabían que excusase la batalla, lo dijeran, porque ellos usarían de él muy agradablemente. Los caballeros contestaron que otro medio no sabían sino que los otros abandonasen la defensa de la duquesa. Por lo que los duques fueron al otro pabellón, y saludando a los caballeros, les dieron nuevas de haber visitado a los acusadores, y que de ellos tenían asentimiento de que la batalla podía suspenderse si querían dar

lugar para ello, por lo que les rogaban que a esto quisieran acordarse, buscando si había manera de que este hecho cambiase de camino. Jacobo respondió:

—Señores, yo no veo más que un camino, y es éste: que aquellos dos caballeros, así como han dicho, se desdigan, y cesaría la batalla.

Como los duques dijeran que ellos no volverían a los otros con esta respuesta ni llevarían tal embajada, y, por tanto, que lo pensase mejor, que este partido muy deshonesto les parecía, y como sobre ello se extendiesen en mucha palabrería, finalmente Curial, que hasta entonces nada había dicho, dijo:

—Señores, ruégoos que tengáis recuerdo de que sois caballeros e hijos de mujer, y que si bien se mira, esta batalla no puede remitirse, ni podemos ni debemos dejarla nosotros, sin gran deshonor, porque es interés de la duquesa por cuya defensa aquí hemos venido. Si solamente fuese interés nuestro, fácil cosa sería hallar modo de suspender la batalla; pero el interés de la parte, ¿cómo podremos dejarlo habiendo ya llevado tan adelante las cosas? Plázcaos mirarlas como las miro yo, esto es, aquella ilustre y desventurada señora que nos mira de una parte a nosotros y de la otra al fuego, y así, dejándonos de palabras, hagamos lo que hemos venido a hacer; porque no me parece que ni a nosotros ni a los otros pudiera darnos este hecho otro honorable fin que el de la batalla; y de mí sé deciros que, aunque

mi compañero me abandonase, cosa que no creo, yo no saldré de esta liza sin batalla, y aquí me hallaréis muerto o vencedor.

Así lo confirmó Jacobo, con lo que los dos duques no volvieron al otro pabellón, sino que fueron al emperador, que en cuanto hubo oído la relación que le hicieron, hizo sonar una trompeta. En seguida, los caballeros salieron de las tiendas, que fueron derruídas, y se les dieron las hachas. Mandó el emperador que todo el mundo saliese del campo, sino los caballeros que debían reñir la batalla y los jueces, y así se hizo. El rey de armas, por ordenamiento del emperador, pregonó en los cuatro ángulos del campo que nadie hablase ni hiciese señal alguna, bajo pena de muerte, e hizo jurar a los caballeros que no llevaban escritos, piedras, conjuros ni otros artificios que pudieran ayudarlos, sino solamente las armas, que eran hachas, espadas y dagas. Ahora podéis decir que, mirándose unos a otros, el alma razonaba con el cuerpo, y la duquesa, triste, desconsolada y de todo en todo afligida, rogaba a Dios por los suyos, y así hacían todas las mujeres y la mayor parte de los hombres que en los sitiales había.

Estando en esto, el trompetero del emperador hizo sonar un toque, con lo que los jueces colocaron a los caballeros en el lugar en que les habían partido el terreno, y en cuanto el trompetero dió otro toque, avanzaron los caballeros en movimientos de herirse, con lo que la du-

quesa, al verlo, desmayóse y cayó. Empero nadie había cuidado de ella ni miraba hacia aquel lugar.

Otto de Cribant adelantó contra Jacobo de Cleves, y al principio diéronse grandes hachazos, y luego comenzaron a ingeniarse para el engaño mutuo, y combatían muy valerosamente, como valientes y buenos caballeros que eran.

Parrot, que en aquel tiempo era tenido por uno de los mejores y más ásperos caballeros de Alemania, y que había batallado en muchas lizas a ultranza, de las que siempre había salido con honor grandísimo, corrió hacia Curial con el hacha baja para herirle de punta en la cara; pero Curial, torciéndose un poco, le dejó pasar, y dióle tan fuerte hachazo por el bacinete, que rompió el mango, y como Parrot se volviese contra él, Curial llevó mano a la espada y justan bravamente. Después de muchos golpes dados y recibidos, Curial se acerca tanto a Parrot que, cogiéndole por la mano izquierda, con la punta de la espada empezó a darle grandes golpes, y los tirones que le daba eran tales que le zarandeaba de aquí para allá. Viendo con ello Parrot que para aquel caso el hacha no le aprovechaba, la dejó y recurrió a la espada, y empezó a defenderse muy valerosamente.

En este punto estaban estos dos caballeros, cuando los otros dos, ya abandonadas las hachas, se habían uno a otro abrazado. Pero Otto, que era mucho más fuerte que Jacobo, púdole y le



echó por tierra, y así se esforzaba en quitarle la vida, cuando Curial, mirando hacia aquella parte, cogida la espada con ambas manos, dió de filo con ella a Otto, que estaba encorvado sobre Jacobo, derribándole de espaldas invertido, y volviéndose hacia Parrot que acudía ya para herirle, le dijo:

—¡Ah, falso caballero! ¿Y cuidas que por ti haya de quedar la plaza?

Y le ajustó tan fuerte y le dió tan grandes golpes, que claramente entendió Parrot que mucho tenía que hacer para defenderse de Curial, con lo que éste, conociendo que Parrot ya más no podía, antes por el contrario faltábanle aliento y fuerza, acometióle muy valerosamente, y aferrada la espada, con las dos manos le sacudía con violencia y echóle por tierra. Parrot cayó tan cansado, que ni ánimo ni poder tuvo para levantarse.

Curial vió a los otros caballeros ya alzados que reñían muy áspera batalla; pero él púsole fin prestamente, porque aferrándose a Otto por la espalda, tal vuelta le dió, que le derribó nuevamente, con lo que Jacobo corrió a su hacha, y antes de que Otto se levantase, le hirió, a grandes golpes, en la cabeza, en forma que no tuvo gana de levantarse, antes vióse perdido y desesperó de su vida.

Ya en tanto, Curial había levantado la visera de Parrot, que, como tenía toda la cara anegada en sudor y estaba tan cansado que perdía el res-

piro, yacía en tierra sin ademán de alzarse. Díjole Curial:

—Dí, ¿qué os ha movido a ti y a tu compañero a imputar tan deshonesto crimen a la duquesa?

Parrot contestó:

—Caballero, pregúntaselo, si vive, a mi compañero, que yo nada sé, sino que he sido ayudador, como tú mismo eres.

Entonces Curial miró a Jacobo, y vió que quería matar a Otto, metiéndole la daga por los ojos; pero Curial gritó:

—No hagas tal, que otro fin ha de tener ese caballero.

Y en seguida dijo a Otto:

—Dí, desleal caballero, ¿qué te había hecho la duquesa para que hasta este punto te hayas arrastrado?

Respondió Otto:

—Ciertamente, ella, nada; pero Jacobo me había privado de mi honor, arrojándome de la privanza del duque, y yo, no sabiendo cómo pudiese vengarme, pensé que por aquella vía podría valerme, y fiando en la caballería de Parrot emprendí esta batalla, no creyendo que a este punto viniese.

Dijo Curial:

—Así, pues, ¿la duquesa no ha cometido el crimen de que se la había acusado?

—Cierto—contestó Otto—; no lo ha cometido.

—¡Ah!, malvado caballero—dijo Curial—, que poca pro has en Dios y en honor de caballería.

Con lo que, llamando los jueces al llamado Otto, confesó voluntariamente que con maldad y contra justicia habían acusado a la duquesa, pensando que el duque enviaría gentes que matasen a Jacobo por el camino, no creyendo que con la duquesa tan cruelmente quisiese comportarse.

En seguida, Curial preguntó a los jueces:

—Señores, ¿Jacobo y yo, tenemos más que hacer en esta liza?

Los jueces contestaron:

—No; que harto basta lo que habéis hecho ahora.

Alzados los caballeros que eran en tierra, el emperador descendió del sitial, y llegándose a Curial, le tomó de la mano y le dijo:

—¡Ah valeroso caballero! Pluguiese a Dios que yo fuese lo que tú, y tú fueses emperador. A honor y gloria de toda la caballería del mundo, y de cuanto son tenidos los leales caballeros, no te satisfaría el duque de Baviera dándote la mitad de su ducado, de tanto honor como tú le has hecho, ni el duque de Hostalrich—dejemos a un lado a su mujer—con todo cuanto hay en el mundo.

Y volviéndose hacia los otros, dijo:

—Y a vosotros, malvados caballeros, ¿qué pena será bastante a castigar vuestras culpas? Diga Curial qué quiere que con vosotros se haga.

Respondió Curial:

—Señor, no plegue a Dios que yo procure la muerte de ningún caballero; aquí están los dos; allí está la duquesa, de quien es el mayor inte-

rés; haced lo que mejor os plazca, porque yo no entiendo más intervenir.

Ya era hora de noche, cuando el emperador sacó a los caballeros del campo; y como saliesen primeramente los vencidos, la duquesa de Baviera, que a la puerta de la liza estaba aguardando la salida de aquellos malos hombres, llególes con las uñas al rostro, diciendo a grandes voces: "¡Traidores!..." Pero los señores que en torno estaban la detuvieron y alejaron; así y bajas las caras, corridos de vergüenza, los sacaron del campo. El emperador encomendó a Jacobo de Cleves a los reyes de Sicilia y Bohemia, que entre ellos le condujeron al imperial palacio.

Alegría de fiesta y melancolía de amor.

El emperador tomó de la mano a Curial, y de su lado no le apartó hasta que a su palacio y a su misma cámara le hubo acompañado. La duquesa fué descendida del catafalco; en su lugar puestos fueron los dos falsos caballeros, y el fuego encendido, allí murieron de cruel y vergonzosa muerte.

La libertada duquesa, que no sabía qué hacer, en alas de su alegría fué a casa del emperador y quiso que le mostraran a sus caballeros, como así lo hicieron. Al punto corrió hacia Curial, y, dejándose caer a sus pies, quiso besárselos, pero Curial, apartándolos vergonzoso y alzándola, se arrodilló ante ella, y así le dijo:

—¡Ah, señora! Por amor de Dios, no tengáis en tanto lo poco que Jacobo de Cleves ha hecho por vos, porque obligado estaba por deuda de caballero, y yo y todo otro caballero estábamos y estamos obligados por dignidad; antes os ruego que os amparéis de mí en toda cosa que serviros pueda, que yo he de cumplirlo hasta donde llegue mi poder.

La duquesa y su madre y otras muchas damas lloraban de gozo, de lo que Curial hubo gran vergüenza. El emperador, por apartar a los caballeros de la multitud que los rodeaba, llevándolos aparte los metió en una estancia, donde con ellos y otros pocos encerróse; fué preparado el gran banquete y dispuestas las mesas. Los dos caballeros fueron honrosamente colocados, con mayor señalamiento Curial; muchos fueron los manjares, y con mucha esplendidez servidos.

Queriendo el duque de Baviera mostrar delante de tal concurso su magnificencia, tomó de la mano una bella hija de quince años de edad apenas, que era, según fama y según realidad, la más bella que en el imperio de Alemania se hallase, y con ella de la mano llegóse frente a Curial y díjole:

—Curial, caro amigo mío, no sé de qué manera retribuirte pueda el honor que en el día de hoy me has hecho sino dándote por mujer a esta hija mía y cediéndote la mitad de mis tierras para que después de mi muerte de todas ellas seas dueño y señor.

Curial, oídas estas palabras y vista la doncella,



que era de mucha hermosura, tornóse encarnado y encendido. Antes de que contestase, pero cuando ya abría casi la boca para hacerlo. Melchor de Pando, que había venido de Monferrato y largo rato hacía que se debatía por acercarse a él, con gran trabajo y fatiga se metió entre la gente, y a presencia de todos le dió una carta escrita por las manos de Guelfa. Perdió Curial toda la color del rostro y aun la palabra, con lo que, queriendo hablar, balbucía y le temblaban los labios de tal guisa que nc fué poderoso para completar palabra alguna ni para dar una respuesta. Pero el duque, que era muy discreto señor, advirtiendo que aquella carta le había turbado, siguiendo lo que empezado dejara, dijo:

—No os queráis turbar, Curial, por la oferta que os he hecho. Yo a mi hospedería me vuelvo con mi hija, llevándola como vuestra, toda vez que os será placer aceptarla.

Muy grande era el bullicio de trompetas y ministriles y de la gente que hablaba, gritaba y murmuraba, que si Júpiter hubiese usado del trueno no le hubiesen oído. Empero como la cena fuese acabada, el emperador tomó de la mano a Curial, y con alegre cara empezó a festejarle, y mandando se dispusieran dancerías, rogó a Curial que danzase. Obedeciendo el mandato y hecho lugar en la gran sala, Curial quiso empezar una baja danza, pero la duquesa libertada se presentó ante él y le dijo:

—Señor caballero, verdad es que me habéis



librado de la muerte, por lo que después de Dios Nuestro Señor más obligada quedo a vos que a persona ninguna sobre la tierra. Pero habiéndome hecho descender del cadalso, no me habéis devuelto a mi marido ni me habéis hecho alcanzar su gracia, por lo que os suplico os empleéis en ello.

Curial, vergonzoso por lo que antes no hizo, cogió de la mano a la duquesa y comenzó a conducirla hacia el duque, que, viendo que a él se acercaban, corrió al encuentro de Curial y le saludó muy amigablemente. Mas como Curial y la duquesa se arrodillasen para hablar, el duque, con la mayor prisa del mundo, alzó a Curial y asimismo a la duquesa. Curial dijo entonces:

—Señor, no es preciso explicaros a vos el caso que se ha seguido de aquellos dos caballeros que presuntuosamente intentaron poner mácula en el honor de la señora duquesa, vuestra esposa, y cómo con gran vergüenza y grave daño de ellos la verdad ha salido a luz. La victoria que sobre ellos se ha obtenido, no a mi compañero ni a mí debe atribuírse, sino solamente a la buena justicia de la duquesa, la cual a los más flacos caballeros del mundo hubiera en este caso hecho vencedores; por lo que os suplico que la recibáis en aquel amor, en aquella gracia en que en otro tiempo tenerla solíais.

Oyendo estas palabras, respondió el duque:

—Curial, ciertamente mi esposa en nada me ha hecho ofensa, y aunque cierto no fuera, rogán-

dome tal caballero como vos, no sabría negarme.

Y tomando la mano de su mujer, le dijo:

—Esposa, besad a Curial como al más noble y valiente caballero del mundo, y al cual vos y yo en tanto quedamos obligados, que creo que en toda nuestra vida ni podríamos ni sabríamos corresponder a tanto honor como nos ha hecho.

La duquesa besó a Curial, y después besóla su esposo. La madre de la duquesa, que lo era de Baviera, viendo esto, llegóse a Curial y le hizo desmesurada fiesta, y así muchas otras princesas y señoras.

En aquel punto, el emperador dispuso que todos se apartasen, y comenzaron las danzas. Y así se hizo. Curial, por orden del emperador, tomó de la mano a la duquesa libertada, y siguiendo a los muchos señores y señoras, trenzó una baja danza con tanta gracia y donaire que fué gran maravilla. El emperador, que mirando estaba la prestancia de Curial, maravillándose mucho de lo que veía, dijo:

—Ciertamente, yo jamás he visto para la liza ni para la cámara sino a éste, y es gran daño para todos que no sea señor. ¡Ah, maldita sea la fortuna, que a este caballero no puso en más alto estado!

Mucho habían ya danzado, y terminaba la noche, cuando Melchor de Pando se acercó a Curial y le dijo:

—Curial, hora es ya de que vayáis a vuestra

posada—con lo que Curial se acordó de Guelfa, y volviéndose hacia el emperador, y obtenida su licencia, a su posada fuése, no sin innumerable compañía y mucha notable gente. Y descabalgando, se hizo muy grande colación. Aquí vierais gastos de infinitos confites, de azúcar y de vinos preciosos. Pero era ya pasada la mitad de la noche cuando, tocando las campanas en los monasterios, se levantaban para maitines, y aun muchos no podían despedirse de Curial, por lo que Melchor invitó a todos a irse, y obtenida licencia, cada uno fuése a su hospedería, sin dejar de hablar de Curial Apenas la gente había salido de la estancia, cuando Curial, después de besar infinitamente la carta de Guelfa, se arrodilló, abrióla, y leyendo el bajo escrito, que decía "Tu Guelfa", los ojos se le llenaron de agua, y quedándole el corazón en un hilo, le nació en él un tan grande deseo de verla, que la sangre le huyó. Cesaron de agitarse sus pulsos; perdido el color no de otro modo sino como si el alma le hubiese desamparado, cayó en tierra. Viéndolo Melchor de Pando y también Jacobo de Cleves, que de él no se separaban, le acostaron en un lecho, tirábanle los cabellos y de la nariz, llamábanle por su nombre, pero era en balde: su espíritu se había alejado, de lo que todos los circunstantes, sobrados de razón, se condolían, y con agua fría y otros argumentos debatíanse para restituirle la salud. Así lo hicieron, y al cabo de un largo espacio tornó en sí, dió un suspiro muy grande, y sin atreverse a decir nada, empezó a

llorar muy amargamente; miraba a todos, y sin hablar a nadie maravillaba a los que allí estaban y con buenas palabras se esforzaban en consolarle.

Como se hubiese ya del todo repuesto, mandó que todos saliesen, y, reteniendo sólo a Melchor de Pando, así le dijo:

—¡Ah, Melchor, padre mío! ¿Qué es de la diosa del mundo? ¿Se acuerda de mí? ¡Ah, Cupido, cuyas armas llevo clavadas en el corazón! Miro a menudo los cielos, y en el tercero contemplo a tu madre, que con los luminosos rayos de su gran resplandor suele iluminar este entenebrecido corazón prometiéndome buena esperanza; dime, si alguna de las cosas venideras te es revelada, si veré alguna vez a aquella de quien soy esclavo y sin la cual despreciaría y tendría por vana toda la señoría del mundo, y si me ama y me tiene por suyo como dijo. ¡Ay, triste de mí! ¡Cuándo mereceré los bienes que me ha dado y los honores que me ha hecho y me hace todos los días! ¡Qué abuelos me ganaron, qué hadas supieron concederme que esta reina de nobleza a sus propias expensas me levantase del polvo!

Melchor de Pando, que todo esto había oído, dijo:

—Curial, ¿por qué decís palabras de mujer? Enjugad las lágrimas que tenéis demasiado prontas, y no son de caballero; no os haga daño el bien; leed vuestra carta, y no os quejéis antes de tener razón.



Curial leyó la carta y halló en ella palabras muy consoladoras y promesas de segura y firme esperanza, de que se le serenó el corazón. Después que una y muchas veces la hubo leído, mojada de los besos de sus labios, la plegó en pliegues estrechos, y atándola con un hilo de seda amarilla y negra, se la colgó sobre el cuello, y desde aquel punto la llevó siempre sobre el corazón incrustada en un león de oro con muchas piedras preciosas y grandes perlas orientales. En tal relicario fué puesta la primera carta que Curial tuvo de Guelfa. Pero como con todo esto hubiesen consumido el resto de la noche, a invitación de Melchor retiráronse a dormir.

No habían mucho dormido, que llegó el día, y el sol claro y luminoso arrojó las tinieblas de la faz de la tierra. Melchor de Pando, levantándose, oyó a la puerta de Curial gran ruido de trompetería y bullicio de ministriles y de mucha gente notable; fué a Curial y le despertó, diciéndole:

—Levantaos, Curial; saltad del lecho. Ved la calle y la casa llena de gente numerosa que viene a honraros.

Y como él se levantase, el duque de Hostalrich llegó acompañado de mucha notable gente, y en la puerta de la cámara empezó a dar grandes voces:

—¿Qué es de vos, Curial?

Por lo que Curial, saliendo afuera, hizo reverencia al duque y en agradables palabras pasa-



ron un rato durante el cual acabó Curial de vestirse.

Mas el emperador, que no había dormido toda la noche, envió a Curial el donativo siguiente: una gruesa correa con muchas perlas raras y piedras preciosas, que era de muy alto precio; un collar de oro con perlas, tan grandes que jamás parecidas se habían visto, y muchos diamantes y rubíes; un esquero de oro muy rico y dos vestiduras: una de raso verde obscuro, bordada en la siguiente forma: tenía en torno las faldas árboles con sus raíces; tronco y ramas eran de perlas; las hojas todas, de oro fino, y el fruto, que eran moras, conponíase de esmeraldas y zafiros muy preciosos, y de tal manera estos árboles ocupaban toda la vestidura, que de ésta no se advertía el paño; la otra era de terciopelo negro, y tenía en la falda una cabeza de dragón muy bien bordada, que parecía devorar al hombre que la vestía, y cuyos ojos eran dos grandes rubíes, tan resplandecientes que eran de inestimable precio. Dióle además toda su vajilla de oro, cuatro caballos muy hermosos y diez hacaneas muy bellas.

Cuando, acompañado de aquellos duques y señores, Curial empezó a salir de su estancia, atendió el envío del emperador. Fué mirado por todos, y todos al emperador loaron de gran magnificencia, diciendo que en esto muy notablemente había obrado; con lo que Curial tornó atrás y vistióse una de aquellas vestiduras y púsose al-



gunas de aquellas joyas, y por aguinaldo, Curial dió al portador todo su paramento de escudero, de que fué muy loado. Llegaron los duques de Baviera y el otro duque, su yerno, y con el mayor honor que rendirle pudieron le condujeron al palacio del emperador, donde el gran banquete estaba dispuesto, porque el emperador hizo sala a los reyes, príncipes, duques y condes que allí estaban.

No se maraville nadie de que aquí no se hable de Jacobo de Cleves, ya que no corresponde a nuestro objeto hablar de él, porque solamente hemos dispuesto narrar los hechos de Curial, y, por otra parte, aunque Jacobo de Cleves era festejado, honrado y favorecido, en comparanza a lo que por Curial se hacía era muy pobre cosa, y así no curamos de ello al presente.

Melchor de Pando temía mucho que Curial no tuviese valor para decir al duque de Baviera del matrimonio que le había suscitado, viéndole de tanta grandeza y que no era de rehusar el rey del mundo. E imaginaba que si Curial otorgaba, atendida la fama que había conseguido, llegaría a oídos de Guelfa, cuya vida sería ya poca cosa. Por todo lo cual logró acercarse a Curial entre la multitud que allí había, y le dijo a media voz:

—Curial, si el duque de Baviera vuelve a hablaros, recordad quién os ha hecho hombre; esto es, de Guelfa, a la cual, si a ello dais lugar, convendrá justa muerte o vivirá vida dolorosa.



Curial que oyó el nombre de Guelfa, miró la cara a Melchor y trasmudóse, perdiendo el color, por lo que el emperador le dijo:

—Qué es esto, Curial, ¿hay novedades?

Respondió Curial:

—Señor, a este prohombre que aquí está tengo por padre, y casi me ha nutrido a sus expensas, me ha hecho hombre, dándome en todo tiempo copiosamente cuanto he tenido que menester, y ahora ha venido a recordarme un negocio que mucho me pesa, porque me es muy necesario apresuradamente volver a mi país. El emperador volviose a Melchor, y tomándole, le dijo:

—No te arrepentirás de lo que con este caballero has hecho, porque ciertamente ni tu vejez ni tus bienes podías emplear mejor que favoreciendo a tal caballero como es éste, y al cual más que a otro en el mundo quisiera parecerme, y así cuida si mi ayuda puede en algo aprovecharte, y dilo, que por amor de Curial no ha de faltarte.

El prohombre se dejó caer a los pies del emperador, y semejantemente Curial, vergonzoso le besó las manos, dándole infinitas gracias por su oferta. El emperador sentóse a la mesa con los reyes, Curial y la duquesa solamente. En otra mesa, frente a ésta, sentáronse príncipes, duques y grandes señores, y con ellos Jacobo de Cleves y Melchor de Pando, y otras mesas después, a las que se sentaron los grandes barones y caballeros. La fiesta fué muy grande, y fueron servidos espléndida y copiosamente muchos manjares y vinos

preciosos. No detallaré el orden de tal convite, por no tener tiempo. Terminado el yantar, los ministriles vinieron e hicieron sonar los cuernos, con lo que el emperador, tomando sonriente la mano de la emperatriz, comenzó a danzar, y después de él otros muchos siguieron y danzaron. Grande y muy alegre fué la fiesta que el emperador hizo aquel día, tanto que todos estaban maravillados, puso aun cuando se hubiesen reunido todos los reyes del mundo, no hubiera podido mostrar mayor boato.

Laquesis.

Pasada la fiesta, el duque de Baviera, no olvidando lo que había empezado cuando el emperador se fué a descansar, tomó a Curial de la mano y le rogó que cenase con él. Accedió Curial muy agradablemente, y en seguida le condujo al palacio, y determinó ofrecerle gran fiesta. Así ordenó que en la mesa principal no tomasen asiento sino la duquesa y Curial, y que sólo mujeres sirviesen, entre las cuales ordenó que la duquesa libertada, que era su hija mayor y se llamaba Clotilde, fuese la camarera mayor, y su hija doncella, que Laquesis era llamada, escanciara el vino. Era esta Laquesis doncella que apenas el año quinceno traspasaba, harto desarrollada la persona y de maravillosa belleza, y que en aquel día dióse ayuntar artificial belleza a la natural de la que Dios Nuestro Señor la había dota-

do con ventaja a todas las otras del imperio de Alemania, copiosa y abundantemente. No quiero entretenerme en escribir al menudo todas las circunstancias de su belleza; mas quien quiera saberlo lea en Guido de Colupnes la descripción de la belleza de Elena, y conténtese con ello, y piense que a Laquesis ni le faltaba belleza alguna que verdaderamente tal la había producido en el mundo, con gran estudio, la Naturaleza, para maravilla de las gentes. Y sobre todas las bellezas que tenía, contaba con unos ojos los más bellos, resplandecientes y alegres de que en algún tiempo se tuviese memoria y con los cuales a todo el que miraba toda otra cosa al punto ponía en olvido, entrando sólo en cuidado de mirarla a ella. Así, sólo con los ojos, a muchas bestias que, a no ser ella en otro lugar, buscaran libertad, tenía en apacentamiento, no obstante ser tan fría que en ningún tiempo de ningún hombre por hermoso y valiente que fuese había podido prendarse, ni hombre alguno pudo conocer que ella más a una parte que a otra se inclinase, y a muchas, que sin ella hubieran muchos cortejadores, obligaba a forzada honestidad. Además de esto, todas las cosas que hacía y decía eran hechas o dichas con tanta gracia y donaire que era admiración soberana. Por todo ello, como Curial la mirase atentamente, y particularmente contemplase todas sus bellezas, hurtó en seguida su corazón a Guelfa, a la que primeramente se lo había dado, y se dispuso a presentarlo a Laquesis, que tenía los ojos

adentrados en los de Curial y, contenta de la apostura y caballería de éste, pensaba la manera con que más podía placerle. Y mientras los dos estaban así alienados, una noble doncella, llamada Tura, que a Curial servía los cuchillos y que no menos de él se había prendado, advirtiólo, y viendo que Curial no comía, como era apta y harto bella, dijo:

—Curial, ¿mirándome a mí se os olvida el yantar, o por ventura no os satisface mi servicio?

Entonces Curial despertó el corazón, y apartando los ojos de donde los tenía puestos, alargó la mano al plato e hizo apariencia de comer.

Dijo entonces la duquesa:

—Tura, placer me has hecho solicitándole.

A lo que Tura contestó riendo:

—Señora, tiempo hace que lo hubiera hecho; pero temiendo el uso de su tierra, que dicen que si les convida se van, he callado.

Mucho rió la duquesa, y Curial, notando que de él reían, rió un poco; pero no fué poderoso a contestar. Empero, comía poco y bebía menos, porque no se atrevía a pedir por tal que Laquesis, yendo a su copa, no le volviese la espalda. Pero la duquesa mandó a Laquesis que escanciase vino a Curial. Vestía aquel día Laquesis una vestimenta de damasco blanco forrada de armiño, bordada de ojales, de los que salían lazos de oro de diversas maneras anudados. Y aunque los lazos eran vacíos, muchos, ciertamente, habían caído en

ellos, y entre otros, Curial, a quien tanto el lazo estrechaba que ya no podía huír. Laquesis, acompañada de muchos caballeros y doncellas, fué por la copa y la presentó a Curial. Verdaderamente conoció Curial ser gran cargo tomarla de manos de Laquesis; pero no menos comprendía serlo mayor dejarla con ella en la mano, rehusándola; por lo que, alargando el brazo, tomó la copa y bebió. Cuando Laquesis recobró la copa, su madre la duquesa le dijo:

—Laquesis, bebe el resto por amor de Curial.

Y así lo hizo. Y después, dijo la duquesa:

—Curial, ¿qué os parece mi hija?

Curial contestó:

—Verdaderamente, señora, creo que tenéis la más bella y donosa hija del mundo.

Replicó la duquesa:

—¿Y qué es aquello que mejor os parece en mi hija?

Respondió Curial:

—Señora, todas las cosas que veo en Laquesis son las más bellas del mundo; empero sus ojos son tan bellos, que no creo que Dios sepa otra vez hacer otros tales, y, ciertamente, su vestimenta concuerda bien con su faz.

Estas y otras cosas habladas, la cena concluyó. No he de entretenerme en describir los manjares y nombrar a los convidados; sepan todos que nada faltó de lo que pueda ennoblecer un banquete.



Luego que las mesas fueron alzadas, llegóse el duque a aquella parte y mandó a su hija que se sentara al lado de Curial, de lo que él hubo más contentamiento que de cosa alguna que pudiera acontecerle. Sentáronse entonces muchos condes y grandes barones, damas y damiselas, y jugaron alegremente a muchas maneras de juegos, según se acostumbra en las grandes Cortes en tales fiestas. Los juegos pasados, como fuese ya transcurrida gran parte de la noche, todos marcharon; pero el duque no dejó a Curial salir aquella noche de su palacio. Contrariamente, ordenó que durmiese en la cámara, muy ricamente engalanada, en que solía dormir Laquesis. No tuvo manera Melchor de Pando de decir una palabra a Curial, tan circuído le vió de damas y doncellas que a aquella estancia le acompañaban, por lo que, con mucho disgusto, aunque muy bien acompañado, a su casa volvióse. Entrado Curial en la estancia, y hecha colación, dijo la duquesa:

—Curial, he aquí el lecho de Laquesis; dormid bien y guardaos de soñar algún mal.

Curial contestó:

—Bien me imagino, señora, que este lecho será placentero; pero creo que no es para dormir ni reposar.

Con lo que la duquesa, entendiendo la palabra de Curial, riendo, se despidió, y fuése con las demás mujeres.

Lo que soñó Curial en el lecho de Laquesis.

Quedó solo Curial con sus servidores, y luego que se vió libre de la gente que le infestaba, tomó conocimiento de la alcoba de Laquesis, y la vió muy finamente provista de todas aquellas cosas que a tal señora convenían, y entre otras, había, en una parte, un altar con un retablo de Miseñor San Marcos, muy finamente acabado. Y en cuanto vió a San Marcos en figura de león, se acordó de Guelfa, y, olvidados súbitamente los ojos de Laquesis, se tuvo por culpable, e hinojándose ante el altar, en voz baja dijo, "¡Ah, cativo de mí! ¿En dónde estoy? ¿Qué viento me ha transportado de una tierra a otra? ¡Oh desventurado, hombre de poco juicio! ¿Qué he hecho y qué penitencia será bastante a purgar tan grande crimen como he cometido? ¡Ah, corazón desleal! ¿Qué has pensado? ¡Ah, ojos falsos y traidores! ¿Por qué no os arranco ahora de mi rostro por tal que otra vez no me hurtéis a aquella de quien soy?"

Y mezclando con estas palabras infinitos sollozos y suspiros, recordando el gran entuerto que a Guelfa había hecho mirando a Laquesis con ojos deseosos, tuvo deseo de dolerse gravemente; pero pensando que le oirían los que en la habitación estaban, no osaba hablar; por lo que, alzándose del altar fuése al lecho, el cual estaba muy ricamente cubierto de un cobertor de damasco blanco, forrado de armiño bordado de ojos y de

lazos de oro, según la vestimenta de Laquesis. Del mismo damasco eran las cortinas, en la misma forma bordadas; Curial, mirando el lecho, maravillóse mucho no sólo de la belleza de Laquesis, sino de su aptitud, juntando a esto el no creer que más apta doncella hubiese en el mundo. Y mientras así pensaba, olvidados los sollozos, alargando la mirada, vió una recámara que allí había, en la que Laquesis acostumbraba a vestirse y engalanarse. Entró en ella. Estaba empaliada de raso y había otro lecho muy bello y muy rico sobre el cual se veían todas las joyas de Laquesis; esto es: frontales de perlas, arracadas, collares, petrales, alfileres, cadenas, cinturones, pulseras, cierres, anillos y muchos otros joyeles de oro con piedras y perlas de inestimable rareza. Y entre las otras cosas le plugo mucho un cierre asaz grande, en el que había muy grandes perlas y diamantes muy ricos, y en cuyo centro un león, con dos rubíes finos por ojos, aparecía con el pecho llagado, y de las llagas salía un cartel con letras que decían: "Corazón deseoso no alcanza reposo." Empero, la vista de este león no tuvo tanta virtud como la del retablo, ya que no le trajo a Guelfa a la memoria; antes por el contrario, extendiendo la mirada y contemplando una a una las joyas, decía para sí: "Ciertamente, no convienen cosas menos preciosas a una señora tan noble como ésta." Y mientras las estaba mirando, la noche trasponía sin que Curial lo advirtiese, por lo que sus servidores le dijeron:

—Curial, antes de poco será el alba.

Con ello Curial se desnudó al punto, y apenas se había acostado, acometióle un dormir tan fuerte como letárgico, y durante el cual, soñando, le sobrevino la siguiente visión:

Se le apareció un zagal muy pobre que andaba desnudo, sin vestidura alguna, pidiendo limosna de casa en casa sin que en ninguna nada le diesen ni le tuviesen misericordia, hasta el punto que creía llegada la hora de perecer de hambre. Como se extremase y se hallase ya en punto de muerte, vió en una puerta una mujer tan bella que a Venus hubiera contentado tanta belleza como ésta tenía. Vestía toda de negro, con hábitos de viuda, y sin que el zagal se atreviese a hablarla ni a pedirle limosna, tan digna de reverencia la veía, ella le llamó y le dijo: "¿Qué buscas, zagal?" El respondió: "Señora, morir de hambre y de frío." En seguida la mujer aquella desnudóse sus ropas y vistióselas a él, que fué visto que bien le venían. Llevóse la mano al pecho, y arrancándose el corazón le dijo: "Come este pan y regocíjate, que bastará a aplacarte el hambre." Comía el zagal aquel corazón, y se comprendía que otro manjar más dulce no halló sobre la tierra. Así comiendo vióle crecer y convertirse en garrido varón. Entonces la mujer le dijo: "Come bien y sáciate con esta condición: que si en algún tiempo me ves morir de hambre, tengas piedad de mí." Y así le fué prometido por el zagal. Luego el mozo, ya hombre, se fué, y Curial y la mujer

quedaron. Siguióse a esto el poder verla en muy pobre estado, triste y muy afligida, descompuestos y mal peinados los cabellos, dolorida y sin color la faz y casi muriendo de hambre, y tan flaca que entre la piel y los huesos nada de carne tenía. Demandaba de comer a aquel a quien ella había hartado, y él no la quería dar; por el contrario, le volvía la espalda y del todo la olvidaba. Viendo esta ingratitud, la mujer desfallecía e ignoraba a qué remedio acudir ni tampoco quería tomar nada de lo que otros le dieran, de que estaba a punto de fallecer, mayormente viendo que aquel mal hombre a otra mujer daba el pan que ella debía comer. Por esta razón Curial quería matarle. Vió luego abrirse los cielos y que Febo, que ve todas las cosas, contó a Venus esta ingratitud, por lo que al punto Venus, airada, ordenó a su hijo Cupido que fuese en ayuda de la desvalida. Con lo que Cupido tomó su arco y lanzó dos flechas, una de plomo y otra de oro. La de plomo hirió a la mujer en la mitad del corazón, y la de oro, al hombre ingrato, y tan fuertemente le hirió, que la mujer se dormía y el hombre pasaba y sufría la mayor pena del mundo y deseaba la muerte, pero no la podía conseguir.

Duró este sueño tan gran espacio que llegó el día, y el sol, abiertos los ojos, doraba toda la faz de la tierra. Aun dormía Curial cuando llegó Melchor de Pando, que llamó a la puerta y le fué abierta. Al entrar vió a Curial que dormía, y despertándole dijo:



—Curial, demasiado dormís.

A estas palabras despertó Curial, como si de la muerte fuese llevado a la vida, y sentándose turbadísimo en el lecho, dijo:

—Padre mío, me habéis quitado del mayor trabajo del mundo, pues estaba a punto de matar al más ingrato y desalmado hombre que yo creo que haya habido en la tierra. Y a continuación le explicó punto por punto el sueño que había tenido. A ello Melchor de Pando, moviendo la cabeza, respondió tan sólo:

—Mala cosa es la ingratitud, y os digo que es tan gran pecado, que ni tarde ni en ningún tiempo alcanza remisión.

Curial no entendió lo que Melchor quería decirle, y se levantó prestamente del lecho.

El amor de Laquesis.

Abrióse la puerta y penetró una doncella de Laquesis, de otras doncellas acompañada; llegó hasta Curial y le presentó aquella veste blanca que el día anterior había vestido Laquesis, y así le dijo:

—Curial, Laquesis se recomienda a vos y dice que ayer, en la cena, os prendasteis de sus ojos, y si pudiesen aprovecharos y haceros algún placer luego que se los arrancase, no cuidando de su daño los hubiera ya arrancado de su rostro para ofrecéroslos; pero conociendo que a vos no había



en nada de serviros y a ella le pondrían en gran necesidad, ha renunciado; empero os manda éstos de sus vestidos, rogándoos que si queréis su vida, os hagáis con ellos jubones, y que viéndolo ella os los vistáis.

Curial tomó la veste e hizo tan gran fiesta que no es para descrita. Y dando infinitas gracias respondió que así se haría como Laquesis mandaba, a la cual rogaba que le recomendase. Y en seguida a un servidor suyo ordenó que de aquellas ropas se hiciesen unos jubones, según se había dicho. Y de que estuvieron hechos, otros jubones no vistió Curial sino los de aquella veste.

Melchor de Pando, que esto vió, dijo:

—Curial, esta doncella puede tener Laquesis por nombre; pero es Antropos, y esta verdad ha de probarla el tiempo.

Los honores en que Curial se veía, y que de día en día aumentaban como si hubiese bebido el Leteo, le hicieron no solamente olvidar las cosas de Monferrato, sino desdeñarlas. Por ello, aunque Melchor de Pando le incitase a volverse, Curial no lo ponía en obra, antes vivía tan contento que no le parecía que estas fiestas tuviesen que terminar nunca.

Ya estaba el duque fuera de la estancia, y a punto de empezar la misa, cuando salió Curial, y se llegaron a su encuentro la duquesa y Laquesis. Esta, al verle, trasmudóse y perdió su natural manera. Casi fuera de sí balbució:

—Curial, buen día os dé Dios.



Curial, no menos turbado por la belleza de Laquesis, abrazóla, llevándola del brazo. La duquesa dijo:

—Curial, ¿habéis dormido bien?

Curial respondió que sí. Y fueron a misa. Hizo el duque mucho honor a Curial, y a cada momento esperaba que le pidiese por esposa a Lequesis, ya que él se la había ofrecido. No obstante, Curial, a pesar de las cosas que veía, no podía creer que se la concediesen, y por otra parte, acordándose de Guelfa, no tenía ardidez para seguir adelante. Y por ello estaba azarado y no se atrevía a abrir la boca para hablar de ello. Acaso si el duque le hubiese hablado de nuevo, él se hubiera esforzado; pero al duque le parecía deshonesta cosa insistir, y así el hecho no se ejecutaba. Oyendo la misa, como llegase el momento de darse la paz, el duque la tomó, llamó a su hija, y besándole, le dijo:

—Bella hija, id a Curial y dadle la paz.

Por lo que Lequesis, cumpliendo el mandamiento de su padre, le dió paz. Al besarse Curial y Laquesis tanto se encendieron y turbaron, que abiertamente conocieron todos que estaban enamorados. Laquesis quedó encarnada y temblorosa, como quien nunca había amado. Semejantemente turbóse Curial. Como ella, con pasos desacompasados a su sitio quisiese volver, y le faltasen las fuerzas en forma que parecía que no podía moverse, Jacobo de Cleves, advirtiéndolo, corrió a ayudarla, y con gran esfuerzo la condujo al

lugar de donde había partido. Ella, como enamorada primeriza, no sabiendo ocultar las pasiones, dos veces se volvió a Curial. Así llegó hasta la duquesa, su madre, que al recibirla le dijo:

—Todo el color has perdido.

Laquesis contestó:

—Señora, desde la madrugada me acomete una angustia que me cuida a desmayar, y ahora me acometió más fuerte, y si no es porque Jacobo de Cleves me ha ayudado, por fuerza hubiese tenido que sentarme antes de llegar aquí.

La duquesa la desciñó, y metiéndole la mano por los vestidos hasta el corazón, le halló tan palpitante que era maravilla; pero ciertamente el pulso se le había debilitado, y por más que fregasen los brazos, no se restablecía. Acabada la misa, todos se acercaron al duque y le acompañaron a su estancia.

Como hubiesen entrado, llegó un mensajero del emperador, que dijo a Curial que el emperador le esperaba a comer y que le contaría buenas nuevas. Por lo que, despidiéndose del duque, de la duquesa y de Laquesis, marchó Curial hacia el palacio del emperador.

Cuando Laquesis, que le veía partir, le hubo perdido de vista, todos los espíritus le huyeron, y con temblorosa voz, volviéndose hacia su madre, dijo:

—Señora, yo muero.

Y perdido al punto el color y blancos los labios, cayó en tierra, perlada de un frío sudor. La du-

quesa, su madre, dió grandes voces, y con agua fría y otros argumentos se esforzaba en reducirla al primer estado; mas como esto poco valiese, la madre, que era avisada señora y bien imaginaba este daño de dónde podía venir, empezó a gritar: "¡Laquesis, he aquí a Curial!" Con lo que Laquesis, al nombre de Curial, no menos que Píramo al de Tisbe, abrió los ojos y los brazos y tendió el cuello, mientras su madre la besaba muchas veces. Mas como se viese engañada, y no sabiendo encubrir su pasión, preguntó:

—¿Dónde está?

Respondióle su madre:

—Aquí está, hija mía, y dice que si no te esfuerzas, él muere.

En seguida la llevaron al lecho.

No había aún llegado Curial al palacio del emperador, cuando la duquesa envió un mensajero, y como Melchor de Pando le conociese, preguntóle:

—¿Qué quieres?

—Señor—dijo el mensajero—, en cuanto Curial partió, no sé qué extraño accidente sobrevino a Laquesis, que cayó como muerta, y si no que con el nombre de Curial la han animado, muerta estaba ciertamente, por lo que la duquesa le ruega quiera volver, y Laquesis no morirá por el deseo de verle.

Melchor le contestó:

—Amigo, vuelve a la duquesa y dile que Curial ya lo sabe, y habría vuelto ya muy de su



grado, si no por la gran prisa con que el emperador quiere que vaya a su lado; y en cuanto sepa qué es lo que el emperador de él desea, cumplirá el mandamiento de la duquesa. Con ello el mensajero fuése sin que Curial tuviese noticia del accidente de Laquesis.

A la llegada de Curial hízole el emperador gran fiesta y le dijo:

—Oíd, Curial, lo que dice este heraldo.

E interrogándole Curial al heraldo, contestó:

—Señor caballero, yo vengo aquí para publicar que el rey de Francia ha ordenado un torneo ante Melún, que se celebrará dentro de seis meses, y en el cual justará el rey personalmente. Y será dividido en cuatro partes, esto es: los caballeros que acudan al torneo y sean amorosos de viudas irán con paramentos burieles y negros; morados, si de mujeres casadas; verdes y blancos, si de doncellas, y negros y verdes, si tuviesen el amor puesto en monjas. Por esta razón será conocido cada uno de ellos en la calidad de sus amores. Sabed ahora que el duque de Bretaña y el duque de Orleans, que son jóvenes y muy valerosos caballeros, el primer día de junio, y con licencia del rey, cabalgarán cada uno con doscientos hombres de su casa, y como caballeros andantes irán por todas las comarcas y combatirán con todos los caballeros que acudan al torneo que encuentren por los caminos. Y aquel caballero que no vaya como andante, no será admitido en el torneo, ni le será rendido honor, ni será

tenido como caballero. Certifícoos que muchos duques y condes y otros grandes señores, esto sabiendo, apréstanse para cabalgar el primero de junio dispuestos a acrecentar su honor.

Oyendo esto se le encendió la sangre a Curial. El emperador le abrazó, y haciéndole muy grande fiesta, díjole:

—Imagino que no faltaréis, Curial.

A lo que respondió:

—Señor, no me pertenezco, y por tanto no sé qué me será mandado.

Y volviéndose al heraldo, le preguntó:

—Dime, amigo, y si el caballero que va al torneo en ningún tiempo tuvo amada, ¿qué llevará?

Respondió el heraldo:

—Blanco.

Replicó Curial:

—Y si la ha tenido y ahora no la tiene, ¿qué hará?

Respondió el heraldo:

—Vestirá colores negros.

A este punto, riendo, intervino el emperador:

—No creo, Curial, que ninguno de estos dos colores os convenga a vos. Pero ahora veremos cómo se ingeniarán los que amor hacen entender a muchas.

Dispuesta la comida, pusiéronse a la mesa, y luego que hubieron comido, retiróse el emperador y Curial se fué a su hospedería.

Halló en su habitación el lecho de Laquesis, en el que había dormido la pasada noche, empa-

liado y dispuesto según entonces estaba, de lo que Curial alegróse mucho e hizo gran fiesta. No así Melchor de Pando, a quien le pareció que una llama habíale dado en el rostro. Empero, comprendió que estando Curial muy encendido en el amor de Laquesis, si quería vencerle de una vez, podía romper con él, perdiéndolo todo, y determinó dárselo a entender poco a poco. Por ello dijo:

—¡Ah! ¡Cuánto placer gustará Guelfa y cuánta alegría llenará su corazón cuando sepa los honores que habéis recibido así en la batalla como fuera de ella! Ciertamente, creo que más satisfecha mujer no habrá en el mundo. Así, Curial, yo os ruego que os partáis pronto de esta tierra y vayamos cuanto antes, en nombre de Dios... Porque sabed que es de discreto, mientras duran las fiestas en esplendor, marcharse y no esperar a que decaigan, a fin de no obtener disfavor. De otra parte, ya veis que ha sido convenido torneo, y así hemos de irnos para ver qué sea lo que Guelfa ordene de vos. Seguro estoy de que, aunque el mismo emperador acuda, trabajoso se verá para llegar en tan rico estado como vos, aunque vaya mejor acompañado.

Mostró Curial gran placer oyendo lo que Melchor decía, y respondió:

—¡Ah, desdichado de mí! ¿Cuándo la veré? ¿Podré vivir tanto y me hará Dios la gracia de que pueda acrecentar su honor sobre el de todas las mujeres del mundo, tal como ella merece, más que todas las otras?



Replicó Melchor, y dijo:

—Curial, despedíos hoy tan sólo del emperador y partid, que huéspedes y pescados a tres días hieden. Y como os viesen aquí en entretenimientos, amenguaría vuestro honor. Id en buena hora adonde hubisteis principio. Pensad que si ahora os partís de aquí dejaréis la más noble fama de caballero, la cual podríais perder por mil accidentes de los que un hombre no se puede guardar.

A esto respondió Curial:

—Padre mío, no decís sino verdad; empero, tomar tan aína la despedida sería reprochable cosa; mas ruégoos que visitéis a toda mi gente por tal que yo vuelva a Monferrato, y entretanto yo despacharé.

Mientras ellos en esto estaban, llegó un mensajero de la duquesa, y después de saludar a Curial, así le dijo:

—Señor, Laquesis entró ya en mejoría.

Díjole Curial:

—¿Qué ha tenido Laquesis?

Contestó el mensajero:

—Sabed, señor, que luego que partisteis de la mansión del duque, la acometió un desfallecimiento tan grande que hasta ahora la tuvimos por muerta, pero ya está mejorada, gracias a Dios.

Respondió Curial:

—Por mi fe, hasta este instante nada he sabido.

Al punto montó a caballo y fuése a la mansión ducal, donde le recibieron con grandes honores.

Condujéronle a la estancia donde Laquesis estaba acostada, y como ésta le viese, perdió el sentido y se desmayó. Su madre gritaba: "¡Ah, Laquesis, hija, hija mía, Laquesis!" Y rogó a Curial que la besase, y así lo hizo, con lo que, besándola muchas veces, ella recobró el sentido, y dijo:

—Curial, antes cuidé que me moría y envié a buscaros, y no me quisisteis hacer el bien de que os viese.

Curial se excusó diciendo que nada había sabido. Llamó entonces la duquesa al mensajero, quien dijo que Melchor había el ruego transmitido. Curial afirmó bajo juramento que nada le habían dicho ni de tal cosa había tenido noticia, de lo que sintió tanta ira en el corazón que fué maravilla. Y si no hubiese sido por el gran amor que a Melchor tenía, verdaderamente hubiera demostrado el enojo que tal acto le había producido. Mejorada Laquesis y restituída a buen punto de salud, Curial despidióse graciosamente; volvió a su mesón, y dijo a Melchor que se guardase otra vez de ponerle en tal prueba. Hízose la librea tal como Curial deseó, pero él vestía en todo tiempo jubones de la veste de Laquesis. Comenzó a aparejar su ropa, y una se hizo de seda negra y bordada en ella un halcón. No le quedaba por cumplir, pues, más que las despedidas.

En la del emperador, rogóle éste con porfiada reiteración que le visitase y que desde entonces quisiese escribirle todas las cosas que por él pudiese hacer, pues las haría antes que por cual-

quier otro hombre del mundo. Asimismo se despidió de la emperatriz. El duque de Hostalrich, que hubo noticia de que Curial se marchaba, llegóse a él presentándole dones muy preciosos y rogándole que tomase todo lo que le moviese a placer, y aun dióle una espada de tan rico valor que no puede apreciarse ligeramente. Despedido así del duque y de la duquesa, fuése al palacio del de Hostalrich para despedirse. Viéndolo llegar, Laquesis hízose la encontradiza y rogóle que aparte le quisiera escuchar un momento. Apartado que se hubieron de los demás, Laquesis empezó así:

—Curial, la necesidad que me veo puesta ha apartado de mí la vergüenza en forma que me ha impelido a decir lo que de buen grado hubiera callado. Y pensando que alguna disculpa tiene la doncella o la mujer que ama o quiere amar en haber escogido hombre noble y valeroso y conveniente a su nobleza, tengo valor para hablar, y aunque de otro modo debiera comportarme, a tal punto he llegado, que, aunque quisiese, de otra manera no podría conducirme. Verdad es que en ningún tiempo amé a ningún hombre, ni mi corazón jamás pudo inclinarse a amar a nadie. Mas ahora del todo le siento apasionado y fuera de mi arbitrio y en vuestro poder, por lo que os suplico que, puesto que le tenéis a vuestra ordenanza, le queráis tratar bien, de manera que no fallezca, y yo con él, ya que no imagino que por amaros lo hayamos merecido.

Y dichas estas palabras, no pudiendo retener las lágrimas, lloró muy amargamente. Curial contestó:

—Señora, bien cierto es que no hay cosa en el mundo que en vuestro servicio pueda hacer que no la haga antes que por otra doncella en el mundo viva. En lo que me requerís que trate bien vuestro corazón, así os requiero que me tratéis bien a mí, que paso no menos pena de la que vos decís que pasáis por mí.

Esto dicho, se despidió de todos, vistiendo presentes de inestimable precio, y así despidiéndose también de los otros señores y señoras, cabalgó y partió, y a su camino dió principio.

Laquesis, que vió partir a Curial, empezó a entristecerse mucho, lo que conociendo su madre, le dijo:

—Hija, no te duela la partida de este caballero, porque por amor a ti tanto he de rogar, que iremos al torneo a verle.

Contestó Laquesis:

—Señora, ciertamente algún consuelo sería para mí la certeza de ir y ver a Curial; pero, ¿qué dioses me darán seguridades de que tanto pueda resistir que antes no haya muerto por él?

La madre le dijo:

—Hija mía, es preciso que así no os contristéis; antes al contrario, esforzaos y pensad que todas las más hermosas doncellas del mundo allí estarán, y así procurad que con ellas pueda compararos y que vuestra tristeza no os amengüe

la hermosura de modo que en aquel caso y por vuestra culpa se hiciese de vos poca mención, y quien hoy os tiene en mucha estima podría aquel día apreciaros en poco, porque sabed que amor no quiere corazón triste y afligido. Así, pues, consolaos y haced por trasmitirle alguna cosa que por vos lleve en el torneo, a fin de que le podáis conocer. Consolóse Laquesis, y desde aquel punto puso todo su cuidado en acrecentar aun más su belleza, según su madre le había aconsejado.

El amor de Guelfa.

Harto hemos hablado ahora de Laquesis y de Curial, y hemos olvidado a Guelfa, la cual tenía no pequeño deseo de ver a Curial, y por la salud de éste vivía en continuos ayunos y oraciones. Todos los días oía tres misas, cuando llegó a ella noticia de la primera batalla librada en bien del anciano caballero, de la que hubo gran placer e hizo en su corazón tan gran fiesta, que fué imponderable maravilla. Parecidamente el marqués mandó hacer fiesta en su casa y dijo muchas palabras en loor de Curial, de que Guelfa experimentó gozo muy puro. No obstante, no lo aparentaba; por el contrario, decía no ser cosa nueva que un caballero valeroso y fuerte, defendiendo mala causa, fuese vencido por otro menos valeroso, y que tal cosa veíase cada día. Empero, daba encubiertamente motivo para que de tal

acto se hablase mucho, de lo que recibía consolación soberana, y otro bien no tenía que oír hablar de.Curial. Unas noticias hacen olvidar otras, y llegaron las del gran honor que el emperador había hecho en la llegada de Curial, de las grandes fiestas que se hicieron, de que de otra cosa no se hablaba y de que aquél se tenía por mejor que más le había honrado. Tanto plugo esto a Guelfa, que apenas lo podía ocultar; pero a todas horas decía que ella bien creía que grandes fiestas le hicieran tanto por lo que había hecho como por lo que había de hacer; pero que había que pensar razonablemente que la fama es mayor que los hechos, y que muchas veces los hombres narran con largueza lo que ven y lo que oyen. Todos, no obstante, hablaban de Curial, porque los que habían ido en su compañía escribían todos los días, y el marqués sabía todas las cosas que comunicaba en seguida a su hermana, la cual las sabía ya de antemano; pero las callaba mientras las evidenciaba el marqués. Sabido por Guelfa que el día de San Marcos había de ser la batalla, comenzó a entristecerse y a sentir en el corazón dolor muy grande, y perdiendo el sueño y el apetito, desmejoróse, amarillá y descolorida. Los médicos cuidaron sanarla, la purgaban y sangraban, y ella todo lo tomaba, y seguía, según ellos ordenaban para justificar su dolencia, de la que ellos no tenían conocimiento alguno. Mas como empeorase de día en día, dijo a su hermano que quería ir a un monasterio de damas, muy

devoto, que allí había, y que si tenía que morir de este accidente, en él quería ser enterrada. Elogió el marqués este deseo, y allí al punto la llevaron, rogando su hermano que nadie la visitase.

Entretanto, Guelfa había mandado labrar una imagen de San Marcos, muy finamente acabada, y habiendo hecho levantar un altar donde yacía, continuas misas ordenó que se dijesen y hacía grandes limosnas en todos los hospitales y en todo lugar donde tenía noticia de que hubiese pobreza, rogando incesantemente a Nuestro Señor Jesucristo y a su gloriosísima madre que ayudasen a Curial y le hicieran lograr la victoria. ¿Qué os diré de San Marcos? Voto le hizo de ayunar todos los años en su vigilia a pan y agua y asimismo voto le hizo de levantarle una iglesia dotándola noblemente. Así, la enamorada mujer, en ansias encendida, aguardaba la noticia que debía consolarla o matarla.

Llegado el día de San Marcos, convidó a todos cuantos pobres pudo haber, y ella misma, descalza, los sirvió, y todas las monjas con ella, de que todos estaban maravillados. Y aquel día, luego que fueron servidos todos los pobres, sin comer ni beber, metióse en el lecho, y ciertamente todas las religiosas creyeron que aquél fuese el último de su vida, por lo que avisaron al marqués. Luego que hubo llegado, le dijo:

—¡Oh, bellísima hermana!, ¿qué es este mal que padecéis que nadie lo ha podido conocer? Os ruego que pongáis de vuestra parte algún esfuer-



zo y veáis si hay alguna cosa que se os pueda dar con que no desfallezcáis en esta forma.

Ella respondió:

—Señor hermano: yo no sé qué mal padezco, ni vi en mi vida tan groseros médicos que ningún remedio me han sabido aplicar en ningún momento, con toda su ciencia, y plegue a Dios, que es poderoso para curarme y conoce mi mal, favorecerme y llevarme a la mejor parte, porque os aviso que si él no provee, tengo por seguro que dentro de ocho días habré dejado este mundo.

Mas como la hora de las vísperas se acercase, el marqués dijo:

—¡Ah desdichado! ¿En qué trabajos debe verse ahora Curial? ¡Quiérale Dios ayudar!

Y dichas estas palabras se despidió y se fué.

Guelfa, oyendo esto, llamó a la abadesa, y mandando a las otras que le hiciesen lugar, dijo:

—¡Señora, me muero!

Y en seguida, velados los ojos, perdido el color, inclinando la cabeza sobre las rodillas de la abadesa, cayó. Dió la abadesa grandes voces, y las monjas, que se habían alejado, tornaron, y con diversas maneras de argumentos se esforzaron en restituírle el espíritu que huía. Vanamente se aplicaron a ello; en verdad, Guelfa estaba, en este caso, mucho más cerca de la muerte que de la vida. Empero, largo rato transcurrido, reanimóse un poco y dió un suspiro, con lo que todas dijeron:

—¡Ay, señora, por Dios, haced un esfuerzo!



¡Ah, señor San Marcos, ayudadla, que hoy es vuestro santo día!

Como estuviese Guelfa muy trabajada así del dolor como del ayuno, durmióse un poco. No había mucho dormido, que vió en sueños dos raposas que delante de mucha gente querían matar a una mujer desnuda, mientras la gente debatía si la ayudarían o no. Como la mujer se tuviese ya muerta, llegaron dos leones muy bravos y fuertes, señaladamente uno, y ponía en huída a las raposas, de que la mujer era libertada y le daban sus ropas y la vestían. En aquel punto, meser San Marcos se aparecía a la mujer y le decía: "Ten buena esperanza. Curial mantenía buena justicia, ha llevado lo mejor en la batalla, y ya está fuera de la liza." Y así se borraron la visión y el sueño. Despertando, se le aclaró a Guelfa el rostro, y dijo que quería comer. Así, pues, las religiosas, con la mayor diligencia del mundo, la sirvieron, preguntándole cómo se sentía. Respondió:

—Mucho mejor que antes, y, a fe mía, creo que estoy sanada.

Estando en esto, llegó el marqués, a quien las monjas habían avisado, y halló a su hermana que comía, de lo que hubo gran placer, porque la amaba mucho.

Y la abadesa dijo:

—Señor, desde que os fuisteis de aquí ha estado en trance de muerte; pero ahora, merced a Dios, ya está mejor, y hablando de muchas cosas

Y el marqués volvió a decir:

—A esta hora ya se ha librado la batalla de los caballeros.

Guelfa no contestó ni dijo cosa alguna.

Y el marqués replicó:

—Cierto, quisiera que me costase una gran joya y saber en este punto cómo ha terminado la batalla, porque dudas tengo, a fe mía, que he sabido son los otros caballeros muy aguerridos y valerosos, y aunque Curial es harto valiente y fuerte, no se ha visto tantas veces en liza como los otros.

La abadesa, acuciada por el deseo de hablar, dijo entonces:

—Señor, yo he oído decir que Curial lleva en sus armas un león; pues sabed que esta noche pasada soñé que dos leones mataban a dos raposas, y en mí ánima creo recordar de este sueño que Curial y sus compañeros son los leones, y sus contrarios, las raposas que piden baratería, y así que vencidos han sido y no hay que esperar otra noticia.

Guelfa, volviendo el rostro hacia la abadesa, vió que el sueño concordaba con el que ella había tenido, y tuvo por dicho en todo caso que Curial había vencido, y dijo:

—Señor hermano, tantos son hoy los hombres que, por envidia o por otra causa, imputan infamias a las mujeres, que no se pueden contar; y si éstos injustamente acusaban a aquella señora, no esperéis sino buena nueva, porque Dios

es justo y no permite que largamente esté el palo del pecador sobre la suerte del justo, por tal que el justo no extienda la mano a cosas ilícitas; así, pues, dejadlos, que bien sanada quisiera estar yo, y, si se quiere, que venciesen los leones de la abadesa.

Esta replicó:

—Ahora os juro, en Dios, que verdaderamente los leones han vencido.

Respondió Guelfa:

—Porque así lo deseáis y en mi ánima creo que no hay nadie aquí que no lo quisiere por amor de Curial, pero mucho más por amor de la duquesa, que si de otro modo ocurrían las cosas, sería quemada.

—Por Dios—dijo la abadesa—, no será quemada, que los leones han vencido.

Sonrió Guelfa a su porfía y lo mismo hicieron los demás. Luego que mucho departieron, marchóse el marqués a su palacio. Guelfa quedó un poco confortada y dijo a la abadesa:

—Por mi fe, hame hecho placer vuestro sueño; lo mismo he soñado yo esos momentos que he dormido.

Añadió el hecho de la mujer desnuda, que ella pensaba que fuese la duquesa acusada y las palabras que San Marcos le había dicho.

Por lo que la abadesa dijo:

—Levantaos, señora; vengan todas las monjas, hagamos procesión y cantemos *Te Deum laudemus*, que Curial es todo nuestro y ha sido ciertamente

vencedor, y meser San Marcos, que es león, le ha ayudado.

Con lo que Guelfa se levantó en seguida, y como si mal ninguno tuviese, tan ligeramente anduvo que no había obstáculos que la detuviesen. Y hecha procesión, y rendidas gracias a Dios Nuestro Señor, cada una volvió a su retiro. Ardía Guelfa en deseos de hablar de Curial, y así mandó que se retiraran las demás, y ella quedó sola con la Abadesa, y empezó a tratar con ella de las nuevas. Y aunque mucho sabía, no supo, sin embargo, tanto que pudiese celar el amor que por Curial sentía; por lo que la abadesa conoció su gran afección. Así le dijo:

—Señora, yo os ruego por aquel Dios que puede traeros buenas noticias de las cosas que más amáis en este mundo, que me digáis verdad en una cosa que os preguntaré.

Respondió Guelfa que así le placía.

Dijo, pues, la abadesa:

—Señora: por todas vuestras palabras he conocido que estáis un poco enamorada de Curial, por lo que os vuelvo a suplicar que me digáis si es cierto.

Guelfa contestó así:

—Abadesa, amiga mía; yo no os ocultaría ni puedo ocultaros cosa alguna que a otra persona hubiese de descubir, y así hablaré con voz abiertamente; pero tened por cierto que no dejo de reconocer que si yo no puedo cubrir mis pasiones, mal las cubriréis vos u otro a quien se lo en-

comiende, sabiendo que en ello no os va tanto. No obstante, el deseo que tengo de hablar de esto y la oportunidad que me ofrecéis me fuerzan a que os diga lo que, si tuviese juicio, habría de celar. Pero esta pena tendréis de mí si las palabras que yo os diga salen de vuestros labios: os haré arrancar la lengua con que hayáis hablado. Desde ahora os respondo que yo no sé lo que es amor, ni lo sentí nunca, ni sé qué es; bien he oído decir que amor es alguna cosa, empero yo no veo que sea, sino encendido furor y pasión agradable. Cierto es que yo quiero bien a Curial, y si esto quiere decir amor, sea amor, que yo no lo sé, sino que tengo placer en oír hablar de él y deseo de que fuese lo mejor y lo más grande del mundo; que desearía que estuviese cerca de mí y de mí nunca se apartase. ¿Sabéis ahora todo mi espíritu?

La abadesa respondió:

—Si bien las monjas viven apartadas, algunas veces han sido requeridas por hombres de poco negocio, y más de cuatro veces he oído yo esta lección en mi juventud. Cierto, amor no es más que una grande y extensa afección que uno tiene por cosa que le place, la cual engendra deseo de complacerle en todo. Y este amor dura mientras la persona o la cosa le place, porque después ya no hay amor. Empero, os digo que habéis errado mucho no diciéndomelo antes, porque es gran alivio de la pena tener con quien hablar de sus pasiones.



Los celos de Guelfa.

Desde aquel punto, ambas se comunicaban todos los hechos y leían todas las cartas que había recibido. De otra cosa no hablaban, y eran tan amigas, que la abadesa le hablaba ya sin reverencia ninguna. Así pasaron algunos días, hasta que Dios quiso que Guelfa tuviese carta de Melchor, de cuando la batalla se había librado, narrándole al menudo todas las cosas, según las había sabido, de que Guelfa y la abadesa hubieron placer muy grande, pero callaron. No transcurrieron muchos días sin que un gentilhombre que el marqués tenía en compañía de Curial, y el cual todas las cosas había visto, hasta el donativo que el emperador le hizo, llegó y contó al marqués todos los sucesos tal como habían acontecido, desde el día que partieron de Monferrato hasta aquel otro en que él se separó de Curial, de lo que el marqués se alegró mucho. Al punto marchó al monasterio, donde halló a Guelfa ya curada y repuesta, y a Andrea, su mujer, que con ella estaba. En seguida mandó explicar al gentilhombre detalladamente todos los sucesos según había oído antes, de lo que la Guelfa recibió gran contento, pero sin demostrarlo. En cambio, la abadesa no sabía regir su gozo y lo mostraba tan grande que era maravilla.

Narrado había ya el gentilhombre todos los

sucesos; pero como contase la oferta que de su hija y de su tierra había hecho a Curial el duque de Baviera, todos quedaron maravillados. Pero Guelfa no recibió la nueva con alborozo; antes, mirando a la abadesa, a punto estuvo de perder el color. Apresuróse a decir la abadesa:

—Y él qué respondió. ¿Aceptóla?

El gentilhombre contestó:

—No en aquel punto. Porque en aquel instante llegó Melchor de Pando, y se presentó ante él dándole una carta. Curial, tomándola, no contestó al duque.

Siguió contando lo que el duque había dicho, así como lo sucedido hasta el otro día, en que el emperador le ofreció sus regalos, de lo que todos recibieron placer muy grande y esperaban saber por otros mensajeros los demás hechos que se siguieron. Y con ello, y hablando mucho de estos sucesos y siempre de Curial, de lo que no podían saciarse, el marqués y Andrea se fueron a cenar. Quedándose solas la abadesa y Guelfa, apartadas las demás, Guelfa comenzó a decir:

—¡Ay, madre mía! ¡Muerta soy! ¡Ya no veré la luz del nuevo día! ¡Ah, mal hombre, y para esto te elevé! Ciertamente, no había merecido Laquesis que yo hiciese este caballero para ella. ¡Ah, vida!, ¿por qué no me has abandonado? Desampárame, huye, yo te lo ruego, y no oiga yo el otro dolor que espero después de haber oído éste. Ah, Laquesis, hermana mía, ¿por qué te gozaste de lo mío y desde tan lejos me has ro-

bado mi vida? Yo, desventurada, procuré socorrer a tu hermana, que aguardaba ser quemada, y tú, por premio, me matas a mí... ¡Ay, que por hacer bien hallé siempre mal! ¡Ay, Cloto!, ¿por qué no me devuelves lo que te he prestado, que es mi Curial? ¡No tenía más precioso joyel que prestar! Contra el fuego que te hubiera quemado he valido, y tú lo has hurtado para dárselo a tu hermana... ¡Buen mercado hiciste de lo que nada te costaba! Ah, noble Medea valerosa, ahora te quiero bien, que supiste reprimirte ante la falsa Creusa, encendiendo el fuego que la quemó; pero yo, por apagar el fuego ajeno, encendí el mío, en el que moriré sin remedio... Pero ¿por qué deseo mal a Laquesis? ¿Qué doncella que tenga sentimiento no se prendaría de Curial, viéndole en el punto en que yo le he puesto?

Decía Guelfa estas palabras llorando sin cesar, de lo que mucho se dolía la abadesa, sobrada de compasión. Y dijo a Guelfa:

—Señora, no os lamentéis así, porque, según yo he entendido, cierto es que el duque le ofreció a su hija, pero él no la quiso aceptar.

—Madre mía—respondió Guelfa—, ¿pensáis que Laquesis no tiene ojos y no veía lo que yo he visto? Y además, por otra parte, ¿quién tan loco sería que rehusase tan noble y provechoso partido como el de tener por esposa a Laquesis, que aporta con ella todo el ducado de su padre? ¡Ah, mezquina de mí! Hubiésele hecho Laquesis los inicios que yo le he hecho, y fuese suyo...

La abadesa le dijo:

—Señora, por mi fe, que no puedo creer que por nada del mundo Curial dé lugar a tal cosa, y a más, aun supuesto que Curial es un buen caballero, no faltará quien le diga al duque que no es para buen matrimonio con su hija, y no creo que sea cierto que se la dé. Y así, confortaos, que sólo eso podemos saber; finalmente, y caso de que fuese verdad, que es imposible, pensad que Curial tendrá en la memoria los beneficios que de vos ha recibido y no reinará en él tanta ingratitud, y así, señora, cenemos, que por mi fe juro que no hay nada de verdad en todo esto.

Guelfa, malamente se puso a la mesa y cenó peor, pensando en todo instante qué podía suceder.

Cuando hubieron cenado, la abadesa hizo entrar a todas las monjas en un jardín muy deleitable, y Guelfa presente, les hizo jugar a muchas maneras de juegos. Mas Guelfa no lo advertía, antes pensaba tan estrechamente en Curial, que no sabía si era noche o día. Por lo que la abadesa, entendiendo que convenientemente habían allí estado, marchóse. Fuéronse con Guelfa, y cada una a su vez marchó adonde tenían por costumbre. Empero Guelfa otra cosa no hacía, ni hizo, sino pensar hasta que de otra manera su pensamiento en mejor se trocase.

No pasados muchos días, otros mensajeros vinieron, unos después de otros, por los que Guelfa supo que el matrimonio no se había hecho; pero



que todos pronosticaban que se haría, atendida la fiesta que el duque hacía a Curial. Y alguno hubo que dijo que Curial tenía en su estancia el lecho de Laquesis y en él dormían, y que de su vestido se había hecho jubones; de todas cuyas cosas sintió Guelfa muy gran dolor. Y siquiera desease morir, aun esperaba verle, si acaso venía, y darle a entender que cuidaba muy poco de él. Y mientras estas cosas así sucedían, Melchor de Pando, que había dejado a Curial en el camino, presentóse. Después de haber hecho reverencia al marqués, se llegó a Guelfa, que le hizo gran fiesta y le preguntó muchas cosas, a las que respondió Melchor. Ciertamente no se le olvidó preguntarle por Laquesis, y Melchor le respondió que era muy hermosa y graciosa doncella.

Contestó Guelfa:

—¿Se ha desposado con Curial?

Melchor contestó que no, si bien era verdad que su padre se la había ofrecido; pero que Curial en ningún momento había tenido intención de aceptarla, ni nadie tenía por seguro que se la dieran, pues muy grandes señores se aplicaban a estorbarlo, y desde hacía tiempo no se hablaba de ello. En lo que se le decía de las fiestas que le hicieron, respondió que era verdad, y que quien no lo hubiese visto no podía creerlo, y que quien lo había visto no podía tampoco explicarlo, y que en ello habían usado discretamente, atendiendo al mucho honor que él les había procurado, y si así no lo hubieran hecho, hubieran errado, ya que

no le podían festejar tanto como él había merecido.

—Decidme, señora, en tan pequeño trabajo y peligro se vió Curial combatiendo a Parrot de San Laydier, caballero de veinticinco años, grande como un gigante, fuerte y robusto como ningún otro de todo el imperio; más bravo y garrido que un león, hasta el punto que en liza en que él estuviese nadie era osado a hacerle frente, pues que ya tres había muerto en liza, y tan poca fiesta hacía él de un caballero en el combate como vos haríais de este cuerno? A más, tuvo que vencer y derribar dos veces a Otto de Cribant, valeroso caballero que ya tenía en tierra a Jacobo de Cleves para matarle. Jamás ni Lanzarote ni Tristán hechos tales realizaron; ellos milagros son, que no obras de hombre mortal ni terrenal.

Sonrojóse un tanto Guelfa; aunque, en verdad, no estaba contenta de los jubones que vestía:

—Ahora—dijo Guelfa—creo que no tardará en llegar, si no es que otra vez Laquesis lo retenga con sus lazos y le haga deshacer camino. Decidme, Melchor, ¿estaba ya muy lejos de Laquesis?

—Señora—contestó Melchor—, el cuerpo estaba a más de ochenta leguas; pero el corazón en ningún momento se acercó a mil leguas.

—Todo se verá—respondió Guelfa.

En esta forma que habéis oído se debatía Guelfa, sin poder hallar reposo en cosa alguna. Melchor de Pando escribió a Curial que no vistie-

se los jubones de Laquesis, ni durmiese en el lecho que ella le había dado, y que estuviese seguro que, de lo contrario, Guelfa recibiría muy grande enojo; por lo que Curial dió al punto los jubones, y por sus jornadas cabales marchó a Monferrato.

Torneo, a la llegada de Curial a Monferrato.

El marqués, que supo que Curial venía, hizo montar tiendas y pabellones en una gran pradera, fuera de la ciudad, y dispuso un torneo maravilloso, que ya hacía días que trabajaba en ello, y en el cual él debía tomar parte personalmente. El día de la llegada de Curial hizo venir a Andrea y a Guelfa y a otras muchas señoras, y subidas a sitios ya dispuestos, convenientemente altos, esperaron a Curial, que, recibido harto notablemente por el marqués y otros señores, fué colocado entre Guelfa y Andrea, de las cuales fué muy graciosamente recibido y con mucha alegría festejado.

Era el marqués muy garrido caballero y muy valiente en la persona, y hallándose encendido en deseos y en muy buen punto, acertó a decir palabras no tan discretas como a tal señor en tal día convenían. A saber:

—Yo quisiera que Curial fuese de la otra parte, porque juro, por la señora que amo, que en este torneo mi cuerpo contra el suyo le haría declarar que no está tan enamorado como yo, ni a su dama es tan leal como yo a la mía.



Tocando las trompetas con gran estruendo, entróse el marqués en el torneo con vestiduras de seda bordadas de hojas de malva, como asimismo el estandarte. Adelantóse de la otra parte un caballero napolitano, Boca de Faro llamado, aparejado muy ricamente y con muy notable compañía. Había éste acudido al torneo más por amor a Guelfa que a la fiesta, cuidando obtenerla por esposa, según lo tenían tratado con los dos ancianos. Así se hallaron las dos partes en la liza. El marqués espoleó el caballo, y con una larga y fuerte lanza que llevaba en la mano hirió al primero que halló por delante, con tanto poderío que le derribó del caballo, y así hizo con otros dos después. Pero como hubiese roto la lanza, puso mano en la espada y comenzó a herir a diestro y siniestro, tan vigorosamente, que abríanle lugar por dondequiera que iba. Curial, que le miraba sin apartar de él los ojos, dijo en voz tan alta que todos los de su vera pudieron oírle:

—Ciertamente, el marqués es muy valeroso caballero; mas esto que hace ahora más sabe a mortal batalla que a torneo.

Entonces, un gentilhombre se acercó a Curial y le repitió las palabras que el marqués había dicho con referencia a él, al entrar en el torneo, de lo que Curial encendióse en ira, y aunque nada dijo, por no agravar sus hechos, pensó que el marqués, aun festejándole, debía tenerle por odioso, según lo que había dicho.

En aquel punto, el marqués, viniendo hacia los



sitiales y haciendo muchas maravillas por su persona, hería con la espada tan fuertemente que por cualquier lugar por donde pasaba abierto hallaba el camino. Como se acercase a aquella parte en que Curial estaba, dijo:

—Curial, nosotros, que no hemos estado en Alemania, no sabemos hacer armas, ni sabemos herir con la lanza y con la espada, y así, usad de paciencia si no lo hacemos tan diestramente como vos y como los que más lo hayáis hecho.

En aquel instante, Boca de Faro, cabalgando su caballo *Saladino*, que era el más fuerte, más robusto y mejor que otro alguno del torneo, y que había buscado largamente al marqués durante la liza, sin haberle encontrado, vino hacia los sitiales y vió que, acuciando con una lanza al caballo, se disponía a herir a un caballero. Pero Boca de Faro, metiéndose entre medio, topó con el marqués tan ásperamente en medio del escudo, que le arrojó fuera de la silla, lanzándole tan lejos del caballo como larga era la lanza. Vieron esto Andrea, Guelfa y Curial y todos los que allí en los sitiales estaban. Levantóse tal algarabía, que fué cosa de maravilla. Con muy grande afán y ayudado de los suyos cabalgó el marqués, armándose con una gran lanza, y tanto buscó por el torneo, que halló a Boca de Faro que afanosamente se defendía de los caballeros del marqués que querían aprisionarle. El marqués, en ira encendido, dióle un gran lanzazo en medio del escudo; pero no le descabalgó; antes la lanza voló

hecha pedazos. Boca de Faro, que conoció al marqués, espoleando la cabalgadura, acercóse a él, y entre los suyos dióle tal tajo con la espada en la cabeza, que el marqués, abrazando el cuello del caballo, creyó dar en tierra. En aquel punto corrieron otros en ayuda de Boca de Faro, y se hicieron lugar con las espadas, y aferran al marqués, y ciertamente con ellos se lo llevaran si no hubiera sido por un caballero catalán, de muy fuerte prestancia, y que, cabalgando un poderoso caballo aguerrido, vino hacia aquella parte, y topando a Boca de Faro, con tanta fortaleza le acometió, que ambos vinieron de una vez al suelo. Pero alzándose primeramente el catalán alargó la mano y dijo:

—Sus, Boca de Faro.

Y éste, ayudado por él, de debajo del caballo, donde había caído, pudo levantarse.

En cuanto Boca de Faro se vió libre y quiso montar a caballo, díjole el catalán:

—Dejad, caballero, al hijo de la yegua, que más ya no ha de ser vuestro.

Y si bien le había ayudado, bien supo herirle con la espada tan vigorosamente que Boca de Faro se sintió dominado; empero, empezó a combatir contra él con gran esfuerzo. Y mientras estos dos en esto estaban, el marqués no cuidaba de la batalla, sino que, tomando de la brida al caballo de Boca de Faro, a Curial lo presentaba, lo que éste tomó en gran fiesta y conocieron ser el caballo de quien le había derribado. Gran

espacio había durado el torneo y el cansancio crecía en ambas partes, cuando Curial rogó al marqués que lo hiciese cesar, por lo que el marqués mandó al punto que las trompetas tocasen a retirada, y todo el mundo se apartó. Mas el catalán y Boca de Faro todo tiempo hacían armas, y ninguno quería apartarse de su sitio. Mandó, pues, el marqués que los estandartes se hicieran atrás, é, interviniendo algunos caballeros, con gran trabajo y fatiga los separaron.

Boca de Faro y Dalmáu.

Terminado, pues, el torneo, el marqués fuése a los sitiales, y allí Curial y las mujeres le desarmaron. El marqués mandó venir a Boca de Faro y le hizo grandísimo honor, diciendo que era el mejor caballero y más hazañoso del torneo. Boca de Faro dijo:

—Marqués, eso pudierais decir si yo me hubiera llevado vuestro caballo así como os habéis llevado el mío.

El marqués rió y abrazóle y festejóle mucho. Con esto, la gran cena fué preparada y todos se dispusieron a ella. Pero Curial, con harta ira, miraba a todas partes y preguntaba por un caballero que había llevado en el torneo un escudo verde atravesado por una barra de oro, y le fué mostrado. Y en cuanto le tuvo cerca, le preguntó cúyos eran su nombre y su tierra. El caballero contes-

tó que se llamaba Dalmáu Deluge, y que era de Cataluña. Curial le hizo gran honor por tal que había visto muy bellas cosas por él cumplidas en el torneo, y señaladamente la justa mantenida con Boca de Faro, y cómo, movido de gran cortesía, le ayudó a levantarse y después le combatió muy valerosamente, y en su corazón tuvo por cierto que era aquél el mejor y más valiente caballero que al torneo había acudido. Por lo que, apartándose con el marqués a un lado, le rogó que le honrase, que bien lo merecía y en algún tiempo podría aprovecharle. Así lo cumplió el marqués, y festejó mucho al caballero catalán.

Entretanto, sentáronse a cenar. Y dispuso el marqués que Curial se sentase entre Guelfa y Andrea; al lado de Andrea, el catalán; Boca de Faro, al lado de Guelfa, y el marqués, enfrente; los demás sentáronse ordenadamente. Sirvió de camarera una noble doncella llamada Arta, cuya belleza en aquel tiempo era tenida en estima, y acompañada de muchos caballeros y gentiles damas se daba a conocer en la sala. Empero el servicio que ella cumplía era mayormente mirar a Curial, la belleza del cual resplandecía sobre la de todos y la de todas los que en la sala estaban. No sabiendo Arta cubrir lo que su corazón había penetrado, no apartaba los ojos de Curial, por lo que Guelfa, casi con melancolía y celos, dijo:

—Arta, yo creí que no había otros heridos que los del torneo; mas ahora veo que hay otros, y aun que habrá prisioneros.

Arta no contestó. Acabada la cena, y levantadas las mesas, Arta llegóse a Boca de Faro, con un bellísimo coselete, y de parte del marqués se lo entregó como el más valiente y mejor caballero del torneo. El catalán, todo turbado, dijo:

—En mal hora han venido los extranjeros no conocidos.

Curial, oyendo esto y viendo que, en su opinión, el marqués no juzgaba razonablemente, y, por otra parte, que Boca de Faro no apartaba los ojos de Guelfa y algunas palabras le decía, por las que todos tuvieron conocimiento de que estaba de ella enamorado, mandó apresuradamente por una espada suya, la que le había dado el duque de Hostalrich, y cuyo adorno no puede ser apreciado ligeramente. Dándosela al caballero catalán, le dijo:

—Tomad esta espada como aquel que mejor y más valientemente se ha comportado entre todos en el torneo.

Movido de la envidia, dijo Boca de Faro:

—Por mi fe, tengo por sabido que el caballero haya manejado bien la espada; pero otros hay, según mi entender, que han hecho tanto como él.

Ordenó el marqués que nadie hablase más de ello. Por lo que el catalán, aunque con gran enojo, observó el mandato durante largo espacio, durante el cual se habló de muchas otras cosas. Pero el catalán, que no había olvidado las palabras que Boca de Faro contestaba a Curial, dijo:

—Caballero, ni codicia de vuestro coselete ni codicia del poco honor que hoy cuidáis haber ga-

nado muévenme a hablar, sino vuestro gran orgullo, que no puedo tolerar, y por ello os digo que el marqués no ha juzgado derechamente entregándoos el coselete como premio, pues otros mejor que vos lo han merecido. Y aunque en este caso, yo no hago mención de mí, por ser caballero de pobres hechos, empero, en todo instante estaría presto a volver a la liza como vos deliberaseis y haceros conocer, en personal batalla contra vos, que no merecéis el premio que se os ha otorgado.

Boca de Faro tomó a gran cargo aquellas palabras, pues era gran caballero, que había venido con notable compañía al torneo y se había enamorado de Guelfa, si bien ella no quería volver a él los ojos. Así, respondió:

—No tengo ahora, amigo, deseo de combatir, mayormente por caso como éste, sabiendo cierto que el marqués me ha dado el premio más por su gracia, que por mis méritos, ya que, sin duda alguna, él lo merece mejor que yo; mas como no le parezca honesta cosa darse a sí mismo como el mejor, me lo ha cargado a mí, de lo que siento más vergüenza que honor.

Replicó el catalán:

—Tampoco el marqués ha sido el mejor caballero de esta jornada, ni el premio le pertenecería a él.

Boca de Faro, a estas palabras, meditó un momento, y luego contestó:

—Caballero, ya os he dicho que al presente no



tengo voluntad de combatir; pero si queréis mantener lo que habéis dicho, yo señalaré a un caballero de mi casa que os combatirá sobre este caso.

Respondió el catalán:

—Y yo ofreceré a ese caballero otro caballero de mi linaje, de mi nombre y de mis armas, que aquí está, y os combatirá a vos en toda hora, porque el otro que me ofrecéis en nada me ha ofendido.

El marqués conoció ser el catalán caballero de mucho esfuerzo, pero no le placía que se igualase a Boca de Faro. Por todo ello dijo:

—Caballero, no me son gratas vuestras palabras, porque se esfuerzan en abatir a uno de los caballeros que más me han honrado en esta plaza.

Melancólicamente contestó el catalán:

—Marqués, él no os ha honrado, sino vos a él, que hicisteis lugar a su lanza ante los sitiales, y después os humillasteis a su espada; y por ventura, más le hubierais honrado si yo no me hubiese interpuesto, que respondí por vos mejor que vos ahora lo hacéis por mí; y aun ahora le honráis, que bien veo que Dios no os saciaría de honrar a quienes os deshonran.

Intervino Curial, y dijo:

—Señor, plázcaos que baste lo que hasta aquí se ha dicho, porque este caballero otros honores merece que los que le procuráis.

Boca de Faro, que oyó hablar a Curial y sabía que los dos tenían un mismo amor, dijo:

—Curial, decid vos lo que ese caballero dice, que yo os responderé.

Curial contestó:

—Boca de Faro, yo nada digo del marqués; pero tocante a vos, digo que, a mi juicio, el caballero catalán lo ha sido hoy mejor que vos y más ha hecho que vos, con gran ventaja, y más y mejor merece el premio.

Respondió Boca de Faro que mentía abiertamente, y que él y un compañero suyo combatirían a Curial y al catalán sobre este caso.

Curial, que oyó esto, contestó:

—Boca de Faro, yo digo verdad, y mentís vos, y habéis mentido y mentiréis tantas veces como volváis a decirlo, y mucho me place combatiros sobre este caso en personal batalla; y si este caballero catalán quiere combatir con vuestro caballero, seré gustoso, y si no, yo hallaré otra compañía.

El catalán, a estas palabras, enardecido y sudoroso, adelantóse y dijo:

—Boca de Faro, demasiado hablasteis, y ahora veremos si sois hombre para mantener lo que habéis dicho, porque yo le tendré a Curial compañía mientras alma tenga en el cuerpo.

Y así fué por todos confirmado.

Tuvo de esto el marqués gran desagrado y comenzó a tratar concordia entre ellos; pero el catalán mostróse tan áspero y tan bravo que no es para contarlo, y dijo al marqués:

—Marqués, ¿vos creéis trabajar en concordarnos?

Respondió el marqués que sí.

—Pues hacéis lo contrario—dijo el catalán—, porque nosotros acordes estamos y nos queréis discordar. Déjadnos, que yo voto a Dios otro partido no tomaré sino el de la batalla.

De la parte de Boca de Faro se destacaron dos caballeros y preguntaron al catalán dónde estaba el caballero de su linaje de que había hablado, porque ellos querían tener parte en el honor de Boca de Faro. Y al punto se mostraron dos caballeros catalanes, llamado el uno Roger Deluge, y el otro, Pons Dorcau, y dijeron que en nombre de Dios y de mi señor San Jorge, ellos querían entrar en batalla contra aquellos dos, y así se dieron fe unos a otros, en forma que fueron cuatro contra cuatro. Boca de Faro suplicó al marqués que les hiciese plaza, y aunque él se excusase mucho, acabó finalmente por otorgarlo, pensando que entretanto trataría entre ellos que la cuestión terminase sin batalla, y señalóles para ello, por voluntad de todos, el día de San Juan, que estaba muy próximo. En aquellos días trabajó mucho el marqués por terminar la cuestión, pero no pudo conseguirlo; antes cada uno se preparaba lo mejor que podía para aquella jornada. Boca de Faro dijo al marqués:

—Marqués, recordad que nos habéis prometido tenernos la plaza, porque mi intención es en todo tiempo llegar al fin. Y si vos no lo quisieseis, yo llevaré mis caballeros a otra parte y ante tal juez que la batalla sea llevada a ultranza.

Dijo el marqués que tal se haría como lo tenía acordado. El marqués, vista su decisión y que no podía reducirlos a paz, los requirió diciéndoles si habían de combatir a pie o a caballo. Boca de Faro contestó que a caballo, porque caballero era y no quería ser peón. A los otros les plugo, porque sólo les parecía bien que la batalla se cumpliese; y acordadas las armas, así defensivas como ofensivas, el marqués tomó a Curial, y descendiendo de los sitiales, a su posada le acompañó.

Celos, envidias, pactos y rencores.

Después a su palacio tornóse, y Guelfa volvió al monasterio, cuidando hallar mejor coyuntura para hablar a Curial. Todos marcharon a reposar. El marqués, aquella noche, mandó poner guardas en el monasterio por ver si Curial iría a ver a Guelfa; pero aquella noche Curial no se movió de su mesón; antes estúvose seguro, y en cuanto llegó la mañana visitó al marqués, y juntos fueron a misa al dicho monasterio, y hallaron a Boca de Faro, que ya la había oído y se afanaba por ver a Guelfa, la cual, sabiendo que el marqués había preguntado por ella, se negó a salir de su estancia, por tal que Boca de Faro no pudiese verla.

Noticioso Curial de que Boca de Faro estaba enamorado de Guelfa, sentía celos, y encendido en ira le hubiera muerto en cualquier momento,



a no pensar que en breve sería la batalla y terminaría el agrio tormento, pues uno de los dos había de morir en ella, y Guelfa sería del otro si ella quisiese. Llegada la hora de la comida, el marqués se llevó consigo a Curial a su palacio y le hizo grande honor, pero no tanto como los duques y el emperador le hacían. Desde aquel punto ordenó que un día fuese al palacio Boca de Faro y otro Curial, y así partieron el tiempo. A demanda de Boca de Faro, el marqués condujo casi forzada a Guelfa a su palacio, diciendo que mientras la estancia de aquellos extranjeros quería que en él estuviese para festejarlos.

Mientras tanto, los dos ancianos empezaron a tratar el matrimonio de Guelfa con Boca de Faro, de lo que el marqués recibió singular placer y habló con ella; pero Guelfa, como discreta señora y enamorada de Curial sobre toda medida, no obstante tener placer en Boca de Faro, que era muy garrido y buen caballero, de muy noble linaje, maravillosamente heredado y tan bien hablado que no había enmienda, con lo que todos recibían gusto de estar a su lado, respondió a su hermano:

—Señor, bien cierto es que, al presente, yo no tengo deseo de marido ni he deliberado tomar a éste o al otro; y aunque lo llevase en el corazón, pensar debéis que me guardaría mucho de matrimoniar con hombre que está en peligro de batalla mortal, como lo está Boca de Faro, pues no sé el fin que la batalla pueda tener, ni quiero

verme de nuevo en el dolor en que ya me he visto de tomar marido y verle matar ante mis ojos sin poder socorrerle. Ruégoos, pues, que no me habléis de ello; pues si Boca de Faro es buen caballero, harto trabajo tiene ahora.

Elogió mucho el marqués esta respuesta, y trasladó a los ancianos lo que Guelfa le había dicho, que dejase pasar la batalla y después tratarían. Dieron los ancianos esta respuesta a Boca de Faro, que de ello recibió contentamiento, y se aplicó a prepararse para la batalla.

Por otra parte, Curial, que todas estas cosas sabía, moría de celos y envidia; celos, por tener por seguro que Guelfa amaba a Boca de Faro; envidia, porque el marqués a éste tenía en más estima que a él y le hacía más fiesta. Y además porque no podía hablar con Guelfa de lo que en el interior de su alma se consumía. Guelfa, que no menos envidia sentía por Laquesis, mandó a pedir a Curial el lecho y los atavíos de Laquesis, tal como se los había dado, porque ella los quería para sí, y que igualmente le diese los vestidos y joyas que le habían dado en Alemania, y que eran muchos, además de los ya nombrados. Curial así lo hizo, y por Melchor de Pando envióselo todo. Y en cuanto lo recibió todo, lo retuvo; pero quiso probar a Curial y hacerle tan gran enojo o mayor que el que con Laquesis le había hecho. Por lo que al punto, y secretamente, puso manos en hacer una tienda con aquellas cortinas, y la envió a Boca de Faro, rogándole que esto mantu-

viese secreto hasta el día de la batalla, en que mostraría la tienda en la liza. Moría Curial de no hablar con Guelfa, que bien pudiera, si quisiera, darle ocasión, a pesar de estar bien guardada. Así, le transmitía muchas cartas por mediación de Melchor; pero ella nunca delante de éste quiso leerlas ni mostrar ningún interés, por lo que Melchor creyó ser cierto el hecho de que Curial había perdido partido. Mas tan pronto como Melchor era partido, Guelfa leía muchas veces las cartas, y las besaba tanto y ponderaba que más no podía, y con la abadesa, que siempre la acompañaba, pasaba el tiempo hablando sin cesar de Curial, que otro reposo no tenía ni podía tener sino hablar de él y mirar todas las joyas que de él tenía. Y aunque la abadesa la consejaba que no se comportase tan cruelmente con Curial, ella siempre respondía:

—Cierto, aun he de hacer peor; que el día que Boca de Faro venga a Cortes, yo saldré y le haré fiesta, y el día que el olvidadizo venga, no saldré ni he de hacer mención, porque todo el enojo que con Laquesis me ha dado he de darle yo con Boca de Faro.

Y así lo cumplió, de que Curial tornó tan triste que todo el mundo tenía por seguro que sentía miedo de la batalla, y le daban por muerto. Contrariamente, tan animoso y alegre mostrábase Boca de Faro, que todos aseguraban que sería el vencedor.

Los catalanes se llegaron a Curial para pre-



guntarle qué atavíos y qué cotas de armas quería que se hiciesen para la batalla. Curial, que estaba de todo en todo desesperado, y en nada de esto tenía el pensamiento, dijo:

—Señores caballeros, el corazón le tengo ,en otra parte, y por nada del mundo podría ahora pensar en eso, y así os ruego que lo hagáis vosotros, y yo seré contento; y dijo a Melchor que tanto dinero les diese como hubiesen menester. Melchor contestó que así le placía. Los catalanes dijeron:

—Curial, esto no ha menester de mucho dinero, pues poco vale la pompa en hechos tales; esforzaos en conducir bien las manos, que ellas os han de honrar; lo demás todo es humo, y así nosotros tenemos por acordado, si a vos os place, hacer atavíos blancos con cruces de San Jorge, bajo cuya advocación se ha fundado la orden de nuestra caballería. Así, si os place, decidlo ahora.

Respondióles que así le placía y que de tal guisa quería ir. Con ello partiéronse los catalanes y mandaron hacer los atavíos y todo lo que para aquel día necesitaban. Empero estaban disgustados de que Curial se hubiese eclipsado tanto que ya le tenían por muerto. Mandó decir Curial a Guelfa que le enviase alguna cosa de las suyas para llevarla el día de la batalla por amor a ella. Respondió Guelfa que harto tenía con los jubones de Laquesis, y que debían bastarle; que no imaginase que ella no sabía todas las cosas según habían pasado, y así, que se

afligiese ahora, porque en cuanto a ella nada pensaba enviarle. Con esto pensó morir Curial, de lo que Melchor quería consolarle, pero no acertaba, creyendo que Guelfa estaba verdaderamente irritada contra él. A aquella respuesta dijo Curial muchas veces:

—Más me valiera haberme quedado en Alemania.

Respondió Melchor:

—Así le acontece a quien no tiene más que un corazón y quiere partirlo en muchas partes; pero no os desconsoléis, que de esta condición son las mujeres, que quieren tener muchas pruebas del hombre a quien aman, y si Guelfa quiere vengarse de lo que le habéis hecho, no os debe maravillar; pero estad seguro de que no es nada, que de más amargos cálices beben los enamorados, y muchas veces acaece que quien imagina estar lejos, muy cerca se halla.

Comportóse algún tanto Curial, conociendo que Melchor decía verdad, pero replicó:

—¿Y no tendré una entrevista antes de entrar en liza? Seguro, si no la tengo, no habré honor; antes moriré, ciertamente.

Melchor respondió:

—Curial, si Guelfa no os amase, me hubiera ordenado que no os diese de lo suyo; contrariamente, ha dispuesto que ahora os dé lo que queráis más abundantemente que nunca; y así, confortaos, que vuestra es Guelfa en todo caso; pero sospecho que queriéndoos probar, os hace los

despechos que vos le hicisteis, y no me maravillo, que bien lo habéis merecido. Ruégoos, Curial, que os queráis conformar con el mal tiempo, porque el hombre no conocería el placer si no existieran los enojos, y pensad que peor tiempo no podéis alcanzar que el que hoy sufrís, y que, por tanto, hase de trocar en mejor, y tales cantan que llorarán en breve, que así van los hechos del mundo.

Calló Curial fingiendo alegría, aunque sentía poca; mandó a buscar a sus catalanes. Llegados que fueron, les convidó y les hizo gran fiesta; tomó un arpa y la tocó maravillosamente, como gran maestro, y cantó tan dulcemente que no parecía sino voz angelical y dulzor del paraíso. Los catalanes recibieron placer de verle contento. Les dijeron ser servido el yantar, y a la mesa se pusieron y comieron, y comió Curial mejor que días pasados, y luego que hubieron comido y hecho colación, fueron a descansar. Mas a poco, Curial hizo desplegar su arnés y sus armas. Cuando los catalanes le vieron armado, hubieron gran placer, y mandando también por sus armas, se hicieron muchas pruebas, y aunque ellos eran fuertes y aguerridos caballeros, no de cualquier modo, sino muy notablemente, conocieron no ser Curial menos fuerte, y le tuvieron en gran estima y conocieron claramente que mala jornada se le deparaba a Boca de Faro. Requirióles Curial si habían necesidad de dinero, que él asaz se lo daría. Dalmáu Deluge respondió:

—Caballero, nosotros no hemos menester de vuestro dinero, porque, por la gracia de Dios, un rey tenemos que nos procura manera de que, sin necesidad de dinero ajeno, podamos recorrer el mundo. Y creo que en nosotros no hay tanto bien que osemos y sepamos dispendiar todo lo que él nos da todos los días sin cesar. Pero ruego a Dios que os dé gracia, que en otro caso tal como éste que ahora traemos entre manos, y en el cual por acrecer mi honor os habéis metido, pueda yo moveros y serviros, porque conoceréis entonces que me sobra corazón una y mil veces para hacer por vos lo que ahora hacéis por mí. Y ello mientras alma tenga en el cuerpo.

Era este Dalmáu hombre apersonado y de grandes espaldas y muy vigoroso en toda la figura. Era, pues, tan fuerte que, sin duda, caballero que con él combatiese debía no darse por seguro. El otro Doluge caballero no era gentil de la persona, pero tenía tan alto el corazón, que harto hubiera bastado para un rey. Pons Dorcau era de noble linaje, alto y magro, de rojos cabellos y tan gentil que parecía una pintura; muy animoso y fuerte, y tan ardido que no puede describirse; alegre, cantador, rápido enamoradizo, y, finalmente, muy querido de cuantos le conocían en la intimidad. Estos catalanes, confiados en su valor, tenían por oficio combatir recorriendo el mundo, y no podían cumplirse hechos de armas en que ellos no se hallasen, ganando en todo grande honor. Así eran tenidos en gran estima en

muchas provincias en las que habían estado buscando honor, que no puede buenamente conseguirse sin trabajo.

Mucha congoja pasaba Guelfa aunque se hiciese fuerte, y tenía grandes deseos de ver a Curial, y tan pronto acordaba mandar a buscarle, como se arrepentía de ello para vengarse de lo que le había hecho, y no sabía cómo regirse. Por lo que el día antes de la batalla envió por Melchor, y le dijo:

—¿Qué hace aquel mal hombre?

—Señora — respondió Melchor —, prepararse para la batalla.

—¿Y qué atavíos ha hecho?—preguntó Guelfa.

Y a ello contestó Melchor:

—Blancos con cruces de San Jorge, como sus otros compañeros.

—Decidle ahora que no se dé desazón por lo que verá, que yo he dado las cortinas de Laquesis a Boca de Faro porque los bienes de mi enemiga quiero que tenga mi enemigo; y dadle a él esta pulsera y llévela el día de la batalla. Volved al punto, que he menester de vos.

Fuése Melchor a Curial y dióle la pulsera, de lo que éste tuvo tanta alegría como si hubiese conquistado un reino, y le pareció que ya había vencido. Melchor le dijo después todas las palabras de Guelfa, y aunque sintió desplacer por lo de las cortinas de Laquesis, tanta alegría le había penetrado en el corazón por gracia de aquella pulsera, que todo lo demás tenía en nada.

—Volved a la señora, puesto que ella os lo ha mandado.

Y así lo hizo Melchor.

Guelfa, en cuanto Melchor se hubo retirado, tomando de la mano a la abadesa, se entró en una pequeña estancia, y, desnudándose toda, quitóse la camisola finísima que llevaba y dióla a la abadesa, y tomando otra tornó a vestirse. Entre ella y la abadesa, con el mayor afán del mundo, cosieron en la camisola por pecho y espalda y por las mangas cruces de San Jorge. La labor terminada, mandó llamar a Melchor, que entró al punto, y le dijo:

—Dad a ese orate esta alcandora que le da la abadesa, y decidle que la lleve mañana a manera de cota sobre el arnés.

Tomóla Melchor con gran alegría, y como quisiera partirse, la abadesa le dijo:

—Melchor, decidle que no se la doy yo, que se la da ella, y en buena fe os diré que cuando salisteis de aquí se la desnudó, que hoy la vestía. Es verdad que yo la he ayudado a coser las cruces.

Apresuradamente fué Melchor a Curial, que después que hubo recibido la alcandora y oído todas las palabras, tuvo tan gran alegría que no sabía qué hacerse. Y en seguida se armó y se probó la alcandora, y abriéndola en algunos sitios, tanto hicieron él y Melchor, que se la ajustó bien, aunque sobre el pecho y en la espalda le cubría muy poco, de lo que él no se cuidaba nada, y tuvo

por seguro que con ella vencería no a Boca de Faro, sino al mismísimo Tristán de Leonís si a la batalla viniese.

Venían los catalanes, y halláronle tan alegre que sintieron gran contentamiento de encontrarle en tan buena guisa.

Melancolía de Guelfa.

La noche siguiente, Curial y los catalanes fueron al monasterio donde solía estar Guelfa, e hicieron trasladar a él todos los arneses y todas las otras cosas de que habían necesidad para la batalla. La abadesa, que lo supo, despidió a Guelfa para marchar ésta a su casa.

—¡Ay de mí—dijo Guelfa—, que hasta ahora me consolaba con vos! ¡Ay, madre mía, qué haré esta noche! Cierto moriré de pensamiento. ¿Y no he de verte, Curial? ¿Tú estarás allá donde yo estar quisiera?

La abadesa le dijo:

—Señora, yo no os dejaría; pero el caso así lo requiere con todo rigor; esos caballeros estarán en mi casa, y yo debo estar en ella para honrarlos. Decidme qué queréis que diga a Curial, que yo he de decírselo.

—¡Ay, madre mía! ¿Me seréis más leal que Laquesis?

—¡Jesús!—respondió la abadesa—. ¿Cómo podéis pensar que, por loca que yo fuese, Curial

se prendase de mí? Por mi fe, que me haréis hablar más de lo que hubiera hecho. Señora. si vos misma, no sé por qué, os quitáis todos vuestros placeres, ¿a quién daréis la culpa? Ciertamente os digo que ninguna persona del mundo debe compadecerse de vos.

—¡Ay, triste de mí! Venza Curial, y viva, y no sea mío, sea de quien se quiera, pero sea vencedor! ¡Ay, mísera de mí, que cuando disputaron con Boca de Faro yo sentía placer, y ahora quisiera no hubiesen disputado, aunque me costase la vida! ¡Ay, mezquina, que mía es la culpa, porque Curial no hubiera emprendido contra Boca de Faro si no fuese por celos que razonablemente sentía. ¡Si Curial muere, muerta soy! ¡Ay, que todas las muertes que en esta liza haya en mi culpa serán cargadas! ¡Ay, desventurada mujer, ¿por qué quería vengarme de Curial si Laquesis le hizo honor, si honrándole a él, me honraba a mí, y costumbre es en los hombres aceptar honores de dama, y si Curial los aceptaba cumplía bien; pero era sólo mío y despreciaba en el fondo de su corazón a todas las otras? ¡Ay, mísera, mucho ha hecho por mí, pues desdeñó el matrimonio aquel con sólo recordar mi nombre, ya que viendo mi cara enmudeció en la mesa en que le presentaban a Laquesis, virgen alemana nacida de noble sangre, de rutilante e inapreciable belleza. Viendo delante un poco de papel mío, no supo ya alargar la mano para aprehenderle! ¡Ay qué dolor será el suyo al ver

en el suelo las joyas que Laquesis le dió, y pensar que yo las he dado para vengarme de él! Pero, en verdad, él pensará, por el contrario y más razonablemente, que yo le he amado y tenido en gran fiesta, y deseando acrecer su honor, le he favorecido como ha visto. Pero ¿por qué me acuso, desdichada, de que me aprovechan las palabras, si siendo verdad que me ha procurado enojo, mucho mayores son los que a mí misma yo misma me procuro? ¡Ay, madre mía! ¿Qué será de mí cuando vea sobre la cabeza de Curial las espadas que si yo hubiese querido no estuvieran? Y meteríame en el campo y les ofrecería mi pecho desnudo si Curial así pudiese ser preservado. ¡Ay, que no creo que desde aquí en adelante amada sea por Curial, si vencedor resulta, porque mujer que busca disfavor y muerte a quien la ama, no quiere ser amada largamente, porque azúcar todos los días, amarga! ¡Pero perdóneme ahora Curial, y si alguna vez reincido, haga lo que le plazca!

Estas palabras decía Guelfa sin cesar, llorando muy acongojadamente. Y más dijo:

—¡Oh, Melchor, tú que por mí tantas veces le has reprendido y castigado, halágale una sola vez y yo no le pierda, pudiéndomele tú conservar!

Melchor y la abadesa la confortaban lo que podían, y Melchor dijo:

—Confortaos, señora, que con vuestro presente ha olvidado Curial todos los enojos y es vues-



tro. Ruégoos le hagáis merced de santiguarle cuando entre en la liza y se presente a vos, y que, por lo menos, abriendo un poco la boca, le digáis que Dios le quiere ayudar, con lo que él entender pueda que aun le queréis bien, y haced por que en todo momento pueda veros.

Respondió Guelfa, llorando, que le placía mirarle y mostrarse a él y pedir a Dios que le ayudase; pero que no podía estar segura de vivir tanto como la batalla durase.

—Señora—insistió Melchor—, confortaos, que mañana Curial obtendrá más honor que caballero alguno hace mucho tiempo haya obtenido.

Preguntó Guelfa:

—Decid, ¿son buenos caballeros aquellos catalanes que van en su compañía?

A ello contestó Melchor:

—Los mejores que yo haya visto, y han de demostrarlo mañana.

—Así le plazca a Dios—respondió Guelfa—, que yo gran pavura tendré.

—Todo pavor que sintáis—dijo Melchor—podríais dar por poco dinero, porque os aseguro que no tendréis motivo para sentirlo, y así os ruego que nos dejéis partir, que ya es de noche y los caballeros estarán en el monasterio.

La señora abadesa debió estar presente, porque, al despedirse, Guelfa le dijo:

—Madre mía, consoladle de mi parte, y si ha enojo, decidle que me perdone.

Fuéronse Melchor y la abadesa al monasterio,

y los caballeros aun no habían llegado. Melchor hizo gran acopio de confites, dulces y preciosos vinos para la colación. En tanto, llegaron los caballeros, y todas las monjas los recibieron en procesión y fueron con ellos a la iglesia, cantando himnos devotos, y después entraron en la estancia donde solía estar Guelfa. Curial, viendo el altar de mi señor San Marcos, ante el que se arrodillaba Guelfa para rezar sus oraciones, arrodillóse en seguida, y, rezadas las suyas, se acercó al lecho de Laquesis y, mirándole, suspiró.

Dijo Melchor:

—Curial, no suspiréis, que, a fe mía, no tenéis razón, porque yo no creo que haya en el mundo caballero que sea más amado que vos lo sois de Guelfa.

Respondió Curial:

—¿Y quién debe suspirar sino el muy amado?

En tanto, la abadesa le contó todas las lamentaciones de Guelfa; mas como Curial las oyese meditativo y silencioso, Melchor le dijo:

—¿Nada respondéis?

—No—dijo Curial—, porque no tengo licencia para hablar sino únicamente delante de vos.

Los demás caballeros se juntaron a ellos y, hecha alegre colación, fuéronse todos a dormir.

Si Guelfa pasó buena noche, tal la depare Dios a quien mal me quiere, porque, en verdad, ella no tuvo bien ni reposo, antes como loca anduvo por la estancia, sin saber qué hacerse.

La descomunal batalla de los ocho.

Llegado el día, los caballeros se levantaron muy temprano, y, oídas tres misas, se armaron. Curial les rogó que no llevasen los yelmos, y así lo hicieron. Con lo que cabalgando robustos y valerosos caballos comenzaron a marchar al amparo de un estandarte blanco con cruz bermeja, al igual que los atavíos; pues todo el mundo reía de la cota de Curial, viendo que era camisa de mujer. Cabalgó también la abadesa, y fué a ver a Guelfa, que, con Andrea, cabalgaba ya también para ir al tablado. Saludado que se hubieron, preguntó Guelfa:

—¿Qué es de la luz de mis ojos?

—En vuestro lecho ha dormido esta noche—dijo la abadesa—, y dice que nunca logró tanto bien. Pero sabed que con Melchor mucho habló; pero conmigo no ha querido confiarse.

—¡Ay, triste de mí, que no me acordé de encargarle que hablase con vos como con Melchor, y él, de otro modo, no se atrevería a hacerlo. ¡Ay, mezquina, mucho temo! ¡Ved qué dolor, que hombre que no teme a los caballeros del mundo, me teme a mí, flaca mujer, que no puedo hacerle ningún daño!

Con todo esto, Andrea y Guelfa empiezan a ir hacia la plaza, acompañadas de mucha gente notable, y en el camino encuentran a los cuatro caballeros que habían dormido en el monasterio.

Iba el primero Pons Dorcau, seguía Roger Deluge, después Dalmáu Deluge y, finalmente, Curial, que viendo a Guelfa inclinóse ante ella y Andrea, y dijo:

—Señora, bendecidnos, que ya no podemos hacer sino de nuestra pro.

Guelfa le bendijo, y alzando el brazo se lo puso a Curial sobre los hombros, y dijo llorando:

—Ruego a Dios que os ayude; porque rogando por vuestra vida, ruego por la mía, de la cual, sin vos, me importa poco.

Dijo estas palabras en voz baja, que no las oyó más que Curial.

Siguieron adelante los caballeros. Las mujeres, que todas querían bien a Curial, sobradas de compasión, plañíanse dolorosamente; pero, por otra parte, reían de la camisa, por lo que Curial dijo:

—Ahora podría yo ser llamado el caballero de la cota mal tallada.

Y así fueron hasta la liza, y descabalgaron en su tienda, que era de damasco blanco con bermejas cruces. No pasó mucho tiempo que Boca de Faro llegó con los suyos, con tanta ufanía que no es para descrita. Precedíanle doce caballos muy ricamente angualdrapados, con gualdrapas verdes brocadas en oro, y con tanto bullicio y ruido de ministriles y trompeteros, que era gran maravilla. Acercándose Boca de Faro, quiso hacer reverencia a las señoras del tablado. Guelfa se cubrió la cabeza con el manto, y, maldiciéndole, no le quiso ver, de lo que Boca de Faro fué muy con-

tento, creyendo que lo hacía por ocultar las lágrimas y que de dolor no le podía mirar. Llegaron hasta su tienda, que era de los atavíos que Laquesis había dado a Curial. Mas como Curial viese la tienda de Boca de Faro, dijo para sí: "Ciertamente, conviene ahora que yo sea caballero, y veré después con cuál Guelfa se quedará."

En seguida salieron todos de sus tiendas, y cabalgando poderosos caballos entraron en el campo. No cuidó el marqués de ceremonia alguna, sino que simplemente les colocó a una parte y otra cuando les hubieron dividido el campo. Diéronles las lanzas, ordenándoles de parte del marqués que ninguno se moviese hasta que el clarín sonase. Así todos salieron del campo, permaneciendo tan sólo en él los ocho caballeros.

Boca de Faro se apartó un poco de los suyos e hizo señal a Curial de que también se apartase; con lo que Curial, en guisa de apartarse, extendió la lanza, y espoleando la cabalgadura al grito de San Jorge, arremetió contra Boca de Faro. Este corre asimismo contra él, y danse tan grandes lanzazos, que no fueron los escudos bastante fuertes para no ser atravesados. Los caballeros, que eran fortísimos y valientes, quebraron sus lanzas, pero de la silla no se movieron; antes por el contrario, súbitamente encendidos en rabiosa ira, acudieron a las espadas y comenzaron a herirse tan poderosamente que todo el mundo conoció que no se tenían mutuo buen amor.



No tardó Dalmáu Deluge en atacar a su enemigo, que era Gerardo de Perugia, apto y ardido caballero, muy emprendedor, pero poco fuerte, aunque a caballo cuidaba valer tanto como otro por aventajado que fuese. Acorrióle Dalmáu, y lo hizo con tanto poderío que le derribó del caballo con tanta prisa y fuerza que nadie creyera que le había tocado.

No le cupo la misma suerte a Roger Deluge; porque como fuese contra el otro italiano, llamado Federico Venosa, e intentase herirle, el dicho Federico hirió al caballo de Roger en medio de la frente, con lo que, cayendo muerto el caballo, cayó Roger sin poder usar de su lanza; empero, desasiéndose del caballo, alzóse prestamente, y llevando mano a la espada, corrió contra Gerardo, que había descabalgado, y diéronse tales tajos que fué cosa de maravilla.

¿Qué os diré del otro catalán, llamado Pons Dorcau? Era éste de mayor linaje y de mucha más clara sangre que ninguno de sus compañeros; y así le vino al encuentro un caballero muy valiente y de alta progenie, llamado Salones de Verona, el cual presumía tanto de sí que no podía tener por cierto que ningún caballero del mundo pudiese sostenerse contra él. Bajando las lanzas, chocaron contra los escudos. Valientes eran los caballeros; fuertes las lanzas; los caballos, poderosos; así, fueron tales los golpes, que no pudieron romper las lanzas, y los dos caballeros dieron en tierra. Pero de la caída provino más fuerte daño

al italiano; porque como no pudiese sacar un pie del estribo, iba colgando, y el caballo lo arrastraba, y aunque éste andaba despacio, grandes eran el peligro y fatiga en que el descabalgado caballero se veía.

Pons Dorcau, que vióle en tan azaroso trance, tomando por las riendas al caballo, le detuvo y ayudó a levantarse al caballero, quitándole el pie del estribo, al cual hubiera podido, si quisiera, haber quitado la vida. El italiano, que se vió fuera de aquel peligro, reconociendo que el catalán le había ayudado, le dijo:

—Caballero, si el hecho por el que combatimos fuese de mi interés así como es de Boca de Faro, yo, ciertamente, no combatiría más; antes a ti me rendiría, no porque temiese de ti, sino porque reconocería el beneficio que me has hecho. Empero el interés es de Boca de Faro, que combatiendo está, según tú ves, y yo estoy con él, y me parecería vileza tener yo paz con aquellos contra quienes él está en guerra y le quieren quitar el honor y la vida.

Pons Dorcau, que así oyó hablar al caballero, respondió:

—Caballero, no pienses que te he ayudado por tu bien, sino por mi honor; y así no te prives de combatirme como puedas, que por seguro puedes tener que así como te ayudé a levantarte te ayudaré a morir si puedo.

Verdaderamente conoció el italiano ser Pons Dorcau noble caballero y de mucho esfuerzo. Y



así fué partida la batalla: la mitad a caballo, la mitad a pie.

Viendo Dalmáu que Federico Venosa, ya otra vez a caballo, venía contra él, puso mano en la espada, que llevaba muy dura y pesada, casi gigante de tan apersonado como era, e hirió a Federico tan vigorosamente en la cabeza que el italiano, no pudiendo soportar los golpes que abundantemente le descargaba, vióse forzado a abrazar el cuello del caballo por no dar con su cuerpo en tierra. Acorrióle en seguida Dalmáu, y cogiéndole con fuerza por la cintura, tiró de él con tanto vigor que, arrancándole de la silla, lo trasladó al cuello de su propio corcel, y así atravesado lo condujo ante el tablado del marqués, donde le tiró al suelo. Santiguóse de asombro el marqués, y dijo que jamás había oído que ningún caballero a otro en tales términos hubiese dominado. Dalmáu, descabalgando, fué al otro, que ya se había puesto en pie, y abrazándose a él le tuvo quieto como muerto; le derribó nuevamente, y quitándole el yelmo, le ordenó que no se levantase o le mataría.

Entonces acercóse hacia donde Pons Dorcau con Salones ásperamente luchaban, pero el italiano llevaba la peor parte y estaba tan fatigado que más no podía. Estuvo Dalmáu mirándolos grande espacio y vió que su compañero en mucho superaba.

Asimismo combatía Roger con el otro italiano muy esforzadamente; pero cierto también, Roger,



con menos fatiga que todo el mundo, conocía llevábale ventaja al enemigo.

¿Qué os diré de Curial? El y Boca de Faro reñían muy áspera batalla. Y aunque era Boca de Faro mucho más fuerte y duro caballero que alguno de sus compañeros, de poco le aprovechaba. Curial era más fuerte, más valiente y más áspero que él, y si hubiesen combatido a pie, gran rato antes la batalla hubiera terminado. Pero tenía Boca de Faro caballo de mejor ventaja, y con ayuda de tal cabalgadura, mucho se defendía y comportaba. Como era gran jinete y muy experto, así se mantenía, pero en todo momento Curial golpeábale, y lo que más atemorizaba a Boca de Faro era el ver que Curial cada vez mejoraba, dando golpes más crueles y certeros y más diestramente hería cada vez, al paso que él desfallecía por momentos, hiriendo cada vez menos y cuidando sólo de apartarse de las acometidas de Curial. Era ya pasada gran parte del día, y el calor era ya grande, cuando Boca de Faro, herido en la axila de un gran golpe que le entonteció, cayéndole la sangre por el cuerpo, cosa que le procuraba grave daño, al paso que el ánimo le abandonaba, no podía ya regir su cabalgadura. Todos los que la batalla miraban, viendo el fiero herir de Curial, estaban maravillados, y decían que no era Curial caballero, sino tempestad y destrucción de caballeros.

¿Qué os diré? Conoció Curial que Boca de Faro no podía más, y díjole a grandes gritos:

—Boca de Faro, ¿quién merece el premio, vos o el catalán?

Boca de Faro no contestó, por lo que Curial le descargó sobre el yelmo un golpe tan fuerte y tan pesado que Boca de Faro, perdiendo el sentido, se inclinó sobre el cuello del caballo, y tan poderosamente le combatió Curial con nuevos golpes, que Boca de Faro, desamparando la cabalgadura, cayó al suelo sin ser bastante a levantarse. Descabalgó Curial y fué a él, y quitándole el yelmo vióle toda la cara sangrienta, y mirándole a los ojos vió que no los movía, porque había muerto, de lo que Curial tuvo disgusto, porque hubiera querido vencerle, pero no matarle.

Muerto, pues, Boca de Faro, y viéndole así sus compañeros, sintieron gran dolor y tuviéronse por perdidos, y, a pesar de que aun se defendían, aunque débilmente, se rindieron en seguida.

Con ello, entraron los jueces en el campo y le pusieron en un lecho de muertos, cubierto con rico paño de oro, y sacaron del campo a los caballeros de esta guisa: iban primero los dos caballeros rendidos, como vencidos; después de ellos, marchaba Federico Venosa, y en último lugar llevaban a Boca de Faro, muy honorablemente, no como a vencido, sino como a sobrado en armas. Luego, el marqués acompañó fuera del campo a los otros cuatro, que salieron por la puerta del palenque. Una vez fuera, montaron a caballo, y el marqués los acompañó hasta casa

de Curial, donde cenaron en compañía de mucha notable gente, mostrando gran alegría por esta victoria.

Elogio del rey de Aragón.

Al día siguiente, los caballeros catalanes se despidieron del marqués y empezaron el viaje de su regreso a Cataluña. Curial los acompañó un gran espacio, y después de muchas mutuas ofertas y de regalos de joyas que Curial les hizo, él volvióse y ellos siguieron su camino.

Había en aquel tiempo en Aragón un rey muy noble y en extremo valeroso, llamado Don Pedro, caballero muy robusto, fuerte y valiente, que mientras vivió hizo con su persona en las batallas muchas notables cosas dignas de recordable veneración, así contra los sarracenos como contra otras gentes. Y como supiera que sus tres caballeros venían de la batalla que habían reñido y estuviesen cerca de Barcelona, queriendo mostrar su magnanimidad, hizo que saliesen a recibirlos los tres hijos que tenía, el mayor llamado don Alfonso, que le premurió; el segundo, llamado don Jaime, y el otro, don Federico, que fueron a honrar a los caballeros, acompañados de mucha y muy notable gente.

Cuando subieron al real palacio, él los recibió con mucha alegría y les hizo tanta fiesta como si fuesen reyes, porque este rey tenía en tan alta estima a los buenos caballeros, que era cosa de

maravilla, y por ello, los caballeros, señaladamente los buenos, todos se esforzaban en serlo hasta el punto de que en su tiempo, pocos caballeros había que no trabajasen hasta morir en hechos de armas memorables. Así, el rey compartía con ellos y les acrecía en grandeza. Así convidó a los tres caballeros a cenar con él, y dispuso que sirviera de mayordomo el infante don Alfonso; los otros dos hijos, don Jaime y don Federico, estuvieron en las cabeceras de las mesas con sendas antorchas en las manos mientras duró la cena, y como se enojasen, encomendábanlas a compañeros vecinos; pero cuando manjares venían o el rey venía, las antorchas tomaban. Los otros caballeros que esto vieron sintieron envidia, no del honor que éstos recibían, sino de no lograrlo igual. Terminada la cena, el rey, no olvidando la gracia de su singular magnificencia, les dió valiosos dones y grandes heredades en que viviesen, por tal que adonde fueren no los llamaran caballeros pobres. Todos murmuraban de la singularidad que el rey había hecho honrando a estos caballeros; la cual cosa oída por el rey, llamando a todos los que pudieron llegar, les dijo:

—No honro a mis caballeros por sus personas, sino por la ley de caballería que en ellos hay y que en sus cuerpos tan valerosamente se ha mostrado, y este mismo honor, y mucho mayor, haré cuando en alguno de vosotros se quiera mostrar.

Loaron todos la gran magnificencia del rey, y por acordado tuvieron que mientras este rey viviese, el orden de caballería sería sostenido, y que muerto él, el orden de caballería vendría a menos.

FIN DEL LIBRO PRIMERO

LIBRO SEGUNDO

AQUI EMPIEZA EL LIBRO SEGUNDO

Se pone el libro bajo la advocación de Marte.

Este segundo libro es, en su mayor parte, de caballería en diversas maneras usadas, y se pone bajo la advocación de Marte, que, según la opinión antigua y poéticas ficciones, fué dios de las batallas. Es este Marte cálido planeta, y hásele atribuído virtud de alejar de él toda cosa sosegada y pacífica. Marte, por su propia naturaleza, importa guerra, batallas y escándalo, falsedades y hurtos secretos. Acarrea gravedades y procura valor de ánimo. Hace acometer terribles cosas de batallas, proporciona fuerza para sufrir las heridas, trae consigo valor, buen temple y ligereza de cuerpo y liberalidad y caballería. Trae mujer; corre su curso en dos años y está en cada signo zodiacal sesenta días. Su casa es el signo de Leo, debajo de él se halla el de Aries y reina en el signo de Scorpión. Es, de su naturaleza, cálido y seco, de color rojo y resplandeciente, con un poco de negrura. Atemperan Jove y Venus

su malignidad, y produce lujuria, aunque el signeo de Leo algo de esto le conforta. Según Macrobio, es el del fuego su propio color, y su naturaleza, enemiga y soberbia.

Y así Curial, en este libro, que empieza a los veinte años de su edad y acaba a los veintiuno, fué un poco soberbio, pues a este vicio le impelió Marte. A duras penas puede acontecer, por cortés y humilde que el joven de armas sea, que, viviendo en guerras y en batallas, no se le aparezca y le acompañe el león aquel que a Dante se le mostró en el infierno en el capítulo primero de su libro. No se maraville, pues, nadie de que Curial, contra su propia condición, dé un poco en la orgullosa soberbia, porque el oficio que quiere usar lo requiere y demanda, y bien cierto es que en muchas y más numerosas cosas conservó honesta temperancia, según podréis ver en la ordenación del libro.

Se hace en él mención de caballeros errantes, aunque esto de errantes es equivocada expresión que debiera trocarse en andante. Erre es vocablo francés, y quiere decir camino; así, errar, caminar, andar. Quiero, empero, seguir el modo de aquellos catalanes que trasladaron los libros de Tristán y Lanzarote y vertiéronlos de la lengua francesa a la catalana, y en todo momento dijeron caballeros errantes, pues este vocablo errantes, que quiere decir andantes, en ningún momento lo quisieron cambiar, antes, así lo dejaron, aunque no sé la razón. Así, siguiendo la costumbre



de los antiguos, hablaré yo de errantes por caminantes o andantes, aunque hable impropiamente y sea algo digno de reprensión.

Dase Curial a la caballería andante.

Había dejado Curial a los caballeros catalanes en el camino y había vuelto a su mesón, cuando supo que todos los días llegaban, de diversas partes, noticias de las maravillas que cumplían los caballeros errantes en muchos sitios, y teníase por muy avergonzado de no haber partido ya. Y dijo a Melchor:

—Padre mío, ya oís las maravillas que de estos caballeros se cuentan todos los días, por lo que yo me acuso de gran cargo al detenerme aquí sin cumplir cosa alguna, porque, por ventura, en toda mi vida no lograré coyuntura de ejercitarme en tan nobles hechos ni con tanta diversidad de caballeros como ahora. Os ruego, pues, la merced de que vayáis a la señora, y le supliquéis de mi parte que me ordene lo que yo haga en este caso, porque de vergüenza no me atreveré a salir de casa.

Melchor fué a Guelfa y le detalló todo lo que Curial le había dicho; pero Guelfa, recordando el hecho de Laquesis, que conocía muy bien, encendióse en rabiosa ira, y muy turbada, como persona a quien se le va el juicio, respondió:

—Decidle que cuando iba a Laquesis no me



pedía consejo, y así que no me lo pida ahora y haga lo que le plazca, que yo no me cuido mucho de sus actos.

Pensó un rato Melchor, y después dijo:

—Señora, mucho me maravillo de que en tal guisa toméis estas cosas, que tan pronto os enfurecéis contra vos misma, tan pronto con vuestras manos os matáis. Verdad es que Laquesis, doncella noble y bella, favorecida y rica entre todas las de Alemania, enamoróse de Curial; empero si él, por el recuerdo vuestro, lo desdeñó todo, ¿por qué os quejáis? Por ventura, quien supiese lo que ha hecho lo juzgaría de locura; pero el amor que os tiene es tanto que, sin vos, el mundo entero le parecería poco. Por ello os ruego que me hagáis la merced de hablarle y ordenarle de qué modo os será grato que se rija, porque él no ha de hacer sino obedeceros.

Contestó Guelfa:

—Melchor, yo no quiero pleitear con vos ni con él, ni era mi voluntad hablar con él ahora; pero, pues tanto le queréis, volved dentro de un rato, que habré deliberado sobre ello, y os diré qué es lo que me place que haga.

Ocupóse Melchor en otros negocios, y volvió a ver a Guelfa cuando le pareció ser para ello la hora oportuna, y hallándola a solas con la abadesa, habló con ella, y en seguida se les presentó en la memoria el torneo de Francia.

Dijo entonces Guelfa:

—Melchor, diréis a Curial que, en nombre de



Dios, parta de aquí cuando le plazca, y vos dadle suficientemente todo cuanto quiera, y que me escriba a continuo todos los hechos que cumpla, ora sean prósperamente logrados, ora adversamente; en forma que yo lo sepa todo. Y lleve los atavíos verdes y blancos que vos tenéis. Dádselo. Lleve todo negro el escudo, y yo le ruego que en tanto pueda oculte su nombre si placer quiere darme; pues si algo bueno hace, bástele que el caballero del negro escudo lo haya hecho. Y por la noche traedle aquí y yo le hablaré, si bien había hecho el propósito de no hablarle ahora.

Disfrazado Curial, acudió a ver a Guelfa, que le hizo gran fiesta, y a presencia de la abadesa y de Melchor le dijo así:

—Curial, verdad es que yo te he querido bien y te querré mientras quieras. Empero yo te ruego que, si quieres mi vida, no me busques los enojos que en Alemania me buscaste. Recuerda el punto en que estabas cuando yo empecé a mejorarte, porque te certifico que, pensando yo en ello y viendo tu ingratitud, a tal extremo me has conducido, que pensé no me hallarías viva. Ya le he dicho a Melchor la manera como entiendo que debes hacer este viaje que pretendes; no obstante, haz lo que quieras. Por otra parte, había pensado que te llevases a Arta, mi doncella, porque viese todas las cosas; pero sabiendo que te sería enojosa porque por ella te verías en peligro, nada he querido decirte; así, ve qué te parece. Rué-

gote que no quieras excusarte por las cosas pasadas, pues no otra cosa harías que remover mis llagas. Curial respondió:

—Señora, no quiero excusarme, ni plegue a Dios, pues no he pecado ni pienso pecar en pecado que tal excusación merezca. No obstante, Dios, que está en alta vigilancia y ve los ánimos de todos, con igual cuidado de todas las criaturas, me da por limpio, y así debéis hacerlo vos. De aquí en adelante vuestro mandamiento cumpliré en toda cosa. Si queréis que Arta venga conmigo, piense vuestra señora cómo he de esforzarme en daros de ella buena cuenta, pues mi alma tendré en el cuerpo. Y para que mejor veáis que yo, en vuestro recuerdo, no temo los peligros, os suplico que me la deis por compañera, que yo le haré todo el honor que sea posible.

De todo ello tuvo Guelfa contentamiento, por lo que, extendiendo los brazos y casi llorando, le abrazó y besó, ordenándole que se fuese a su posada.

Una vez en ella, entre él y Melchor ordenaron todas las cosas necesarias para el camino, y se fueron a dormir. Se hallaba Curial muy bien provisto de caballos que, viniendo de Alemania, había diseminado por las comarcas por donde le pareció que había de pasar para ir al torneo. Asimismo de buenas armas de buen temple y de todas las cosas pertinentes a notable y gran caballero, y aun a gran señor, fué abundamentemente provisto. Por otra parte, Guelfa regaló y



prestó a Arta muchas y muy ricas joyas, y esforzóse en ponerla a punto tanto como pudo. Llegado el día siguiente, queriendo Guelfa despedir a Arta, le dijo:

—Arta, tú vas en compañía de aquel con quien yo quisiera ir. He aquí la causa porque a él te envío: Según yo he sabido, Laquesis, doncella, hija del duque de Baviera, que dicen es la más bella doncella del mundo, asistirá al torneo, por lo que te ruego que te fijes bien en su hermosura y sepas si es tanta como dicen. Y por otra parte, te ruego veas qué fiesta se harán ella y Curial. Y escríbeme constantemente todo lo que te parezca, que yo también he de escribirte. Componte de modo que Curial no vaya un paso sin tu compañía, desde que al torneo lleguéis, y, si puedes, entra en conocimiento de Laquesis y comprueba si es apta y cómo se conduce. Imagino que ella tendrá trabajo en estar en mejor punto del que tú estarás. Ve, pues, en nombre de Dios. Durante este viaje te llamarás Fiesta, que este nombre quiero que lleves.

Y despidiéndose y besándola muchas veces, de ella y de la abadesa separóse.

Curial se llegó al marqués, y diciéndole que quería marchar para negocios suyos a otras tierras, se despidió de él, y antes de que apuntase el día, dejando toda su gente, a excepción de algunos que ya por delante había mandado, y tomando sólo dos no conocidos escuderos, junto con Arta, partió.



Bien sabía Arta que Curial y Guelfa estaban enamorados; empero aunque mucho esforzóse en ello, y aunque el camino fué largo, nunca de la boca de Curial nada de su amor pudo oír.

Aventura de los dos caballeros hermanos.

Así anduvieron por sus jornadas tanto que un día, mediada la tarde, llegados a casa de un albacea, con quien hablaba Curial, vieron llegar a una doncella que, cabalgando un palafrén con la mayor cuita del mundo, apuñándose la cara y los cabellos alborotados, llorando, a grandes gritos decía:

—¡Ay de mí, que muerta soy!

El albacea que hablaba con Curial alzóse al punto y dijo:

—¿Qué tenéis?

—Señor—dijo ella—, dos malos caballeros, queriendo arrancarme por fuerza de un hermano mío, muy buen caballero que al torneo me ocnducía, han atacado a mi hermano, e imagino que le habrán muerto; defendedme, señor, y que no me maten a mí también.

El albacea, que era un probo anciano de muchos años, miró al rostro de Curial, y le dijo:

—Caballero, vos que conducís doncella en vuestra compañía, alzaos y disponeos a defender a ésta; porque yo os certifico que estos dos caballeros o diablos que son, más de ocho han apre-

sado desde hace veinte días, y en cuanto a los caballeros los prenden, los desarman, les hacen las mayores vergüenzas que pueden, y ved qué hacéis, que, según sea la suerte de esta doncella, será la de la que acompañáis.

Curial, a toda prisa, armóse, y cabalgando un robusto caballo, quiso salir. Pero Arta empezó a dar grandes voces:

—¡No me dejéis!

Con lo que cabalgó también, queriendo salir de la casa, al punto que vieron a los caballeros que iban tras la doncella, y que en aquella casa cuidaban que la encontrarían. Así, viendo a Curial con otra doncella, y creyendo fuése la que ellos buscaban, se dirigieron a ella; pero Curial les gritó:

—Dejadla, caballeros sin honor, que defensor y amparador tiene la doncella.

Respondieron ellos:

—¿Cómo? ¿La defendéis vos?

—Ciertamente—dijo Curial.

Con lo que blandiendo una fuerte y poderosa lanza arremetió contra uno de los hermanos, y le hirió tan ásperamente en su venida que del caballo le derribó, y fué tan grande el golpe que quedó todo aturdido, sin ánimo de levantarse. Volvióse Curial, y fué contra el otro, que rabiaba de mal talante, y a él se dirigió, y diéronse tales golpes en su venir, que el caballero rompió la lanza en el escudo de Curial; pero de la silla no le mudó. Ciertamente, de otra manera fué él

arremetido, porque Curial le hirió por mitad del escudo tan poderosamente que le atravesó de parte a parte, saliéndole el hierro por la espalda. Cayó en tierra el caballero, tan mal herido que, empañados los ojos y perdido el sentido, traspasó esta vida antes que fuese reconocido. Curial descabalgó, y fuése hacia el primero, que ya se disponía a alzarse, y poniéndole el pie sobre el pecho, le dijo:

—¡Ah, malvado y cruel caballero! ¿Vos y vuestro compañero queríais restaurar en el mundo malas costumbres de judíos sin piedad? Sus, levantaos en seguida, y obtenga yo las doncellas que habéis aprehendido, los caballos y los arneses de los caballeros que habéis escarnecido, y jurad abandonar esta reprobable usanza, o ha de costaros la cabeza.

El caballero respondió:

—Señor caballero, cierto es que mi hermano y yo hemos adoptado esta costumbre para probar nuestras personas con los caballeros andantes, pero también lo es que en ningún momento hemos atacado a traición a ningún caballero ni hemos combatido más que cara a cara. Empero, pláceme daros todo lo que hemos tomado, porque nuestro voto no debía durar más que hasta tanto que hallásemos caballero que nos venciese, y a él entregaríamos lo que de los demás hubiéramos obtenido.

—¡Sus! pues—dijo Curial, y dando la mano al caballero, le ayudó a levantarse. Como viese a su



hermano en tierra, sin ánimo de levantarse y el hierro que le atravesaba el pecho, clamó a grandes voces:

—¡Oh, hermano! ¿Qué es de vos?

Y llevando manos a la espada volvióse contra Curial, diciendo:

—Después de muerto éste, yo no quiero vivir, antes conviene que muera o vengue su muerte.

Y en seguida empezó a golpearle fuertemente el escudo con la espada. Curial sostuvo un gran espacio los golpes del caballero, no cuidándose sino de cubrirse, lo que enardecía al caballero, que hería todo lo fuerte que le era posible. Curial, cubriéndose siempre con el escudo, se abstenía de herir, y no quería arremeter contra el caballero por no matarle, como había hecho con su hermano, y así el caballero se esforzaba cuanto podía, y tantos y tan grandes golpes daba sobre el escudo de Curial, que entró en fatiga antes que Curial hubiese dado ni un solo golpe. Para reposarse y tomar aliento apartóse un punto. Curial mantúvose en el mismo sitio serenamente. Cuando comprendió el caballero que asaz había descansado, queriendo de nuevo arremeter contra Curial, habló y dijo:

—Caballero, ya veis que yo quiero volver a la batalla con intención de vencer o morir, y así os ruego que me digáis vuestro nombre, a fin de que yo sepa quién ha quitado de este mundo a mi hermano y a mí, si acaso he de morir también.

Respondió Curial:

—A vuestro hermano le han quitado de este mundo las fuertes y grandes sinrazones que habéis hecho a los caballeros andantes y la cruel y desrazonable costumbre que habíais empezado, y que, aunque yo a tiempo no hubiese pasado, no podía largamente durar. Mi nombre no podéis saber ahora por mi grado, ni os veo en punto de que por la fuerza me lo podáis arrancar. Por lo que os ruego que améis vuestra vida más de lo que hacéis, porque de otro modo me será forzado tomar de vos el partido que de mí quisierais tomar.

El caballero que así oyó hablar a Curial, le miró y le temió; pero no le impidió el temor mover armas contra él, y dióle grandes golpes contra el escudo, con el que Curial maravillosamente se cubría, diciéndose que el caballero era de gran esfuerzo, pero que la persona no respondía al corazón valeroso. Así, viendo no ser los golpes tales que pudiesen abatirle, como salían de brazo ya débil y muy cansado, y amenguaban continuamente, aun se privó de herirle, de lo que el otro caballero se sentía muy turbado. Maravillados estaban todos los que veían la batalla, y no acertaban a comprender la razón de que Curial dejase de combatir. Mas como mucho hubiese durado y el caballero no pudiese más, dió un paso atrás, afirmó su escudo en tierra y se levantó el yelmo para cobrar aliento y refrescar un poco.

A todo esto no se movió Curial, antes permaneció quieto y seguro. Arta, adelantóse y díjole:

—Caballero, ¿estáis encantado, o qué es lo que hacéis? ¿No conocéis que este caballero os combate con todo su poder y que si puede ha de mataros? Y si no sentís duelo por vuestra vida, tened piedad de esta doncella y de mí, a las cuales, si la crueldad de este caballero puede tanto que pueda venceros, Dios no lo quiera, convendrá tomar amarga muerte o vivir dolorosa vida de larga servidumbre. No fuí a vos encomendada para esto, ni vos eso prometisteis al jurar que me conduciríais segura de toda adversidad por todo vuestro poder, y no veo que le pongáis ahora en defenderos y defenderme. Ruégoos, pues, que os despertéis y tengáis memoria de la señora que a vos me encomendó.

Rióse Curial tras el yelmo, y respondió por burla:

—Doncella, tornad a vuestro sitio, que de una cosa, por lo menos, podéis estar segura: que, aunque seáis presa, no os matarán. De mi vida no os cuidéis, pues yo no puedo vivir más de lo que Dios tenga ordenado, y podéis pensar que yo más no puedo hacer, si no ya lo hubiera mostrado.

Arta, creyendo que Curial no podía más, entró en gran pavor, pero calló aguardando el fin de este hecho.

Mientras en esto estaban, vieron llegar dos es-

cuderos en sendos buenos rocines, y un chicuelo que conducía de las riendas un buen caballo con las armas de un caballero rotas y atravesadas sobre la silla, y cuando hubieron llegado, saludada toda la compañía, vieron al caballero, que era su señor, a pie y con la espada en la mano, y a su hermano en tierra, muerto, y tuvieron de ello gran dolor, que manifestaron con mucho duelo. No tardó en llegar un hombre, en camisa y a pie, y en el sitio en que la batalla se hacía, viendo al muerto caballero, hinojóse ante Curial, y así le dijo:

—Señor caballero, ruego a Dios que bendita sea la hora en que habéis llegado a tiempo, porque habéis cortado la peor costumbre que jamás, entre caballeros andantes, haya existido en este reino. Heme aquí, que soy caballero de Alemania, que con una doncella, que me es hermana, iba al torneo de Melún, y estos caballeros que aquí veis me atacaron uno después de otro, y cuando uno se fatigaba, el otro me combatía, de modo que pudieron así contra mí, y me han preso y robado, dejándome en el estado en que me veis. De aquel que veo yacer e imagino que ha muerto, nada digo; pero este que vive es el peor y más descortés caballero que hayáis visto jamás. Así, pues, que vuestra merced de él se libre y abolida sea la mala costumbre en esta comarca.

La doncella, que era hermana del caballero, corrió hacia los escuderos, diciendo:

—Dejad, malos hombres, las armas y el caba-



llo, y dadle las ropas al caballero, porque, en verdad, hoy es el día en que será borrada la mala costumbre que estos falsos caballeros habían aquí instaurado.

Con ello, tomadas en seguida las ropas del caballero, éste se vistió y se armó, y tomando por las riendas su caballo, quedó aguardando qué sería de los dos caballeros.

Curial, que todo esto había visto, dijo a su caballero:

—¿Qué entendéis hacer de esta batalla? ¿Entendéis abandonarla a condición de que me entreguéis las doncellas aprisionadas, las armas y los caballos de los caballeros que habéis atacado, y juréis no mantener más esta costumbre, o entendéis seguirla hasta el final? Porque, según veo, aunque yo no combata, vos mismo os venceréis antes de que la noche llegue, y si acaso la noche nos sobrepasa, pensad que la plaza no quedará por vuestra; antes os certifico que, a mayor daño vuestro, cesará tan mala costumbre.

Respondió el caballero:

—Ahora, decidme, caballero, vuestro nombre, como condición para que yo cumpla después todo lo que ordenéis.

Curial le dijo:

—Mi nombre no podéis saber ahora ni vos ni otro alguno. Así, proveed a vuestra vida y haréis cosa de buen juicio; mientras, estáis a tiempo, haced de la necesidad virtud.

El caballero quería morir viendo muerto a su



hermano ante sus ojos; pero, por otra parte, se veía el más deshonrado caballero del mundo, por tal que aquel otro le había vencido sin herirle, y como, lo que era más terrible, conocía que combatir no le aprovechaba, no sabía qué partido tomar. Por lo que el albacea, que era discreto y noble caballero, se llegó a Curial y le dijo:

—Por merced de Dios, caballero, no queráis que este otro que aquí está, después del daño que por su locura y por la de su hermano se le ha deparado, diga tan vil palabra como la que le pedís, y así yo me rindo a vos por él, y nada más se haga sobre el caso.

En seguida fuése al otro y le rogó que envainase la espada y más no combatiese, lo que el caballero cumplió en seguida. El albacea condujo los caballeros a su casa, y entrados en sendas cámaras, les hizo desarmar, dándoles frescas ropas y haciéndoles servir aparte sendas cenas. Mientras tanto, mandó por las doncellas, por las armas y por los caballos de los caballeros que habían despojado, y alzado el caballero muerto de la plaza y desarmado, lo entregó a los dos escuderos que habían venido. Ellos le condujeron a la iglesia de un castillo, en la que, con general dolor de todos sus vasallos, fué enterrado muy honorablemente.

Llegada la mañana, fueron venidas las doncellas prisioneras, y honrados los atavíos y armas de los caballeros. Todos oyeron misa, y el caballero vencido juró no mantener más aquella costumbre ni mal atacar a caballero alguno que con



él se cruzase. Curial rogó con encarecimiento al caballero anciano que quisiese acompañar aquellas doncellas al torneo y conducir los caballos y las armas de los caballeros escarnecidos, afirmando no ser posible que no hallasen a sus valedores o parientes o amigos que a sus tierras las tornasen, y que, en caso de que esto no se cumpliese, ampliamente el rey a ello proveería. Otorgólo así el albacea, y aun el caballero vencido de su grado se ofreció a tenerles compañía. Con ello, partieron pues; el vencido, a su castillo volvía. Asimismo cabalgó Curial, y por más que el albacea porfió, no quiso detenerse aquel día; antes dijo que de allí en adelante convenía ir armado por los caminos, pues estaban en tierra de andantes caballeros. Por lo que descabalgando de nuevo, se armó muy notablemente, y montando de nuevo a caballo, dados lanza y escudo a sus escuderos, despidióse del anciano albacea. Este cabalgó en un palafrén, salió con él un trecho, y le dijo:

—Señor caballero, no os he honrado y servido yo como debiera y según vuestro valor merece, pero os suplico que me prestéis benevolencia, y si a algún caballero podéis revelar vuestro nombre, me lo queráis decir a mí, y tener por recomendados a dos hijos míos, jóvenes caballeros que salieron de aquí para ir al torneo hoy hace veinticinco días, y cabalgan como caballeros andantes.

Curial, que esto oyó, detúvose en el camino, y contestó así:



—Huésped amable, si yo a alguien pudiese decir mi nombre, a vos de buen grado os le dijera, por la hombría de bien y el honor que en vos se aposentan; pero no me ha sido otorgada licencia de decirlo en ningún caso, y así, os ruego que desistáis. En cuanto a vuestros hijos, tened por seguro que si con mi ayuda puedo aprovecharles, conociéndoles, no ha de faltarles. Quiera Dios que en cosa cualquiera de la que honor o placer se os pueda derivar, pueda agradeceros lo que por mí habéis hecho; pues, por mi fe, muy obligado a vos me creo.

Replicó el anciano:

—¿No me diréis, pues, señor caballero, vuestro nombre?

—No, cierto—dijo a su vez Curial.

—Verdaderamente, no me parece que seáis vos caballero—dijo el anciano—de esos que para ir a una romería o al trasladarse de un lugar a otro dejan escritas en las hospederías en que descansan tablas escritas y papeles pintados con sus armas y sus nombres, y por acaso nunca las tuvieron en alza, no de ellas se sirvieron, sino del cuchillo de mesa en el yantar. Y vos, que sois tal caballero como mostráis, ¿ocultáis vuestro nombre? Id en nombre de Dios, y que El sea vuestro guía, pues bien advierto que más os cuidáis del orden de caballería que de su fama, y no ha de faltaros honor en que os veáis.

Así, Curial despidióse del caballero y continuó su camino.



Como pasasen por delante del castillo del muerto caballero, empezaron a tocar las campanas y la gente quiso salir contra Curial; mas el otro caballero que fué escapado con vida de la batalla los retuvo y no dejó salir a nadie, ordenándoles expresamente que no saliesen ni rompiesen la fe que él había prometido. Ignoraba Curial que aquél fuese el castillo de los caballeros vencidos, y se detuvo por ver qué algarabía era aquélla. En esto, un caballero salió de su castillo, y llegándose a Curial, le dijo:

—Caballero, seguid vuestro camino; ese castillo era de un caballero que fué muerto anoche de un encuentro de lanza, del que sé fuiste vos facedor, y ahora está toda la gente del castillo alborotada para salir contra vos. Yo os suplico no os sirva de enojo partiros de aquí antes que suceda cosa peor, pues gran dolor sería que caballero tan valeroso como dicen que sois vos muriese o fuese escarnecido del modo que vos lo seríais si mucho aquí os detuvierais.

Arta, que esto oyó, sin dejar contestar a Curial, dijo:

—Vámonos, caballero, y sigamos nuestro camino; según entiendo, es éste el castillo en que prenden a las doncellas y vilipendian a los caballeros; yo os suplico que sigamos adelante y queráis oír el buen consejo que os da este caballero, ya que acaso el que juró hoy abandonar la malvada costumbre quiera, ayudado de los suyos, tomar venganza de quien le ha vencido.

Curial, que conoció el miedo de Arta, rióse un poco, y nada respondió. Mas, tomando lanza y escudo, dijo al caballero:

—Prohombre, cierto es que nosotros pasaremos por este camino, tal como los demás caballeros andantes y no hacemos ni procuramos daño a persona alguna; de aquí en adelante, si salen del castillo, pudiera ser que no volviesen todos.

—Ah, caballero, si sois solo, ¿qué podríais hacer contra ocho caballeros que son, y otra mucha gente que los ayudaría?

—Si Dios me ayuda, yo quisiera que salieran y quisiesen luchar como andantes caballeros, y acaso dejarían pasar en paz a los caballeros por su camino.

Y mientras ellos así hablaban, vieron venir un caballero andante, lanza en mano y escudo al brazo. Llegado junto a Curial, le dijo:

—Caballero, por la costumbre que hoy rige en este reino, no os neguéis a una justa.

Curial, que le oye, se vuelve hacia él, y corren uno contra otro muy ardidamente, y el caballero, dando a Curial en mitad del escudo, la lanza hizo volar en pedazos. Curial, que era mucho más fuerte, le hirió también en medio del escudo, con tan áspero golpe, que, arrancándole de la silla, en tierra le hizo dar con ligereza, y con tanto brío, que otro daño no recibió, sino el golpe de su caída. No cuidó más de él Curial, por lo que Arta dijo:



—Harto hemos estado aquí, caballero; así, vámonos, en nombre de Dios, que ya no podrán decir los del castillo que nos fuimos por miedo a ellos. Curial miró hacia el castillo, y viendo que nadie salía, se despidió del prohombre, y lentamente partió.

Ayudó el prohombre a cabalgar al otro caballero. Y apenas había cabalgado, para marchar, según su deseo, en pos de Curial, cuando los ocho caballeros del castillo, a despecho de su señor, salieron, y a vista de Curial, que no se había alejado, corrieron contra el caballero, y aunque era muy garrido y valiente, entre todos le combatieron, le derribaron y desarmaron, le quitaron el caballo, y con gran vituperio empezaron a conducirle al castillo. Curial, que presenció esta gran maldad, encendido en rabiosa ira, volvió grupas al caballo, y corriendo con la mayor prisa hacia ellos, gritóles:

—¡Ah, malvados caballeros, ciertamente no sentís vosotros el honor de la caballería andante!

Encontrando a uno en su camino, al punto le derribó, y acorrió a otro, e igualmente le arrojó del caballo. ¿Qué os diré? Cuatro caballeros abatió con la lanza, y como se le rompiese en el cuarto, llevó mano a la espada y comenzó a herir a los malvados caballeros tan poderosamente que, uno después de otro, a todos los venció, de lo que resultaron tres gravemente heridos. Mi-

raban ésto los del castillo, y gritaban al señor que saliese a ayudarlos, y él respondió:

—No plegue a Dios que vaya contra la fe jurada; ya se lo había dicho, y no como eran ocho, aunque cien hubiesen sido, uno después de otro, con todos hiciera lo que con éstos hizo.

Tuviéronlo los del castillo por gran maravilla, y loaron al caballero mucho, pues todos le querían por señor. Recobró Curial las armas y caballo del caballero, y armándose, le hizo cabalgar. Y mandando a buscar al caballero que había jurado abandonar la malvada costumbre, y a los regidores del castillo, presentes todos, así dijo:

—Caballero, ¿no me habíais jurado hoy mismo, dejar esta perversa y malvada costumbre? Yo prometo y juro por la belleza de esta doncella que va en mi compañía que estoy en punto de hacer con vos lo que anoche hacer no quise, y no sé qué dios me detiene que no os arranco la cabeza de los hombros, con lo que esta costumbre no duraría más.

El caballero se excusó razonablemente, diciendo que contra su voluntad habían salido, y así lo confirmaron los regidores.

Entonces dijo Curial:

—¡Ah, rey de Francia, tal cosa no debiera consentirse en este reino!

Y volviéndose a los regidores, les dijo:

—Yo os prometo y juro que no puede ser que

si esta malvada costumbre mantenéis, no halléis prestamente mal fin.

Todos afirmaron que no la mantendrían más, y rogaron mucho a Curial que quisiera entrar para refrescar con ellos; pero la doncella, apresuradamente, contestó:

—De tal refresco ¡líbreme Dios! Vámonos de aquí, yo os lo ruego.

Aventura del caballero codicioso de Arta.

Por lo que Curial y el otro caballero, volviendo la espalda, se fueron.

No habían andado gran trecho, cuando encontraron a un caballero de todas armas armado, solo, sin compañía alguna, que como los viese con la doncella, se detuvo en el camino y dijo:

—Doncella, yo os tomo para mí, según la costumbre nuevamente implantada en este reino.

Curial se detuvo a ver lo que diría y haría Arta. Esta respondió:

—Caballero, ¿qué os he hecho para que queráis apresarme?

Contestó el caballero:

—Nada me habéis hecho, pero es costumbre de caballeros andantes si encuentran doncella o dama que acompañe otro caballero andante apresarla, si no halla quien con las armas la defienda.

Y después que la ha apresado, ¿qué se sigue?—preguntó Arta.

La tendrá en su compañía hasta que otro caballero se la quite.

—Y si nadie se la quita, ¿qué hará?—insistió ella.

—Venid, que os lo mostraré; no malgastéis tanto tiempo en palabras.

—Id—respondió Arta—en paz y en gracia de Dios, que a mí no me habéis menester; algo habréis soñado esta noche pasada.

Llenóse de bizarría hosca el caballero, y dijo:

—Ahora, por mi fe, vendréis de grado o por fuerza.

Y alargando la mano cogió las riendas de la cabalgadura de Arta y empezó a tirar de ellas. Arta dió grandes voces:

—Dejadme, ¿no conocéis al caballero que me acompaña, y por ventura no os santiguasteis esta mañana?

Dijo entonces el caballero:

—Vendréis por esta vez conmigo, y veremos quién sea ese diablo contra quien hay que santiguarse.

Nada dijo Curial. Arta dejóse caer del palafrén, y dijo:

—En verdad, yo no iré con vos si antes no vencéis a estos dos caballeros que aquí están.

—Voto a Dios—dijo el caballero—, poco cuidado tienen de vos; si no, ya hubiesen respondido para que yo no os apresara; mas creo que ellos os precian poco o no son caballeros para conducir doncellas por los caminos. Con que montad a ca-

ballo, o, por mi fe, os prometo que habré de hacer vilipendio en vuestro cuerpo.

De lo que Curial, viendo que los aprovechaba la melancolía, rió mucho. El caballero que iba en compañía de Curial dijo:

—Caballero, yo me hubiera adelantado a defender vuestra doncella, si no fuera por no haceros enojo, y así, os ruego que yo la defienda y os pague el honor que hoy me habéis hecho.

Respondióle Curial que le placía, y el caballero se adelantó y dijo:

—Caballero, dejad la doncella, que gran presunción es por vuestra parte creer que la podéis arrebatar a dos caballeros como veis que somos aquí.

Respondió el otro caballero:

—A mil la arrebataría mientras no me lo impidiesen, y cuido tener sobre ella tanto derecho como vosotros; veamos, pues, de quién sea.

Con ello, los caballeros se lanzaron uno contra otro, y se hirieron tan poderosamente al encontrarse, que el defensor rompió su lanza; pero le valió poco, que el otro, tal topetazo le dió en el escudo, que del caballo le derribó con vilipendio. Volvió entonces por la doncella, y dijo:

—Venid conmigo, porque estos caballeros no merecen ciertamente conducir doncella.

Y como ella rehusase su compañía, el caballero tendió la mano, cogió a Arta por los cabellos y dijo:

—Vos vendréis, mal que os pese.

En aquel punto, Curial, que todo lo sucedido había tomado en burlas, gritó a grandes voces:

—Estad seguro, caballero villano, que tentado estoy de cortaros la mano por la villanía que con ella hicisteis.

Y contra él arremetió; y el otro contra Curial, pero éste le hirió tan poderosamente, que le derribó del caballo, y una vez en tierra fué contra él, que ya cuidaba alzarse, y le cogió por el yelmo y dióle tan gran golpe que nuevamente le echó al suelo, y arrancándole el yelmo, le cogió por los cabellos y le dijo:

—¡Ah, villano caballero, ¿a las doncellas cogéis por las trenzas? ¿Qué resta, pues, a los judíos sin piedad? Ciertamente no creo que haya en el mundo caballero tan descortés como vos seríais si vuestro esfuerzo correspondiese a vuestro deseo, y no sé qué me detiene que no os quito la vida por la gran descortesía que habéis cometido.

Tan desairado estaba el caballero, que casi podía hablar; empero, dijo:

—Caballero, nada he hecho yo que caballero andante no deba hacer, pues aprehender doncella que va en compañía de caballeros usanza de caballeros es, y si yo la cogí por las trenzas fué culpa suya por no querer seguirme, y así no me culpéis de lo que soy inocente.

Dejóle entonces Curial, no sin tanto enojo que en poco estuvo que no le cortase la mano profanadora. Volvió a cabalgar, y asimismo Arta montó su palafrén y siguieron su camino, sin más



cuidarse del caballero. Curial cabalgaba tan melancólico que no hablaba ni decía cosa alguna, ni los otros se atrevieron a decirle nada.

Mientras así seguían su camino, el otro caballero se apartó a un lado con Arta y le dijo:

—Doncella, yo os ruego que tengáis la cortesía de decirme quién es este caballero que os acompaña, porque, por mi fe, no creo que doncella alguna sea hoy acompañada de mejor caballero, y por segura podéis teneros avanzando a su vera.

Arta contestó:

—Más no puedo deciros, sino que es caballero.

—Caballero es, sin duda—dijo el otro—, y eso, mejor que vos lo sé yo; pero vuelvo a rogaros me digáis alguna cosa por la cual pueda tener indicio de quién es.

Respondió Arta:

—No puedo deciros más que, si continúa como ha empezado, en todas partes le tendrán por caballero; mas a vos os ruego que me digáis quién sois, como suplico a Dios que os depare buenas nuevas de vuestros amores.

En aquel punto suspiró el caballero, y dijo:

—¡Ay, desventurado de mí! ¡Qué habéis dicho! Soy de Saboya, el señor de Salanova.

—En nombre de Dios—dijo la doncella—, bien he oído hablar de vos y de madama Raimunda de Gont, hija del señor Sant.

—¡Ah, desdichado!—dijo él—. ¿Y este caballero me conoce?

—No sé—dijo Arta.

—Entonces—preguntó él—, y vos, señora, ¿qué nombre lleváis?

Respondió Arta:

—Doncella soy de poca nombradía, y no os será placer ni provecho saber mi nombre, ni tampoco me atrevería a decíroslo sin permiso del caballero, pues sé que con ello le causaría enojo.

—Dios me guarde de enojar a tal caballero; pero, por lo menos, decidme de qué tierra sois los dos.

Respondió la doncella:

—Os suplico que no me preguntéis, pues ahora nada podría deciros.

Calló el caballero, al punto en que se hallaban entre dos caminos. Curial volvióse a él y le dijo:

—Nos conviene separarnos, caballero, ya que los caminos nos separan, y así, elegid cuál de éstos os place.

Contestó el caballero:

—Señor caballero, nada me placen los caminos que quieren separarnos; pues, por mi voluntad, iría en vuestra compañía, y de buen grado no dejaría vuestra vera si a vos no os desagradaba.

Curial contestó:

—Caballero, por mi fe os aseguro que si yo debiese tener compañía de algún caballero, no abandonaría la vuestra; empero he decidido ir solo, y así, escoged el camino que quisiereis, que yo tomaré el otro.

Con ello, el señor de Salanova escogió el de la derecha, despidióse de Curial y se separaron.

Entonces, Arta dijo:

—Curial, ¿sabéis quién es el caballero que se ha separado de vos?

Curial contestó que no. Dijo Arta:

—Pues sabed que es el señor de Salanova, vuestro gran amigo.

—Por Dios, gran placer tengo de ello; ¿le habéis dicho quién era yo?

—No—dijo Arta.

Añadió Curial:

—Os ruego que por nada del mundo os deis a conocer a nadie, porque por vos me conocerían a mí, la cual cosa me resultaría más grave de lo que podéis imaginar.

Arta le explicó entonces que Guelfa había dispuesto que en todo lugar se hiciese llamar Fiesta, y así quería hacerlo si a él no le desplacía. Rióse Curial y le dijo que hiciese en todo instante todo aquello que por la señora le hubiese sido mandado.

Aventura del monasterio.

Tanto avanzaron, que llegaron a un monasterio de mujeres, donde fueron recibidos muy alegremente, y muchas de las monjas se prendaron de la belleza y gracia de Arta, que en pocos sitios

hubiera hallado par. Pero todas se prendaron de Curial, y no se podían cansar de mirarle, y después que le hubieron dado de comer, preguntaron a Fiesta si era esposa del caballero, a lo que ella contestó que no. Entonces se miraron todas unas a otras, y empezaron a reír, diciendo:

—Así, pues, ¿cómo vais en su compañía?

Fiesta contestó:

—¿Es cosa nueva conducir un caballero andante a una doncella en su compañía?

Dijeron ellas:

—No es cosa nueva; pero, aunque se las llame doncellas, mujeres son.

—Por Dios—respondió Fiesta—, no todas lo son ni he de serlo yo por él, si a Dios place.

Dijo entonces la priora:

—No es preciso que todos los hombres sean malos.

Otra empezó a reír, y hablando en voz baja con cuidado de que Fiesta no oyese, dijo:

—Ciertamente, vos diréis lo que queráis; pero yo no creeré ni hoy ni mañana que no haga más justas con vos que con los caballeros andantes.

—¡No me maravilla—arguyó otra—, que el peligro es menor!

Así todas, una después de otra, empezaron a morder a Fiesta, por lo que ella dijo:

—Me imagino que vosotras le quisierais para sacristán.

De lo que ellas hicieron las mayores risas



del mundo. Así, burlando juntas, pasaron todo aquel día.

Llegada la noche, fué asignada a Curial una notable estancia en que durmiese, y preguntaron a Fiesta si quería dormir en la habitación de su caballero. Ella contestó:

—Muchas veces he dormido con él en una misma alcoba, y así no lo rehusaría ahora; pero, hallando otro lugar en que dormir, siempre lo prefiero.

—Por Dios—dijo la priora, que era joven y muy bella—, dormid donde soléis, y no cuidéis de estas burlas, que yo os prometo, por mi fe, que no veis aquí ninguna, por santa que sea o quiera ser, que no quisiera ir al torneo en su compañía, como vos. Y bien estáis juntos, que, por mi fe, aunque mucho debéis a Dios por la belleza que os ha dado, no menos le estáis obligada por tan bello caballero como os ha dado por compañía, porque os aseguro que, venida hace poco de la corte de mi señor el rey de Francia, adonde asuntos del monasterio me llevaron, vi allí infinitos caballeros; pero no recuerdo haber visto ni uno tan apuesto.

Contestó Fiesta:

—¿Cómo os llamáis, señora?

La priora respondió:

—Yo me llamo Yolanda Lemengre, y tengo dos hermanos, llamados, uno, Juan Lemengre, y por otro nombre, abad Bocigant, y el otro, Rubino Lemengre, caballeros de harto renombre.

Fiesta, que ya por la fama los conocía, supo que era, pues, la priora noble dama y de buen linaje, y así la tuvo en mucha mejor estima que antes. Y mientras la colación llegaba, sentadas todas en torno a Curial, empezaron a jugar a muchas maneras de juegos; pero la priora ocupaba todo el tiempo a Curial hablando con él, y no le dejaba atender al juego ni a las preguntas que le hacían. Entonces, una monja, muy bien hablada y que de todo tenía buena noticia, dijo:

—Señora, imagino que si esta doncella hubiese sabido que habríais de retenerla aquí y vos marchar al torneo en compañía del caballero, de muy mal grado hubiera venido.

La priora dijo a su vez:

—Callad, que las mujeres no han por costumbre asaltar caminos ni aprisionar caballeros.

—Cierto es—dijo la otra—, y yo no sé si él se tiene por libre o prisionero aquí, donde le tenéis en vuestro poder; pero estoy seguro de que tan bien o mejor le sabríais quitar el algodón de su jubón.

De lo que la priora rió mucho, así como todas las demás. También reía Curial; pero Fiesta cuidaba morir de melancolía, y preguntó a la priora quién era aquella monja que de tal modo hablaba. La priora contestó:

—Juanina de Borbón.

Fiesta, oyendo su nombre volvióse a ella y le hizo una gran reverencia. Pero Juanina dijo:

—Doncella, no es preciso halagar, porque me figuro que, por esta vez, no sacaréis al caballero del monasterio, y, si Dios os hace merced de que alguna vez le recobréis, guardaos bien de llevarle a monasterios de mujeres.

Todas las monjas les hacían tanta fiesta y bulla, que era gran maravilla; pero como Fiesta advirtiese la burla, queriendo burlar también de las otras que la motejaban, dijo:

—Ahora sea vuestro el caballero, en nombre de Dios, y yo os cedo toda mi parte; porque por mi fe os juro que no habríais estado largo tiempo que no os diera mal gozo.

—¿Y cómo en tal estado le habéis puesto?—preguntaron las demás.

—En ningún estado le he puesto—respondió Fiesta—; pero os veo a todas de tal pelaje que aun creo que toda la noche pasaríais disputando a puñadas cuál de vosotras le tendría.

Entonces, una vieja, que estaba un poco apartada, dijo:

—Amiga, para esto estáis vos, que partiréis la brega quitando la ocasión; yo no sé de qué pelaje nos veis; pero yo os veo de tal que no le perderéis de vista si sois creída.

Por mucho espacio de tiempo duraron las nuevas, hasta que una señora joven y muy gentil, que Gilita de Berri era llamada, y que aun nada había dicho, acercándose a Fiesta, le dijo:

—Hermana, no curemos de burlas; yo os convido a dormir conmigo esta noche.

Juanina intervino:

—¿No os valdría más convidar al caballero?

Respondió la de Berri:

—No, que nada me valdría. Sea, en nombre de Dios, de la priora, que bien conozco que a ninguna cedería parte. Pero tratándose de ésta, no me opondría contraste.

Fiesta se lo otorgó. En aquel punto, la priora, dando fin a los juegos, se levantó, y así hicieron las demás. Y la priora dijo:

—Señor caballero, por mi fe, no recuerdo que en este monasterio, desde que estoy en él, hayamos tenido tanto placer como el que hemos gozado por causa vuestra y de esta doncella. Bendito seáis por Dios. Ruégoos que nos digáis vuestro nombre para que podamos pedir por vos y saber cómo saldréis del torneo.

Contestó Curial:

—Señora, lealmente os prometo que si me hubiese sido otorgada licencia de declarar mi nombre a alguien, a vos os le dijera de buena voluntad.

—Por lo menos—dijo la abadesa—, yo os ruego, en nombre de la señora que más amáis en este mundo, que me digáis qué escudo llevaréis en este torneo.

—Un escudo negro—respondió Curial.

—Por Dios—dijo la priora—, muchos escudos negros habrá, ciertamente; pero ¿cuál entre cien llevaréis, para que se tenga de él más seguro conocimiento?



Contestó Curial:

—Más os diré de lo que puedo deciros. Llevaré en el escudo un halcón con pulsera parda en el cuello.

Y entonces dijo la abadesa:

—Ruego a Dios que os deje volver con la que deseáis, y os suplico que, si es posible, viniendo del torneo queráis pasar por este monasterio.

Así lo otorgó Curial.

Con ello, todas se despidieron de Curial y fuéronse a descansar. La de Berri tomó a Fiesta de la mano y la condujo a su celda. Pero no la pudo tener a solas, porque Juanina de Borbón, Violante de la Sparra, Isabel de Bar, Blanca de Bretaña, Catalina de Orleans, Marta de Armanyach y Beatriz de Foix, todas juntas fueron a la celda, y juntas hicieron, con tanta alegría que no puede describirse, extrema fiesta, y le pidieron a la doncella nuevas de los hechos del caballero. Fiesta les contó todas las cosas que le habían acontecido desde que empezó a cabalgar como caballero andante, de lo que todas tuvieron gran gozo, y dijeron que si Dios de otro modo lo hubiese dispuesto, sería harta desconveniencia que caballero como éste no fuese valiente y venturoso, y le loaron más que antes. Juanina de Borbón, queriendo reír más, dijo:

—Doncella, yo os ruego me concedáis una gracia que está en vuestra mano hacerla y nada ha de costaros.

Fiesta contestó que le placía.

—Podéis si queréis—dijo Juanina—, y lo que ruego que hagáis es que, tomando vos este hábito, seáis monja en este monasterio mientras yo me iré con el caballero y veré cómo los caballeros andantes tratan a las doncellas por los caminos.

Respondió Fiesta:

—Y por ventura, aunque yo me conformase, ¿lo consentiría la priora?

A lo que dijo Juanina:

—En esto bien la engañaremos; porque yo diré que estoy enferma, y vos estaréis todo el tiempo en cama, tomando jarabes y purgas, y fingiendo que tenéis mal de ojos, no saldréis de la celda, ni consentiréis en ella demasiada luz, y así podrá cumplirse todo bien. Si aconteciese que llegara a saberlo, ya estaría hecho o, por lo menos, se habría ya celebrado el torneo y yo habría vuelto.

Rieron todas mucho y dijeron ser donosa la mofa.

—Bien se nos mofa—dijo Juanina—esta doncella que va por el mundo mirando todas las bellas cosas, y a nosotras nos ha de bastar saberlas por referencia.

Mucho se esforzaron aquella noche en festejar a Fiesta; y hecho en el suelo un lecho muy grande, se acostaron todas juntas, sin desnudarse. No durmió ninguna, sino que toda la noche en alegres burlas y placeres pasaron totalmente.

Llegada la mañana, se levantaron todas, y tam-

bién Curial. Armado, montó a caballo y se despidió de todas. Montada Fiesta en el palafrén, dijo Juanina:

—Decidme, doncella, ¿no me complaceréis en el ruego que os he hecho?

Contestó Fiesta:

—Señora, ya os respondí que sí haría si en mi mano estuviera; pero antes tendríais que concertarlo con el caballero.

—Aquí—dijo Marta—estaríais, por lo menos, segura de que no os cogerían por las trenzas.

Así riendo, partieron.

Anduvieron toda aquella mañana, sin topar con aventura que merezca mención. Empero como hubiesen andado casi la mitad del día y estuviesen las cabalgaduras cansadas, tanto del camino recorrido como del gran calor que hacía, y no hubiesen hallado lugar donde refrescar, los alcanzó un heraldo, que los seguía hacía largo rato, y cuando los hubo alcanzado, dijo:

—Caballero, os he seguido más de dos leguas para hablaros de parte de un caballero que viene más atrás; pronto estará aquí, y os ruega que le esperéis por tal que más no tenga que seguiros.

Contestó Curial:

—¿Qué quiere el caballero?

Dijo el heraldo:

—¿Habéis cabalgado mucho por este reino?

Curial dijo que no.

—Bien se conoce—dijo el heraldo—; pues, de otro modo, ya sabríais qué quiere.

A lo que replicó Curial:

—Aunque mucho hubiese cabalgado por este reino, no puedo saberlo hasta que me sea dicho.

El heraldo dijo:

—Caballero, esta mañana pasábamos por un monasterio de mujeres, donde habéis dormido, y como el caballero se quisiese informar de algunas cosas nuevas, si las supiesen, no le supieron contar sino de vos y de esta doncella, afirmando ser ésta la más hermosa del mundo, por lo que el caballero, deseoso de tener esta doncella para conducirla al torneo, cabalgó con priesa para alcanzaros. Como viese que no podía, me ordenó que corriese hasta llegar a vos y os rogase mucho de su parte que le transmitieseis conmigo la doncella, con lo que haríais muy gran placer, y podríais seguir vuestro camino. De lo contrario, que os pluguiera esperarle, porque él estará en seguida aquí para tomárosla, según la usanza de los caballeros andantes.

Curial, oídas estas nuevas, antes de responder, miró en el rostro a Fiesta y echó a reír. Fiesta, asustada, díjole:

—¿De qué reís? Vamos, sigamos nuestro camino, y entrémonos en alguna aldea, porque no puede ser que no encontremos alguna, y allí estoy segura de que no me apresarán por fuerza, pues no prenden más que a las que son halladas por los caminos.

Curial, sin contestar a Fiesta, dijo al heraldo:



—Decidme, amigo, ¿está cerca el caballero?

El heraldo contestó:

—No sé cuánto habrá andado; pero imagino que estará a media legua, poco más o menos.

Dijo Fiesta:

—Vámonos lo más de prisa que nos sea posible. A mi juicio, sería grosería esperarle. Hubiese llegado a tiempo. Si queréis creerme, no estaréis más aquí, y si esto no queréis, ponedme en lugar seguro, que yo no quiero seguiros y vos podréis ir adonde os plazca.

A esto le contestó Curial:

—Amiga, yo no puedo aseguraros mejor que teniéndoos en mi compañía y poniendo mi cuerpo en aventuras para defenderos, y así, no paséis cuitas, y venga, en nombre de Dios, el caballero que por ventura no ha de cuidar de vos.

—Señor—dijo ella—, os ruego que me saquéis aquí y me enviéis a lugar seguro.

—Pláceme—contestó Curial—; volvamos al monasterio, y allá os dejaré, pues tanto lo deseáis. mezquina.

Dijo ella:

—¿Y si por este camino viene el caballero?

Curial echóse a reír. El heraldo adelantóse, y dijo:

—No os sea enojo, doncella, esperar al caballero, porque por mi fe os juro que, por ventura, en la presente jornada no cabalga mejor caballero ni más valiente por este reino, y cierto es-

toy de que, en cuanto le veáis, contenta estaréis de su compañía. Y aunque éste que os conduce sea buen caballero, no ha de desagradaros tenerle mejor, si se puede; porque por mi fe vuelvo a jurar que, de todos los que yo conozco, éste que esperamos es el mejor y más valiente caballero. Pensaba el heraldo que estas nuevas agradarían a Fiesta, y por ello se esforzaba en decir todo el bien que podía; pero ella, a punto de llorar, empañados los ojos, se dejó caer del palafrén, e hinojándose ante Curial, le rogó mucho, le requirió invocando el nombre de aquella señora que a él le había encomendado, que no le retuviese más en aquel lugar ni esperase al caballero. Curial, turbado al oír el nombre de la señora, no sabía qué elegir, cuando el heraldo dió una gran voz:

—¡He aquí al caballero!

Por lo que Curial tomó en seguida escudo y lanza, y ordenó que Fiesta cabalgase, como así se cumplió. El heraldo acercóse a su señor y le contó cómo el caballero le había esperado, y ni un instante había movido los pies del sitio en que le había alcanzado; añadiendo a esto que era aquélla la más hermosa doncella que jamás hubiese visto. A ello, dijo el caballero:

—Me la cederá en paz, o la defenderá en batalla.

Contestó el heraldo:

—Imagino que querrá defenderla, porque, de otro modo, hubiera seguido su camino; pero si os



ha esperado, no me parece que os tema demasiado.

—Ahora dile—contestó el caballero—que me la entregue o se prepare a la defensa.

Fué el heraldo a Curial, que así respondió a su embajada:

—Dile a ese caballero que tal carne como la de esta doncella a precio de sangre se vende, y no puede de otra manera conseguirla.

Con ello, Curial, antes de que el heraldo hubiese podido dar cuenta de sus palabras, se puso en coyuntura de lucha.

Semejantemente, el caballero, oídas las palabras del heraldo, espoleó al caballo y corrió contra Curial, y con tanta fuerza le hirió que voló en pedazos su lanza, y como Curial le quisiese dar en el escudo, el caballo del enemigo caballero tanto alzó la cerviz que Curial le hirió en la frente, de guisa que el caballo muerto cayó en tierra. El caballero, abandonando la montura, dijo a grandes voces:

—No habéis cumplido ciertamente como caballero, que el hijo de la yegua no os había herido ni os había pedido la doncella, y yo no podía entender que a precio de sangre de caballo quisiéseis venderla; pero vos, como cobarde, por huir de la batalla, me habéis muerto el caballo. Empero yo os llamo a ella a pie, y voto a Dios y a la Virgen María que, en venganza del caballo, o yo perderé la mía o he de arrancaros la vues-

tra si descabalgáis. Si huís, dos veces os habréis conducido como mal caballero, y pensad que, aunque tenga que seguiros hasta el fin del mundo, no escaparéis.

Miróle Curial, y antes de contestar descabalgó, y después le dijo:

—Caballero, muy descortésmente habláis, pues yo no herí vuestro caballo por mi voluntad, sino porque en el punto en que yo iba a heriros, él levantó la cabeza, con tan mala fortuna, que, contra mi voluntad, hube de herir donde no quisiera, y acaso fué el caballo causa de vuestra salud, y lleva la pena del ultraje que me habéis hecho. Empero, según son vuestras palabras, queréis vengar el caballo y contra mí mover batalla a ultranza, aquí está mi caballo; y pues entendéis que uno de nosotros debe morir, al otro harto le bastará con este caballo, ya que o no le habréis de menester, o éste os llevará hasta donde mejor os parezca.

Apenas el caballero dejó terminar de hablar a Curial, sino que con el escudo al brazo, y blandiendo la espada, corrió contra él, y le hirió contra el escudo, con mucho poderío. Así Curial le hirió a él con la mayor fuerza que pudo, y doblando los golpes, caen de cada parte golpes de canto de los escudos y fuego de los yelmos heridos de las espadas. Mueven las manos los caballeros ásperamente, y cada uno se esfuerza en dominar al otro. Y si cada uno cuidaba ser valien-



te y poderoso, encontrado había quien le mantenía resistencia largo rato, en tal manera que en aquel asalto combatieron con toda su fuerza y sin medida, que de otra cosa no cuidaban que de dar golpes. Tanto duró este primer encuentro, que voluntariamente cada uno de ellos hubiera reposado si el otro le diese lugar; pero la vergüenza se lo impedía y los impelía a herir contra su voluntad. Ya los escudos eran tales que si la batalla durase poco les podrían aprovechar, y petos y corazas, todos rotos, habían perdido muchas mallas, y ellos estaban combatidos de pequeñas heridas, que sangraban continuamente, por donde los caballeros perdían fuerzan, así como por el gran calor que hacía, que les era muy enojoso y aumentaba incansablemente. Como, además, aquel día ni uno ni otro habían comido ni bebido nada, estaban extenuados y no podían más. El requeridor se hizo atrás, y fijó en el suelo aquel maltratado resto de escudo que le quedaba. Curial, que le vió apartarse, no le siguió ni se movió de aquel sitio; pero tanto como el otro había menester de reposo, porque en ningún momento había encontrado quien tan tenazmente se le resistiese.

El heraldo, que hasta aquel punto había estado contemplando la batalla, se acercó a la doncella, que arrodillada y con los ojos y las manos elevados al cielo derramaba copiosas lágrimas, y le dijo:



—No lloréis, doncella, porque, o yo nada entiendo, o por esta vez quedaréis con vuestro caballero.

—¡Amarga de mí!—dijo la doncella—. ¿Quién me lo asegura?

Respondió el heraldo:

—La espada de vuestro caballero, que, por mi fe, no creo que haya ni pueda haber mejor en el mundo; pues hasta ahora él lleva, con mucho, la mejor parte, y si se mantiene tan valerosamente de aquí en adelante, en honor suyo finirá la batalla. Hasta ahora no he visto caballero, sino el vuestro, que contra mi señor se haya podido defender, aunque muchos hemos hallado y probado. Vedle, ahora, muy cansado, que más no puede; si no, ya se hubiera movido para combatir.

Habían reposado los caballeros un gran espacio, cuando advirtió Curial una gran polvareda que movía en el camino golpe de gente que se acercaba con rapidez, por lo que dijo:

—Veo una gran polvareda, caballero, y pienso que será gente que viene hacia nosotros; y si antes que llegue no habéis vengado vuestro caballo, imagino que os será impedida toda oportunidad si ellos entre nosotros se meten.

Con ello, el caballero, alzado el destrozado escudo, empuñó la espada y comenzó a mover contra Curial. Hizo, empero, éste un salto tan ligero, como si no hubiese combatido, y acercándose al caballero le hirió con la espada, y a él el caballero ardidamente, y cada uno ajusta fuerza



contra fuerza. Deseando Curial el honor de esta batalla antes de que aquella gente llegase, dispendió toda su fuerza, y pródigamente le dió duros y pesantes golpes, y le combatió muy vigorosamente y con tanta virtud y aspereza que ya el caballero no sabía dónde tenía pies ni manos. Porque ya no solamente de herir, sino de defenderse, se veía imposibilitado y turbadísimo; no hallaba lugar en que asegurar su salud, y se echaba atrás, pues ya no le quedaba esperanza en el vigor de su caballería, y continuamente le hería Curial, mucho más que nunca.

Viendo el heraldo en tal mal puesto a su señor, espoleando a su caballo, corrió hacia aquellas gentes que venían por el camino, y halló que eran la priora y muchas monjas del monasterio de que partieron en la madrugada, y díjoles llorando:

—Corred, señoras, o es muerto mi señor.

Por lo que las monjas corrieron con la mayor cuita, y por mucho que corrieron, ya el caballero, que de cansancio y de la sangre perdida no podía tenerse, había caído de espaldas, y Curial no sabía, en pie, qué hacer, si matarle o perdonarle la vida. En tanto, llegaron las señoras y rogaron a Curial que no combatiese más hasta que con él hubiesen hablado. Por lo que él en seguida se hizo atrás, y buena necesidad tenía de ello, pues estaba tan cansado que, si el otro hubiese podido combatir, no hubiera durado largo tiempo. La señora priora fué primero al caballero yacente; el heraldo alzó el yelmo, y miráronle y les pare-

ció muerto; pero estaba vivo: aunque tan trabajado por la fatiga, que no podía respirar ni, por tanto, hablar, y, por otra parte, había perdido los sentidos a causa de los golpes que había recibido en la cabeza. Así estaba tan trasmudado que apenas podía abrir los ojos, por lo que las señoras y la priora le echaron agua en el rostro, limpiáronle el sudor, con lo que recobró el conocimiento, y ellas, dispuesto un lecho con sus mantas, metiéronle en él y empezaron a interrogarle cómo se sentía; él, como pudo, contestó que bien y que quería volver a la batalla, de lo que las monjas y la demás gente rieron mucho, viendo que en tan angustioso trance aun buscaba su daño. Por ello díjole la priora:

—Señor caballero, yo os ruego, por aquel bien y por aquel honor que hay en vos, que me queráis otorgar una gracia que os pediré.

Así lo otorgó el caballero. La priora dijo entonces:

—Lo que me habéis otorgado es la paz entre el caballero y vos, y que, dándole por libre en esta batalla, libremente pueda seguir su camino.

El caballero contestó:

—Señora, por amor vuestro me place, a condición de que me dé la doncella por la que hemos combatido.

La priora, al oír esto, echó a reír, y las demás con ella, y dijo:

—No cuidéis ahora de doncella, que no la habéis menester; y cuando os halléis en mejor pun-

to, por ventura podréis alcanzar alguna, que muchas van al torneo; dejad a ésta, que no os quiere.

A ello replicó el caballero:

—Ahora, por amor a vos, me place dejarla; pero téngase por dicho que si otro día le encuentro con ella, o he de arrancársela o no podré más.

—Así sea—dijo la priora.

En seguida fué a Curial, que con su doncella dialogaba, y del más dulce modo que pudo, de la siguiente manera le habló:

—¡Oh, poderoso y muy noble caballero y dulce huésped nuestro! Yo he maldito mil veces mi vida, por tal que yo, con éstas, he sido causa del trabajo que os ha venido; porque este caballero, que Bertrán del Chastel es llamado, no supiera que conducíais doncella en vuestra compañía si nosotras no se lo hubiésemos dicho. Y como lo supo, y como mayormente nos oyó loar su gran belleza, furioso se partió de nosotras, y os persiguió, y os juro por Dios que yo no hubiera venido aquí si no supiese que éste es el más valiente y poderoso caballero de este reino. Y sabed que todos los del linaje de los Chastel son fuertes caballeros y valientes. Temiendo por vos cabalgué, y he corrido cuanto me ha sido posible. Pero loado sea Dios, que de otra manera sucedían las cosas de como yo las había imaginado, de lo que he tenido inestimable gozo. Por ello, con estas señoras que en mi compañía están, os ruego que perdonéis a este caballero, que, por mi fe, no creo que se libre de la muerte, y no cuidéis más de la batalla; pues,

según el estado en que le veo, aunque vos quisiéseis combatir, ciertamente él no podría.

Curial, que deseoso estaba de complacer en todo a la priora, le dijo que por nada del mundo se apartaría de lo que le suplicaba, y que lo que cumplía tenía por gran gracia, no sabiendo de otra manera sino de ésta con que la batalla terminase, porque el caballero era de tanto ultraje que ciertamente sólo la muerte les hubiera dado paz, loando a Dios que en aquel punto la había hecho llegar a ella. Todas las monjas estaban en torno a Curial, y ayudadas de su doncella le restañaron las heridas. Fueron al otro caballero, y del mismo modo las heridas le restañaron; empero, se hallaba él tal malparado, que no se movía del lecho en que le acostaron. Llegóse a él Curial y le dijo:

—Caballero: me enviasteis a decir por este heraldo que os esperase aquí, y yo os esperé, y aun os espero y os esperaré tanto como os venga en gana si queréis os espere más. Decídmelo, porque he de complaceros, o dadme licencia de que me vaya, que yo haré lo que ordenéis.

El caballero contestó:

—Caballero, a ruegos de estas señoras, a las cuales no puedo, ni debo, ni quiero ahora negarme, os tengo por libre; mas si, por ventura, otro día os encuentro, o me daréis la doncella o la muerte; y si estas señoras no hubiesen llegado, en muy otro punto se hallaría nuestra querella.

Ya enojado Curial, replicó:



—Caballero, saldré de mi habitual manera de hablar y diré lo que no quisiera y no corresponde decir a un caballero; pero vuestro gran ultraje me fuerza a decir lo que de buen grado callara si vuestra descortesía desmesurada a ello no me obligase. Si así lo hubiese querido, hubiera podido ya quitaros de este mundo, y os ruego que si amáis vuestra vida os curéis de esta locura, pues yo no os he hallado tan esforzado y valeroso que dé demasiado precio a vuestras amenazas. Así, pues, curaos, y después podréis amenazar; y para que podáis saber dónde me encuentro y me podáis buscar, sabed que me llamo Curial, y por todo el camino y después en el torneo llevaré un escudo negro con un halcón encabezado. Por él me conoceréis. Y si, por ventura, en el torneo o por el camino no nos encontramos, en la corte del rey me hallaréis si vivo, y quizás encontraréis ocasión de lizas para vos y para mí, y de buen grado he de seguiros, y si tal caballero sois como cuidáis ser, ni las palabras que habéis dicho ni las que habéis oído debéis olvidar.

Y volviéndose a la priora y a las monjas, despidióse de ellas, que le abrazaron, haciéndole gran fiesta, y asimismo a su doncella.

Cabalgando de nuevo, marcharon, y tanto anduvieron, que llegaron a la casa de un prohombre y caballero anciano, donde fueron recibidos muy honorablemente y bien servidos. Curial descansó aquí unos días, curando de sus heridas, y aparejóse convenientemente de armas y caballo,

y se puso en punto de partir y continuar su camino.

Las monjas se ampararon del caballero herido, y con gran trabajo le condujeron al monasterio, le acostaron y le hicieron curar de las muchas heridas que tenía, y, mientras tanto, nada le dijeron de cosas que pudieran causarle enojos. No obstante, por narración del heraldo se habían enterado de todo lo acontecido entre Curial y el caballero, y como éste, provisto nuevamente de armas y cabalgadura, quisiese partir, dijo:

—Señoras, quedad con Dios, y os prometo por mi fe que, si encuentro al caballero que sabéis, le quitaré la doncella mal que le pese, y haré con él lo que conmigo hubiera hecho él si hubiese podido.

La priora, que mucho amaba a Curial, respondió:

—Caballero, ¿aun no habéis cobrado el juicio y no sentís vergüenza de pronunciar estas palabras? ¿Por qué no preguntáis a vuestro heraldo en qué punto estabais cuando nosotras llegamos, ya que según veo, no lo sabéis? Yo os ruego que no sigáis más al caballero ni os cuidéis más de su doncella; pues, según lo que he oído, nada ganaréis en ello, y tened por seguro que no hallaréis en todas partes prioras que os libren de la muerte.

—¿En qué punto estaba, señora—preguntó el caballero—cuando vosotras llegasteis?

—Decídselo vos, heraldo—dijo la abadesa.

Y entonces dijo el heraldo:

—Ciertamente, mi señor, en tan mal punto estabais que era estar a dos dedos de la muerte, que ya habíais caído de espaldas sin ánimo de levantaros, y si el otro hubiese querido traspasaros a la otra vida, hubiera podido hacerlo en verdad, y tuve gran miedo que lo hiciese, si del gran ultraje que le pedíais y de las palabras injuriosas que le habíais dicho quería tomar venganza. Y por mi fe os juro que, según yo entiendo y tengo por cierto, el caballero, en cuanto se libró de vos, hubiera podido combatir a otro caballero del mismo valor que vos y obtener el mismo buen partido que de vos obtuvo. Hasta tal punto le vi llegar sin fatiga a la batalla del segundo asalto, en que combatía como si entonces comenzase, y pensad en qué estado debíais vos estar cuando ni de ello tenéis recuerdo. Cierto es que en ningún momento he visto a ningún caballero en tan mal punto como vos estabais, y os ruego que sigáis el buen consejo que os da la señora priora y no sigáis más a este caballero, pues no crecerían mucho ni vuestro honor ni vuestra vida.

En aquel punto, el caballero bajó la cabeza y espoleó el caballo, y se apartó de aquel lugar, sin decir palabra y lleno de melancolía.

La dama del señor de Monleson.

Salido que hubo Curial de la casa del prohombre, anduvo tanto aquella mañana que encontró a un caballero que conducía una doncella que no hacía mucho había quitado a un caballero a quien había muerto. Lloraba la doncella el más doloroso llanto del mundo. Como Curial, siguiendo su camino, se acercase a ellos, la doncella, llorando, llegóse a él, y dejándose caer de la hacanea, mojando en lágrimas amargas sus más amargas palabras, así le dijo:

—Señor caballero, yo os suplico que me devolváis a un caballero, al cual éste me ha hurtado, dejándole mal herido en aquel camino, en punto que, si no es socorrido, temo que morirá prestamente.

Respondió Curial:

—¿Quién es, doncella, el caballero herido?

—Señor—contestó ella—, el caballero se llama señor de Monleson.

Toda la sangre le huyó a Curial al oír aquel nombre, pues era su gran amigo y no hacía mucho que se habían separado en Alemania, donde el caballero había hecho armas muy honrosamente. Acercóse, pues, al punto, al caballero, y díjole:

—Caballero, os suplico, tanto como soy capaz, que dejéis volver esta doncella con el caballero que la conducía; porque, según dice, está herido y en punto de muerte si no se le socorre.

Respondió el caballero:

—Contento seré de ello si me cedéis la vuestra.

Curial replicó:

—La mía no la podéis tener ni yo deseo la vuestra; no obstante, si en ello me quisieseis complacer, mucho os lo agradecería, y otro favor pudiera haceros que tanto valiera como éste.

El caballero, que vió que tan graciosamente se la pedía, pensó que no era capaz de demandársela en batalla, y dijo:

—Caballero, este hecho ha de suceder así: conviene que justéis conmigo, y tendréis dos doncellas o ninguna; pues de otro modo no os podéis partir de aquí.

Y en seguida espoleó al caballo, y apartándose primero un poco, volvió la cabeza hacia Curial y le hirió con tanta furia que la lanza voló en pedazos. Pero Curial, que era, con mucho, mejor y más fuerte que él y más hazañoso, le hirió tan ásperamente que del caballo le derribó tanto como larga era la lanza. El caballero, que era ligero y fuerte, y que otro daño no sufriera que el de la caída, se levantó prestamente, y llevando con ardimiento mano a la espada, dijo:

—Abajo, caballero; descabalgad y acudid a la batalla de las espadas, pues en la de las lanzas os cedo la ventaja.

Curial contestó:

—Caballero, la costumbre de los caballeros andantes es hacer una justa, y quien lleva en ella mejor parte se queda la doncella.



Replicó el caballero:

—Ciertamente, no os la llevaréis si primeramente a pie no combatís conmigo.

Curial contestó que no tenía voluntad de combatir, y que no combatiría más por aquel caso. Y acercándose a la doncella, le dijo que cabalgase, y como uno de los escuderos de Curial hubiese desmontado para ayudarla a montar en la hacanea, el otro caballero, con la espada desenvainada, se puso en medio, privándola de la posibilidad de cabalgar. Por lo que Curial, ya un poco airado, adelantóse y dijo:

—Por mi fe, ella cabalgará, queráis o no—y gritó al escudero—: Sus, adelante, móntala en el caballo.

Encendido en rabiosa ira y muy furioso, el caballero, oyendo esto, hirió al escudero con la espada por el vientre, en tal forma que el escudero gritó:

—¡Señor, por vos muero!

No contento todavía el caballero, volviéndose a la doncella que con todo su esfuerzo se ingeniaba para cabalgar, hirióla también con la espada, en forma que la derribó muerta en tierra.

Curial, que vió la muerte del escudero y de la doncella, creyó perder el juicio, y tentado estuvo de, montado a caballo como estaba, atropellar al caballero y pasarle por encima, pues otra muerte no merecía. No obstante, decidió descabalgar y combatirle, por lo que desmontó. No esperó el otro que Curial llegase a él, antes adelantó y con

increíble ardimiento corrió contra él. Curial, sobrado de cólera, fué igualmente contra el otro, y diéronse con las espadas duros y terribles golpes. El caballero se esforzaba mucho, como de gran valor que era. Pero, ciertamente, no correspondía la fuerza al ardimiento del corazón, por lo que, como el asalto durase mucho, estaba ya tan cansado que no podía de tanta fatiga mover el brazo y apenas podía respirar. Creyendo que Curial, según usanza de los caballeros andantes, le diese lugar para reposar un poco, se hizo atrás. Pero Curial no cuidó de ello, y le siguió y combatió con mayor aspereza, y le hería tan copiosamente que el caballero se tuvo por perdido. Y no cuidando ya de la ofensiva, porque no podía, trabajó por defenderse; pero no le valió, porque Curial quería ponerle en trance de muerte, y le combatía tan terriblemente que ya el caballero no podía seguir adelante y dijo a Curial:

—Caballero, ¿sabéis con quién combatís?

A lo que respondió Curial:

—No, ni quiero saberlo.

—Sabed, pues, que muero por vuestro combate, y habéis muerto al señor de Montebruno—y dichas estas palabras cayó.

Curial dijo entonces:

—Si os he muerto, digo que en verdad he muerto a un judío sin piedad y no a otro, y ahora, seáis señor de Montebruno o de Montenegro, habéis merecido esto y aun más.

Y mandó a su otro escudero que le quitase el yelmo, y como así lo cumpliese, vió que aun vivía; pero Curial ordenó al escudero que le cortase la cabeza y tan lejos la lanzase como le fuera posible. Y así se hizo.

Muerto, pues, el señor de Montebruno en la forma que habéis oído, Curial ordenó a su escudero que de aquel lugar no se moviese hasta tanto que él no enviase a buscar la doncella y el escudero muertos, y cabalgó cuitadamente, y tanto adelantó por el camino aquel por donde viera llegar al caballero y la doncella, que halló al señor de Monleson en tierra, que se había roto una pierna. Descabalgó al punto y le dijo:

—Caballero, ¿qué mal tenéis que no os alzáis del suelo?

Respondió el caballero:

—Señor caballero, gran rato hace que, viniendo yo por este camino con una doncella que conducía al torneo, encontré a un caballero que iba solo, sin compañía alguna, y que, según costumbre del reino, quiso quitarme la doncella, y convinimos en justar, y con tanto poderío me atacó, que nos derribó a mí y a mi caballo, cayéndome éste encima de esta pierna, que se me rompió en dos pedazos, de modo que no me he podido mover de aquí, mientras él no se cuidaba más que de llevarse a la doncella por ese camino por el que habéis venido, que me maravilla no le hayáis encontrado.

—Sí le he encontrado—dijo Curial—, y harto me pesa.



Fué en seguida a buscar el caballo del caballero, y ayudado de Fiesta, lo mejor que pudieron le montaron en él, y le preguntaron si había por allí algún sitio donde le pudiesen albergar.

Contestó el caballero:

—Sí, aquí cerca hay una abadía de monjas, de donde yo salí esta madrugada.

Siguieron aquella vía y llegaron al monasterio, donde fueron muy notablemente recibidos y servidos. Muy bien cuidaron del enfermo, convenientemente acomodado. Curial mandó en seguida a buscar al escudero y a la doncella muertos, y los hizo enterrar en aquel monasterio, en el que dejó escrita la causa de la muerte del caballero y de los otros. Mandó también desarmar al señor de Montebruno, y le hizo enterrar en medio del camino, ordenando que se colgase encima, en un gran palo, el arnés del caballero, con una tabla escrita, en la que narraba la muerte de Montebruno el cruel.

Sin ser conocido del caballero, partióse con su doncella siguiendo el camino de Melún. Antes hizo heraldo a su escudero, y dióle por nombre el de *Venganza*, y le hizo armas y divisa, en la que había una letras que decían: *No subas tanto que desvalgas, ni tanto bajes que no valgas.*

Adelantaba Curial harto triste porque no le placían estos escándalos; pues aunque era venturoso de probar su fuerza, quisiera que fuese siempre sin muerte y sin ofensa a Dios. Pero la fortuna no se contentaba, y cada día le deparaba



cosas nuevas donde encontrar infortunios. Cuando aun no se había alejado mucho del monasterio, donde había descansado unos días, encontró un enano que le dijo:

—Caballero, ruégoos que esperéis un poco hasta que haya hablado con vos.

Esperó Curial, y dijo:

—Amigo, dí lo que quieras, que yo esperaré y escucharé de buen grado cuanto te venga a gusto decirme.

El otro dijo:

—Os ruego, caballero, que me digáis si venís de ese monasterio próximo.

Respondió Curial:

—Sí, allí he pasado unos días.

Preguntó el enano:

—¿No había, además, otro caballero?

—Sí había—dijo Curial.

Entonces, replicó el enano:

—Voy a deciros por qué lo he preguntado, señor caballero. Yo soy enviado de dos caballeros que van buscando a otro que dicen que ha matado al señor de Mombruno hace pocos días, y cierto estoy de que si le hallan, muerto es él también, y quisiera que alguien le avisase de esto para que no se viese en peligro tan grande.

Respondió Curial:

—¿Y quiénes son estos caballeros?

—El uno se llama Carlos de Montebruno, caballero valeroso y hermano del muerto, y el otro, Jaime de Montebruno, su tío.



—¿Y vienen por este camino?—preguntó Curial.

—Sí—respondió el otro—; antes de mucho los encontraréis.

Sabido todo esto, dijo Curial:

—Amigo, ve en nombre de Dios, que al llegar al monasterio tendrás noticias del caballero que vas buscando, y podrás saber cómo han sucedido las cosas.

Respondió el enano:

—Ruégoos aún que mudéis de camino, pues los tales caballeros vienen tan follones que por nada del mundo dejarán de moveros batalla.

Replicó Curial:

—Muchas gracias por el buen consejo: de mí no se cuidarán, que yo tampoco he de cuidarme de ellos.

—Y si no os dejan seguir sin batalla—dijo el enano—, ¿qué haréis?

Curial contestó:

—No lo sé ahora; cuando llegue el caso llegará el consejo.

Separóse el otro, y fué al monasterio, donde halló al señor de Monleson, que todavía no había curado ni sabía nada de lo ocurrido, pues Curial había ordenado que no se lo contasen. El enano interrogó a la priora sobre este caso, y la priora mostróle el cartel donde estaba escrita toda la gesta. Con lo que el interrogador dijo:

—Es el caballero que encontré en el camino y que llevaba un escudo negro.

—Ese es—dijo la priora—. Ciertamente, temo que ahora sea ya muerto, pues tanto adelantaba en su camino que debió ya encontrar a los que le buscan para quitarle la vida.

Por lo que, al punto, metiendo apresuradamente espuelas al caballo, volvió por el mismo camino por donde había venido, y tanto corrió que alcanzó a Curial, y le dijo:

—Caballero, ¿cómo tenéis tan poco juicio que sabiendo lo que habéis hecho y lo que os he dicho seguís por este camino?

Curial le contestó:

—No he hallado hoy más camino que éste, y no lo puedo dejar hasta que encuentre otro.

—Os arrepentiréis cuando ya será inútil.

Y espoleando su caballo, marchó al encuentro de los caballeros. No tardó mucho en reunirse a ellos, y les contó todo lo que le había sucedido, tanto su diálogo con el caballero como su ida al monasterio y la muerte del señor de Montebruno, a quien había matado por grave culpa un caballero que a ellos se acercaba. Contó también que le había hablado otra vez, y no había querido torcer de camino, por más que él se lo había aconsejado diciéndole que le buscaban aquellos dos caballeros.

Se detuvieron entonces los caballeros, y dijo el hermano del muerto:

—Señor tío, yo os ruego no pongáis mano en este asunto, pues yo combatiré al caballero y vengaré a mi hermano. Si le combatimos los dos,



gran vileza cometeremos, y por gran vileza se tuviera.

Respondió el tío que así le placía, por lo que Carlos de Montebruno se dispuso a la batalla y mandaron decir a Curial que se dispusiese a combatir hasta la muerte.

Aparejóse Curial y aparejó el caballo, y siguió lentamente su camino. Los dos caballeros se le acercaban apriesa, que les parecía que jamás llegarían a tiempo de cumplir su daño. En cuanto llegaron junto a Curial, Carlos de Montebruno dijo:

—Caballero, tú has matado a mi hermano indignamente.

Respondió Curial:

—Mientes; suya fué la culpa, y sobre este caso combatiré contigo.

A lo que Carlos contestó:

—Antes de que os partáis de aquí lo pagaréis.

Replicó Curial:

—Tal cuida de vengar deshonores ajenos, que acrece los suyos. Muchas veces así sucede.

Carlos espoleó al caballo, y con la mayor velocidad que pudo avanzó contra Curial y le hirió con tanta fuerza que la lanza convirtió en pedazos. Curial, viendo que le convenía usar de todo su esfuerzo, hirióle tan eficazmente que, atravesándole el escudo, el hierro le metió por el pecho, de cuyo encuentro cayó Carlos muerto en tierra. Curial, rompiendo la lanza, pasó a la otra parte. Por lo que su escudero se le acercó dán-

dole otra lanza muy fuerte que tenía. Con ella en ristre, miró Curial al otro caballero—el tío—por ver si algo intentaba hacer. En cuanto a éste, esperaba que el otro se levantase; por lo que Curial, viendo que un caballero no se alzaba y otro no se movía, dijo a su escudero y a la doncella:

—Vámonos, en nombre de Dios—y empezaron a alejarse.

Jaime de Montebruno, que vió inmóvil a su sobrino y a Curial que se alejaba, dijo a grandes voces:

—Esperad, caballero; que no de esta manera habéis de partir de aquí.

Y metiendo espuelas al caballo, corrió contra Curial e hirióle en medio del escudo tan fuertemente que rompió la lanza; pero él no fué así combatido, sino más poderosamente, porque Curial le hirió con tanto brío en medio del escudo que del caballo con gran vituperio le derribó, y fué tan grande el golpe recibido en la caída que perdió toda disposición de combatir. Por lo que Curial, esperando qué querría hacer, no se movió, dando la lanza a su escudero. El caballero se levantó con gran trabajo, y renqueando, que de otro modo no podía, dijo a Curial:

—Caballero, os ruego que descabalguéis, que os quiero hablar.

Al punto descabalgó Curial y fué hacia él, que le rogó le contara cómo había sido muerto el señor de Montebruno. Curial se lo dijo todo y en nada le mintió. Por lo que el caballero contestó:

—Amigo, id en nombre de Dios, yo os tengo por libre dondequiera que vayáis, pues cumplisteis como debe cumplir todo buen caballero, y si de otra manera os hubieseis comportado, habríais faltado a la ley de la caballería.

Con lo que Curial cabalgó y se fué. El otro alzó al caballero muerto y le hizo enterrar sin honores en el monasterio aquél, haciendo escribir en públicos monumentos la causa y manera de su muerte. Y habló con el señor de Monleson, que era pariente suyo, que aun no había curado ni nada sabía del hecho, y cuando hubo noticia de la muerte de su doncella cuidó perder la razón. Sabiendo todos los demás sucesos que se siguieron, pluguiérale haber conocido al caballero que tan cumplidamente le había vengado, pero tarde lo advirtió, que nunca supo quién era.

Los cuatro caballeros de Aragón.

Anduvo así Curial toda la mañana por aquel camino, buscando lugar donde pudiesen albergarse, y Fiesta le dijo:

—Curial, os ruego que no cabalguéis más a usanza de caballero andante, porque, según veo, os sobrevienen grandes peligros, y es imposible que alguna vez no os provenga grave daño.

Respondióle Curial que por nada del mundo lo dejaría, sino que de tal manera iría hasta el torneo, pues sería para él gran vergüenza cabalgar de



otro modo. Y anduvieron en el calor del mediodía por aquel camino, cuando el sol abrasa con más fuerza, muertos de sed y las caballerías fatigadas, sin hallar lugar donde descansar pudiesen largo espacio. Y Fiesta miraba a Curial, y recordaba todos sus hechos de armas.

Así avanzando, extendiendo la mirada, alcanzaron a ver una arboleda, y a ella se dirigieron. En llegando allí, hallaron una ancha acequia que nacía de una bella y clara fuente que allí cerca había. Al punto descabalgaron, y a la frescor del agua y a la sombra de los árboles empezaron a reposar, y sacando pan y vino y otros refrigerios que con ellos llevaban; descincharon las cabalgaduras, dejándolas pacer por la hierba, que era tierna y buena; y mientras así descansaban, un caballo blanco y muy hermoso llegóse al caballo de Curial, y comenzaron los dos a morderse y a mover gran zambra, por lo que Curial y los suyos se volvieron hacia aquella parte, y viendo el caballo, mucho se maravillaron, y Curial dijo:

—Este caballo se le ha escapado a algún caballero; tomadlo, y séale guardado a su señor.

Los escuderos llegáronse al caballo, y cuando iban a apresarlo, otros cuatro escuderos llegaron y lo tomaron y se fueron. Los de Curial volvieron a su sitio.

Entonces dijo Curial:

—¿Qué hombres son esos que se han llevado el caballo?

Respondieron:





—No sabemos; pero dicen que es suyo, y así se lo han llevado.

Estando en esto, uno de los escuderos que habían recogido el caballo volvió, y, saludando a todos, fuése a Curial y le dijo:

—Señor, yo vengo en nombre de cuatro caballeros que a la otra parte de estos árboles están reposando y os ruegan que os plazca, pues no tenéis tendal, ir a los suyos, donde podréis descansar mejor que aquí y más a vuestro placer.

Dijo Curial:

—Amigo, ¿y quiénes son los caballeros que aquí os envían?

El escudero contestó:

—Son de Aragón.

—En nombre de Dios—dijo Curial—; en Aragón hay muchos caballeros y muy buenos; pero si los nombres me podéis decir, me haréis gran placer.

—Sí haré—dijo el escudero—; uno, que es mi señor, es don Juan Martínez de Luna; otro, Pedro Cornet; otro, Blasco de Aragón, y otro, Juan Jiménez de Correa. Y vos, señor, ¿qué nombre lleváis?

Curial contestó:

—Amigo, yo soy de extraña tierra, y caballero pobre y de poca nombradía, y así, de nada te valiera saber mi nombre; empero, dirás a los caballeros que yo les rindo infinitas gracias por su muy grande cortesía, de la que usaría de buena voluntad si aquí quisiese detenerme; pero ahora



mismo he de partir, por lo que no puedo aceptar la graciosa oferta que por aquellos nobles caballeros me ha sido hecha, y así se lo dirás de mi parte.

El escudero miró atentamente a la doncella, y le pareció la más hermosa que jamás hubiese visto, y volviendo a ella el diálogo, le dijo:

—Y vos, señora, ¿no quisierais ir?

La doncella respondió que el caballero había contestado por todos, pues todos estaban a sus órdenes. Con todo ello, despidióse el escudero y volvió a reunirse con los suyos, y les dijo lo que había visto y oído. Y como ellos oyesen que la doncella que allí estaba era tan bella, dijeron, tomémosla, según costumbre que existe en el reino.

Puesto en pie, dijo Pedro Cornet:

—Esta aventura a mí me está reservada, pues todos habéis hoy combatido y yo no, y así os ruego que me la otorguéis.

Y así lo hicieron; pero un heraldo muy experimentado, que iba en su compañía y había oído todas estas palabras, dijo:

—¿Qué pretendéis hacer, caballeros?

—Ir a tomar la doncella, según costumbre de los caballeros andantes.

A ello replicó el heraldo:

—Si esto intentáis, gran maldad cometeréis, por dos razones: la una, que ellos están reposando y no es costumbre sino aquellas que se hallan andando con caballero armado; la otra, que les habéis ofrecido tienda y buena compañía, y asaltarlos

ahora en donde están descuidados bien conocéis no sería honroso; aun más: él ha sabido vuestros nombres y no ha querido decir el suyo.

—Di, escudero, ¿el caballero te forzó a decir los nombres de estos señores?

Respondió el escudero que no, sino que se lo rogó, y a su ruego se lo dijo.

Entonces dijo el heraldo:

—Señor caballero, ¿qué buscáis? Volved a sentaros, que no crecería mucho vuestro honor si atacabais hoy al caballero. Quizá otro día le encontréis y le podáis pedir la doncella, y acaso la obtengáis, o por ventura quisierais haber callado, que así van las cosas del mundo; pero si os place, yo iré a ver al caballero y hablaré con él, y quizá podáis saber algo de su estado.

Con lo que partió al punto, y Curial, en cuanto le vió, le reconoció por haberle visto otra vez en compañía de Jacobo de Cleves, y también el heraldo recordó a Curial. Por lo que, en cuanto le vió, fué hacia él y le hizo gran reverencia, que los caballeros vieron por entre los árboles.

Y dijo Curial:

—Buen Panser, sed bien venido.

—Señor—dijo él—, y vos bien hallado, porque en mi ánimo os juro que tengo mayor placer de haberos encontrado a vos que a caballero alguno de este siglo.

Entonces Curial dijo:

—¿Dónde vais?

A lo que respondió el heraldo:

—Voy con cuatro caballeros de Aragón, que van al torneo y no han estado jamás en estas tierras, por lo que yo los guío por aquellos sitios en que mayores y más ásperas aventuras deben hallar; así hemos cabalgado hasta aquí, y tened por cierto que hasta la presente jornada tales cosas han hecho que, si así se mantienen, volverán del torneo con gran honor a su país.

Preguntó Curial:

—¿Y siempre cabalgan juntos?

—Sí—dijo el heraldo—, porque el rey, su señor, se lo ha ordenado y que por nada del mundo se separen, si no es por herida o enfermedad. Sabed que yo no creo que al torneo acudan cuatro mejores caballeros; pues son fuertes de las personas, muy valerosos y de gran esfuerzo, y, por otra parte, tan altivos de corazón, que cada uno cuida valer un rey, y veréis como así lo mostrarán el día del torneo.

Gran placer le procuraron a Curial estas noticias, y dijo:

—Ahora veremos en qué parará el orgullo de los bretones y de los ingleses, que creen que otros caballeros no hay en el mundo.

Añadió el heraldo:

—¿Y qué me decís de los normandos? Yo os aseguro que éstos tienen valimiento para otros cuatro, los mejores de ellos.

Grande fué el placer que experimentó Curial de hablar con el heraldo, y díjole:

—Yo os ruego que no digáis mi nombre, ni a

ellos ni a nadie, pues esta vez no deseo ser conocido.

En aquel punto, el heraldo miró a Fiesta en la cara, y vióla tan bella que creyó no haber visto jamás otra que lo fuese tanto, y dijo:

—Señor, hermosa doncella conducís.

A lo que ella contestó:

—No sé si soy hermosa, pero sí creo que le soy peligrosa, y lo seré aún más si dura la compañía.

El heraldo rió mucho de estas palabras, y despidiéndose se marchó, no sin que antes le rogase Curial que le recomendase a aquellos caballeros. Así lo cumplió el heraldo al punto de reunirse a sus señores. Ellos le preguntaron si le conocía, a lo que él contestó que sí, pero que no podía decir su nombre porque se lo había prohibido; mas que por cierto podían tener que era uno de los más nobles, corteses y valientes caballeros del mundo, y que harto lo comprobarían con el tiempo. Y añadió:

—Ha hecho buena compañía a caballeros de nuestro reino, y os tiene en gran estima a todos.

De que los caballeros tuvieron mucho placer, acreciéndoseles el deseo de conocerle. Volvieron a enviarle el heraldo, con comisión de decirle que aquellos caballeros querían de todas maneras llegarse a saludarle a él y a la doncella su compañera. Contestó al punto Curial que les rogaba que a él se abstuviesen por esta vez de verle, pero que era gustoso de que viesen a la doncella. Y



mandó al punto a Fiesta que se pusiese en términos de ir a encontrar a los caballeros, y al heraldo que no partiera hasta que Fiesta estuviese a punto. Así se hizo; Fiesta, con la mayor prisa que pudo se compuso; cabalgó en tanto Curial, e hizo cabalgar en el palafrén a la doncella, y acompañada de los escuderos y el heraldo, la remitió a los caballeros, que la recibieron muy honorablemente y le hicieron gran fiesta. En aquel punto, ella dijo:

—El caballero aquel que me acompaña os ruega le queráis perdonar que no se os haya mostrado ni su nombre os haya dicho; pero, en todo momento, presto se halla para vuestro honor; y si por ventura en trance os veíais que su compañía y ayuda pudieran aprovecharos, al punto, prestamente a vuestro lado le tuvierais, pues es un enamorado de vuestra nación.

Diéronle los caballeros gracias infinitas por su oferta, y parecidamente se ofrecieron a él y a ella, tanto como les fué posible. Ciertamente confesaron todos era aquella una de las más hermosas doncellas que jamás hubiesen visto. Y mientras así hablaba don Juan Martínez de Luna dióle una muy rica cadena de oro, diciéndole:

—No recuerdo, doncella, haber visto otra tan hermosa como vos, y que me pluguiese tanto, y así os ruego que por el honor del caballero que os acompaña, y por estimación a mí, queráis aceptar esta cadena.



Y se la prendió en el cuello. Fiesta, aceptándola, le dió más gracias de las que decirse pueden, y dijo:

—Señor caballero, en verdad mucho más cortés sois vos que aquel otro que me apresó por los cabellos.

Y les contó lo que le había sucedido con él, de lo que en parte hubieron risa y regocijo, y en parte melancolía y enojo. Y ello por la villanía que comprendieron que había cometido el caballero, aunque no dejaron dc reconocer que buen caballero debía ser, pues si faltó a la ley de cortesía, no faltó a la de caballería. Y sabiendo que Curial estaba ya armado y caballero, hasta él acompañaron a Fiesta, a pie, como se hallaban, lo que él les agradeció mucho. Miraron ellos al caballero y le vieron de mucha prestancia y buena continencia, y se le ofrecieron tan ampliamente que más no pudieran.

Díjoles Curial entonces:

—Señores caballeros, sabiendo yo que sois vosotros del rey de Aragón, que es hoy la mejor lanza y el mejor caballero del mundo, según he oído cantar a la fama, estoy tan enamorado de todos los suyos, que los serviría en cuanto estuviese en mi mano, y os transmití a la doncella, que no la hubiese transmitido, os lo juro, a cualquier otro caballero del mundo que de Aragón no fuese.

Rindiéronle agradecimiento los caballeros, y Curial se despidió y se separó de ellos.

Anduvo así todo aquel día con Fiesta, hablando de los caballeros. Y Fiesta decía:

—Por mi fe, no creo que haya en el mundo más corteses caballeros.

—Ciertamente—dijo Curial—, tal es mi creencia, y ellos están en punto de ser buenos caballeros, esforzados y valerosos.

Llegaron en tanto a una ciudad donde muy notablemente fueron alojados y en la que pasaron la noche, saliendo por la mañana. Temiendo Curial ser conocido, se travistió cuanto pudo, y hubiera cubierto el escudo a no pensar en la promesa que a Bertrán del Chastel había hecho de llevar durante el camino y en el torneo el escudo negro. Empero mandó a Fiesta que se cubriese el rostro con velos para que no la conocieran, y partieron.

No se habían alejado mucho, cuando halláronse con los cuatro caballeros que en otra ciudad cercana habían pasado la noche. Y visto que hubieron al caballero, enviáronle al heraldo para que se detuviera a romper lanzas, según costumbre de la andante caballería. Por lo que Curial se acercó al punto y, lanza en ristre, acometió primero a don Pedro Cornet, y se hirieron tan poderosamente que las lanzas volaron en pedazos sin que ninguno de los dos pareciese haber cumplido esfuerzo. Tomó en seguida Curial otra lanza que le ofrecía uno de sus escuderos, y semejantemente adelantóse otro caballero, y tan virtualmente se hirieron que asimismo rompieron

las lanzas sin moverse de las sillas. Otro de los caballeros adelantóse para justar también; pero el heraldo se interpuso diciendo:

—¿Qué imagináis hacer? ¿No veis que el caballero no tiene lanza y no puede tener otra aquí? ¿Cómo justaréis con él?

Respondió el caballero:

—Pues no tiene lanza, le combatiré con la espada.

—En verdad—dijo el heraldo—, mucho erraréis, pues la costumbre de los caballeros andantes es sólo romper lanzas, si no es que por acaso se siga lance que a batalle obligue. Por otra parte, imagino que es el caballero que ayer topamos, aunque disfrazado.

En aquel punto, el caballero, que ya había llevado mano a la espada, se detuvo y dijo:

—Ciertamente, buen Panser, imagino que dices verdad.

Estaba Curial en reposo, esperando lo que deliberarían hacer. El heraldo se le acercó y le dijo:

—Señor caballero, mal habéis hecho en reñir con estos amigos vuestros, porque disfrazado como estáis, no habéis sido por ellos reconocido; de otro modo no hubieran reñido con vos; pero puesto que los conocisteis, debisteis haberlos esquivado.

Contestó Curial:

—Buen Panser, entre caballeros andantes, aunque sean hermanos, los saludos son romper las lanzas, según tú bien sabes. Empero a ello no les

habría invitado conociéndolos, pero invitándome ellos, imagino que les hiciera descortesía negándome, y hubieran podido creer en cobardía. Así, recomiéndame a ellos.

Y volviendo la espalda, siguió su camino.

Se unió de nuevo el heraldo a los caballeros y les dijo que el otro mucho a ellos se recomendaba. Sabiendo ellos ser aquel el caballero con quien habían hablado el día pasado, dijeron que ciertamente era muy valeroso, y que jamás otro habían visto que tan diestramente hiriese con la lanza. Siguieron camino tras él, hasta hallar otra ruta por donde romper, separándose. Llegaron a una aldea, y Curial se dirigió a un mesón, donde fué muy bien alojado. Asimismo los cuatro caballeros en el mismo mesón se alojaron, y por mucho que Curial se ocultase de ellos, un escudero que iba con ellos y que en la batalla y torneo de Monferrato estuvo en compañía de Pons Dorcau. le vió y le conoció al punto. Corrió a los caballeros y, en presencia del heraldo, les dijo:

—Por mi fe, señores, yo conozco bien al caballero con quien rompisteis lanzas.

Dijeron ellos:

—¿Cómo puede ser que tú le conozcas?

Contestó el escudero:

—Porque se aloja aquí.

—Es verdad—dijeron ellos—; pero ¿cómo le conoces tú?

Entonces dijo el escudero:

—Este es el caballero que mató a Boca de Faro



en compañía de Pons Dorcau, con quien yo estaba, y de los otros catalanes.

Entonces los caballeros miráronse unos a otros y dijeron al heraldo:

—¿Dice verdad este hombre?

Dijo el heraldo:

—El lo dice y yo nada digo.

En aquel punto dijeron ellos al heraldo que pues sabían quién era el caballero, que se llegase a él y le dijese que en adelante no se ocultase de ellos. Por lo que el heraldo fué al encuentro de Curial y le dijo:

—Señor caballero, tanto no os habéis guardado que habéis sido conocido por uno de los escuderos de aquellos cuatro caballeros, que les ha dicho a mi presencia que sois el que mató a Boca de Faro, en compañía de los catalanes.

Gran contrariedad sintió Curial al saberse reconocido, y dijo al heraldo:

—En verdad, buen Panser, mucho me enoja lo que me habéis dicho; cierto es que si alguien había de conocerme, prefiero haberlo sido por estos caballeros que por cualesquiera otros; pero si Dios hubiese sido servido, hubiera deseado ni por otros ni por éstos ser descubierto.

—Señor—dijo el heraldo—, ello ha acontecido porque la fortuna así lo ha dispuesto y no por voluntad vuestra. Y pues es así cierto, ellos os ruegan que más de ellos no os queráis ocultar, pues no se ocultarían ni se ocultarán ellos de vos.

En aquel punto intervino Fiesta:

—Curial, atended cómo yo juzgo el hecho: estos caballeros son nobles y buenos, y no sabéis de lo que habéis necesidad, y, según lo que habéis cumplido por el camino, debéis pensar que tendréis muchos enemigos y envidiosos que os tendrán la peor compañía del mundo. Porque habéis deshonrado muchos linajes, abatido su fama y orgullo, por lo que muchos tendrán contra vos mala voluntad y os molestarán si pueden. Y pues éstos saben quién sois y quieren vuestra amistad, quered vos la suya, ya que de no, tampoco podéis acrecer la nombradía de vuestras gestas.

Sin pensarlo más, Curial dijo entonces al heraldo:

—Decidles que esta doncella y yo queremos ir a su cuarto y comer con ellos.

Al punto el heraldo fué con estas nuevas a sus caballeros, con la mayor alegría del mundo. Y ellos tan gran contentamiento sintieron también, que fué cosa de maravilla, y mucho se esforzaron en rendir los honores. Curial vistióse al punto ricamente y enjoyóse, y otrosí Fiesta. Y llegada la hora de la comida, volvió el heraldo a anunciarle que podía ir cuando gustase. Curial, llevando a Fiesta del brazo, fué al alojamiento de los caballeros, y fué allí por ellos muy honorablemente recibido con gran alegría. Y como ellos le viesen tan gentil y de tan buena presencia, se maravillaron, y viendo al mismo tiempo la mucha belleza de Fiesta, dijeron:



—Separado sea de quien ama quien os separa u os quiera separar.

Y don Pedro Cornet dijo:

—Señora, en el instante en que supe que este caballero conducía doncella en su compañía, quísela demandarla según costumbre del reino, e imagino que vanamente me hubiera esforzado, y hubiérame alejado como un sabueso; pero si por azar la fortuna hubiese dispuesto que yo os ganase, mucho hubierais perdido en el cambio, según lo que veo.

De ello hicieron todos grandes risas. Y lavadas las manos, se pusieron a la mesa y fueron servidos espléndidamente, que fué cosa de maravilla.

La impaciencia de Laquesis y noticias que da su heraldo.

Estaban ya cerca de Melun, donde debía celebrarse el torneo, y adonde acudía de infinitas partes la andante caballería. Ya los capitanes habían hincado sus banderas en los cuatro ángulos del campo. Estando ellos a la mesa llegó un heraldo, que entrando en el mesón preguntó si podía albergar en él, y fuéle contestado que sí. Al punto de descabalgar reconocióle Panser, y fué a él y le pidió noticias, de las que le dió gran acopio. Por lo que Panser, volviendo, dijo a los caballeros:

—Señores, aquí está Bonte, heraldo del conde

de Foix, que viene de Melun, y os contará muchas cosas si las quisierais oír.

Curial nada dijo, pero los otros así hablaron:

—Caballero, mandad si queréis que entre, que por nosotros no se perderá.

Contestó Curial que entrase sin dilación. Y en seguida entró el heraldo y establecióse cortés correspondencia de saludos. Dijo el heraldo:

—Señores, yo os suplico que me queráis decir si tenéis nuevas de un caballero que lleva un escudo negro y en su compañía a una doncella.

Contestó Curial:

—Muchos son los caballeros que llevan escudo negro y doncella en su compañía, y así no sabríamos deciros cuál de ellos andáis buscando.

Replicó el heraldo:

—Busco a aquel que pocos días hace a ocho venció, rompiendo la mala costumbre de aprisionar doncellas, por lo que os suplico que me digáis de él lo que supiereis, que nuevas he de darle que han de placerle mucho.

—Nada en este punto puedo decirte del caballero, pero imagino que en el torneo has de hallarle, y que pronto podrás dar con él; pero si por azar le topamos, dinos si quieres que algo le digamos, pues de buen grado hemos de hacerlo.

Respondió el heraldo:

—Señores, verdad es que voy buscando un caballero que es hoy, según la fama y creo que según sus obras, el mejor caballero del mundo, y sabiendo la nombradía de este caballero del negro



escudo, que tantas maravillas cumple, imaginando que otro hacer no puede lo que éste hace, pienso que es el que voy buscando. Una noble doncella por todas partes me manda buscarle para tener de él nuevas, y os certifico que si yo pudiera transmitirle alguna certeza, ella lograría gran contentamiento, y mucho placer el caballero.

Fiesta dijo:

—¿Y quién es esa doncella que os ordena buscarle?

—Laquesis se llama, y es hija del duque de Baviera, la más hermosa doncella del mundo.

—Piensa lo que dices—arguyeron los caballeros.

Contestó el heraldo:

—Bien sé lo que digo, y cierto es.

Estando en esto, Panser dijo a Bonte:

—Llegaos a comer, y luego os diremos lo que sabemos del caballero.

Por lo que los heraldos se fueron a comer, y los caballeros y la doncella quedaron solos.

Al punto dijo Fiesta:

—Curial, este heraldo a vos os busca. Prisa tiene Laquesis según veo, pues de tal manera manda buscaros. Yo os ruego que digáis al heraldo que diga a Laquesis que el caballero estará en el torneo, y que allí hará que ella le conozca; pero que esto tenga secreto sin que nadie más lo sepa.

Dijo Curial:

—Tal no diré yo, pues tanto valdría como decirle: "Yo soy. Pero haré que Panser se lo diga."



Así fué por todos acordado, por lo que llamando a Panser le dijeron que esta contestación diese al heraldo, como lo hizo. Luego que hubo comido tornó el heraldo y dijo a los caballeros:

—Señores, ¿cuál de vosotros me envía esa respuesta?

Dijo Fiesta:

—Panser la hace, y así nada dudes, y ve en nombre de Dios.

Entonces dijo Curial:

—Dinos, amigo, ¿quiénes son capitanes del torneo?

Contestó el heraldo:

—Por parte de los alemanes y de los italianos, el duque de Borgoña; por los ingleses y escoceses, el conde Arbi; por los de la legua *d'oc* y toda la lengua de España, que imagino han de ser pocos, el conde de Foix, y por parte de todos los otros franceses y demás caballeros, el duque de Orleans. Y aunque se haya dictado esta ordenanza, no creo que se observe ley en esto ni en los colores de los enamorados, si bien es cierto que ya hay cuatro estandartes en los cuatro ángulos del palenque, y cada día, mañana y tarde, se rompen lanzas y se hacen grandes fiestas. Empero no ha llegado aún el rey y la reina, aunque hay gente numerosa y muchos tendales, y cada día llegan nuevos cortejos. Pero todo el mundo guarda paramentos, adornos y arneses para cuando sea llegado el rey con la plenitud de su corte.

—Dime, amigo—volvió a preguntar Curial—: ¿hay muchos caballeros de España?

Contestó el heraldo:

—No, sólo dos; uno, de Pinos; otro, de Barges. Pero cierto es que dicen que cabalgan por el reino doce caballeros muy notables, que todos los días cumplen grandes maravillas, pero aun no llegaron a Melun.

—¿Sabes sus nombres?—preguntó Curial.

Contestó el heraldo:

—No, sino don Blanco de Aragón y don Pedro Maza y un Dorrea. Dicen algunos que acudirá el rey de Aragón; pero nada seguro puede saberse, si no es el duque de Foix que es su servidor. Empero, de otros caballeros de Aragón que cabalgan como caballeros andantes grandes proezas he oído, hasta el punto de que las gentes tienen por cierto que ni Tristán ni Lanzarote, que en los pasados tiempos lograron fama de ser los mejores caballeros del mundo, probaron tal nación, pues seguramente los autores que de ellos escribieron hubieran puesto más mesura en sus plumas, pues de otro modo más se creyera que según voluntad y no según razón escribieron lo que consta en sus libros.

Contestó Curial:

—¿Tal caballero es el rey de Aragón, que personalmente acudirá al torneo?

Dijo el heraldo:

—El mejor es del mundo, según he oído, y siente enojo contra el duque de Anjou y todos los su-

yos, a causa de la muerte del rey Manfredo, su suegro, y mucho le pluguiera que el de Anjou como caballero andante cabalgara, pues acaso le hiciera arrepentirse de lo que ha hecho.

—¡Ay—dijo Curial—, cuánto me agradaría conocerle!

A lo que dijo el heraldo:

—Vos ¿no vais al torneo?

Y respondió Curial:

—Sí voy.

—Voto a Dios—dijo el heraldo—que no habréis menester preguntar por él, que bien le mostrarán a todos en seguida su espada y su lanza.

De lo que los cuatro caballeros rieron mucho.

En aquel punto preguntó la doncella:

—¿Hay mujeres?

—Tantas, que serían bastantes a destruir el mundo si la vergüenza no se lo impidiera.

—¿Y en qué parte se halla Laquesis?—preguntó Fiesta.

—No lo sé; pero pienso que se colocará hacia la parte en que se halle su caballero, si conocerle puede.

—Dime, amigo, ¿ha acudido bien ataviada?

—Ciertamente mil veces mejor—respondió Bonte—que cuantas he visto hasta ahora; pero muchas son las que aprestan sus galas para cuando reunida esté toda la corte.

Y con todo esto, despidióse de ellos y marchó.

El mensaje de Tura.

Dió este heraldo de qué hablar a todos los caballeros, y él se volvió a Melún, y dijo a Laquesis lo que había visto y oído. Ella, creyendo, por las indicaciones que le había dado el heraldo, ser ciertamente Curial el caballero aquel que con él hablara, hizo cabalgar a Tura, doncella suya, junto con el heraldo, hacia donde habían quedado los caballeros.

Estos, después que hubo transcurido aquel día, querían ya partir para el torneo. Fiesta dijo entonces:

—Según lo que he oído, este torneo bien durará ocho días, y así, si lo acordareis, deberíais aparejar aquí todas las cosas que os serán necesarias cuando en él os halléis, en forma que nada pueda faltaros.

Todos acordaron ser atinada cosa, y allí se detuvieron. Por lo que Curial hizo aportar su pabellón, que era el más rico y mayor de todo el torneo. Era verde y blanco, de terciopelo brocado de oro, las cuerdas de seda verdes, blancas y doradas. En lo más alto, un pomo de oro, y sobre él un león que tenía abrazado un pájaro; unos decían milano, otros halcón. Hizo también que se reunieran allí todos los caballos que tenían diseminados por el camino, los arneses y gualdrapas, y todas sus vestiduras, y más especialmente escudos negros. Maravilláronse mucho los aragoneses

al ver todas estas cosas y su riqueza. Por su parte, ellos hicieron venir también sus tendales, no los que llevaban para el camino, sino otros mayormente ricos, todo su equipo, y se dispusieron lo mejor que les fué posible.

En aquel punto entró Tura en el mesón, y sin que Curial pudiese ocultarse, le vió y le hizo gran reverencia. El, más vivamente de lo que debiera, la tomó del brazo y le hizo gran fiesta. Fuése el heraldo a Fiesta, y le dijo:

—He aquí a una doncella de Laquesis. Por lo que al punto Fiesta mandó decir a Curial que no dijese a Tura que ella era su compañera, sino de los aragoneses, y a éstos rogó que así lo otorgasen. Los aragoneses preguntaron:

—¿Por qué hacéis esto?

Contestó Fiesta:

—Para que esta doncella en nada se guarde de mí.

Dijeron ellos ser contentos en servirla. En seguida condujo Curial a Tura a la habitación, donde fué muy bien recibida por Fiesta. Tura le preguntó de dónde era. Fiesta contestó que de Aragón, y cómo la llamaban, y dijo que Fiesta.

—Por mi fe—dijo Tura—, bello nombre lleváis, y sin vos, poco valen los hechos del mundo.

Era esta Tura muy bella y muy discreta habladora. Y tan alegre, que era de maravillarse. Por lo que Curial le dijo:

—Tura, yo os ruego que no me nombréis, pues no quiero que estos caballeros sepan mi nombre.



Tura preguntó:

—¿Es su doncella?

Curial contestó que sí.

—A fe mía—replicó Tura—, es muy bella, pero delante de Laquesis quedará en nada.

A lo que no contestó Curial.

En aquel punto, Tura le dió una carta de Laquesis y también un capelo con grandes perlas y muchas otras piedras preciosas, y el broche del león que él ya conocía. Dióle también un tendal con cuatro departamentos, muy hermoso, de satín de raso carmesí, bordado de lazos y de ojos en oro. Tenía en la puerta un lebrel blanco tan bien simulado que parecía vivo, con un collar de perlas y zafiros. Rodeando la puerta de la tienda había una leyenda en letras de perlas y piedras preciosas, que decía: "*Cómo podrá mi pobre corazón soportar el gran dolor que le es necesario sufrir.*"

Todas estas cosas fueron por Curial recibidas con alegre cara y contentamiento, porque así lo merecían, tanto por su valor como por razón de quien procedían. Y traída la colación, hubieron gran placer. Pero Fiesta, acercándose a Curial, le dijo al oído:

—No leáis la carta sin mí.

Curial nada dijo. Esto pasado, dieron a Tura en el mesón una gentil cámara donde se alojase y fuese a reposar, pues estaba fatigada del camino, recomendando antes a Curial que mientras ella durmiese escribiese, pues quería salir en seguida. Curial así lo prometió. En tanto él con los

otros caballeros, después que hubieron dejado a Tura en su alojamiento, se volvieron al suyo, donde hallaron a Fiesta muy pensativa. Y mientras en esto estaban, díjole Fiesta a Curial que se retirasen a su habitación. Cuando, despedidos de los caballeros, en ella estuvieron, dijo Fiesta:

—Curial, Curial, yo no digo que no hagáis honor a Laquesis; empero os ruego que recordador seáis de la señora mía, que si llega a saber que vuestros hechos con Laquesis un punto avanzan más de lo que ella quisiera, el mismo día la podrán enterrar. Así, mirad bien lo que hacéis.

Contestó Curial:

—En todo esto, todo sucederá según ordenéis, y más no se hará. Empero, ¿puedo impedir yo a Laquesis que me haga fiesta y honor, y bien me quiera, o rehusaré el honor que me haga cuando no hay rey en el mundo que no aceptase los buenos acogimientos y la fiesta de tal señora como es ella ni caballero que por enamorado que esté, guardando su fidelidad, no sirviese a Laquesis con todo su poder? Debe bastarle a la señora, según entiendo, que yo en todo caso sea suyo y no de otra persona en el mundo; no sé qué más le pueda ofrecer, y me arrepiento de haber venido, porque, por mi fe, no creo que me sepa regir en la forma que sería menester, y los ausentes creen demasiado ligeramente. Por todo ello os ruego que no la escribáis sino la verdad, que sólo ella ha de placerme, y siento tanto que



esta doncella me haya encontrado, que no es para decirlo. Y así, veamos qué debo escribir a Laquesis.

Entonces dijo Fiesta:

—Leamos su carta, y según ella sea, haremos.

Vieron por aquélla cómo se dolía Laquesis de que en ningún tiempo le había escrito ni hecho mención de ella, y cómo se recomendaba mucho a su recuerdo y le transmitía aquellas joyas y el tendal en el que rogaba que estuviese por tal que ella pudiese saber dónde estaba e ir a verle.

Dijo Fiesta:

—Esta carta buena es, y yo la mandaré a la señora en disculpa vuestra. Ruégoos no escribáis a Laquesis y le mandéis a decir por la doncella que habéis hecho voto de no decir vuestro nombre ni escribir a nadie durante este viaje; que os place estar en su tendal, pero que le rogáis que no vaya, porque valdría tanto como daros a conocer de mucha gente, sino que vos iréis a ella antes de que termine el torneo.

A Curial le satisfizo tal respuesta, por lo que, como ya la doncella hubiese descansado, fué a ella y hablaron mucho, y le dijo lo que tenían con Fiesta acordado, y Tura lo dió por bueno, aunque mucho le pluguiera que escribiese si era posible, a lo que Curial negóse. Llevaba Curial en el brazo izquierdo un brazalete de oro con muchas piedras y perlas, y una leyenda que decía: *Ami sens amie*. Tura le dijo que enviase el brazalete a Laquesis, ya que la carta no le enviaba, y al pun-



to Curial dióselo. Tura, mirando el brazalete, leyó las letras y dijo:

—Lo contrario es la verdad.

Respondió Curial:

—No pretendo discutir sobre el caso.

Con ello, Tura, despidiéndose de todos los caballeros y de Fiesta, marchó.

No sabía Fiesta que Tura se llevaba el brazalete, ni de ello se dió cuenta.

El rey de Aragón y las vísperas del torneo.

Llegando el tiempo del torneo, los caballeros enviaron sus pabellones y todo su arnés al campo, y fueron colocados cerca de una fontana, harto lejos del palenque, entre espesas arboledas. Un sábado por la mañana allí quedaron instalados y todas sus cosas puestas en orden en los sendos tendales para que quienes se llegasen a verlos conociesen que eran caballeros dignos de mención y de gran estado, y ciertamente, eran los de Curial los mejores y más ricos tendales que jamás en tales torneos se hubiesen visto.

Por aquel mismo tiempo, el rey de Aragón, que tres meses o más había cabalgado a usanza de caballero andante, y que sin haber sido conocido había cumplido gestas dignas de perdurable recordación, y si no fuese porque no pertenece a nuestro objeto más que narrar los hechos de Curial, yo escribiría aquí algunos actos llegados a

mi noticia, y que cumplidos fueron por su valeroso brazo a honor suyo, no menores ni de menor peligro que aquellos de que ahora habéis tenido conocimiento, envió sus tiendas al campo, y para que por ellas no se le descubriese ordenó que las colocaran en el sitio más desviado posible, y así fué hecho. Por lo que los que las aseguraron cuidando apartarse, cayeron cerca de las de Curial y los aragoneses. Y como el rey llegase a su tienda y descabalgase, un escudero de los caballeros aragoneses le reconoció al punto, y corrió a su señor diciéndole que había visto al rey. Su señor fué, pues, a rendir reverencia, y le preguntó cómo había venido solo, a lo que el rey dijo:

—No solo, que ciertamente mi espada me ha hecho compañía. Dime, ¿hay alguien contigo?

—Señor, sí, el caballero de Monferrato que combatió contra Boca de Faro, en compañía de Pons Dorcau y de los otros.

—Hazlo venir—dijo el rey—, pero no le digas quién soy.

El caballero habló con sus compañeros; les dijo que el rey se había alojado allí y deseaba ver a Curial sin que le dijesen quién era. Por lo que todos dijeron a Curial:

—Aquí cerca ha acampado un nuestro pariente, caballero esforzado y valeroso, y os rogamos os plazca que, por ir solo, le hagamos honor y compañía.

Contestó Curial que así le placía. Con ello, al punto llegáronse al caballero y le saludaron, a lo

que él correspondió gentilmente. El rey miró a Curial en la cara y le pareció favorecido y bien proporcionado, y gustó mucho de él. Asimismo Curial miró al rey y vióle robustísimo y de aventajada estatura, terrible en la mirada, ardientes los ojos, que parecía que donde miraban encendían terror; de pocas palabras. Acaso hubiera necesitado de mayor temperancia en los gestos, porque era muy ejecutivo, y tanto confiaba en la lealtad y valor de sus vasallos, que acometía terribles empresas de gran peligro y por nada vacilaba. Curial dijo a los otros caballeros:

—Ciertamente debe ser éste valeroso caballero, y si no, no debe fiarse nadie de la talla de hombre alguno.

Entretanto, los servidores del rey tuvieron la comida dispuesta, por lo que el rey dijo:

—Sus, a la mesa.

Dijo Curial:

—Señor caballero, plázcaos hacer a estos caballeros y a mí tanto honor que vengáis a comer a nuestras tiendas, que están aquí cerca.

A lo que contestó el rey:

—Tiempo habrá para todo.

Sentáronse a comer sin atender diferencias, sólo que a Curial era hecho algún más honor que a los otros. Empero en la manera de servir, Curial conocía que aquel caballero era de más alta dignidad que los demás, y vió la vajilla de oro y muy ricas todas las cosas, a excepción del tendal. En cuanto hubieron comido llegaron los ca-



balleros del rey; aguerridos y fuertes, mucho más aún de lo que Curial había visto, por lo que estaba maravillado. Veía que cuando estaban aparte los otros caballeros, no porque el rey lo quisiese, sino por costumbre, le hacían reverencia, y por todas estas cosas y por las que había oído al heraldo, creyó que era aquél el rey de Aragón, empero todo tiempo callaba.

Llegó la hora de ir a las vísperas del torneo, por lo que el rey dijo a todos, casi con voz de mando:

—Sus, sus, caballeros: vamos a las vísperas.

Todos se armaron lo mejor que pudieron, y habidos escudos negros con las sendas divisas, Fiesta fué puesta a punto, e hicieron la vía del palenque. Subida Fiesta a las graderías, fué en ellas recibida con mucho honor, porque la vieron tan ricamente ataviada, en forma que para la más principal había de sobras, y viéronla acompañada de seis caballeros bien montados, y por ello la honraron más que a otras que por ventura eran de mayor estado. De otra parte, era tanta su belleza, que a muchos convidaba a hacerle compañía.

Llevaba el rey en el escudo dos espadas cruzadas. Cuando vió que la doncella estaba ya colocada, despidiéndose de ella, volviéronse todos hacia el lado en que se hallaban los que rompían lanzas. Y el rey, que traía agrio el humor contra los franceses, por razón del duque de Anjou, que había dado muerte a su suegro, miró hacia aquella parte en que los ingleses contra los franceses

rompían lanzas. Y espoleando a su caballo, llamado *Pompeyo*, arremetió contra el duque de Orleans, que iba, con la lanza en el muslo, buscando a quién podría herir. Dióle el rey en el escudo tan poderoso golpe que le derribó del caballo tan lejos como alcanzó su lanza. Presto apremiáronse los franceses en socorrer a su señor. Topó el rey con el conde de Poitiers con tanta furia que le derribó en tierra, y no se detuvo, antes lo mismo hizo con Jaime de Brabante, con el que rompió la lanza. Así, del primer acometimiento tal lugar abrió a sus caballeros que le seguían que bien pudieron pasar sin empacho alguno. Los cinco caballeros que con él habían venido maravillábanse de verle cumplir tales proezas. Y empezaron a herir a su vez, y quienquiera que se les pusiese delante era derribado, en forma que en poco tiempo se dieron a conocer de todos. Se hallaba en aquel caso en la plaza un caballero normando, muy valiente, llamado Guillermo de Rohan, que en aquella víspera había realizado maravillosos golpes de lanza. Viendo lo que los seis caballeros de los negros escudos ejecutaban, salió del palenque y cambió de caballo. Y tomada después una lanza muy grande fué hacia aquella parte en que los seis caballeros tales cosas hacían, y miró al caballero del halcón encabezado, y quísole herir, pero vió que no llevaba lanza y dudó si debía hacerlo contra su honor. Empero veía que el sol declinaba, que llegaba la noche y le sería impedida la facultad de hacer armas, por lo que se



decidió a ir contra él y le hirió tan poderosamente que le atravesó el escudo y el arzón de la montura. No llegó a la carne, pero fué éste el mayor golpe que Curial había recibido. Pero el caballero del halcón, estrechando la espada, le dió en la cabeza no un golpe, sino muchos, e iba pegado a él que no le dejaba apartarse ni moverse; tan cerca le tenía, que llegó a verse obligado a abrazarse al cuello del caballo. Pero como otros caballeros, según el uso de los torneos, interviniesen y por fuerza los separasen, cada uno siguió su camino y fué a mover armas en otro sitio. No pasó mucho, empero, sin que el normando volviese, y empuñando la espada fué contra Curial y Curial contra él, combatiendo desaforadamente, con iniquidad. Mas don Juan Martínez de Luna vino hacia aquella parte, y vió al normando, al que ya había combatido hacía poco, y conociéndole, le hirió con la lanza tan poderosamente que, atravesándolo, le causó una herida grande y de harto peligro y le hizo dar en tierra con vituperio. No cuidaron más de él y siguieron adelante. Y como ya traspusiese el sol, el rey de Francia ordenó tocar a retreta y todos se retrajeron.

Los escuderos fueron en busca de la doncella que cabalgó su palafrén, y por otro camino apartado, no por el que habían venido, volvieron a sus tiendas, loando todos al rey por lo que había hecho. Como viese Curial todo lo que los demás hacían por el rey, le dijo:



—Señor, yo os suplico que me digáis quién sois.

Entonces el rey declaró:

—Soy el rey de Aragón, vuestro amigo.

—¡Ah, señor!—dijo Curial hinojándose ante él y besándole las manos—, ciertamente no pensaba yo que tan noble caballero y tan valeroso tenía aquí por maestro y dueño.

Hízole levantar el rey y le puso las manos sobre los hombros muy alegremente. Comprendiendo Fiesta ser aquel el rey de Aragón, dijo:

—Señor, si todos los reyes de cristianos fuesen tales caballeros como vos y tales vasallos tuviesen, no habría moros en el mundo.

Y con esto sentáronse a cenar.

Los otros caballeros del rey de Aragón iban buscando a su señor por todos los alojamientos, y nada podían saber de él. Pero dijéronles que seis caballeros con los escudos negros habían hecho maravillas. Y preguntaron:

—¿Llevan aquellos caballeros divisas en sus escudos?

Respondiéronles:

—Sí, uno lleva dos espadas cruzadas, y otro, un halcón.

Así entendieron los caballeros ser aquéllos los que buscaban. Y preguntaron si sabían dónde estaban acampados, y respondiéronles que no, pero les mostraron por dónde se habían ido y por dónde habían venido. Y más les dijeron: que si al día siguiente volvían al torneo, en mal hora volverían, porque el duque de Orleans había jurado

entender de ellos solamente. Siguieron los caballeros buscando aquí y allá, de tendal en tendal, y tanto anduvieron, que vieron entre unos árboles gran luminaria de antorchas, y siguieron hacia allí, y enviaron a un escudero en averiguación de si eran ellos. Y el escudero, llegándose a aquella parte, conoció por los servidores que el rey estaba allí. Acercándose a uno de ellos le dijo si el rey estaba allí, porque le andaban buscando nueve caballeros de Aragón. Entraron a decírselo al rey, y en cuanto lo supo ordenó que llegaran, y al momento vinieron, y hecha reverencia al rey, saludaron a toda la compañía, y haciendo hincar sus tendales, allí acamparon. Dijeron al rey lo que habían oído que el duque de Orleàns había dicho contra los caballeros de los escudos negros. De lo que el rey hubo gran placer, y acercándose a Curial, dijo:

—Imagino que si se mezcla con nosotros, no saldrá con la cabeza sana.

A ello dijo un caballero:

—Señor, yo os ruego nos hagáis la merced de no entrar mañana en liza, y veremos qué acontecerá, que tiempo tendréis de hacer más si os viene en gana.

Contestó el rey:

—Antes de que éstos me hubiesen contado el intento del de Orleans, me lo habíais de haber dicho, y por ventura os lo concediera; ahora me habréis de perdonar, que no he de creeros, y probaréis si tengo tan duro el cuero como vos y los demás.



Curial dijo:

—Señor, si yo fuese tal caballero como sois, tan fuerte y tan valiente, no temblaría ante ningún caballero del mundo.

Y con estas palabras sentáronse a cenar, y el rey, viendo en torno a él a quince caballeros, dijo:

—Creo que antes que nos hayan derrotado sudarán, y aun otros han de llegar, que bien seremos treinta caballeros si podemos reunirnos; pero aunque no fuésemos más de los que somos, tengo por seguro que, ayudándonos la belleza de la doncella nuestra, no nos abatirán fácilmente.

Estando en esto, llegó Bon Panser de los tendales del rey de Francia, y fué recibido muy alegremente, y con gran placer dijo que el rey y los caballeros todos y las damas habían elogiado mucho la caballería de los caballeros de los escudos negros y la belleza de su doncella; pero que el rey entraba al día siguiente personalmente en el torneo, y que el duque de Orleans había puesto empeño en abatir a los caballeros de los negros escudos, a lo que el rey le había dicho que gran empresa era, y que él le haría compañía. El rey de Aragón, que esto oyó, fué muy contento, y dijo:

—Caballeros, bien van las cosas, e irán mejor si a Dios place; quien diga que más bella doncella que la nuestra ha venido al torneo, no sabrá lo que dice, y harto y aun demasiado trabajo tendrá en sostener lo que habrá dicho, y así, doncella, tendréis buen coro.

—Señor—dijo Fiesta—, pues que vuestra señoría lo quiere, mal que les pese, seré yo por esta vez la más bella de todas.

De lo que ella y ellos rieron mucho. Preparados los lechos, echáronse a dormir.

Ya reposaban los caballeros de los escudos negros, pero el duque de Orleáns, enamorado de Laquesis hasta cegar por ella, y el conde de Poitiers, no durmieron tan pronto aquella noche, sino que acordaron que los caballeros de los escudos negros fuesen abatidos; pues, en contrario caso, ellos quedarían corridos y avergonzados, y así fueron por todos los tendales de los caballeros rogando que ninguno llevase escudo negro. Y así se cumplió. El duque de Orleáns reunió entonces treinta caballeros muy esforzados, con escudos verdes y alas de oro en los escudos, que de él no habían de separarse, y el conde de Poitiers otros veinte, con escudos verdes también, con franjas pintadas y unas letras que decían: "Franjas son." Acordaron ir juntos y atacar hacia donde escudo negro divisasen.

De buena mañana, Panser, que era madrugador y recorrió los tendales, hubo noticia de todo esto, y corriendo hacia los caballeros y el rey, dióles nuevas, de las que se alegraron mucho. Curial se regocijó en tal manera, que no es para descrita. El rey, en aquel punto, hizo hincar ante su tendal un estandarte negro con dos espadas cruzadas, por tal que aquellos que le buscaban supieran dónde hallarle. Así fueron llegando to-

dos, en forma de que a poco de salido el sol, fueron veintiocho caballeros de escudos negros, muy bien dispuestos. El conde de Foix, solo y disfrazado, fué hacia aquella parte y suplicó al rey le quisiese tomar en su compañía. Contestóle el rey que en aquella jornada por nada del mundo lo haría, pero que en otra podría complacerle. Y añadió además que él era capitán de un cuartel del torneo y no podía entrar en otra compañía.

Respondió el conde:

—Señor, ya se quebraron estas ordenanzas de capitanías, y no se observarán aquí, sino que quien mejor cumpla de su brazo se llevará el honor de la plaza, y vos, señor, tenéis pequeña compañía para tanto como debéis hacer, pues si en algo supierais las empresas que contra vos se han tramado, no rehusaríais oferta que por caballero se os hace.

—Conde—contestó el rey—, el mayor deseo que tengo en el mundo es probar y saber por experiencia cuánta confianza puedo tener en mi personal esfuerzo, y si será bastante para combatir con otro caballero o entrar entre muchos en batalla, o si han de ponerme en gran trabajo. Estas cosas hanme traido aquí, y no me desplace sino que no se halle cierto caballero a quien yo conozco; si no, bien le hiciera comprender mi esfuerzo contra el suyo que no fueron bien cumplidas todas las cosas que ha hecho. Pero si el cielo lo ordena y Dios me concede vida, a prueba será puesto el caballero.

Entonces dijo el conde:

—Hoy entrará en el torneo el rey de Francia, con muy buenos caballeros.

Contestó el rey:

—Tiempo ha que no se me dió tan buena nueva, y así, conde, seguid vuestra vía, y no nos estorbéis, y en todo caso guardaos de decir quién somos.

Fuése el conde de agrio humor, pues ciertamente hubiese deseado estar en aquella compañía.

El rey mandó venir a Curial, y le dijo que la doncella fuése puesta en punto de la mayor riqueza y ostentación que pudiesen. Por lo que Curial se fué a Fiesta y le dijo se esforzase en ataviarse ricamente, y de tal modo se cumplió que Fiesta no tenía par en la plaza. El rey y los caballeros comieron temprano, y en tanto vinieron otros caballeros, y el mayordomo real les ordenó que se sentasen a la mesa. Terminado el yantar, el rey envió a Panser a los tendales para entender cómo seguían las cosas. Presto de retorno, dijo que la mayor parte de la gente estaba ya en el campo, pero que nada hacían, porque no se habían mostrado ni la reina ni otras grandes señoras todavía, y que había sabido por un heraldo del duque de Borgoña, y aun por otro del rey de Inglaterra, que si los caballeros de los escudos negros habían necesidad de ayuda, la obtendrían si la demandaban; pero que, de lo contrario, cada uno atendería a sus hechos. Mandó el rey que todos se armaran y que mucho se esfor-

zasen, pues en ello iba el honor de todos. Armáronse, pues, y el rey, tomando su estandarte negro con dos cruzadas espadas, miró en torno y vió a un gentilhombre doncel, pero esforzado y de buena prestancia, que a expensas suyas había crecido, nacido en las montañas de Aragón y llamado Aznar de Trosillo. Armándole caballero, le dijo:

—Yo te encomiendo este estandarte y mi honor.

Tomó el estandarte el nuevo caballero, armado al punto y cabalgado. El rey miró a ambos lados y vió que eran con él treinta y cinco caballeros. Hecha colación y tomados los negros escudos, cada uno con su divisa, acaso mal pintada por tal que la brevedad del tiempo no consentía que mejor se hiciese, tocadas con yelmos las cabezas y montada Fiesta en una bella hacanea, dijo el rey:

—No creo que fuese hombre de demasiado juicio ni tuviese en mucho su vida el caballero que ahora cogiese a Fiesta por las trenzas.

De lo que todos rieron mucho, y cabalgando despaciosamente se dirigieron a la plaza.

El torneo de Melún.

Laquesis, que no había asistido a las vísperas del torneo, vino en compañía de su madre a los sitiales públicos, en el mayor punto de riqueza en que pudo ponerse, y fué muy loada de inestimable belleza. Su única ocupación era acrecentar su

hermosura según todo su ingenio, y no había maestro de medicina que fuese experto que no le tuviese aplicado a componer materias con que adelgazar la piel y blanquear la cara, pechos y manos. Imagino que no creía que otro paraíso existiese sino ser bella y alegrarse de los terrenales deseos. Y aparte de esto, llegó tan ricamente enjoyada, que era maravilla de quienes la veían, y el brazo izquierdo llevaba el brazalete de Curial, que tenía en alto aprecio, y no le hubiera dado livianamente a quien se lo hubiese pedido. Mirábanla todos y encendíanse en su amor, porque, aparte su belleza, era tan graciosa, que no la veía nadie sin prendarse de ella. El duque de Orleans, así que supo que llegaba Laquesis, salió al camino a recibirla, armado como estaba, para acompañarla hasta la gradería; empero ella rehusó su compañía, arguyendo donosamente que no quería ser causa de que otro caballero le combatiese para aprehenderla según la costumbre del reino. Y sin más subió al sitial. Hasta la reina, que no placía demasiado de ella, le rendía gran fiesta por ser gran señora y extranjera.

Ahora llega Fiesta acompañada por los caballeros de los negros escudos. Harto honorablemente fué recibida y colocada cabe Laquesis, imaginando todos que pues iba tan ricamente ataviada y tan noblemente acompañada, de alto linaje y honroso debía ser. Mirábanla todos y todas, y como la viesen holgada de increíble belleza, se le acercaban de buen grado. La reina la festejaba



en extremo y alababa su belleza, no sólo porque era grande y mucha, sino también por despechar a Laquesis, ya que las hermosuras de las dos doncellas se combatían mutuamente sin poder vencer una a la otra. Mudaban los colores oyendo los juicios que de ellas se hacían. Decían unos: "¡Santa María, qué ojos!" "¡Dios santo, qué boca, qué blancura de dientes!" Así todos las detallaban. Todas las miraban juntamente, y después una a otra, y no sabían qué decir, ni hallaban cosa que corrección mereciese. ¡Oh, celestial belleza, oh angelicales rostros, cómo se deleitó el Señor y Creador de humana natura al crear estas dos doncellas según la opinión del mundo! Y si Laquesis se había esforzado en acrecer su belleza, os aseguro que Fiesta no fué negligente ni remisa, antes con tanto arte, con tanto saber, adquirido por largo y trabajoso estudio, movió las manos, y con aquellos dedos delgados y largos, de uñas marfileñas, juntó belleza a belleza, que en su cara, cabeza, busto y manos, nada había que susceptible fuese de mejoramiento de afeite o de acrecentamiento de artificial belleza. ¡Ay, qué bien las conoció aquel gran filósofo llamado Platón cuando dijo que el juicio de las mujeres radica todo en la belleza, y la belleza de los hombres en el juicio! Así, la hermosura de éstas dos —según se ha dicho—combatíanse sin que ninguna culminase. Sólo entre los admiradores pudo decirse que la alemana tenía más largo el cuello y la italiana más pequeña la boca; todo en ellas

bien medido. Fiesta vió que Laquesis llevaba el brazalete de Curial, que reconoció por las letras, que decían: *Ami sens amie*. Como preguntase quién era, fuéle contestado que Laquesis, hija del duque de Baviera, de lo que Fiesta se turbó, diciendo para sí: "Por cierto, mala pro dará el brazalete a quien lo ha dado."

Visto entonces el estandarte de las espadas y los caballeros de los negros escudos con él, todo el mundo corrió hacia aquella parte para verlos. Por lo que Panser, por ordenamiento del caballero de las espadas, con gran sonar de trompetería, hizo pregón en los cuatro ángulos del campo de que todo caballero que quisiese decir que la doncella del escudo negro no era la más bella de las que allí había, que se adelantara, que había quien se lo haría reconocer por la fuerza de las armas. Llevaba al cuello aquel día Fiesta una cadenilla de oro con un escudito negro colgando sobre el seno izquierdo y rodeado de muy gruesas perlas y ricos diamantes. Todos se asustaron y decían: "Gran batalla ha de moverse, porque el duque de Orleans y el conde de Poitiers les harán hoy tal juego que toda la vida lo habrán de recordar. El duque de Orleans mandó acercarse al heraldo y le dijo:

—Dime quién te ha ordenado este pregón.

Contestó el heraldo:

—El caballero de las espadas.

Dijo el duque:

—Dile que Orleans dice que mucho más bella,

sin comparación, es Laquesis, hija del duque de Baviera, y no solamente más bella que la del escudo negro, sino que todas las del mundo, y así lo probará hoy en esta plaza.

Adelantóse, pues, el duque de Orleans con un estandarte de oro y una ala verde, y todos creyeron que esta ala obedecía a ser Laquesis alemana. Se sentía este duque recientemente encendido en el amor de Laquesis, y nada fuera de ella veía, y era tan hazañoso como buen caballero y garrido. Y asimismo muy buen caballero y fuerte era el conde de Poitiers que con él avanzaba. El rey, desde su sitial, contemplaba la prestancia y continente de los caballeros que venían, y viendo a una parte agrupados a los de los negros escudos con su estandarte, dijo así, tan alto que muchos lo oyeron:

—Tengo por fijo que en esos de los escudos negros recaerá hoy el honor del torneo, porque grandemente tienen el aire de ser maravillosos caballeros.

Aportaba don Juan Martínez de Luna unas disciplinas de oro en el escudo, y así cada uno su divisa, según su parecer, muy maravillosamente cabalgados, mejor que los otros del torneo.

El duque de Orleans miró hacia aquella parte del estandarte negro, y dijo:

—Paréceme que son muchos aquellos caballeros.

Dijéronle que eran treinta y cinco, y que los borgoñones y los ingleses habían dicho que si ayuda pedían, la podían haber.



Dijo el duque:

—En nombre de Dios, quien venza a los de los escudos, todo lo vencerá.

Cerciorado el rey de que todos—según hizo averiguar—estaban en sus sitios, hizo tocar las trompetas, por lo que cada uno de los caballeros tomó su lanza y se dispuso a mover batalla. Pero el rey de Inglaterra envió a decir al duque de Borgoña que cuidase de lo que hacían los de los escudos negros, y semejantemente lo mandó a decir al duque de Bretaña para que anduviesen sobre seguro. Y mientras el heraldo decía al caballero de las espadas lo que el de Orleans le había dicho de la belleza de Laquesis, acabando la última palabra, sonó nuevamente la trompeta real.

Mueven los estandartes y empiezan a herir maravillosamente los de los escudos negros, juntos y apretados; hirieron a los del duque de Orleans y del conde de Poitiers, que eran muchos, y especialmente a los cincuenta que se agruparon cabe el estandarte del ala. Tan poderosamente les hieren, que del primer encuentro a muchos abatieron y en dos grupos los dividen, mientras caía por tierra el estandarte de la verde ala. Pero, al punto, a despecho de los otros, lo alzan los caballeros. Muchos eran los quejidos de los que yacían entre las patas de los caballos, y así comenzaron, más que torneo, mortal batalla, según parecía. Al punto el conde de Armañach movió en ayuda de los de Orleans, y, de otra parte, corrió contra él el duque de Holanda, y topáronse muy valerosa-

mente, de lo que muchos resultaron descabalgados. Vió el rey de Aragón que el duque de Orleans y el conde de Poitiers iban juntos, y por doquier se esforzaban en abatir a los de los escudos negros, por lo que, llamando al punto a Curial, juntos fueron contra ellos. Y el rey, tomada primeramente una fuerte y pesada lanza, como quisiese herir al de Orleans, el de Poitiers se interpuso y recibió el golpe en su escudo; pero no de cualquier modo, sino que, dándole de medio a medio, cayó del caballo, agriamente herido; y llevando el rey mano a la espada, corrió contra el de Orleans para combatirle. Viendo Curial que un caballero llamado Jaime de Agravila se aprestaba a herir al rey, corrió contra él y dióle tal lanzada, que del caballo le derribó, por lo que el rey se aprestó contra el de Orleans, y le dió tan fuertes golpes y tan pesados, sobre la cabeza, que le turbó. Iba el duque vacilando, que no sabía dónde estaba, y el otro continuamente le hería, preguntándole cuál era la más hermosa de las doncellas. Corrieron los del duque para ayudarle, y lo mismo hicieron los de los escudos negros para resistirlos, y mezclándose con ellos tan eficazmente, que a todos dieron trabajo. En aquel punto, el rey de Aragón sujetó por los flancos al duque de Orleans, y espoleando, con tanto vigor tiró de él, que, quieras o no, le arrancó de la silla, y atravesándolo en el cuello de su montura, lo llevó ante la gradería y lo presentó a la doncella del escudo negro, como a la más hermosa de todas.

Fué el duque bien venido y aun festejado; pero como le quisieran desarmar, no lo consintió, y mandó a preguntar al caballero de las espadas qué debía hacer para salir de prisionero. El caballero le contestó que tan sólo declarar públicamente que la doncella del escudo negro era la más bella del mundo. El duque, que comprendió que le convenía decir estas palabras si al torneo quería volver, muy secretamente hizo traer un escudo negro, y suplicó a Laquesis pusiese encima sus manos. Entonces dijo el duque:

—Yo declaro que la doncella que tiene el escudo negro es la más bella del mundo.

E, incontinenti, caló el yelmo, montó a caballo y volvió al torneo. De esta manera fué engañado el caballero de las espadas, que no oyó el engaño; de lo contrario, pudiera ser que antes de acabar el torneo, el que había leído el texto hubiera hecho la glosa y la hubiese declarado.

En aquella hora, juntos entraron en el torneo el duque de Borbón y el duque de Bar, contra los cuales arremetió el rey de Inglaterra con toda su gente. Toparon unos contra otros, con gran maravilla. Aquí vierais caballeros descabalgados y cabalgaduras sin jinete, en gran acopio. Los caballeros de los escudos negros volvieron a agruparse, y todos a una empiezan a herir a diestro y siniestro. En aquel punto vierais arrancar yelmos y escudos tan maravillosamente, que por donde ellos pasaban abierto dejaban el camino, y todos les hacían lugar. Entonces entró en el tor-



neo el duque de Bretaña, y contra él fueron los de Berns y de Brabante. Encontraronse en su venir muy ásperamente, y, así, muchos fueron derribados. Desde los sitiales contemplaba el rey de Francia los golpes que ejecutaban los caballeros de los escudos negros, que combatían tan maravillosamente que entre ellos no había que escoger, por lo que dijo:

—Ciertamente, o yo no podré más, o el duque de Orleans vengará hoy los vencimientos que le han sido hechos.

El conde de Foix, que aun no había entrado en el torneo y estaba cerca del rey, oyendo esto, rió mucho, y le dijo, entre grandes risas:

—Ea, acaso seréis hoy prisionero de la doncella del escudo negro.

El rey contestó, riendo también:

—No, no me despido de ello, que bien pudiera ser.

El conde llamó a Febus, su hijo, y díjole:

—Febus, ve aprisa a las tiendas, ármate y toma un escudo negro, y con sólo cuatro caballeros ve al torneo, y en donde halles al Caballero de las Espadas cruzadas dile que el rey de Francia entrará ahora en el torneo contra él para vengar al duque de Orleans. Suplícale que te haga caballero y de él no te separes.

Por lo que Febus, cumpliendo el mandamiento paterno, no sabiendo quién era el caballero de las espadas, fué hacia él, y tanto le buscó que le topó, y le dijo lo que el conde le había dicho, suplicándole que le hiciese caballero.



El rey alzó la espada y, dándole el espaldarazo, dijo:

—Dios te hará buen caballero.

El caballero de las espadas llamó al punto a todos los suyos, y juntos que fueron salieron del torneo. Apartándose refrescaron y mudaron las cabalgaduras. El rey preguntó a Febus quién era, y sabiendo que hijo del conde de Foix, experimentó gran placer. Refrescado que hubieron y adueñados de fuertes y pesados lanzones, a paso corto volvían al torneo. Encontraron a Panser, que les dijo:

—Ya cabalgó el rey, y va a entrar en el torneo.

Por lo que el caballero de las espadas tomó a Curial por la mano y dijo:

—Ahora veremos qué será, que por ventura tal cuida del deshonor ajeno, que acrece el suyo.

Ya el rey de Francia, con otros caballeros hacía buenas armas en el torneo, y aunque el duque de Borgoña se viniera contra él con mucha gente, el rey adentraba en la liza, buscando a los caballeros de los escudos negros y no los encontraba. Empero como éstos volviesen al torneo, y los franceses los viesen, empezaron a gritar: "¡Aquí están! ¡Sus, a ellos!" Pero, ciertamente, en ningún tiempo dieron gritos de que más pronto se arrepintieran, porque los de los negros escudos, metiendo por en medio el estandarte, con tanto poderío hirieron, que cada uno derribó a su contrario, y después, distribuyéndose entre ellos,

los separaron, rompieron y partieron sin darles coyuntura para volver a agruparse, y luego que las lanzas tuvieron rotas, echaron mano a las espadas y fueron contra los franceses, hiriéndoles aunque se defendían. Tan grande era el ruido de la lucha, que parecía que muchos herreros forjasen a un tiempo mismo a grandes golpes sobre grandes yunques.

El conde de Foix, que esto veía, temiendo algún siniestro, corrió al rey de Francia, que ya había roto muchas lanzas, y le dijo:

—¡Ah, señor! ¿Qué es lo que hacéis? ¿No es tiempo de que os evitéis estos trabajos? Yo os suplico que me concedáis una gracia.

Díjole el rey que accedía de buen grado. Y el conde añadió:

—Salid de la plaza, pues me lo habéis concedido, y no justéis más.

Dijo el rey que le placía, pero que antes debía romper una lanza en el escudo de las espadas cruzadas, por lo que al punto, notable y buen caballero como era, fué lanza en ristre contra el caballero de las espadas, dándole contra el escudo de modo tal que en pedazos voló la lanza. Viendo el caballero de las espadas que el rey de Francia, con blanco estandarte, le había herido con la lanza, le dió con la espada tal tajo en el yelmo que le hizo volar, y como otro quisiera darle, el conde de Foix se interpuso y lo recibió en el escudo, del que perdió una parte. Cón ello, el rey de Francia abandonó el torneo y fuése a



los sitiales, donde se despojó de las armas, diciendo que había roto una lanza en el escudo del mejor caballero del mundo. Por ello mostróse muy alegre, y de tanta alegría, nada se le pidió en aquella jornada que placenteramente no otorgase.

En aquel punto, Curial, que de rabiosa ira estaba lleno, por razón de un caballero inglés que falsamente con una lanza le había herido y no le podía alcanzar de tan vertiginosamente como le huyera, extendiendo la mirada alcanzó a ver a otro inglés, que Micer de Claucestre se llamaba, que había muy poderosamente combatido a los caballeros de los escudos negros, e irguiéndose en la silla fué Curial contra él y le alcanzó frente a los sitiales. Oyó el inglés decir: "*¡Aquí está el caballero del halcón!*" Volvióse incontinenti, y alargando la lanza le hirió en el escudo de tal manera que le partió en pedazos. Curial, airado y de mal talante, topó con el caballero con tal poderío que, atravesándole el escudo, le llegó con la lanzada a la carne, le derribó del caballo con vituperio hasta el punto de que perdió el caballero inglés la noción del tiempo. Desmontando del caballo y teniéndole por la brida, arrancó Curial al vencido el escudo, que era blanco con corona de oro, y lo envió a los sitiales, diciendo:

—Dádselo a la más bella de todas las doncellas.

Aquel que lo llevaba se lo entregó a Laquesis, de lo que ella recibió gran alegría y la seguridad de que aquél era ciertamente Curial, a quien en



este torneo no se conocía más que por el Caballero del Halcón. Tomó Laquesis el escudo con gran alegría, y le hizo colgar frente a ella. Infinitas gentes miraban y decían:

—En verdad, es Laquesis la más bella de todas, pues tal ha dicho el Caballero del Halcón.

Con ello Fiesta cuidó morir de envidia, y juró hacer a Curial tal disfavor que algo más pesaría que éste que él le había hecho. Ciertamente creo que las más de las mujeres no saben dominar los movimientos espontáneos; antes, por el contrario, su corazón lanza fuera el odio que ha concebido acaso injustamente, y por ello acontece a menudo que se les escapa la coyuntura de la venganza. Curial metióse ardidamente por el torneo y, como si nada en aquel día hubiese hecho, empezó a mover armas con tal empuje como si entonces comenzara.

Pero un conde inglés, llamado de Salisberi, que era robusto, valeroso y muy famoso caballero, que había visto lo que Curial había hecho, hizo trasladar al de Claucestre, casi moribundo, a su tendal, y llamando a todos los que con el agonizante habían venido, y sin olvidar a sus propios caballeros, a todos los reunió y les dijo que era preciso que el Caballero del Halcón fuese vencido. Por lo que, sin herir, metióse en el torneo, y tanto buscó, arriba y abajo, que vió al Caballero del Halcón que hacía armas frente a los sitiales, resplandeciendo su maestría más que la de todos. Corrió Salisberi contra él al verle, y más de cin-

cuenta que con él iban toparon con el caballo de Curial. Por valiente y fuerte que fuese la cabalgadura, fuéle forzado derribar al caballero. Pero Curial, hallándose en pie, en medio de tanta gente, con la espada se defendía tan valerosamente que nadie de sus golpes se libraba. Pero por mucho que hizo se apoderaron del caballo y se lo llevaron, pretendiendo aprisionarle a él. Y sin duda lo consiguieran, si no fuese por un caballero que llamó al Caballero de las Espadas, diciéndole:

—Sus, acorred al Caballero del Halcón que está descabalgado, y ante los sitiales de quienes le prenden. El Caballero de las Espadas, con una gran voz, juntó a todos los suyos que le fué posible, enarboló el estandarte, y con la mayor prisa que pudo, encendido en ira, a manera de león hambriento, rompió aquella valla de gente. Hiciéronse todos lugar, con gran trabajo, y llegaron hasta donde combatía Curial, que, en defensa de su honor, había ya realizado innúmeras cosas dignas de recordación. Uno de ellos, Pedro de Moncada llamado, viendo a Salisberi jinete en un magnífico caballo, corrió a él, y con fuerte lanza le hirió tan ásperamente que le derribó al suelo, con las piernas en alto, muy cerca de Curial.

Este, que vió a Salisberi a sus pies, le dió la mano, ayudándole a incorporarse, y le dijo:

—No penséis que os he ayudado por vuestro bien; antes os conviene defenderos; si no, perderéis aquello que todos los reyes del mundo juntos no os podrían devolver.



En aquel punto descargóle sobre la cabeza continuos y grandes golpes, que por bueno que fuese jamás aquel yelmo había resistido tal prueba. Brotaban chispas de fuego, y a tan mal punto le llevaba, que ya Salisberi no podía resistir los duros y pesantes golpes que Curial le daba, y vióse obligado a hincar las rodillas; todos tenían por segura su muerte. Pero el rey de Inglaterra, que dando grandes voces a aquella parte vino, metióse entre los caballeros de los escudos con su gente, y de tal modo hirieron que, aunque éstos todos juntos mucho combatieron, no pudieron evitar que Salisberi fuese libertado.

De todos modos, quedáronse con el caballo que Pedro de Moncada entregó a Curial, que volviendo a cabalgar y viendo al rey de Inglaterra, al que conoció por razón de una lanza de oro que mostraba sobre el yelmo, fué hacia él e hirióle tan ásperamente en la cabeza que el rey no fué bastante poderoso para tenerse erguido, y por fuerza se vió impelido a abrazarse al cuello de la cabalgadura. No ensañándose sobre él, arremetió Curial contra otro caballero inglés, tan poderosamente que del caballo le derribó.

El Caballero de las Espadas, tanto como odiaba a los franceses amaba a los ingleses, y así ordenó que todos los caballeros de los escudos negros de aquel lugar se apartasen; lo cual oyendo el rey de Inglaterra recibió gran placer y tuvo grandes deseos de saber quién era el caballero aquel de las espadas. Obedeciendo a éste, los



negros van contra los del duque de Borgoña, entre los cuales había dos muy valientes caballeros, uno de ellos llamado señor de San Jorge, y el otro, el señor de Vergues. Y como el Caballero de las Espadas viese llevar a éste un arnés con las armas que reconoció ser las del rey de Aragón, dispuso que contra él nadie combatiese. Por otra parte, vió al de San Jorge con cruces blancas y arneses bermejos, y dijo:

—¡Oh, cómo me hubiera mezclado con estos borgoñones si no fuera por las armas que llevan! ¡Dejadlos, por merced a mí, y vamos contra los franceses!

Por lo que Panser llegóse a Vergues y San Jorge, que eran compañeros, y les dijo lo que el Caballero de las Espadas había dicho, y ellos que lo oyeron, envainaron las espadas, y apartándose a un lado, dijeron:

—¡Ah, Panser! Di al honor de toda la caballería del mundo, es decir, al Caballero de las Espadas y a su noble compañía, que, oído lo que ha ordenado, nosotros salimos del torneo por hoy, que más en él no heriremos.

Volvieron, pues, atrás, y enviaron a decir su resolución al conde de Flandes, que estaba enfermo en su tienda y había enviado su gente al duque de Borgoña.

Ciertamente no libraron con tanto bien los franceses, pues entre ellos se metieron y a diestro y siniestro combatieron vigorosamente, y caballero que alcanzaban forzado se veía a caer del

caballo y a su cuello abrazarse, por lo que en poco tiempo fueron puestos en desorden. Los borgoñones, que contra los franceses aquel día mucho habían combatido, fueron a su duque y le dijeron:

—Los caballeros de los negros escudos, por cortesía, han dejado de combatir contra vuestras gentes; pero a los franceses infieren grave daño. Cierto es que nosotros hoy los hemos combatido, pero no debemos permitir que otros los combatan. Ordenad lo que os place que hagamos.

Por lo que el duque miró hacia aquella parte y vióles que hacían cosas hasta entonces ni vistas ni oídas. Y dijo:

—Por mi fe, no demasiado cortés sería quien hoy se esforzase en quitar a éstos el honor que por fuerza de las armas han conseguido.

Con lo que, acercándose al Caballero de las Espadas, le dijo:

—Señor caballero, yo os ruego que entre vos y esta gente no se muevan hoy más armas.

Entonces Curial se acercó al rey, que no había oído bien, y le repitió lo que el duque decía, por lo que el rey se apartó al punto de aquellos sitios.

Ya un buen trecho habían pasado las vísperas, y todos los estandartes se habían retirado, que ya casi nadie quería combatir más, cuando el estandarte de las espadas y toda su compañía fueron hasta los sitiales y comenzaron a reposar. En aquel punto, los señores de Vergues y de San Jorge

llegaron hasta ellos, y, saludada toda la compañía, dijeron:

—Señores, nosotros no hemos podido conocer hoy cuál de vosotros ha sido mejor caballero; pero hemos visto que vos, señor de las Espadas, de todos fuísteis capitán, y por ello os rogamos que, si no os causa enojo, queráis aceptar nuestra primera súplica: que, el torneo pasado por hoy, os plazca venir todos juntos a cenar y reposar en nuestras tiendas.

El Caballero de las Espadas le contestó que entre ellos no había señor ni mayor, pues todos eran compañeros y amigos, y que aceptarían de buen grado su convite si tal les fuese posible, pero que no podían, y que así los tuviesen por excusados. Entonces dijeron los flamencos que si a ellos no les era dado ir a sus tiendas, ellos irían a las suyas, si les venía en placer, de lo que el Caballero de las Espadas recibió gran contento. Así conversaron mientras en el torneo nada se hacía.

El rey de Francia quiso por aquel día licenciar el torneo, y en cuanto lo supo el Caballero de las Espadas hizo cabalgar su estandarte, y dando grandes gritos lo hizo pasear por toda la plaza; pero nadie movióse contra ellos, que todo el mundo estaba cansado y rendido, por lo que el rey de Francia ordenó que por aquel día terminase el torneo. Y así, cada uno a su tendal volvióse.

Fiestas a Fiesta, y su triunfo.

El rey de Francia entró en la ciudad, con lo que cada cual recobró a su dama, excepto Curial, porque la reina suplicó mucho que la doncella del escudo negro quisiese permanecer a su lado tanto como el torneo durase. La doncella así lo otorgó si en ello venía bien el Caballero del Halcón, su compañero, por lo que la reina envió cuitadamente a él para pedírselo, y él al punto lo concedió. Con ello, llevósela la reina. Hizo traer en seguida una copa de oro, con patena dorada, que tenía muy gruesas perlas y piedras finas. Era la tal copa premio otorgado al mejor caballero, y aunque no había forma de escoger entre los de los negros escudos, al punto la otorgaron al de las espadas, como a quien mucho se había distinguido y capitán había sido aquel día. Y como él se había partido, hicieron presentar el premio a su dama, y movían delante y detrás de ella todas las otras, por grandes señoras que fuesen. Laquesis, mal de su grado, tuvo que formar en el cortejo, de lo que cuidó morir de envidia.

¡Ay, cuán poco duró el honor de esta vanagloria! Ciertamente, la doncella del escudo negro no se hubiera cambiado aquel día por Santa Catalina, tan favorecida y festejada se veía. Y la reina, que no se saciaba de festejarla, de loarla, de hablar en su elogio, hasta el punto que no acerta-



ba a cesar de alabarla de belleza, destreza, gracia y otras virtudes sobre cuantas en aquel día habían visto, imaginó que se conducía como los frailes menores, que no saben adónde poner a San Francisco el día de su fiesta cuando le predican. Laquesis fuése con su madre descontenta, pero muy acompañada y favorecida. La reina preguntó a la doncella del escudo negro de qué tierra era, y ella respondióle:

—Señora, no os lo puedo decir, pues lo tengo prohibido.

—Por lo menos, decidme vuestro nombre—replicó la reina.

Y ella dijo llamarse Fiesta.

Rió la reina y dijo:

—Por mi fe, lleváis el más noble nombre y más agradable que yo haya oído nunca, y sin duda lo sois para cuantos os vén, porque para mí ha sido fiesta hoy el teneros a la vera. Y aquel que dió el escudo a Laquesis equivocó el camino, pues, en verdad, mejor lo merecéis vos que ella. Y así como Dios os hizo bella, os dió por guía el mejor caballero del mundo y más valiente. ¡Bendito sea Dios que así os ha juntado! La reina quería mal a Laquesis a causa de su belleza y de que había tenido en poco la hermosura de la reina. Fiesta se veía por todas partes rodeada de damas y doncellas, y como el rey supiese que había quedado con la reina, hubo de ello gran placer, y la hizo llegar a su presencia, preguntándole después de dónde era. Respondió ella que por nada del mun-

do podía decírselo, y el rey pudo saber tan sólo que la llamaban Fiesta, de lo que rió mucho y dijo:

—Sin falta, fiesta sois para cuantos ojos os miran, a excepción de los de Laquesis, que tengo por seguro que os tiene envidia; pero, por mi fe, no debiera, que harto bella la hizo Dios.

Como supiese el rey que el compañero de ella era el Caballero del Halcón, rogóle encarecidamente le dijese quién era. Respondió Fiesta:

—Monseñor, la señora reina me lo ha hecho preguntar, y aun me lo ha preguntado ella misma, y yo, sin tener licencia, no me he atrevido a decírselo. Empero pues tanto os place, yo os lo diré, a condición de que me prometáis los dos que no lo diréis a persona alguna.

Así le fué prometido, por lo que Fiesta dijo:

—El caballero se llama Curial.

—¡Santa María!—dijo el rey—. ¡Qué nombre! ¡A fe mía, bien cuadra nombre tal a tal caballero! Y decidme, Fiesta, ¿quién es el Caballero de las Espadas?

Dijo ella:

No le había visto hasta ayer, ni a los otros caballeros de los escudos negros; pues entre ayer y hoy vinieron todos, pero él vino solo. Os certifico que él es señor de todos los demás, y así lo muestra en todas las cosas, y Curial le rinde reverencia de hinojo.

—¡Ay, Virgen María! ¿Quién será este caballero?

—No lo sé—dijo Fiesta—; pero bien creo que es el mejor caballero del mundo.

A lo que contestó el rey:

—En muchas maneras lo ha mostrado, y Dios no me dé honor si no creo que en el mundo no se halla tan noble compañía de caballeros; pues, ciertamente, entre ellos no se puede escoger, y quizá la haya mayor, pero no mejor, que todos son tales que sin falla loco sería el caballero que pretendiese emprender lo que cualquiera de éstos dejara.

Y mientras así hablaban de muchas cosas, los caballeros del torneo, ya desarmados, llegaron hasta el rey, y cumplida la reverencia, vieron a la doncella de los escudos negros, y como supiesen que se llamaba Fiesta, todos rompieron a reír, diciéndose:

—Verdaderamente, mejor fiesta y más alegre es estar cerca de vos que de vuestros caballeros; porque, a fe mía, no es de buen augurio acercarse a ellos en el torneo.

—En nombre de Dios—dijo Fiesta—, ellos son tales que para liza y para cortesanía están dispuestos, y si se hallaran aquí os satisficiera su compañía tanto como la de otros que aquí veis. De otra cosa no se habló en toda aquella noche sino de los caballeros de los escudos negros, y nadie se aventuraba a decir cuál de entre ellos era el mejor, tan valientes se habían mostrado todos.

Empero como viese el rey que la más de la



gente estaba cansada, no quiso que aquella semana hubiese más torneo, hasta el domingo próximo venidero, en que todo el mundo convenientemente habría reposado. Así fué ordenado a los reyes de armas y heraldos que por todas partes lo anunciasen. Con ello cenaron, y gran placer hubieron.

Después que hubieron cenado, el rey mandó a decir a la reina que viniese y que trajese a Fiesta consigo. Por lo que vino la reina, y el rey tomó a Fiesta de la mano, y dijo:

—Dondequiera que vos estéis no estarán sin fiesta.

Aquí cantaron y danzaron y movieron gran alegría, y cantaba Fiesta mejor que otra cualquiera del mundo. Cuando ya mucho habían gozado, Fiesta alargó la mirada entre la gente, y vió a Melchor de Pando, que todo el día había asistido al torneo sin conocer a Curial, por lo que Fiesta le hizo señal de que callase y permaneciese tranquilo. Empero, al cabo de un rato, levantándose se acercó a él, y le dijo que Curial estaba entre los caballeros de los escudos negros. Y mostrándole la enseña del lugar en que estaban alojados, le dijo que fuese allá, y él así lo hizo. El rey y la reina y todos aquellos caballeros y damas, licenciada la compañía y pasada ya gran parte de la noche, fueron a dormir.

En la forma que habéis oído se partieron del torneo los caballeros de los negros escudos, y emprendieron la ruta de sus tendales, seguidos del



señor de San Jorge y del señor de Vergues, que en las ricas tiendas de Curial fueron alojados. Una vez en ellas, y la cena a punto, cenaron con gran placer, hablando sin cesar de las maravillas que aquel día se habían realizado en el torneo. Los señores de Vergues y de San Jorge, que vieron a Curial, dijeron ser ciertamente aquél el más garrido caballero que jamás hubiesen visto, y prendáronse de él, que a otra parte no sabían volver los ojos. Curial reverenciaba al rey tanto como le era posible. El señor de Vergues, que veía el honor que todos rendían al caballero de las espadas, moría de deseo de saber quién era. Y acercándose a Curial, suplicóle con la mayor fuerza que quisiese hacerle la gracia de decirle quién era el Caballero de las Espadas. Curial le contestó que, puesto que estaba allí presente, que se lo preguntase a él, que sin duda se lo diría. Y como los dos se volviesen a mirar al rey y Curial riese, el rey dijo:

—¿Qué es esto?

Y él contestó:

—Señor, este caballero se queja de vos, harto razonablemnte; pues dice que, debiéndoseos gran honor y reverencia, según advierte él, no sabiendo quién sois no puede hacer lo que cree debiera. Y además dice que aquí no hay más engañados que él y su compañero, porque todos los demás os conocen, y ellos no pueden pensar quién sois. Por lo que os suplica tanto como le es posible, porque ha venido aquí en vuestra compañía, y

parecidamente para que os quede obligada toda su vida, que de él no os queráis ocultar. Y en verdad imagino que si él supiese vuestro nombre, de buen grado sería vuestro servidor.

Y dichas estas palabras, callóse. El caballero, siguiendo a Curial, dijo:

—Señor caballero, yo os pido merced de que no me seáis avaro de vuestro nombre, por tal de que yo sea vuestro y de vuestra servidumbre tanto como os venga en placer.

El rey entonces dijo:

—Yo soy el rey de Aragón.

En aquel punto, el señor de Vergues hincó las rodillas en tierra, y el rey le levantó, abrazándole, y así también al de San Jorge, que también se había hinojado. Y el señor de Vergues dijo:

—Señor, es ésta una cosa en la que Dios me ha concedido gran gracia, pues hoy se ha cumplido el mayor deseo que tenía en el mundo. Yo, señor, soy de vuestro linaje y llevo vuestras armas, y, por consiguiente, soy vuestro servidor contra todas las personas del mundo. Y nada deseaba yo tanto como conocer a mi señor, que sois vos. Por lo que os suplico y os clamo merced de que desde ahora en adelante me tengáis por servidor y me queráis mandar todas las cosas que en vuestro servicio sean y a mí me sea dado hacer, que ciertamente no he de fallaros.

Asimismo el señor de San Jorge se ofreció mucho al rey, el cual respondió al de Vergues que había tenido gran placer en conocerlos, y que



seguros estuviesen de que desde aquel punto haría por uno como pariente, y por los dos como por amigos. Grande fué la fiesta que en aquellas tiendas se hizo aquella noche, y todos estaban en tal regocijo que más no podían. El señor de Vergues pidió al rey la gracia de que él y su compañero pudiesen usar de escudos negros y figurar en su compañía el día del gran torneo. El rey así lo otorgó, y fuéronse a descansar.

Desaparición de los caballeros victoriosos. Revelaciones de Laquesis.

El rey licenció a toda la compañía, y solamente a Curial retuvo consigo. Ordenó que cada uno fuese a su antojo hasta el sábado siguiente, por no ser voluntad suya permanecer más en aquel sitio para no ser conocido ni tampoco le agradara que a los otros conocieran. Y así tuvieron todos por resuelto apartarse lo más encubiertamente posible. Y por ello, antes de que el sol se alzara, el rey se levantó, y así los demás, y cada uno emprendió su camino, dejando los tendales sin guarda alguno. No obstante, el rey ordenó al señor de Vergues que fuese a la corte, y si su doncella de algo había menester, se dispusiese a hacer por ella lo que pudiese. Muy alegre el señor de Vergues porque el rey se servía de él, contestó:

—Señor, bien sabe Dios que yo deseo serviros



ante todos los señores del mundo, y así cumpliré vuestro mandado en todo caso.

Y marchó a su alojamiento con el señor de San Jorge, que de él no se separaba. El conde de Flandes le preguntó dónde habían estado, y ellos contestaron que fueron convidados por unos caballeros, y con ellos habían cenado y dormido. Asimismo, el conde de Foix presentó a su hijo, que era de los caballeros que con él habían estado. Respondió que todos se habían ido y habían dejado las tiendas sin guarda alguna, de lo que el conde maravillóse mucho.

Pasada, pues, la noche, llegó el día, muy claro. El rey no había dejado de pensar quiénes serían los caballeros de los escudos negros, y señaladamente el de las Espadas. Empero, su pensamiento iba muy lejos de la verdad, pues él no podía imaginar lo que era; pero tenía por seguro que todos aquellos caballeros vendrían a verle, y así podría trabar algún conocimiento. Por otra parte, Melchor de Pando la pasada noche no pudo hallar los tendales de los caballeros de los escudos; pero por la mañana tanto buscó, que acertó a hallarlos, y conociendo la tienda de Curial entró en ella, pero no halló a nadie, ni tampoco en las otras, de lo que mucho se maravilló. Acordó aguardar en las tiendas pensando que volverían, y así podría verlos. Pensaba después qué haría allí solo, o que por ventura pudiera suceder que alguien hiciese para robar, o diría que él habían entrado para ello, o le mataría, y

así que mejor le valía irse a Fiesta, por si ella podía decirle algo que en certidumbre le pusiera. Y fuése; pero no pudo hablar con Fiesta aquel día, que el rey celebraba grande y solemne convite.

Entre otras cosas había hecho disponer una mesa muy grande para todos los caballeros de los escudos negros, en el más honroso sitio de toda la sala. Pero llegada la hora de comer, y habiendo acudido todo el mundo, el rey no vió a los caballeros extranjeros, y quiso esperar a que vinieran, y la comida, con ello, se retardaba mucho. Hizo el rey venir a Fiesta, y le dijo:

—Fiesta, yo no conozco ni al Caballero de las Espadas ni al del Halcón, por lo que os ruego que si aquí están me los queráis mostrar, por tal de que yo los pueda honrar y festejar como han merecido.

Recorrió Fiesta la sala y volvió a decirle que no estaban allí, de lo que el rey sintió gran disgusto; empero, esperaba que viniese y crecía el día y el yantar tardaba. El conde de Foix se acercó al rey y le preguntó qué esperaba que no comían. Respondió el rey que esperaban a los caballeros de los escudos negros. El conde dijo:

—Señor, no los esperéis, pues se han ido.

Mostró el rey muy gran disgusto y sentimiento, y creyó haber caído en grosería por no haber acudido más a tiempo. Con ello sentáronse todos, pero el rey no consintió que a aquella gran mesa se sentase nadie, antes quiso que permaneciese

vacía, y él estuvo durante la comida tan pensativo y triste que no probó bocado. Cuando hubieron comido, el rey dijo a Fiesta:

—No sé de los dos cuál ha perdido más, pues vuestros caballeros se han ido y os han dejado aquí; pero mientras yo tenga de ellos tal rehén como vos, no temo perderlos.

El conde de Foix dijo:

—Han dejado, señor, sus tiendas sin guarda alguna, y así, pues, podéis ordenar que se recojan.

Entonces dijo el rey que quería ir a aquella tienda mientras ellos no estuvieran, por si al menos se le contagiaba algo de la bondad que los otros tenían, de que el conde se rió mucho. Pasada la noche, el rey fué, pues, a cenar a aquella tienda, y vió muy ricas las dos de Curial, y se las asignó a la reina, y él se instaló en la del rey de Aragón, sin saber que suya fuese, y aunque, ni mucho menos, era tan bella como las otras.

Hablaba la gente de aquellos caballeros, y se maravillaba mucho de que se hubiesen partido sin ver al rey de Francia; pero éste pensaba que, pues habían dejado las tiendas, a ellas volverían y en ellas podrían conocerle sin que tuviesen arbitrio para escapar de ello. Fiesta no sentía pesar porque se hubiesen ido, porque sabía que no la dejarían allí y que seguramente vendrían por ella, y con esta creencia se confortaba. Llegó hasta ella Melchor de Pando, preguntándole si sabía algo, a lo que contestó que

no; pero que tuviese por cierto que allí volverían, al menos por ella, si de las tiendas no cuidaban. Y mientras el rey se solazaba en aquella tienda, y todos los caballeros las admiraban, llegaron la duquesa de Baviera y su hija, muy bien y muy notablemente acompañadas. Vestía Laquesis una ropa de seda de raso carmesí, bordada de ojos y de lazos de oro, y llevaba en la manga el (1) y las letras tal como aparecían en la tienda que había regalado a Curial. Y como fuese reconocida, todos dijeron:

—Aquella veste y esta tienda son una misma cosa.

Por lo que el rey hizo venir a Laquesis, y le dijo:

—Vuestra ropa me hace creer que debéis conocer al caballero cuya es esta tienda, y así os ruego que me queráis decir su nombre y todo cuanto de sus hechos sepáis.

Laquesis respondió que aquel caballero había por nombre Curial, y era el vencedor de los caballeros de Alemania que habían acusado a su hermana Cloto, y contó luego lo que había hecho en liberación del caballero viejo y cómo había matado a Boca de Faro, y todas las maravillas que había cumplido viniendo al torneo, dándole a entender que era aquél el Caballero del Escudo Negro que tan notables proezas cumpliera por los caminos. Muchas otras cosas le dijo en loor

(1) Hay una laguna; sin duda, por no haber entendido la palabra el copista.—Nota de Rubio y Lluch.

del caballero, de las que el rey recibió no pequeño contentamiento, y se le acreció el deseo de verle y retenerle en su casa si pudiese, y tanto que más no lo pensó y preguntó a la doncella cómo era que llevaba la misma ropa del tendal del caballero. Entonces dijo Laquesis:

—Señor, yo hice hacer en Alemania esta tienda, y se la envié a fin de conocerle en el torneo, y sabed, señor, que nada hay en el mundo que yo ame tanto. Impélenme a ello las cosas que os he dicho que realizó en honor de mi hermana, por las que le soy y le quiero estar obligada, y hacer por él cuanto me sea posible.

Y tanto dijo Laquesis en alabanza del caballero, que abiertamente comprendió el rey que estaba enamorada de Curial y que no podía ni lo sabía ocultar. En aquel entonces dijo el rey si sabía algo de los otros caballeros que iban en su compañía, a lo que Laquesis respondió que no.

—¡Oh!—dijo el rey—. ¿Y cuándo le veréis?

—Cierto que me tarda el verlos, y si yo supiese donde encontrarlos, a buscarlos iría. De todos modos, dió por seguro que el domingo los vería en el torneo, y que allí tanto se esforzaría en ello que los conocería.

Determinó el rey permanecer en las tiendas toda aquella semana, esperando ver a los caballeros y haciendo grandes fiestas. La reina sentía disgusto porque el rey tanta mención hacía de Laquesis, a quien apenas apartaba de sí, y, por el contrario, la reina festejaba y favorecía

tanto a Fiesta que más no podía, y aunque harto tuviera, regalábale joyeles y ropas, y en todo tiempo era alabanciosa de su belleza y destreza, superándolas a las de cuantas doncellas había visto. Parecidamente, el rey le rendía gran honor. Así, estas doncellas disfrutaban el favor de la corte.

Otros sucesos y rivalidades.

En aquellos mismos días, y como apenas de otra cosa que no fuese el torneo se hablaba, Salisberi fué muy traído en lenguas, y no con alabanzas, por la empresa realizada contra el Caballero del Halcón. Porque si dicho caballero había derribado al señor de Claucestre y apoderádose del escudo del Caballero del Halcón, bien había hecho combatiendo cuerpo a cuerpo contra Salisberi, ya que personalmente se hallaba en el debate y quiso ayudar a Claucestre, lo que Salisberi podía cumplir bien y sin cargo contra él. Porque, por ventura, mientras él iba a buscar y juntar a los otros caballeros, el del Halcón hubiese muerto a Claucestre, Salisberi se hubiese hallado sin primo hermano, y acaso sin ocasión ni lugar para la venganza. Por otra parte, las leyes de la caballería no consienten que semejantes cosas se hagan en tal caso, ni por tales vías. Muchos dicen que Aquiles mató a Héctor malamente y no como caballero; empero quizá yerran; mas malamente mató como a flaco y cobarde caballe-

ro; porque si Hector, como caballero más valiente y ardido, combatió contra los aqueos, y si Aquiles, en defensa y ayuda de los suyos, los hubiera matado cuerpo a cuerpo, bien hubiera hecho. Pero muéstrase claro que vaciló y no se atrevió a meterse en batalla contra él, sino que, arengando y moviendo a los suyos todos contra el otro solo, mandó que fuese rodeado, envuelto y muerto. Y así él con todos los demás, como por sí solo no se atreviese, le mataron. Y lo peor y que de peor fama le valió fué que una vez muerto de tan mala manera como habéis oído le atase a la cola del caballo y por el suelo le arrastrase, y ésa es obra de judíos, que, contra quien no puede defenderse, ejercen crueldad. Otros dicen que Aquiles usó bien matando al troyano de cualquier forma; pues las victorias se buscan de mil maneras, y aquel es tenido por sabio caballero o capitán que más sabiamente, con más cauteloso modo y menor daño y peligro y con mayor seguridad sabe buscar y obtener la codiciada y dudosa victoria. Y como sobre este punto se hubiesen cambiado muchas palabras, ya casi alteradas y violentas, el rey, que era muy sabio varón, mandándoles callar, cortó el debate.

Durante este mismo tiempo, un hijo que el rey tenía cayó gravemente enfermo, por lo que se turbaron los festejos, y la reina suplicó al rey que más no se tornease, a lo que él accedió. Así, licenciado el torneo, se entraron en Melún, y el señor de Vergues púsose en los tendales, de lo que pa-



reció nacer gran enemistad entre él y el conde de Foix. Porque éste quiso guardar las tiendas y enviar allí a un hijo suyo, como seguro que estaba de su derecho. El otro, por ser pariente y nuevo servidor a quien le estaba encomendada la doncella, que mucho honraba, también la quería guardar, y ni uno ni otro se atrevían a decir de quién eran. No obstante, muchos murmuraban, diciendo que no querían sino retener para sí, caso de que los caballeros no volviesen, y sobre ello se hacían muchos distintos juicios. Turbado estaba el rey y no sabía qué hacerse, por lo que llamó a Fiesta y le dijo que quién guardaría aquellos tendales. Contestó Fiesta que un prohombre que ella enviaría guardaría las dos tiendas; de las demás no sabía qué decir. Entonces dijo el rey:

—Fiesta, Fiesta, paréceme que no cuidáis sino de las de Curial.

A lo que ella contestó:

—Señor, sí quisiera poder cuidar de todas las que me fuesen recomendadas; empero más no puedo.

—Ahora—dijo el rey—os ruego que me queráis hacer un favor, con el que habréis satisfecho el mayor deseo que tengo en el mundo. A vos nada ha de costaros ni ningún daño ha de veniros.

Fiesta sí lo otorgó.

—Decidme, pues, ahora—dijo el rey—quién es el Caballero de las Espadas.

—Señor—dijo Fiesta—, gran fuerza me hacéis en mandarme decir su nombre contra mi volun-

taa; pero pues tanto lo deseáis, yo os lo diré con la condición de que a nadie lo reveléis.

El rey así lo prometió, y Fiesta le dijo:

—Este es el rey de Aragón, y con su lanza, el mejor caballero del mundo:

—¡Ah, desdichado!—exclamó el rey—. ¿Por qué he licenciado el torneo? ¡No volverá, y jamás podré verle, ay triste de mí! ¡No sabía que tal caballero hubiese venido a mi reino!

—¿Es, pues, cierto—dijo Fiesta—que es buen caballero?

—Cierto—dijo el rey—, el mejor del mundo, y todos callan delante de éste.

Separaciones y despedidas.

De muchas cosas hablaron en la corte; pero, al cabo de pocos días, el hijo del rey curó de su dolencia, de lo que él se alegró mucho y sintió haber licenciado el torneo. Pensó reanudarlo; pero no pudo hallar medio, porque todos los extranjeros habían partido.

El rey de Aragón, al saber que el torneo se había malogrado, hubo gran disgusto y dijo a Curial:

—Curial, pues el torneo ha sido suspendido, yo me voy, y desde ahora parto, porque mi intención no es detenerme aquí ni tener compañía de ningún caballero, y así, a Dios os encomiendo. Os ruego, no obstante, que me queráis visitar, por-

que os aseguro que tendré tanto placer en veros que no igualará al de ningún otro caballero del mundo.

Curial le rogó que le dejase ir con él al menos hasta llegar a su reino y encontrar a otro caballero de los suyos que le tuviese compañía. No lo consintió el rey; y, por el contrario, le suplicó que emprendiera el regreso y de su parte saludase mucho a la doncella. Así el rey tornó a su reino.

Curial volvió a la villa de Melun, y yendo a sus tiendas halló en ella a Melchor de Pando, que le dió nuevas de Guelfa, pero no le entregó carta ninguna. Díjole que ella le había ordenado que siguiese el camino que Curial había seguido y que se informase de todo lo que le hubiese acontecido. Añadió que así lo había hecho, y que, sin duda, él recibiría placer de las cartas que le había enviado. Después le dijo que era intención de la señora que permaneciese algún tiempo en la corte del rey de Francia; pero que, a ser posible, se guardase de que allí supieran los hechos por él realizados, de modo que no pudiesen a él atribuírselos. Recibió de ello gran placer Curial, y preguntó a Melchor:

—¿Y qué le place que se haga de Fiesta?

Contestó Melchor:

—Yo me la llevaré.

El rey de Francia entró en París y llevóse las tiendas del rey de Aragón y las colocó en la iglesia de San Dionisio, diciendo no saber de quién eran; pero que allí habían de estar bien guar-

dadas hasta que aquellos de quienes fuesen las quisieran recobrar.

Curial, aunque secretamente, se avistó con los señores de Vergues y de San Jorge, y les informó de que el rey de Aragón se había ido y les saludaba, y rogó al señor de Vergues que le enviase la doncella a Melchor. Escribieron a Fiesta que viniese a Melún con aquella compañía que le daría el señor de Vergues.

Fiesta se despidió del rey y de la reina, que le dieron preciosos dones e infinitos saludos para los caballeros de los escudos negros, y marchó acompañada del señor de Vergues, que después de un gran espacio le proporcionó honorable acompañamiento, con el que llegó a Melún, donde fué muy bien recibida y alegremente por Melchor y Curial. La informó Melchor de que Guelfa ordenaba que se volviese con él a Monferrato, y que Curial permaneciese en París, y que por tanto se aparejase para el viaje.

Preguntó Curial a Fiesta si había revelado a alguien su nombre. Ella le contestó que se lo había dicho al rey y a la reina, que la habían forzado, de lo que Curial sintió enojo porque por nada del mundo hubiese querido ser conocido. Empero dijo que, pues la señora ordenaba que se detuviese en París, le placía cumplir lo mandado y que le rogaba se hubiese por encomendado y asimismo lo recomendase mucho a la señora. Así estuvieron juntos cuatro días en Melun, y Melchor y Fiesta se dispusieron a partir. Lloraba

Fiesta agriamente y no se podía consolar, y en verdad, Curial, viendo la hora de partir, comenzó a plañerse y sobrado de congoja no podía hablar, por lo que Melchor le dijo:

—Curial, no lloréis, que no es de caballeros; en todo sois mejor caballero que los otros; pero en el llorar sois hembra, y este vicio os desluce parte de vuestra virtud y honor.

Respondió Curial:

—Antes os digo que es virtud alegrarse con los alegres y llorar con los quejumbrosos; pero caso de que fuere como vos decís, yo no podría otra cosa hacer; pues cuando recuerdo que me hallo lejos de la señora, ciertamente temo perder la vida, y ahora que he de separarme de vosotros me parece que se me parte el alma.

—Ahora—dijo Pando—, como quiera que sea, yo pienso que vuestra detención aquí será para vos honorable y provechosa, y en esto Guelfa ha visto bien, pues escrito está que nadie es profeta en su tierra. Y si en ello queréis pensar, Monferrato es demasiado estrecho para vos, según lo que Guelfa entiende hacer, y así quedad con Dios. Sólo os suplico que obréis discretamente y que no hagáis que aquella señora se enoje contra vos. Yo os enviaré toda vuestra gente y armas, y no dudéis en mandarme, que yo en todo momento cumpliré.

Contestó Curial:

—Señor padre, sabe Dios que mi deseo es estar cerca de la señora a fin de servirla en todo

lo que en gana le viniera; empero puesto que le place, no puedo otra cosa hacer, y allí estaré donde ella ordene. No obstante, a los dos os ruego que le queráis decir que no crea falsas informaciones, y que, por merced, no me abra proceso en ausencia, sino que si, por ventura, alguna cosa de mí le dijesen que en enojo le haga entrar, me quiera oír antes de condenarme.

Y volviéndose a Fiesta, le dijo:

—Fiesta, hermana mía, no ha querido mi suerte que os volviese al lugar de donde os sacara y os presentase a la señora aquélla que a mí os encomendó. Os suplico que si no os he honrado como vuestra valía merece ni como yo debiera, me lo queráis perdonar; pues no he faltado por mi voluntad, y atribuírlo debéis a mi grosería, pues más no he sabido hacer. No obstante, deseo que ordenéis en mí, pues deseoso estoy de serviros como a persona ninguna en el mundo.

Y abrazándola fraternalmente, ya casi el color perdido, a Dios la encomendó. Entonces dijo a Melchor:

—Padre mío, os suplico me hagáis la merced de escribirme continuadamente, pues no tendré bien ni reposo sino leyendo vuestras cartas; y si la señora quisiera escribirme, sería mi vida.

Melchor contestó así:

—Confortaos, Curial, que pronto, Dios mediante, tales nuevas tendréis, que mucho placer han de daros.

Así partieron a Monferrato Melchor y Fiesta.



Curial quedó en Melún, pensativo y triste, que no podía alegrarse. Pero son de tal condición las lágrimas, que ceden al paso del tiempo, y así Curial, olvidándolas puesto que no le confortaban, entregóse por completo a la disposición y entregamiento de su nueva vida.

En llegando a París compró un alojamiento muy bello, que alhajó con alfombras de Arras y muchas otras notables tapicerías, y tan discretamente lo compuso que quien a él llegaba convencíase ser su estado conducente a su mucho renombre y fama; con lo que resecas las superfluas, las razonables quedan en abundancia copiosa.

Sabe Guelfa, por Fiesta, las hazañas de Curial.

No puedo ahora creer que el arte que tengo de escribir sea suficiente a ponderar en lo justo la materia que sigue, ni que sepan mis dedos manejar la pluma, que roja y vergonzosa se torna cuando me doy a pensar que me conviene escribir en este capítulo la alegría que tuvo Guelfa al ver de nuevo a su doncella. Santiguándose, enrojeció toda, cambiando de color; turbóse ante ella, que, cayendo a sus pies, le besó las manos, diciendo:

—¡Con cuánto afecto, ¡oh, muy noble y magnífica señora, el valeroso Curial os besa las manos! No hay en verdad hora en el día que a vos no la recuerde, y en ningún instante oye vuestro

nombre sin inclinar la cabeza y doblar las rodillas. Cierto os digo, ¡oh, egregia señora!, que imaginar no puedo que en el mundo haya tan bienaventurada señora como vos.

Dijo Guelfa:

—Cuéntame, Fiesta y alegría mía, mi bien y mi reposo, todas las cosas que has visto desde que de aquí te partiste; no me mientas, amiga mía. Calla, nada digas, aguarda un poco; dame espacio a que abra la boca y llame a la abadesa, que confidente ha sido de mis buscadas penas. Vela, que ya llega a pasos apresurados, desfallecido el aliento; vela, que no puede hablar; dale los saludos si alguno le traes; habla, que ella no te lo puede rogar...

—No estaba todavía fuera del todo de la casa en que dejaba al amargado Curial, que sentí rumor de pasos que tras mí se precipitaban; y volviéndome, vi a Curial doloroso, que se acercaba cuitadamente; se juntó a mí, y no pudiendo hablar palabras, púsose ante la cara un paño empapado en lágrimas. Pasado un trecho en silencio, cuando la congoja se lo permitió, dijo: "¡Dulce vida mía, encomiéndame a la abadesa, alma mía carísima!" Y yo le miré, y no pudiendo mis labios formar palabra alguna, quedé como imagen de mármol; pero Pandolfo, que me hacía compañía, avivó mis espíritus adormecidos, diciendo: "Reponeos y vámonos." A lo que yo sólo pude contestar: "Así lo deseo." Volviendo, pues, la espalda, queríamos marchar en seguida por el deseo

de ver a vuestra señoría, pero llamábanme atrás los suspiros de Curial, con tanto poderío que de allí no podía arrancarme, por lo que Pandolfo exclamó: "Vamos." Con aquello dejé al doloroso, que bien creo que de allí no se movió en todo el nefasto día.

No pudieron retener las lágrimas ni Guelfa ni la abadesa, que tiernamente lloraron. Pero como mucho se hubiesen ya plañido, Guelfa dijo:

—Dulce Fiesta mía, empieza a narrarme por menudo todas las cosas que has oído desde que de aquí marchaste; ve aquí que abro mis oídos y aparejo convenientemente lugar a tus palabras; ya mi corazón templa las plumas y con sus amaestrados dedos se dispone a escribirlo en mi memoria para que continuamente pueda leerlas y recordarlas. Avara seré de este tesoro que voluntariamente con prodigalidad quisiera dispendiar.

En seguida la sabia doncella empezó a contar el camino, la batalla de Curial contra los dos hermanos y todas las cosas que le acontecieron La abadesa y Guelfa tenían en muchos momentos cuidado por Curial y escuchaban las cosas con inquietud; otras veces reían, como del suceso del monasterio y del cogimiento de las trenzas. Finalmente, todo aquel día y muchos más consumieron Guelfa y la abadesa en oír con gran atención las noticias de Curial, y aquel día apenas pudieron comer ni por la noche dormir, recordando los sucesos aprendidos.

No obstante, Guelfa temía a Laquesis y la juz-



gaba harto falta de vergüenza, y que por tal valía menos su honestidad, y dijo que era propio del dios Amor no tener ojos. No se veían saciadas de hablar de Curial; pero Guelfa, a cada punto, tornaba a Laquesis y no la podía olvidar; tanto temía que con su desvergüenza se lo pudiese hurtar. Y como sobre esto mucho hubieron hablado, a una conclusión o sentencia vinieron, y en ella se afirmaron: que Guelfa continuamente transmitiese y diese a Curial no sólo las cosas necesarias, sino también las que obedecen al capricho, por tal que por pobreza no hubiese de prescindir de placer que en gana le viniese. Así fué puesto en obra, porque al punto fué ordenado a Melchor que diese a Curial todo lo que quisiera sin contradicción alguna, y le enviaron toda su gente y sus armas y muchas otras cosas que Guelfa nuevamente le dió, de las que Curial, al recibirlas, hubo grandísimo placer.

Curial en París.—Lo que aconteció con el señor de Vilahir.

En tanto, Curial en París no quería que de él se hiciese mención ni aun que sus hechos de armas se supiesen, y que si alguno llegaba a saberse no fuese tenido en demasiada estima. No obstante, fué mostrado al rey por el señor de Vergues y por el señor de San Jorge. Y el rey los acercó y les hizo gran fiesta y muchos ofre-

cimientos; fué, en fin, Curial muy favorecido, de lo que unos sintieron contento y otros enojo.

Festejábale Laquesis públicamente, y no tenía placer y reposo sino donde Curial estaba. No tanto reposaban ni sentían placer el duque de Bretaña, el duque de Orleans ni don Carlos de Borbón, que eran jóvenes caballeros amorosos de Laquesis, a la que se esforzaban en agradar en cuanto podían y allí asimismo mostrábales buena cara. Pero cuando Curial estaba, para él era toda la fiesta, y los otros morían de envidia y de celos. Todo esto algún disfavor causaba a Curial. Ciertamente, aquellos caballeros le favorecían por las virtudes y gracia que había si Laquesis no estuviese entre ellos, pero a causa de esto se esforzaban en procurarle todo el disfavor y abatimiento que podían. Pero, por otra parte, era Curial muy favorecido por el rey y por otros muchos. Asimismo, el conde de Foix y el señor de San Jorge y el señor de Vergues los retenían si acaso hubiera alguno intentado causarle enojo, y fueron también causa de que el duque de Borgoña, que frecuentemente le llevara a su casa, le favoreciese y se le acercase mucho. Y aun quiso que Curial quisiera contarle entre los suyos, pero Curial nunca se lo concedió.

Así se iban sucediendo los hechos y así continuaron por algunos meses, durante los cuales muchos torneos y justas se hicieron en París. Cuando la sazón llegaba, alejábase Curial de modo que nadie sabía de él, y luego tornaba dis-

frazado a la plaza y siempre el premio se llevaba. No obstante, nadie podía conocerle ni saber quién era, de lo que el rey y toda la corte estaban maravillados. Y de tal modo se gobernaba, que, aparte Laquesis, ninguna otra persona sabía sus hechos.

Un día de solemnísima fiesta, estando Laquesis fatigada de la danza, el rey le mantuvo conversación loando mucho a Curial, y la desvergonzada mujer, por darse favor, dijo al rey:

—Señor, un secreto os quisiera decir, porque sé que recibiréis gran placer y que tenéis gran deseo de saberlo.

Dijo el rey:

—Decídmelo, pues; yo os lo ruego.

Replicó ella:

—Ya os lo hubiese dicho a no haber temido que se supiese por otras personas, con lo que yo perdería mucho; por lo que os ruego que, en habiéndooslo dicho, lo queráis mantener secreto.

Así lo prometió el rey.

—Señor—volvió a decir ella—, vos deseáis saber quién es el caballero que se lleva el premio cada vez que se celebra justa o torneo; sabed que es Curial, y lo hace tan en secreto que, sino yo, a quien los ganados joyeles envía, nadie sabe quién es el ganador.

Contestó el rey:

—Siempre pensé que era él, por dos razones: una, porque es el más valiente caballero que hay hoy en todas estas tierras; otra, porque cuando



tales fiestas se llevan a cabo, nadie le ve en parte ninguna.

Se veía Laquesis no poco solicitada por instancias de matrimonio, en tanto que su madre, que era muy obligada por el rey, a que la diese en bodas al duque de Orleans quería forzarla, por placerle a ella, que hiciese aquel matrimonio. Pero Laquesis, pasado todo temor, le respondía que la muerte podía darle, mas no marido. No quería Laquesis volver a Alemania, si bien su madre allá quería marchar y cada día ordenaba la manera de su camino.

Mientras en este punto andaban las cosas de la corte, llegó del Santo Sepulcro un caballero bretón, llamado Bachier de Vilahir, y de otro modo "el Jabalí de Vilahir", porque tenía muy grandes los dientes, y cuando entraba en batalla, según decían, o cuando le dominaba el coraje, espumajaba por la boca como un jabalí. Era este caballero muy robusto, de terrible mirada y sin temperancia en los movimientos, muy orgulloso y de gran arrogancia, y de esto se le acrecía la soberbia, que era tan robusto y garrido que no dudaba en acometer cosa que se pusiese por delante, y más habida cuenta que hasta aquel tiempo todo suceso había tenido para él buena coyuntura. Por otra parte, estaba en fama de ser el más valiente caballero del mundo, el más audacioso y bravo; y sintiendo él la fama y hallándose por esta causa muy temido, loado y favorecido, tenía en menos a todos los caballeros. Y pú-

blicamente declaraba no considerar en nada los hechos de Tristán y de Lanzarote, porque los caballeros iban desarmados y era la gente de gran flaqueza, así de fuerza como de ánimo; y si, por ventura, alguien se atrevía a mostrarse un poco, todos los demás le huían y tenían miedo.

Y que si ahora viviesen, y con ellos Héctor, Hércules y Aquiles, de los cuales tantas cosas habían escrito los autores, hallarían sin buscar mucho caballeros que los pudieran. Por otra parte, este Jabalí de Vilahir era tenido en gran estima, y los señores le rendían grandes honores, y fué tan festejado en su llegada que cuidó perder el juicio. Como le preguntasen por lo que le había acontecido en el camino, muchas maravillas contaba que parecían milagros a quienes las oían, así de batallas contra moros, en las que siempre fué el vencedor, como contra otras gentes, por tierra y por mar, atribuyéndose siempre el lauro de la victoria, afirmando que de no estar él, del todo perdidos se viesen los que con él luchaban. Admirábanle todos, y, casi turbados de tanta bizarría y esfuerzo, le tenían por el más singular caballero del mundo, y muchos decían que si se hubiese hallado en Melún no consiguieran los caballeros de los escudos negros el renombre que aquel día alcanzaron. Tanto y tanto se hablaba de los hechos de aquel caballero, que por todas partes decíanse nuevas de él, maravillándose todos de que natura hubiese podido producir en tales tiempos tan terrible y espantable monstruo.

Duraba tanto este continuo hablar del Jabalí, que ya los hombres empezaban a sentir el fastidio, y señaladamente Curial se apartaba de cualquier lugar en que de aquel caballero se hablase. Y sucedió que un día, como algunos cándidamente los hechos de Jabalí loasen, y Curial, que se hallaba presente, quisiese retirarse sin decir nada, un noble escudero, gran amigo del Jabalí, dijo:

—Curial, vos no halláis placer sino en que se hable bien de vos, y pues sois buen caballero, no os debiera causar enojo oír loanzas de otro buen caballero, mayormente de éste, que, a fe mía, obtiene entre los buenos mayorazgo y principado.

Curial contestó:

—A mí no me disgustan las alabanzas que del Jabalí oigo; por el contrario, Dios me valga, plácenme mucho; pero oír una misma cosa muchas veces es enojoso.

—A fe—dijo el otro—, la negra envidia que le tenéis os hace malhumorar con lo que los demás se alegran.

Curial, ya un poco irritado por las palabras de aquel hombre, contestó:

—Aun no he visto yo cosas tales del Jabalí que deban mover a envidia ni a mí ni a nadie.

El noble respondió:

—No sois todavía tal caballero que ni el Jabalí ni otro deban dar demasiado valor a vuestras palabras.

Ya fuera de juicio Curial, y no pudiendo con-



tenerse, tanta era su cólera, cogió al otro por el pecho, diciendo:

—A las vuestras no doy yo ninguna, y si el Jabalí las dijere, yo le haría conocer que había hablado mal.

Todos los que allí se hallaban se interpusieron entre ambos y los separaron, y con gran esfuerzo contuvieron al noble escudero, que estaba tan irritado que no era cosa de este mundo. Curial no se hizo retener, sino que siguió el camino de su casa, pensando en varias cosas.

La fama de las palabras abrió las alas, y con audacioso corazón llegó hasta la mansión del duque de Bretaña, que con el dicho Jabalí y con otros caballeros, a modo de quienes buscan pelos en el huevo y nudos en el junco, miraban cómo podrían desfavorecer a Curial de manera que de ellos no se hiciese mención. Y en cuanto las oyeron, dijo el Jabalí:

—¿A qué buscar más? No hay ya modc de excusar batalla entre él y yo.

Al punto mandaron llamar al noble escudero, que Guillermo de la Tor se llamaba, y por orden del duque dijo todas las cosas que entre él y Curial habían pasado, de las que el Jabalí mostró tanto sentimiento que pareció que iba a morir de ira.

Juntáronse aquel día en casa del duque de Bretaña el duque de Orleans, Don Carlos de Borbón y otros muchos, y habido consejo, concluyeron que Jabalí combatiese cuerpo a cuerpo contra Cu-



rial. Así fué deliberado, y Jabalí prometió ponerlo en obra.

Por otra parte, el duque de Borgoña, el conde de Foix, el señor de Vergues, el de San Jorge y otros muchos barones notables y en gran número fueron a casa de Curial para tener consejo. En él, el duque de Borgoña sostenía que debía escribir al de Vilahir. El conde de Foix y todos los demás creían que no, porque el de Vilahir en nada había ofendido a Curial, sino éste a aquél, no por su propia voluntad, sino arrebatado por las palabras de Guillermo de la Tor que locamente había hablado. A tono había contestado Curial, ofendiendo al Jabalí que mal no merecía. Por todo esto era mejor esperar lo que hiciese el Jabalí, teniendo por seguro que él era tal caballero y tendría tal consejo que ni una tilde de su honor querría perder. Con ello fuéronse a comer a sus sendas mansiones, con excepción del señor de Vergues y del señor de San Jorge, que quedaron con Curial.

A la hora de ir a la corte, el duque de Borgoña, el conde de Foix y otros grandes barones fueron juntos con Curial; ya los otros aguardaban largo rato hacía la llegada de Curial. El rey, pensando que de todo esto podía derivarse gran escándalo, sabiendo que Curial venía acompañado como habéis oído, mandó buscar al Jabalí de Vilahir y le dijo que había oído que quería hablar a Curial sobre algunas locuras que le habían sido dichas, y que le rogaba que no lo hiciese y que se dejase de estas cosas, porque Curial era caballero ex-

tranjero y muy cortés, que le había sido recomendado, y no le placía que ningún otro caballero le buscase ni le hiciese enojo. El duque de Bretaña, que por razón de Laquesis sentía odio hacia Curial, dijo al rey:

—Por el contrario, sería muy gentil cosa que un caballero extranjero, que no sabemos quién es, viva entre nosotros, que nos esforzamos en honrarle, para menospreciarnos.

En tanto, llegó Curial, y al punto el de Vilahir dijo:

—Curial, vuestro nombre no concuerda con vuestras obras (1); yo os quería hablar; pero me ha sido prohibido por el rey, mi señor; solamente os digo que os quiero combatir de todas maneras, y que designéis las armas y busquéis juez y plaza con esta condición: que si el juez que vos eligierais no dejase la batalla llegar a su término, vos quedéis vencido, fementido y traidor, y si no, yo me obligo a tener juez con el mismo pacto; que si no dejara a término llegar la batalla, yo me tendré por vencido, fementido y traidor.

Oídas estas palabras, no se apresuró Curial a responder, sino que estuvo un instante sobre sí, y después así contestó en corteses y suaves términos:

—Vilahir, acepto la batalla, y aunque derecho de armas, o por lo menos la usanza de los caballeros que las mueven, dispone que yo designe

(1) En el catalán de la época, *curial* vale tanto como *cortés*.



las armas y busque la plaza, yo en todo momento quiero que vos este encargo queráis tener designando las armas y el lugar. Con ello, si queréis, hoy o mañana entraremos en liza, que aquí me hallaréis presto a obrar con las manos lo que vos con la boca habéis osado hablar.

Y así se convino por las dos partes, cuando Jabalí de Vilahir hubo su conformidad mostrado.

Grande, muy grande, fué el placer que el concierto de la batalla procuró a los duques de Bretaña y de Orleans, y al punto suplicaron al rey que les tuviese plaza y a término definitivo permitiese que la liza llegara. Ciertamente, dura cosa era para el rey la batalla, y por nada del mundo hubiera querido que se realizase; pero fueron tan perfidiosos los duques, todos juntos, que no tuvo modo de excusarse de mantenerla; pero a todos dijo que no juraría que la dejase llegar a término, y que todos por seguro tuviesen que les daría a entender que mejor les fuera haber tenido paz, y les señaló el día de San Jorge para la batalla. Al otro día, el de Velahir mandó carta a Curial con un heraldo, en la que designaba las armas en la siguiente forma: primeramente, que cada uno pudiese armarse a su arbitrio y placer con arnés común de guerra, y que no pudiesen llevar conjuros, pinchos, punzones, piedras ni otras cosas, y que llevasen dagas, espadas y hachas iguales, por lo que le mandaba el tamaño de cada una de estas armas. Acompañaba la carta del rey, por la que les ordenaba que se hallasen en

París el día de San Jorge dispuestos para la batalla.

Hubo Curial gran placer de las cartas y agasajó al heraldo aún diciéndole que le parecía que el rey fijaba muy largo plazo. Asimismo diole muy ricos vestidos y gran cantidad de dinero, con lo que el heraldo volvió a su señor cantando grandes loores de Curial. El duque de Borgoña, el conde de Foix y muchos grandes barones y caballeros rendían muchos honores a Curial, no sólo porque lo merecía, sino para envidia de los otros. Iban a su posada y le acompañaban a la corte, le mantenían compañía hasta el regreso, y ello cada día de modo que Curial veíase muy bien acompañado y en pujante favor.

También Guillermo de la Tor moría de deseos de entrar en aquella liza, y por el mismo heraldo, según voluntad y consentimiento del de Vilahir, mandó decir a Curial que bien comprendía que las palabras por las cuales tenían que acudir a la batalla él y el Jabalí entre ellos se cruzaron, y, por tanto, mucho más propio sería que entre ellos solos se hiciera la batalla; pero que le rogaba que escogiese un compañero contra él que luchar y que la batalla fuese dos contra dos.

Contestó Curial que no existía entre ellos tal amistad que le moviese a complacerle en cosa alguna que le suplicase; pero, pues, veía que pedía su daño, le complacería con mayor largueza de la que él empleaba en pedir, y así, que obtuviese licencia del rey, que no había de faltar quien le

matase. Al punto, el de la Tor suplicó al rey que le concediera la merced de que aquella batalla se hiciese de a dos contra dos. Dió el rey licencia de buen grado, pues imaginó que, siendo muchos y mayor el daño, más pronto se apagaría en su alma el enojo que le produjera el obligado acto preparado. Con ello, el heraldo tornó a Curial y le notificó la licencia del rey, de lo que él experimentó gran placer y dióse a pensar a quién escogería por compañero en aquella jornada. Y habiendo mucho pensado, resolvió no escoger compañero en todo el reino de Francia, no obstante los muchos ofrecimientos que para aquella batalla le hicieran, sino que escribió al rey de Aragón explicándole el trance en que se hallaba y rogándole le enviase un compañero para aquella jornada.

El rey de Aragón sintió gran desplacer por aquella novedad y publicóla entre los de su casa, y en cuanto fué divulgada, hubierais visto alegrarse a los caballeros y mostrar cada uno afecto para ir a Francia a la batalla. Contentóse el rey desatinadamente viendo la voluntad de sus caballeros, que todos rogaban por sí o por sus valedores. Empero nada resolvió aquel día. Mas Aznar Detrosillo que oyó todo lo pasado, sin decir nada partió en aquel punto de Barcelona y fuese a dormir a La Roca, desde donde escribía una carta al rey haciéndole sabedor de cómo había partido para reunirse a Curial a reñir batalla, por lo que le suplicaba y le clamaba la merced

de que no le privase de su gracia, sino que le pluguiese escribir a Curial que él se lo enviaba. Levantóse a media noche y continuó su camino a jornadas tendidas, por miedo de que el rey mandase tras sus pasos para impedir su intento. Y así llegó a París, presentándose a Curial, que le recibió con gran alegría, porque le conocía de haber sido portador del estandarte en el torneo y era esforzado y valiente, fuerte y ardido, en punto a poner razonablemente contento a todo caballero que por compañero le tuviese.

Rió mucho el rey de Aragón al recibir la carta, leyóla delante de todos y dijo:

—Dios sabe que siempre creí que Aznar más necesitaba de freno que de acicates, y sin falla es buen caballero y maravilloso, y mucho más ha de ser aún si a Dios place.

A muchos disgustó todo esto, pues cada uno hubiera querido tener parte en el honor de Curial. El rey, con gran prisa, mandó hacer muy ricos atavíos, que envió con gran cantidad de dinero a Aznar, y escribió a Curial y al conde de Foix, al señor de Vergues y al de San Jorge que le tuvieran por muy recomendado.

Mucha alegría procuró a Curial la carta del Rey. Dió las otras a los demás señores, que al punto se ofrecieron a Aznar, y llevándole en medio, le condujeron hasta el rey para que se presentase y le hiciese reverencia. Curial en ningún modo le hubiera tomado por compañero, pues pensó que era locura, habiendo escrito al rey, tomarlo sin

su licencia. Pero puesto que del rey había recibido cartas, de buen grado aceptó por compañero al llamado Aznar, joven de veinte años, muy gran luchador, tirador de barra, gran maestro en todo ejercicio de armas, así de espada y hacha como de daga, y tan ligero y diestro que, al saltar y revolver, parecía que volaba. Tan garrido era que en el reino que había nacido no había hasta entonces otro igual. Tenía ásperos, duros y numerosos los cabellos, manos grandes, anchos hombros, amplio pecho y era rápido y osado como un león. Cuando hubo hecho reverencia al rey, dijo el duque de Borgoña:

—He aquí el compañero de Curial.

Miróle el rey y miró también a Guillermo de la Tor, que presente estaba. Y mientras Aznar fué a hacer acatamiento a la reina, dijo el rey a la Tor en voz alta que muchos lo oyeron:

—Gran deseo habéis tenido en buscar vuestro propio daño; mas pienso que Dios os servirá en abundancia, que imagino que ha llegado quien os *rascará la tiña.*

Decían algunos que el de la Tor había sido tiñoso, y el Rey le tenía en gran estima. Pero ahora desestimólo por tal, que por su culpa estas cosas acontecían. Miraron todos a Aznar, y convinieron en que debía ser valeroso caballero y esforzado, a despecho de sus pocos años. Y por todos se hizo general juicio de que los cuatro tenían mucho y harto que hacer.

Diálogo de Laquesis y su madre.

Amaba Laquesis a Curial por encima de su propia felicidad, y, al saber la batalla tramada, sintió en su corazón muy gran dolor; y, muy angustiada, rogó a su madre que, tanto con el rey como con los demás señores, se esforzase en conseguir que la liza no se llevase a término, sabiendo con certeza, aun a despecho de que era Curial caballero de mucho esfuerzo, que el Jabalí de Vilahir, según la fama y los bravates que de sí mismo hacía, pasaba y excedía a todos los buenos caballeros. Y aunque Curial fuese tan bueno o mejor, ella no quería esperar al pavor del término de la batalla, que en gran duda se ponía. Y dijo más:

—Señora, según yo he oído, no tienen razón para combatir ni hay motivo para que en la batalla entren, y así a vos, que sois mujer ya en años, os corresponde tratar las paces y llevar por buen camino este hecho, sabiendo con certeza que si, Dios no lo quiera, las cosas sucedieran mal contra Curial, de mí sólo podéis esperar la muerte, pues no plegue a Dios que yo más viva oyendo mala ventura de Curial, o viéndole correr mala suerte o en gran peligro de ella. Por otra parte, todo esto son celos y envidia que le tienen por mi causa, y todos dirían "por Laquesis suceden estas cosas". Y pensar con ello qué honor se me depara...

—Hija mía, he escuchado atenta todo lo que me has dicho, y de tres maneras véote engañada:

la primera, que tú amas a un hombre que no conviene a tu nobleza; la segunda, que Curial ama a otra que yo por oídas conozco bien; terceramente, que pierdes por él uno de los más nobles matrimonios del mundo. Y meterme yo en tratos en que puedan decirme que personal interés me mueve y no humanidad, paréceme muy dura cosa pensando que en mi vejez, para acrecer mi honor, he de cobrar fama de alcahueta. Así, déjalos; que harto valeroso es Curial, y no es ligera ni sencilla cosa vencer a tan esforzado caballero como él; así se ha probado muchas veces y por muchos. Puedes pensar más razonablemente que el rey, que es sabio señor, tal criterio y consejo tendrá que como tú verá que la batalla no tiene razón, y así no querrá cargar su conciencia. Y aunque yo decidiese intervenir en este asunto, no es aún tiempo, porque es la cosa tan reciente que no admitirá consejo.

Oídas por Laquesis las palabras de la duquesa, su madre, permaneció un momento recogida. Después, mudada un poco la color, en la siguiente forma replicó:

—No se maraville vuestra excelencia, muy ilustre señora, de la respuesta que vais a oír, ni queráis imputarla a desvergüenza, porque la necesidad en que me veo rompe y quiebra las leyes no sólo de la vergüenza, sino de la razón toda, y aunque hubiera de tener vergüenza, ante vos no hay lugar, porque sois mi madre y conocéis todos mis actos y toda mi necesidad. He decidi-



do, por ello, sobrepasar y vencer la vergüenza antes que recibir daño pudiéndole excusar. Muchas cosas me habéis dicho, a las que, si plenamente quisiera satisfacer, muy larga sería la respuesta. Solamente dos son las que aquí recordaré: una, que Curial no es conveniente a la nobleza mía; otra, que él no cuida de mí sabiendo vos de quién se siente amoroso. Y aunque es para mí cosa muy dura querer calentar sangre ya fría y helada y corazón en el que ninguna impresión de natural calor ni vive ni reina por haberle Amor del todo desamparado y alejado de sí, cogiéndole y requiriéndole la largura del tiempo y la multitud de los días; aunque tengo por cierto que todo lo que diré serán palabras perdidas y sin punto, no he de callar, sino que, por el contrario, os reduciré a memoria lo que muchas veces me habéis predicado, y así satisfaré las dos dichas razones. Y viniendo a la primera, ¿recordáis vos, señora, las palabras que dijo Guismunda de Tancredis a su padre acerca del hecho de Guiscardo y la descripción de nobleza? (1). Muchas veces habéis loado aquella respuesta, encomiando a la mujer juiciosa y virtuosa. Y Guiscardo era joven y libre, y en ningún tiempo había obrado como caballero sino que en solaces, burlas y placeres se solazaba, harto cortesanamente; empero viendo Guismunda que el joven tenía buen principio y

(1) Alude a la sentimental y trágica historia de los amores de Guismunda y Guiscardo, que Bocaccio dejó narrada en el *Decamerón*—jornada IV—.



pronosticando que podía tener buen fin, quiso amarle, y amándole le dió su amor, no valiendo Guiscardo, ni de cien partes una, lo que vale Curial. Hija era del príncipe de Salerno, tenido había marido del linaje de los reyes de Sicilia, hijo mayor del duque de Capua, y por tal muy caro debía serle su honor. No obstante, Amor, que es benigna y piadosa fortuna, los juntó, y para que uno no llorase a otro demasiado tiempo, les procuró instantánea muerte. En esto hubieron fortuna favorable, que los dos tuvieron un mismo sepulcro. Curial por cierto lo tienen todos, y si las piedras hablasen, dirían ser hijo del gentilhombre y de gentil linaje, como vos y como yo. Primeramente, le vemos en gentil y muy noble estado; le conocemos favorecido del emperador y por los reyes y duques tenido en gran estima. Que es caballero quiérolo callar, porque, como yo, vos lo sabéis y por ventura no tan bien, porque yo, por convenirme más, cuidé de informarme mejor y más completamente; pero asaz lo sabéis si recordáis cuánto honor nos procuró su caballería. ¡Ay, mezquina, que toda yo tiemblo al recordar el fuego en que debía quemar Cloto, mi hermana mayor! Empero con el agua de la ley de caballería de Curial lo apagamos; y que el duque, mi padre y señor, me presentó a él, bien lo sabéis vos. Y como Curial un punto estuviese turbado y no contestase, el señor duque replicó: "Curial, por vuestra os la doy y os la libro." ¿Y haré yo embustero a mi padre y romperé su ley

y ordenanza? No lo quiera Dios; pero con toda la encendida fervor de mi amor, no me he comportado deshonestamente; antes, he guardado vuestro honor y el mío y lo guardaré mientras viva. No tan poco confío en el mucho bien que Dios ha puesto en Curial, que, aunque yo lo consintiera, me pidiese o tomase cosa que a deshonor me condujera. Querámosle bien, al menos por los beneficios que de él hemos recibido, y si somos tan ingratos que no los galardonamos, no los olvidemos; y si los olvidamos, no devolvamos mal por bien, que sería diabólico uso. En cuanto a la segunda, si Curial es bien amado de Guelfa, a mí me place y me parece grato, porque Guelfa le ha criado, le ha hecho hombre, le ha puesto y sostiene en el punto en que se halla. Pero ¿quién puede responder de que Curial ama a Guelfa? Por mí fe, acúsele quien quiera, que no lo haré yo, mayormente sabiendo como sé que es Guelfa una de las más honestas mujeres del mundo. Humanidad y virtud moviéronle a alzar a éste por sus méritos. En ninguna ocasión oí hablar deshonestamente de ellos, ni a locos ni a discretos, y aunque así fuera, no es interés mío ni tengo tan poco juicio que abra información. Por lo menos no es su marido. En manos de Dios están los matrimonios, y El lo dará a quien le plazca. Una sola cosa pienso que quisierais esgrimir contra mí. Es decir, que es gentilhombre pobre. Nunca le vi pobre, sino muy rico y en real estado. Y caso de que fuese cierto, no cuido de ello; la gentileza

ya la tiene; fáltale, pues, la heredad; mi padre se la ha ofrecido, y como si la hubiese dado. Tanto valdría y más que él. Si mi padre no tuviese heredad, ¿valdría tanto como Curial? Ciertamente no, pues Curial, sin ella, mucho vale. Como tuviese de ella, más que otro valdría, que, por mi fe, ya lo vale. Las otras cosas que habéis dicho las dejo viudas de respuesta. De aquí en adelante haced lo que os venga en gana, pues no he de enojaros más.

Mucho turbó esta respuesta a la duquesa, que replicó:

—Hija mía muy querida; por tus palabras he trabado conocimiento de tu disposición, y claramente conozco que en muchas de las cosas que has dicho tienes razón. Empero yerras mucho en este caso queriéndote comparar con Guismunda. No negaré que fuese, como tú dices, muy valerosa, discreta y de mucha virtud, y las palabras que ella dijo confírmanme fueron muy discretamente dichas. Mas sabido es de todos que ella usó con Guiscardo menos discreta y honestamente; por ello hubo el fin que sabes.

Otras ciencias ha de saber la mujer que la del bien hablar; mejor le sería no saber tanto, o, al menos, no confiar tanto en su saber; pues creyendo las mujeres que con palabras sabrán cubrir sus yerros, se lanzan a cosas que, de no tener tal confianza, no osarían. Y nada más sobre esto. Siempre he entendido complacerte en lo que me has rogado. La súplica es honesta, y por tal que todos



saben que nos ha hecho grandes honores y favores, tendré alguna razón de entrometerme en estos hechos, y como el tiempo presente alguna coyuntura, no he dejarla pasar en vano.

Melancolía de Guelfa y vísperas de la batalla.

Guelfa había ya oído decir algo respecto a la batalla que debía combatir Curial, y con la mayor ansia del mundo esperaba ser de ella notificada plenamente, cuando llegó hasta ella un gentilhombre de Curial y le dijo todo lo pactado, de lo que Guelfa sintió muy gran dolor, y mucho le desplugo por tal que había mandado a Curial estar en París.

—¡Ay, triste de mí—dijo—; jamás cesarán mis dolores! ¿Por qué ha hecho Dios a Curial tan noble y valeroso? Mejor le sería ser de menos esfuerzo; no le perseguirían tantos infortunios, y al menos estaría preservado de peligro y yo de pavor. ¡Oh, qué segura cosa es tener las condiciones medianas, pues los extremos no procuran reposo! Muchas ansias hice pensando en la virtud de tu ley de caballería; pero los miedos que he pasado, y éste, que cuido que es mayor que todos, creo que pondrá fin en mis días. Pero, mezquina de mí, ¿por qué me lamento? ¿Qué ayuda así presto a Curial ni qué provecho con ello se le sigue? Más valiera dejar las lágrimas y procurarle alguna salud si me es posible. Sólo una cosa



me conforta, y es saber que Curial es un buen caballero y no hay otro tan bueno o mejor. No hay más sino que yo le ayude con los bienes y con las lágrimas, que otra cosa no tengo. Y, según veo, el derecho es de Curial, que el otro ha querido combatir de todos modos, y conviene a Curial defenderse. Y así, Paulino, torna presto a Curial y dile que por mi amor se esfuerce y ordene aquello que aquí le plazca que se haga por él, que al punto será puesto en obra.

Y escribió a Curial cartas las mejores y de más confortación que pudo, y le envió dinero y joyas. Empero quedóle dolor en el corazón, y mandó hacer una imagen de San Jorge, y cada día oía tres misas, las tres en loor del santo dicho.

Tornó Paulino a París, y entregadas las cartas y las joyas de Guelfa a su señor, Curial fué tan alegre que con el mucho gozo perdía el juicio y se aparejó para la jornada lo más honrosamente que pudo. En aquel tiempo fueron tratadas muchas cosas para desviar de camino la batalla, pero el Jabalí no tomaba ni quería tomar otro partido que el de batallar, ni los duques de Bretaña y de Orleans le aconsejaban que la dejasen, teniendo por seguro que Curial era ya muerto y pensando cada uno de ellos que, muerto éste, señorearía en el corazón de Laquesis por entero, no cuidándose en pensar si a ella le sería grato.

Así también los pactadores de paz se llegaban a Curial pidiéndole que abandonase la batalla; Curial respondía siempre que ello no estaba en

su poder, pues al de Vilahir pertenecía, que él no tenía que hacer sino defenderse, y que si una vez en la liza el otro no le combatía, él para nada se movería; y contestaba tan blandamente y con tan suaves palabras que todos tuvieron por seguro que tenía miedo y le sería grato que todo aquello terminase. No así se comportaba el de Vilahir; antes con toda ferocidad se expresaba y con tan bravas palabras que a todos cuidaba aterrar, y, finalmente, como mucho le estrechasen, les dijo que se fuesen con buen o mal provecho, que más ya no les escucharía. Así cada uno se aprestaba a la jornada lo más honorablemente que podía. Acercándose ya el día de la batalla, el Jabalí de Vilahir, acompañado de los duques de Orleans y de Bretaña, fuése al rey y le hizo la suplicación que sigue:

—Bien sabe vuestra excelencia, ¡oh, el más alto de los reyes!, cómo una y la más principal de las condiciones que han sido puestas en la concordia de la batalla hacedera por Curial y por mí es que si el juez que yo elegiré no dejara la batalla llegar a su fin, yo quede vencido, fementido y traidor, y por esto Curial me cede esta designación. Viendo yo, señor, en vos el mayor rey de los cristianos, y, por consiguiente, del mundo, y yo vuestro vasallo y servidor que he sido, no sólo en vuestra presencia, mas en muy extrañas partidas, así de aquí como de tras los mares, y que publicaban la grandeza de vuestra real majestad, quise elegiros por juez, por tal que yo,

que tantas veces en tantas partes me he mostrado, una sola vez me muestre ante vos en forma que conozcáis quién soy, qué sé hacer y para qué soy bueno y veáis así por obras lo que por fama habéis oído.

Ya el rey había contestado que sobre esto haría lo que Dios le aconsejase, cuando fué dicha a Curial la súplica que el de Vilahir hacía; por lo que voló más que corrió, e hinojándose ante el rey, le suplicó que por merced quisiese complacer al de Vilahir en lo que pedía; dijo el rey:

—No me ha dicho aún qué quiere, y yo, para que no me lo diga, pensando lo que quiere decir, me he apresurado a contestar.

Dijo el de Velahir:

—No os pido que me déis tierras, dinero ni joyas; solamente os pido que con vuestra palabra nos deis seguro de que dejaréis a su término llegar la batalla, porque de otra manera, sin combatir, sería yo vencido, fementido y traidor.

Curial volvió a decir:

—¡Ah, señor! Vos, que mayores gracias soléis conceder a quien os las piden, ¿no concederéis ésta tan pequeña a este caballero que dice que tan bien os ha servido? Abogádsela al menos a suplicación de todos los aquí presentes, que bien veo que os lo tendrían por señalada gracia.

Entonces todos volvieron a suplicar de nuevo. El rey vióse asediado por cada lado y por los duques, que eran importunos. Sin poder excusarse, dijo:

—Pues tanto lo deseáis, pláceme, y así lo permito.

Por lo que Curial, sin esperar a que acabase de hablar, se apresuró a besarle la mano. Todos dijeron: "Por mi fe, Curial es hombre dispuesto y no hay quien pueda adelantarle un pelo; hoy se lleva él el honor de esta súplica." Y así se fueron cada uno por su lado, disponiéndose para la jornada, que era ya cercana.

Los ancianos envidiosos, en París.

Por aquellos mismos días, los dos ancianos caballeros de Guelfa habían grandemente instado al marqués, que se esforzara en buscar marido a su hermana, acusando su gran negligencia y tardanza. Y como contestase el marqués que le pluguiera si se le ofrecía matrimonio en conformidad con el honor de su hermana, ellos, así como quien otra cosa no pensaban sino en separar a Guelfa de Curial, le replicaron que, según habían oído, había en Francia muchos grandes y notables matrimonios. Y que si a él le venía en placer, ellos trabajarían en promover alguno, a fin de que aquella señora tan noble y valerosa no perdiese vanamente su tiempo, añadiendo a esto otras cosas que sería largo de explicar. Por otra parte, le dijeron que bien sabían y habían oído que Antonio, monseñor tío del duque de Borgoña, se atribuía ciertos derechos a su marquesado y

por cartas le había requerido que se los cediese, o se vería forzado a buscar manera de cobrárselos de todos modos. Y que pues Curial estaba en aquellas tierras y en tal favor, sería razón que este asunto se llevase de camino, ya que en ningún tiempo el marqués había tenido ocasión hasta entonces para realizar sus hechos; y se ofrecieron al marqués como a él viniera en gana para ir personalmente a tratar todas estas cosas en forma que él fuese servido y no valiesen menos sus hechos y su honor por desfallecimiento de sus servidores. Plugo mucho todo ello al marqués, y les encargó todos los hechos, ordenándoles que en todo cuanto tocase a los hechos de monseñor Antonio comunicasen con Curial, pero que del matrimonio que tenía que tratar no le descubriesen cosa alguna. Así acabaron su parlamento, tratando estos actos en diversos días, y escritos los memoriales y las cartas y despedidos de Guelfa, partieron de Monferrato y siguieron el camino hasta llegar a París.

Por Melchor de Pando tuvo Curial notificación del viaje de los ancianos, y el día que debieron entrar en París salióles a recibir muy honorablemente acompañados y llevólos a su hostería; allí los festejó y honró mucho, dándoles mientras allí estuvieron todo lo que menester habían, en forma que ellos no gastaban nada. Publicaron a Curial de la causa de su venida, denunciando solamente el hecho de monseñor Antonio, respecto al cual Curial se ofreció en servicio del marqués

a hacer todo lo que le fuese posible; pero les rogaba que dejasen pasar su batalla, pues era ya tan escaso el tiempo durante el cual tenía que hacerse que ya en otra cosa no podía ocuparse. Ellos respondieron que eran contentos y que la boca no abrirían sin su mandado. Y así lo hicieron, y vínoles bien por muchas razones que luego se dirán en su lugar y sazón.

Dadas por los ancianos estas nuevas, interrogaron a Curial sobre el hecho de la batalla, y él les dijo todo lo realizado. A lo cual ellos replicaron:

—Señor Curial, aquí no ha menester consejo, pues ya el hecho se halla en punto que no se puede enmendar; sólo os reducimos a memoria que se os acuerde que sois caballero, y los honores que la caballería os ha hecho, los cuales, confiamos en Dios Nuestro Señor, han de crecer en tal manera, que no habrá tan honrado caballero en el mundo, que ya lo sois y lo seréis más, Dios mediante.

Curial contestó:

—Caros amigos, yo a Dios sólo le dejo un día, y en aquél le pagaré todo lo que le plazca. No fué jamás mi intención requerir a batalla a caballero por flaco que fuese, ni decir no a caballero que me requiera por valeroso que sea, y así me han requerido y cuido tener buena razón. Dios está en medio, y a él encomiendo mi causa. Haga de éste y de los demás hechos míos según su voluntad.



Dando fin a las palabras fuéronse a cenar, y fueron espléndidamente servidos, con gran acopio de manjares y diversas maneras de preciosos vinos. Maravíllanse los ancianos y míranse uno a otro viéndose en tan gran casa, tan ornada, llena de tantos servidores y tan compuesta de tan diversas maneras de atavíos; miran la vajilla, toda de oro y en gran abundancia; miran el orden del servir; miran a los hombres, cada uno aplicado a su menester, servir sin ruido, y arbitran no ser casa ésta de caballero, sino de duque o de gran señor; ven a ministriles traer las viandas; ven llegar durante la cena caballeros y grandes barones, que se alegran de hacer fiesta y honor a Curial, y él a ellos. Curial honraba sin cesar a los caballeros ancianos y presentábalos a los demás, que por amor a él les hacían grandes ofrecimientos y honores. Después de cenar, el duque de Borgoña y el conde de Foix, los señores de Vergues y de San Jorge vinieron a la mansión de Curial, y como hallasen a los ministriles tocando, diéronse a festejar y danzar. Así pasó gran parte de la noche, y pasado que hubo, cada uno fuése a su retiro, quedando Curial con los ancianos muy contento; y como llegase la sazón de acostarse, les fueron mostradas sus habitaciones, y obtenida licencia, separándose de Curial, fuéronse al lecho.

Verdad es que los ancianos venían cansados del camino y habían menester de reposo. Empero el acogimiento que Curial les había hecho no daba

lugar a dormir, y desde que se vieron solos empezaron a narrarse uno a otro lo que habían visto, como si cada uno no lo hubiese visto todo. Preguntábase uno a otro:

—¿Habéis visto tal cosa?

—¿Y vos?—decía el otro.

—Cierto—decía uno—, yo no lo hubiera creído, aunque se me hubiese dicho, si no lo hubiese visto.

Respondía el otro:

—Ni aun es creíble, que, por mi fe, esta es gran maravilla. Vayan como quieran las cosas, ahora veremos nosotros lo que tanto hemos deseado, porque el Jabalí es, según dicen, el más valeroso y poderoso caballero del mundo, y aunque Curial es buen caballero y valiente, no lo es tanto ni tan fuerte como dicen que es el otro. Así, morirá en esta plaza y será deshonrado para siempre. Y si por ventura sucede contrariamente, con el matrimonio que trataremos lo apartaremos de Guelfa, y aun si el matrimonio no se hiciese, se hallarán otras maneras por las que le será preciso no volver a Monferrato. En caso de que todo esto no suceda, somos ya tan sus amigos que valdremos más para él. Con todo ello vese, pues, que nuestra venida no puede quedar en infructuosa.

Echáronse a dormir, y si no fuera porque les había dado dos lechos en que durmiesen y estuviesen separados, creo que no hubieran dormido en toda aquella noche, porque la envidia de que estaban poseídos no lo hubiese consentido, ni aun creo

que descansasen mucho pensando el modo con que poder saciarla.

¡Ah, mezquina y desventurada envidia! ¡Vieja, falsa y sin bien alguno! ¿Cómo vienes con la cara flaca toda rugosa, lacrimosos los ojos y temblorosa la cabeza, a meterte en los huesos de éstos dos viejos, y qué ha hecho aquel valiente caballero, o qué razón tienes para maltratarle? Dime, ¿qué provecho sacas de esta aborrecible y condenada condición? ¿Cómo no piensas que aunque Curial cayera del estado en que se halla tú no mejorarías ni una tilde, porque sus virtudes no se mudarían en ti, ni le serías sucesora así en los bienes ni en las victorias? Si tan sólo envidiases las cosas a ti convenientes y que perdiéndolas las demás tú pudieses haberlas, con ser gran pecado no sería tan abominable; pero sentir envidia y devanarte los sesos por cosas que no puedes lograr en ninguna forma, es trabajo sin provecho.

Aunque Guelfa perdiese a Curial, no te tomaría a ti en su lugar, ni te diera lo que a él le da, sino que acaso, por el contrario, reduciría su estado de modo que te arrojaría de tu casa, no habiendo menester de tan gran número de servidores. ¡Oh, mezquina, extraña condición es la tuya, que ni a ti ni a los otros aprovechas, y en todo tiempo trabajas sin fruto! Dices que te alegras y sientes placer en haber reprimido a aquél; ¿por ventura no puede acontecer que su sucesor te sea más odioso, en manera que tú no cures

de esta aborrecible lacra sino que cada vez vayas de mal en peor? Respóndeme. ¿Qué bien se te alcanzó en hacer arrojar los ángeles del cielo, en hacer pecar al primer padre y tantos otros y tan grandes males como por tu causa se han seguido? Ciertamente supieron conocerte los judíos en la acusación al Salvador; vean ahora lo que contigo ganaron, y si todas las gentes te conociesen tan bien como yo, no hallarías albergue dondequiera que fueses. Deja, falsa y mala, trabajar a cada uno a su elección, y apártate de los hombres, porque tu fiera condición es odiosa a Dios y a ellos.

Pasado habían los ancianos aquella larga y trabajosísima noche. Al llegar el día claro y luminoso, y por mostrarse otros de los que eran, acudieron a la alcoba de Curial, y como él los viese, saludóles con alegre cara, recibiéndoles muy cortésmente y preguntándoles si habían dormido bien. Respondió uno de ellos:

—En verdad, señor, no he podido dormir pensando en vuestra batalla; ruego a Dios que de ella os saque con honor. Si la victoria estuviese en mi mano, vuestra sería sin pedirla.

—Muchas gracias—dijo Curial—; esto y más espero de vos; pero ruégoos que no perdáis por ello el sueño, porque ni a vos ni a mí aprovecha, y no es discreto perder vanamente el tiempo. Procuraos placer, que por mi fe así hago yo, y no pienso mucho en la batalla, por dos razones: la primera, que he sido requerido, y no he de hacer más que defenderme, pues yo no he de dominar



al otro, sino que, si él no me domina, queda vencido, y por tanto, él tiene doble trabajo que yo; y la segunda, porque tengo de mi parte a Dios. Y por estas dos razones, siendo Dios común, aunque en todo tiempo lo invoque en ayuda mía, tengo alguna seguridad de la victoria, la cual no puede el Jabalí tener ahora; y así daos placer, que este hecho estas manos han de cumplirlo y no vuestro pensamiento.

La famosa y terrible batalla de los cuatro.

Cesaron las palabras. Vinieron el duque de Borgoña y los otros señores en multitud copiosa, y oída la misa cabalgaron y fueron a la corte. El rey ordenó a los cuatro que debían combatirse que en cuanto hubiesen comido le remitiesen las armas así ofensivas como defensivas, porque quería verlas, y personalmente fué a la plaza y dispuso dónde debían plantarse los tendales de los combatientes. Por ello Curial el mismo día hizo poner una tienda fuera de la liza, y también el Jabalí mandó poner otra contra aquélla, fijando ante su puerta un negro estandarte que con letras muy grandes de oro decía así: "Ahur". Con ello, el rey fuése a su casa y se puso a la mesa y cada uno se fué a comer. En cuanto lo hubieron hecho, los caballeros enviaron sus armas al rey, y él las vió y las hizo reconocer, ordenando después que les fuesen devueltas. Era infinita la



gente venida para presenciar aquella batalla. Muchas graderías fueron hechas en torno a la liza, que era convenientemente grande.

Víspera era de San Jorge cuando el rey mandó llamar a Curial y a su compañero, y cuando los tuvo ante sí les dijo de esta manera, públicamente.

—Curial, no penséis que por ser vosotros extranjeros seáis necesitados de favor, ni que los otros tengan ni un punto de honores ni favor más que lo que les pertenece, pues entiendo seguir este acto con tanta igualdad como me sea posible, y así de nada debéis dudar. Semejantemente, si de alguna cosa tenéis necesidad, decidlo, que yo os lo haré dar, como esté en mi poder.

A esto respondió Curial:

—Mi señor, nunca pensé ni entiendo pensar que vuestra excelencia gobierne este hecho sino en la forma que habéis dicho. Gran rey sois y valiente caballero, y tengo por seguro que tal cuenta daréis de vos, que nadie en el mundo podrá reprocharos. Y tú—dijo a Aznar—, ¿has menester de algo? Dilo, que no te he de fallar.

Respondió Aznar:

—Una sola cosa he de suplicaros: que despachemos pronto, porque, ¡voto a Dios!, una señora a quien amo no me deja dormir, porque os juro que de noche me parece que la veo y me dice: "Despacha y ven." Por lo que os vuelvo a suplicar que aligeremos y ella no vea fallido su deseo.

—Dime, Aznar—dijo el rey—, ¿ella es bella?



—Tengo por seguro que es la más bella del mundo; que no la ve persona que no se enamore.

Volvió a decir el rey, riendo:

—Dime, ¿te quiere bien?

—Por mi fe, señor, yo creo que sí, y harto lo veréis mañana, Dios mediante, por mis hechos. pues por digo tengo que acordándome de ella, quien contra mí combata buscará su daño, y así será seguramente.

Rióse mucho el rey, y todos quedaron diciendo que éste debía ser muy valiente hombre de armas, que daría de su honor muy buena razón.

Y con ello, partiéronse del rey y fueron a su albergue, muy bien acompañados. El rey quedó con muchos duques, condes y grandes barones, y cada uno de ellos dijo seguramente que dos caballeros tan gentiles para una liza, como eran Curial y Aznar, jamás habían visto. Y que si bien era cierto ser el Jabalí bravo caballero y muy ardido y buen emprendedor, no era Curial menos caballero que él, aunque no hablase tanto. Entre los otros dos, cada cual veía la ventaja. Era Guillermo de la Tor caballero de enjutas carnes y no muy fuerte; empero tan ardiente y vivaz como un león y tan acometedor que eran diabólicos sus hechos, como también muy diestro y ejercitado en toda suerte de hechos de armas que conviniesen a los buenos caballeros. Por esta razón se tenía en él alguna esperanza, porque, de otra manera, de él a Aznar toda comparación era desigual.

Llegó el día de la batalla. Madrugó la gente

para ocupar sitio en que poder mirar, y no sólo las graderías, sino toda la tierra en torno, viéronse llenar de infinitas gentes. El rey y la reina vinieron, y no sé cómo ni de qué manera os nombre las numerosas señoras que de lejanas tierras vinieron, y la gran multitud de caballeros y grandes barones; no creo que jamás, para tales casos, se hubiese hecho tan grande asamblea. Porque aquel hecho despojó las grandes ciudades, a las villas robó sus habitantes y sin guardianes dejó los castillos. Pues era tan alta y extendida la fama de estos caballeros, que todas las gentes habían deseos de verlos, señaladamente en tal estado. Esforzábanse los duques y grandes señores en favorecer a los suyos, y con la mayor pompa y ufanía que pudieron los condujeron a la plaza. Curial y Aznar fuéronse derechamente al sitial del rey, e hiciéronle reverencia, y asimismo a la reina y a otros señores y señoras, y entre gran estrépito de ministriles y trompetas se dirigieron a su tienda, que era por todo extremo rica. Eran sus cotas de armas blancas, con la cruz de San Jorge.

Por otra parte, el de Vilahir y el de la Tor no menos pomposos venían ni con menor estruendo, bermejas las cotas, con cruces blancas. Guillermo de la Tor rogó al duque de Bretaña que le hiciese caballero, y como éste rehusase hacerlo delante del rey, el rey ordenóselo, y así fué hecho caballero. Y así entraron los cuatro caballeros en sus tiendas propias.

Dando principio a las ceremonias en tales jornadas acostumbradas, el rey envió tratadores de concordia y paz; pero el Jabalí, al que primeramente acudieron, enojóse y dijo que no les podía dar la paz, sino la muerte. Y, finalmente, ni los unos ni los otros otro deseo tenían que el de dejar hablar las manos, por lo que volvieron al rey con la respuesta. Al punto, el rey hízoles tomar juramento sobre la cruz y los Evangelios de que no llevaban conjuros ni otros argumentos ni adjutorios, sino las armas ya relatadas. Y mientras en esto estaban, un fraile menor, de quien decían que era hombre de muy santa vida y de la Casa Real de Francia, hallándose en Anvers oyó hablar de esta batalla, corrió a París y llegó en el punto en que ya los caballeros debían de salir de los tendales para combatir, y con el corazón impaciente y a grandes gritos así dijo al rey:

—¿Eres infiel, o qué es lo que haces? ¿Por qué te constituyes enemigo de Dios, revolviéndote contra su ley que prohibe estas locuras? Dime, señor: ¿estos caballeros combaten contra moros para mantener la ley de Jesucristo, o quieren matar a Herodes, su enemigo, o qué es esto?

Los duques y señores dijeron al fraile que callase que este hecho pertenecía a caballeros y no a frailes. Y no obstante el fraile gritase cada vez con más fuerza y no quisiera callar, tanto era el ruido que los señores levantaban que el fraile no fué oído y a empellones le arrojaron de aquel sitio por el estorbo que significaba a aquello que ellos



deseaban ver realizado, pues en otro caso le hubieran rendido el gran honor que merecía.

Adelantaba el día y surgió otro obstáculo: una doncella que venía muy bien acompañada y que hizo súplica al rey que le otorgase licencia de ver a Curial antes de que la batalla comenzase. Preguntó el rey quién era, y fuéle contestado que Fiesta, de lo que él hubo gran placer y mandó a Curial que saliese de la tienda. Acercóse a un ángulo de la liza y en ver a Fiesta alegróse mucho. Pero Fiesta, contada la salud de Monferrato, casi llorando le decía:

—Curial, con otros hábitos y otras vestiduras hubiera querido hallaros.

Respondió Curial:

—Fiesta mía dulce, desde que no soy vuestro caballero mejor vestido no me vi que ahora. Andad, pues, con la señora del rey, que de vuestra compañía tendrá placer, que de mí puedo deciros que en este instante no hay dos personas en el mundo que pudieran causarme tanta alegría como la que me habéis traído. Bendito sea Dios que os ha conducido y tanto honor da a la que os envía.

Recibió la reina con gran fiesta a Fiesta, y acercósela mucho, diciéndole:

—¿Fiesta, qué os parece de vuestro caballero?

Respondió la doncella:

—¡Amarga de mí, que en otro punto quisiera haberle hallado!

En los cuatro ángulos del campo fueron hechos



los pregones de que nadie hablase ni hiciese signos con todas las demás circunstancias en tales jornadas pertinentes, y derribados los tendales y sacados fuera de la plaza, bajáronse los yelmos los caballeros, desampararáronse de amigos y parientes y con las hachas en las manos empezaron a mover liza.

Harto y desmedido honor había el Jabalí ganado en muchas plazas en que a ultranza se había hallado, y de las que gloriosamente había salido, y por muchos lugares del mundo era su caballería tenida en altísimo precio, hasta el punto que de sus victorias comenzaron algunos a escribir sus libros, orificando las letras, aunque de plata fuesen los hechos, según es costumbre de escritores. Y así al Jabalí le hubiese parecido aceptable, bien estaba su terrenal honor, pues era magnificado y pronunciado por lenguas de reyes, duques y grandes señores, y no debía someterlo a examen tantas veces y en tantos lugares. Pero no sentía él que la fortuna pudiese contribuir en algo, y creía que sólo a su ardimiento y a su fuerza debían ser atribuídos sus valerosos actos. No imaginaba tampoco que los canes envidiosos, no por bien de él, sino por cumplir sus designios, le hubiesen extraviado de la selva, estimulándole con diversas maneras de ladridos y acopio de mordiscos, metiéndole en el parque del que salir ya no podía, sino venciendo y derribando al sabio cazador que en la puerta le esperaba. Y así le vi y aun me parece que le veo: erizados la espalda y el cuello, baja la

cabeza, crujir los dientes, afilándolos unos contra otros y babear de rabia, lanzándose impetuosamente y sin medida contra Curial. Curial avanzó contra el de Vilahir con suaves pero seguros pasos y mucha temperancia. Y cuando llegó junto a él diéronse con las hachas muy grandes golpes, y pensó el contrario que de uno de ellos a Curial haría volver atrás; pero no fué así, porque Curial, después de haber interpuesto su hacha, presentóle el pecho áspero y duro, y tirando fuerte y permaneciendo inmóvil apartóle un trecho de sí; de lo que se siguió que ambos caballeros y aun los demás que les miraban conocieron con certitud cuál de los dos combatientes era más fuerte. Tiñéronse de color de muerte las caras de los que lo contemplaban, y en los pensamientos sendos se hicieron juicios diversos. Redoblaron los golpes los dos caballeros. El de Vilahir, más esforzado que astuto, acometía y hería con furia; Curial se defendía y no cuidábase de herir sino en caso de poder perjudicar grandemente al enemigo. No puede decirse cómo se esforzaba el Jabalí y cómo de diversos modos y terrible trabajo intentaba caer sobre Curial. Empero un gran esfuerzo y la aspereza que en la otra parte hallaba procurábanle gran fatiga. Porque él, desmedidamente y con todas sus fuerzas, se esforzaba en herir, y Curial le inutilizaba los golpes, parándole los brazos, y por otra parte, cuando veía coyuntura, le hería tan fuerte que el de Vilahir se tenía por muy castigado. Así duró la batalla largo espacio,

que los dos jugaban las hachas como buenos maestros que eran.

Los otros dos contrariamente se mantuvieron, porque el de la Tor, conociendo ser Aznar más fuerte que él, quedóse a la defensiva después de los primeros golpes, y con ingenio y arte pensó no solamente que se defendería, sino que aun le sería posible sobrepasar a su enemigo. Mas poco vale el ingenio contra mayor ingenio mezclado a mucho esfuerzo, y por ello no puede el hombre confiar en su saber, pues poco vale con otro saber mezclado a la pujanza. Conociendo Aznar la menor fuerza de la Tor, pues le había un poco comportado para conocerlo, dejóse ir contra él desmoderadamente y dióle tan poderosos golpes, que nc le valía para ni contrapesar ni siquiera apartarse, pues por mucho que él rodease y contrapasase, el otro le seguía, estrechándole a golpes numerosos. De tal modo le turbó, que Guillermo no sabía qué partido tomar, pues ninguna suerte de defensa le valía contra aquel rayo de la caballería, pues su hiriente furor, no de caballero, sino de terrible tempestad parecía. Y tanto le hirió en la cabeza que perdió el sentido, y Aznar, esto notando, se detuvo y no quiso seguirle en aquel caso, sino que se volvió hacia los otros y vió que reñían mortal batalla, dándose terribles golpes, y que Jabalí ya no hería con tanta fortaleza como Curial, pues éste, que antes se defendía, acometía ahora, y el otro buscaba los diversos modos de defensa.

Si el rey hubiese sido servido, harto había con todo ello para terminar la cuestión, porque ya arrepentidos estaban los que demasiadamente hablaron. El Jabalí da lugar y se aparta de los golpes de Curial; el otro sigue con gran esfuerzo el combate; faltóle al de Vilahir el respiro, que ya no podía reposar. Con todo ello, parecióle a Aznar que este encuentro había aún de durar mucho, y alzando el hacha y acercándose a Curial quiso ayudarle hiriendo a su enemigo; pero Curial dió grandes voces:

—Dejadlo, que yo os aseguro que por esta batalla no será primero en la mesa de Perusa.

En aquel punto movió Curial con mayor denuedo demostrando lo que podía hacer, pues durante todo el día se había reservado. El Jabalí rodaba y retrocedía y apenas podía alzar los brazos para parar el hacha, pues los golpes que recibiera eran tantos y tales que ya no podía herir, y poco a poco, retrayéndose, se retiraba a un ángulo del campo, por ver si allí hallaría remedio; y como se viese ya muy cerca de la liza, volviendo atrás muy cuitadamente, colocóse en aquel rincón; pero al entrar cuidó caer de espaldas, y caído hubiera ciertamente si el palenque no le sostuviera por detrás. Por lo que Aznar, viendo que Curial no había menester de ayuda, volvióse contra su enemigo y vióle que reposaba apoyado en el hacha, y fué contra él, y Guillermo, aunque fatigado y débil, se irguió contra él para herirle, y a la manera de can rabioso, buscando la muerte,

se lanzó contra Aznar. Pero nada ganó con ello, porque a los pocos golpes Aznar le abrazó y le tempesteó tan terriblemente que le derribó en tierra, donde quedó yacente y sin defenderse, sin que pudiera volver el respiro, sino que se ahogaba; tanta era su fatiga. Aznar, que le dominaba, le quitó el yelmo y le dijo:

—¿Queréis combatir más?

El respondió:

—Sí.

Pero no movió pie ni mano, por lo que Aznar le dijo:

—Ríndete.

Respondió:

—No quiero.

Replicó Aznar:

—¿No ves que puedo matarte?

Respondió:

—Haz lo que puedas, que la jornada es tuya, pero yo no me rindo.

Ordenó el rey que los caballeros no combatiesen más, y con gran prisa descendió de su sitial y fué a Aznar y le mandó que más no combatiese, y llegándose a los otros, que estaban ya en el extremo de la batalla, dijo a Curial:

—Ruégoos que en honor a mí cese esta batalla.

Curial se detuvo y cesó de combatir. Pero en aquel punto, el Jabalí, según costumbre de todos los franceses, que cuando los jueces intervienen tórnanse más bravos y muestran que les disgusta

lo que los jueces cumplen, salió del rincón y a grandes voces dijo al rey:

—Monseñor, ¿no me lo habíais así prometido? ¿Por qué, pues, me procuráis tanto deshonor? Más prefiero la muerte que la vida. ¿Queréisme matar vos, ya que mi adversario no puede?

Y esto diciendo, y con extremos de locura, fué contra Curial para herirle con la espada, pues le había caído el hacha; pero Curial libróse, y le abrazó, que todos pronosticaban que le hubiese derribado en tierra, si no por ruegos del rey, que mucho le suplicó que le dejase. Ya Curial le dejaba; pero entonces el otro se esforzaba más y se aferraba en él, y creo que hubiera caído si a él no se hubiese aferrado. Por lo que Curial dijo:

—Señor, yo os suplico que os alejéis y me dejéis castigar a este loco, lo que ya hubiera hecho a no estar vos aquí.

Gran trabajo tenían los jueces en contener al Jabalí, pues Curial no se movía, por lo que el rey, enojado por aquellos no diestros movimientos, dijo:

—Ciertamente, Jabalí, poco juicio tenéis, y las cosas que hacéis no son de caballero.

Y ordenó a los jueces que sacaran del campo al de Vilahir y su compañero. Llegóse después el rey a los otros dos caballeros, y, puesto en medio de ellos, sacóles del campo con el mayor honor que pudo. Empero tardaron un espacio en salir del campo, pues el Jabalí y su compañero no podían moverse de cansancio, y fué preciso antes desarmarlos para que andar pudiesen.

Reconocimiento de la victoria.

Ya conducía el rey a los dos caballeros extranjeros, cuando el duque de Borgoña, el conde de Foix y muchos otros grandes barones rodearon a Curial y Aznar, y, cantando con gran alegría, fueron con ellos hasta el palacio del rey. Y éste, descabalgando, licencia dió a los caballeros para que a su posada volviesen.

En aquel punto oyerais gritos de caballeros y gentileshombres, ruido de trompetas y ministriles, fiesta grande y alegría mucha.

—¡Oh, Dios—decían todos—, quién fuese tal como uno de esos dos!

Fueron a casa de Curial, donde la cena estaba presta. Aquí fueron convidados muchos barones y caballeros en multitud copiosa, y tanto festejaron que no es para dicho, pues yo os certifico que mucho tiempo hacía que tan noble cena en aquella ciudad no se servía.

Pasaron muchos días que en París no se hablaba sino de aquella batalla, y es de ver que de ello se siguieron muchos inconvenientes y grandes escándalos, porque generalmente todos atribuían mejor parte a los dos caballeros extranjeros. Empero algunos parientes y amigos del Jabalí, hallando en ello gran enojo, hablaban y decían no del todo en todo lo contrario; pero querían dar a entender que el de Vilahir no había sido vencido todavía, pues hubiera podido defenderse a no intervenir

el rey, por lo que el Jabalí, conociendo ser Curial mucho más fuerte y valiente caballero que él, y deseando atajar la ocasión hallando a Curial en medio de todos los grandes señores de la corte que delante del rey de diversas cosas hablaban, en la siguiente forma hablóle:

—Señor Curial, verdad que yo, por mal consejo impulsado, emprendí combatiros a toda resulta, y algunos ignorantes del extremo en que me hallaba el día de la batalla, cuando el rey metïóse de por medio, hablan y hacen juicio de lo que no saben y dicen lo que no es ni fué en el mundo, por lo que yo, que sé la verdad de los hechos mejor que otro, por atajar toda materia de disputa, quiero narrar en qué extremos me hallaba. Cierto es, Curial, que yo me veía tan fatigado y laxo que no podía seguir, y vos me heríais continuamente mejor y con más pujanza que nunca. Al meterme en el ángulo del campo cuidé hallar allí remedio, el cual por vuestras manos me fué sobrado, pues poco me hubiera valido, según al punto conocí, que allí mismo a muerte me hubierais reducido si el rey no lo hubiese privado, de lo que le estoy agradecido; y así, como hombre fuera de juicio, me aferraba a vos, deseoso de morir, pues de escapar no era libre de esperanza. Y pluguiese el cielo que así hubiese sucedido, porque no me aferraba a vos sino para sostenerme, pues de otro modo hubiera caído de fatiga. Empero el rey me desvió la muerte, la cual con todo mi poder buscaba entre vuestros brazos, y ya palpablemente la veía: pero

por temor al rey huyó y desapareció. Por ello yo, como de menor y más pobre fuerza, al lado vuestro me rindo a vos aquí en este sitio, lo que, por nada del mundo, hubiera hecho aquel día, y haced de mi según voluntad vuestra que ni por mí ni por otro os será impedido.

Todos aquellos que en torno estaban fueron turbados y miraron a Curial a la cara, esperando qué haría. Por lo que Curial, en cuanto el de Vilahir hubo acabado de hablar, destocándose la cabeza, así dijo:

—Maravíllame de quien pudo aconsejaros que me dijeseis estas palabras, pues más razonable cosa sería que yo os las dijese a vos, y os ruego que como mías vayan, pues es cierto que jamás me vi tan combatido como aquel día, y así rindo gracias al señor rey que no quiso que por tan poca cosa uno de nosotros se perdiese, o por ventura ambos, que de las cosas que están por venir sólo Dios sabe el término. Y aquellos que de esto hacen juicio, bien les estaría callar si les pluguiese, porque ni ellos ni otro hombre alguno el final podían saber. Por lo que vedme aquí si entendéis que estoy libertado de vuestras manos, sino mandadme al lugar que queráis, porque allí estaré a vuestra ordenanza, hasta que os venga en placer restituirme a la libertad.

Oído habían todos los circunstantes las palabras de los caballeros, y muy maravillados no sabían qué dijesen, por lo que Aznar adelantóse y acercándose a Guillermo de la Tor le dijo:



—Cierto, no seré menos cortés que estos dos. ¡Soy vuestro prisionero, juro a Dios que no me partiré de vos sino cuando hayáis de mí tomado el rescate aquel que vos queráis y yo podré pagaros!

A lo que el de la Tor contestó:

—Señor Aznar, contento estoy de tener tal prisionero como vos, y así os requiero que vengáis conmigo y cumpláis vuestra palabra.

Bodas de Aznar.

Todos hubieron placer de esta paz nueva, y besó el Jabalí a Curial y Aznar, y semejantemente Curial besó a Guillermo de la Tor. Pero éste no besó a Aznar, sino que con bravos y follones ojos, despidiéndose de todos, a su casa le condujo, y dispuso notable yantar, cerca de una hermana suya, muy bella, Yolanda llamada, le sentó. Comieron espléndidamente, y en terminando fueron a una habitación, y en esta forma le habló:

—Aznar, mi prisionero sois por voluntad vuestra y habéis jurado no partiros de mí sin que de vos tome rescate, y yo os contesté que me placía. El rescate que deseo es que deis un beso a mi hermana, y al punto seréis libre.

Con ello Aznar besó a la doncella, al punto que Guillermo le ponía al cuello una cadena de oro muy rica, que el duque de Bretaña le había dado, y le decía:



—Aznar, vos habéis pagado el rescate, pero yo no he pagado la deuda que os debo, pues vos me teníais en tierra y hubiérais podido darme muerte a vuestro antojo. Empero más piadoso conmigo que yo mismo, me disteis la vida que con todo mi esfuerzo quería yo arrebatarme. Haced, pues, de mí y de todas mis cosas según vuestro placer. Y tú, Yolanda, cumple sin contradicción todo lo que quiera Aznar, pues te ha dado un hermano como yo, al cual hubieras perdido si él hubiese tenido tan poco juicio como yo.

Y hecha colación, de la cámara salió dejando solos a Yolanda y Aznar, cerrados en ella.

Hallándose a solas con la doncella, rió Aznar la treta y dijo:

—Señora, si todos los prisioneros tienen tal carcelero como el que yo tengo, no deben temer la muerte ni desear la libertad, pues si a vos y a vuestro hermano viene en gusto, yo os quiero por mujer.

Respondió la doncella que no se opondría a nada que él desease. Por lo que Aznar, levantándose, fué hacia la puerta y a grandes voces llamó al hermano de Yolanda. Llegado que hubo, le dijo:

—Aznar, ¿ya os hartasteis de la compañía de mi hermana?

Respondió Aznar:

—Muy al contrario, pues te ruego, si a ella le place, que me la des por mujer.

Guillermo, mucho más contento de lo que podría decirse, replicó:

—Aznar, no por mujer, que yo no lo merezco, mas por esclava te la doy y llévatela y haz de ella lo que quieras.

Aznar volvió a decir que por esposa la quería, lo que otorgaron Yolanda y su hermano.

Ya pasada la fiesta, anunciado este hecho al rey, dicho señor tuvo gran placer y mandó venir a Yolanda, a quien el rey enjoyó y engalanó en gran manera. Era esta Yolanda de muy noble linaje y muy bien heredada, y el rey, queriendo mostrar con gran singularidad su real magnificencia, muchas joyas y cinco mil escudos en oro al dicho Aznar regaló. Y los parientes de Yolanda, por razón de que Aznar pudiera llevarse la dote de su mujer, la heredad le compraron. Y con mucha y grande honor y riqueza, Aznar comenzó a disponer con su esposa el retorno al reino donde había nacido.

La conversión del Jabalí.

El Jabalí de Vilahir, que desde el día de las nuevas paces no estaba, ni con mucho, contento, no se mostraba jamás en público, sino que, tomando el hábito de fraile menor, secretamente al monasterio acogióse. Empero el día de las bodas de Aznar, con un compañero y pobremente vestido, salió, y llegado a la sala en que se celebraba el convite y fiesta de las bodas, se situó frente a Curial y le pidió una limosna. Curial, al pronto,



no le reconoció, pues no pensaba que el de Vilahir de tal elección usase. Este volvió a decir:

—Curial, dame una limosna, por amor de Jesucristo.

Y lloró.

Curial miróle fijamente, conocióle y dijo:

—¡Oh!, ¿quién os ha aconsejado?

Respondió:

—Dios.

Entonces Curial dijo:

—¡El os haga salvar el alma!

—Y ¿cómo—dijo el de Vilahir—dudáis que habiendo renunciado por Dios a todas las vanidades del mundo, El no me dará salud?

Replicó Curial:

—No dudo de esto, pero tengo gran duda de que más os haya impulsado desesperanza que amor. Y nada más ahora, que este lugar no es para esta plática.

El de Vilahir dejó aquel sitio y recorrió las demás mesas pidiendo limosna, y sólo admitía pedazos de pan.

Rodeábanle las gentes, y unos lloraban, otros se maravillaban y, casi turbados, permanecían silenciosos; otros se arrinconaban para meditar sobre esta novedad. También el rey y los otros señores estaban maravillados y no sabían qué decir. No obstante, al cabo de un gran espacio, el rey empezó a hablar del de Vilahir, y dijo:

—Ciertamente, el Jabalí en todo tiempo ha sido extremoso, y nadie se maraville de este hecho;

pues costumbre es y muy natural en esta nación que, adviniéndole a un gentilhombre tan siniestro caso como el de la pérdida de su honor y riqueza, no le falta un bordón para irse pidiendo caridad en romería a Santiago. Es lo contrario de los españoles, que en cuanto caen en pobreza, con aquella misma miseria dan en ser en ladrones o robadores de caminos.

El Jabalí no permaneció en París; fuése a Jerusalén y al monte Sinaí, al monasterio de Santa Catalina, donde vivió y murió santamente, con fama de muy santo religioso.

Aznar regresa a Barcelona.

Grandes y muchas eran las fiestas dedicadas a los dos caballeros extranjeros, y general era el juicio de que eran los dos mejores caballeros del mundo y que entre ellos no había que escoger, que si Curial era bueno y muy valiente caballero, no menos valiente y bueno era Aznar, del cual tanto placía el rey, que no se saciaba de tenerle a su vera. En aquel tiempo despidióse Aznar de los duques y grandes señores, que le dieron gran acopio de joyas y plata, y con su mujer, con mucha alegría, partió. Curial le acompañó ocho leguas, y al despedirse le dijo:

—Señor Aznar: no puedo encareceros ahora la gran merced que me habéis hecho ni el honor que por vos he recibido. Dios, remunerador de todas



las cosas, os lo quiera galardonar. He partido en dos mitades mi armadura, y la una mitad, que traigo aquí, es para vos. Ordenad que la recojan, y clámoos merced que a esto no respondáis sino ponerlo por obra, porque si sois amigo mío, como lo soy vuestro, y como ya lo habéis sido, seguiréis mi voluntad y deseos, que son éstos.

Mucho se debatió Aznar para no tomarlo; pero finalmente tuvo que complacer a Curial. Rogóle éste que le quisiera encomendar a la gracia y merced de su señor el rey de Aragón, y, encomendándose mutuamente a Dios, continuó Aznar su camino hasta Barcelona, donde halló a su señor con muy notable gente.

Elogio del rey de Aragón.

No cuidaré de hablar de la recepción que el rey hizo a Aznar y a su mujer. Piense cada uno que era aquel rey el mejor caballero del mundo y honraba los buenos caballeros, pues harto dije en el capítulo de los caballeros que venían de Monferrato. Y quien quiera saber quién era aquel rey, lea el séptimo capítulo del purgatorio del Dante, que allí le encontrará. Pues, con todo y ser el Dante afecto a la parcialidad por el rey Carlos, enemigo de dicho señor en Aragón y en aquella comedia del purgatorio este venerable y gran poeta y autor con su esfuerzo y saber se esfuerza en pronunciar los loores de aquel rey Carlos, que, sin duda ninguna, era notable rey y buen caba-



llero, pero no igual al otro; pero, con todo, no osa ocultar la insuperable excelencia de la caballería de aquel ilustre, excelentísimo y muy alto y valeroso rey de Aragón, los inauditos hechos de armas, del cual, como dignos de recordación, escritos por diversos, grandes y muy solemnes autores, en auténticos y grandes libros corrobora y confirma diciendo en el extremo punto de su hablar, con gran dolor de su corazón, que *de ogni valor porto cinta la corda.*

Lector: atiende bien las palabras que dicen: *de todo valor*, y no le atribuye desfallecimiento, ni podría decirlo en conciencia, pues bien sabía Dante que el dicho rey Don Carlos, teniendo con gran poderío de gente sitiada Mesina, huyó por miedo del dicho rey, que contra él venía, no con tanta gente como Don Carlos tenía. Y también que, como el rey de Aragón y el rey Carlos hubieron acordado personal combate en la ciudad de Burdeos, dicho Carlos, contra toda ley de caballería, que prohibe esta acción, contrató crecido golpe de gentes de armas, como quien en último término podía hacerlo por ser francés, para impedir al rey de Aragón que fuese a la batalla. por temor de aquella gente; empero él buscó manera, no sin gran peligro, de ir, y de hecho fué, y el día designado para la batalla compareció ante el capitán de Burdeos dispuesto para el combate. Empero el rey Carlos no compareció ni cumplió con su honor, y ello no era desconocido al Dante, pues hasta para los ciegos fué harto

notorio. Y nada más sobre esto, pues demasiada notoriedad tuvo en todo el mundo y durará tanto como el mundo dure. Con ello, volveré a la materia de que me he alejado, pues de esto no nos toca en este libro hablar más.

Consejo de los ancianos.

Curial volvió a París, donde había dejado a sus ancianos caballeros, continuando en todo tiempo el honor y la fiesta que había empezado a prodigarles, de lo que los ancianos caballeros estaban tan contentos que más no podían. Y veíanlo tan favorecido y honrado que el marqués de Monferrato harto se contentara con la mitad. Y al saber el rey de Francia, no ciertamente por Curial, que había partido su armadura con Aznar, túvole aun por mejor caballero, y más honores le hizo de los que le habían hecho, y preciosos dones le ofrendó. No se hablaba sino de Curial todos los días crecía su honor, lo que no dejaban de ver los ancianos: y aunque mostraban recibir con ello placer, quisieran verle muerto, deshonrado y abatido. Ved qué torpe es la mezquina envidia, que cuanto más honor le hacéis, más os abrumará y más daño os hará.

Por aquellos días, el rey de Francia volvió a hablar del matrimonio de Laquesis con el duque de Orleans, de que muchas veces se había tratado, y como Laquesis no quisiera prestar coyuntura,

fuéle dicho al rey que si Curial no se alejaba por algún tiempo de París, el matrimonio no se celebraría, porque Laquesis no pensaba ni veía más que a Curial. Por lo que el rey, pensando bien obrar y porque por este camino podía quizás llegar a término de lo que había empezado, mandó buscar a los ancianos y les dijo cómo había laborado en el negocio de aquel casamiento, que se dilataba por causa de Curial, al cual, según había oído, aquella doncella amaba. Por lo que les aconsejaba que por su propio impulso le aconsejasen y hallasen manera de que, tomando la espada, quisiese salir de París, o por lo menos apartarse de aquel ir y venir continuo ante la casa de Laquesis, a fin de que ella se enfriase un poco y pensando que él la había olvidado, pudiesen conseguir de ella mejor partido, pues el duque de Orleans la amaba tanto que por ella perdía el juicio, sin que por ello Curial ganase nada con todo esto.

Oídas por los ancianos aquellas palabras, y convidándose mutuamente a hablar primero, uno de ellos dijo:

—Muy alto señor, de alta excelencia: si hablase con otra persona, cuidaría de no dar esta respuesta; empero ante tan alto rey y de tanta sabiduría, no dejaré de deciros con toda verdad todo lo que de Curial pienso. Sepa, señor, vuestra alta señoría, que éste es hijo de un pobre gentilhombre que casi vivía de limosna, y llegóse siendo mozo a casa del marqués de Monferrato, mi señor, quien,

prendándose de él, dióle vestidos y a su recámara con otros mancebos lo asignó. Creció en edad y astucia, y se hizo malicioso y con inducción de un traidor que Melchor de Pando se llama, Guelfa, hermana del nombrado marqués, señora de Milán, enamoróse de él hasta el extremo que no solamente él le robó tesoro y joyas, sino también el honor y el buen nombre, por lo que aquella señora ha perdido y pierde su matrimonio, y es noble y rica, y valerosa y de incomparable belleza. Así va éste por el mundo con los bienes de aquella señora.

Parecidamente, yendo a Alemania para un torneo, enamoróse de esta Laquesis como quien no duda, no teniendo otro bien en él que la ardideza. Y si ella tanto y tan bien como nosotros le conociera, no pasaría por él cuidados. Y róbala y así mantiene el estado en que le veis, pues no tiene ni para mantener una jaca. Ahora, señor, veo que vos le rendís tanta fiesta y tanto honor que él pierde, y pienso que ha perdido, el juicio, y por tan grande se tiene que a nadie concede honor en el mundo, sino que entiende que todos han de hacerle reverencia. Si tuviese juicio discreto, al saber que el duque de Orleans se enoja por su frecuentación en ir y venir a casa de Laquesis, debiera alejarse de ella. Y ella muestra ser hembra que siempre escoge lo peor, porque debía hacer diferencia entre los dos. Empero puesto que vuestra señoría quiere y ordena en que se aleje de aquí, nosotros le haremos partir en

breve, pues hallaremos modo de que allí le llamen, y entonces Laquesis perderá esperanza.

El otro anciano loó esta respuesta, añadiendo que sería preciso que no lo supiese Curial. Al rey le agradó este consejo, y conoció claramente que aquellos viejos le querían mal, y a haberlo sabido antes no se hubiera franqueado con ellos. Por todo ello les habló así:

—Bien sabía yo quién era el padre de Curial, y todo su principio, y que esa mujer le adelantó sobremanera; pero yo os juro, como rey que soy, que ella tiene el mejor y más valeroso servidor que haya en el mundo, y si le ha dado y le da sus bienes, no pudo hallar mejor manera de emplearlos, pues harto él los merece. Decidme si habéis conocido hombre tan noble y tan valiente como él. Dígoos que entre los caballeros que yo conozco no le hallo igual, pues éste es caballero en hechos, en palabras, en la plaza y en el estrado, en la liza y en todas partes. Además, es muy apto y virtuoso, discreto y de muy notable consejo; pero no me maravillo, porque entre los grandes filósofos, poetas y oradores, veo que es tenido en gran estima. Preveo que sus sucesos irán de bien a mejor, porque él es diligente, y dondequiera que se mueve liza, él primero es y se lleva la gloria. Si queréis en casa cantar, danzar y cortésmente solazar, os digo que ninguno hallaréis que le pueda igualar. Y esto aparte, no deja el estudio, pero trata tan reverenciosamente los libros, que todos los que lo conocen lo tienen por maravilla. Que es

garrido y bello, no hace falta que lo diga, que si no os cegaron la maldad o la envidia, como yo podéis verlo. A muchos vi alabarle, y ciertamente sin error, porque si mis ojos no me han engañado, nunca oí loanza que se le tributase que él no mereciera mejor que los otros la expresaban. ¿Qué podemos decir, pues, sino que Dios y la Natura le han compuesto y así ventajosamente formado? En lo que me decís de que Guelfa pierde por él ocasión de matrimonio, mucho me maravillo, porque tened por seguro que, visto el valor y las virtudes en que Dios tan copiosamente le ha hecho rico, podría Curial en este reino hacer tales bodas que maravillados quedaríais, pues no hay nadie, por grande que sea, que no se le acercase de buen grado, como quien mucho lo merece. Si Laquesis le corteja, bien hace en ello, pues tanto honor le dió en Alemania, y si él la quisiera por mujer, no tendría que decirlo dos veces, que con la primera bastaría, y, según he sabido, con gran contentamiento del duque, su padre. Y así, no cuidéis de tales cosas, que tal es la costumbre de la caballería y de la ciencia, que a los hombres mudan de pobre estado a grandes señores. Porque todos los hombres por ciencia y caballería empezaron, pues sin ellas no mayores serían que los otros. Por lo que os vuelvo a suplicar que pongáis en obra lo que me habéis prometido, y las demás cosas pongáis en olvido, que si por el cielo no se le hubiera otorgado, no hubiese obtenido Curial las victorias y los honores que le han adelantado.

Y de esta manera terminó el rey su parla.

El otro anciano, que aun no había hablado, replicó:

—Señor, ni codicia de quitar a Curial el puntillo de vanagloria que tiene, ni deseo de maltratarle, han movido a hablar a mi compañero. Y sí mueve el gran deshonor que de este hecho se sigue al marqués y a Guelfa, cuyo honor deseamos. Y quisiéramos que aquella mujer, que es la mejor y más preciada del mundo, no perdiendo, por Curial, su honor aparejase casamiento, para lo cual hemos venido. Piense vuestra alta señoría si en su casa hubiese un caballero que en daño o perjuicio vuestro turbase una hermana o hija vuestra, qué sentimiento tendríais. No cuidáramos nosotros tan porfiadamente de este asunto si no creyéramos que si estas cosas llegaran a oídos del marqués, perdida sería Guelfa sin otra culpa sino el adelantamiento que a este caballero procura, y perdido estaría también él perdiendo el favor de esta señora. Por esto pensamos cada día cómo mejor y con menos daño podríamos borrar este inconveniente, que no puede cortarse si no provee Dios o buenas gentes. Y a más, que somos servidores de aquella señora, y su honor en guarda tenemos por orden del marqués, y de él daríamos mala cuenta si esta locura en juicio no se transforma. Ya en otro tiempo, el marqués tuvo de ello sentimiento, y viendo el peligro, no nos deja el miedo, y no esperamos sino el día que, sabido esto, perdamos con ello la vida o la libertad.

Escuchadas por el rey todas estas palabras que le fueron dichas, dijo así:

—Buenos señores, gran carga os cargáis, que Curial poco miedo tiene del marqués, ni éste hoy se atrevería a poner en obra lo que vosotros decís. Porque Curial tiene al presente tales amigos, que mal juicio demostraría el marqués si alguna de estas cosas que decís intentaba, y sin duda Curial se lo daría a entender así. Ni tampoco su hermana tal crimen ha cometido según yo entiendo y vosotros decís que merezca prisión o muerte; y caso de que algo hubiese, pensad que a Guelfa no le faltaría quien la defendiese, y si menester fuese, quien cruelmente la vengase. Si en mi casa tal caballero hubiera y hermana o hija mía de él se prendasen, yo se la daría por mujer; pues por virtud de caballería y de nobleza de corazón, en ningún tiempo caballero alguno valió más que éste. Y así, si vosotros para Guelfa buscáis matrimonio, no sigáis adelante, pues hallado le habéis en Curial, si ellos quieren, y mejor no ha de haber en el mundo. Sed, pues, componedores y no acusadores, pues muchas cosas sé que vosotros ni imagináis, por lo que, dejando las demás cosas, haced lo que me habéis prometido. Si por ventura otra vía más honesta podéis hallar, usad de ella, pues por nada en el mundo quisiera enojar a Curial.

Y así se despidió el rey de los ancianos.

Curial pone orden en los negocios del marqués.

Llegados que éstos fueron al alojamiento, hallaron a Curial, que los esperaba para cenar, y con muy alegre y buena cara les dijo:

—De aquí en adelante podemos empezar a tratar del negocio que aquí os trajo, y así, siempre que os venga en placer, me hallaréis dispuesto para hablar y hacer no solamente esto sino todas aquellas cosas que sean en provecho del marqués.

Respondieron los ancianos que él ya sabía para lo que habían venido, y que a él se llegaban y no a otra persona, y así que en él radicaban las cosas, y que empezase cuando su voluntad lo ordenara.

Por lo que Curial aquel mismo día fué con ellos a ver al duque de Borgoña y le habló largamente, dándole a entender que el marqués de Monferrato le había enviado a aquellos dos ancianos, y así le suplicaba y le pedía merced de que hallase modo de que por Antonio, monseñor su tío, el marqués de Monferrato no fuese molestado. El duque le contestó:

—Caro amigo, mi tío no está aquí y está enfermo de modo que, según hoy he sabido, no creo que con bien salga, y si por acaso cura, yo le haré aquí venir; y tened por seguro que por amor a vos tanto haré que bien irán los deseos del marqués. Si muere, que no lo quiera Dios, yo soy su heredero, así de todo lo que posee como de ese derecho del marquesado, si derecho es, y en

todo tiempo haré lo que me ordenéis, que ni en un punto he de separarme de ello.

Curial aceptó con gran placer esta respuesta, dándole infinitas gracias y obligándose a servirle aun más de lo que ya estaba obligado.

Con ello volviéronse a su alojamiento y concluyeron que al día siguiente Curial los despacharía, tomando Curial cargo del pacto concordado con el duque.

Los dos ancianos vuelven a Monferrato.

Imaginaba Curial que los ancianos eran por dentro como por fuera, y no pensaba en lo que se esforzaban noche y día. Por lo que, en cuanto apuntó el día siguiente, mandó venir sastres y vestidos, y vistiólos muy bien, así a ellos como a su gente, según a cada uno convenía. Y cuando estuvieron ya vestidos y a punto de partir, les entregó las cartas que al marqués remitía, y en las que, elogiando en los ancianos la discreción y la diligencia, los hacía testigos de todas las cosas. Y saliendo con ellos, sendas y muy bellas hacaneas y plata para el dispendio graciosamente les dió. Todo ello tomaron los ancianos sobremanera contentos humillándose y obligándose ante él. Se separaron, y volviéndose Curial hasta París, ellos anduvieron hasta Monferrato, donde con gran fiesta y muy alegremente fueron recibidos.

Leídas por el marqués las cartas de Curial,



quiso oír el testimonio de los ancianos, y en su virtud supo la respuesta del duque de Borgoña, de que tuvo gran alegría. Públicamente recitaron los ancianos al marqués y a Guelfa el estado en que Curial se hallaba, y el honor que se le hacía, y el que él por su gracia hacía a todos, y también la batalla sostenida contra el de Vilahir, y todo el triunfo en que se hallaba, de lo que el marqués, Andrea y Guelfa mostraron recibir gran placer. Y dijo el marqués que ciertamente no había en el mundo ni mejor ni más valiente caballero. Y de tal modo hablaron los ancianos de Curial que todos tuvieron por seguro que le amaban mucho. Por lo que Guelfa, imaginando que así fuese, les escuchaba muy de su grado, y les interrogaba a presencia de todos sobre algunas cosas que deseaba saber, ordenándoles que a su habitación fuesen para hablar con ella.

La Fortuna, veleidosa, apela a los Infortunios.

La Fortuna, que hasta aquel día había mostrado a Curial alegre y sonriente cara, requerida, por diversas instancias, por la Envidia que ni en un punto de ella se separa, deliberó, combatiendo a Curial con todo su poder, tener de él y de su virtud mayor prueba de la que hasta aquel día había podido tener. Y aunque hasta el presente le haya otorgado todos los bienes y todas las prosperidades que él ha sabido desear, larga y co-

piosamente, ahora quisiera amargarle hasta donde llegue su poder y entender.

Y llamando a los Infortunios, en la siguiente forma les habló:

—No puedo ni quiero negar que estéis de mí segregados, pues el día aquel que luché con la pobreza perdí en absoluto sobre todos señoría en forma que yo no os puedo mandar ni forzar, por la sentencia que contra mí fué dada. Empero súplicas no están vedadas, y así os suplico que, recordando el tiempo pasado, queráis otorgarme un placer, y debéis hacerlo según vuestra costumbre y buena usanza que nunca me dijisteis no en cosa que yo os pedía. La causa de mi ruego es ésta: Con todo mi poder me he esforzado en adelantar y situar en gran estado a un caballero llamado Curial, servidor de la señora de Milán, en forma que he hecho que le hallaran gracia los ojos de todas las personas que le han visto, sólo dos exceptuadas, a las cuales escogí para que vosotros pudieseis usar de vuestro buen oficio. Y son ellos dos ancianos caballeros de la casa de la nombrada señora de Milán, a los cuales mi hermana y buena amiga la Envidia, que aquí veis, ha tenido a su vera, sin partirse de ellos ni un instante, rogándome sin cansarse que le quisiera quitar todo o en parte el favor que le he dado. Viendo yo que esto no puedo hacer sin ayuda y favor vuestros, con afección os ruego que, mostrándoos favorables a poner en obra mis súplicas, le deis el asalto por todos aquellos caminos por donde yo

le he favorecido, arrebatándole a diestro y siniestro todos los bienes que yo le he dado, de manera que nada le reste. Y ello no de una vez, pues ligera cosa sería para él y poco trabajo ser destruído en un punto, sino despacio y por jornadas, así como despacio le he hecho yo y le he elevado. Veremos entonces si me conocerá, pues él tiene por seguro que todo, bienes y prosperidades que posee y ha poseído, los ha obtenido por sus méritos, no dando gracias al donador, y no piensa que jamás puedan faltarle. Así conoceré si su virtud soporta con igual ánimo a vosotros que a mí, aunque haya mucho a hacer en sufrir el bien y gobernarse en la prosperidad, en los infortunios se prueba la virtud de los hombres. Y al punto, siguiéndome a mí y por el camino que he recorrido para ponerle alto, le echáis abajo, a excepción de que en batalla no quiero que jamás sea vencido; pero tampoco quiero que le aproveche en nada la victoria ni le procure adelantamiento.

Los Infortunios, oídas las palabras y ruegos de la Fortuna, su antigua señora y dueña, de la siguiente manera se comportaron.

Aparición y sentencia de Juno.

Antes de contestar los Infortunios, alzaron una gran voz e invocaron a Juno, mujer y hermana de Jove; la rogaron que se les apareciese. Por lo que al punto Juno rompe y quiebra las nubes, envía



rayos y truenos y tempestad terrible, obscurece el cielo, caen piedras. Y resquebraja y rompe todas las cavernas del Lípari, y por cada grieta asoman vientos tempestuosos que por el mundo derriban árboles y torres altas. Neptuno agita los mares, rugen las aguas y huyen los peces en todas direcciones; perecen naves y galeras y maderos. Plutón abre la boca, lanzando fuego y piedras por la boca de Vulcano y del Etna, y quema jardines y viñas en Sicilia. Y como esto un rato hubiese durado, un tanto apaciguado el furor, todos juntos se sentaron, y al punto, los Infortunios, oficiales suyos, hincadas las rodillas, los ruegos de la Fortuna plenamente les contaron, y oídos que fueron, Juno antes que nadie habló sin menester licencia.

—¡Oh! Por cuántos modos, hermanos y carísimos amigos, he probado la ingratitud de este caballero. Y la bella Cipriana y Cupido su hijo son testigos que le hicieron tanto bien que le dieron en suerte la más bella y más rica mujer del mundo por enamorada. La cual, despreciada y aborrecida más de una vez ha incurrido él en pena de ingrato, buscando con los bienes de ésta amor de otra mujer, y por ello es razón que, no teniendo a la una, no consiga a la otra, y vaya perdido por el mundo, desterrado y sin honor; y yo, si a vosotros place, así lo pronuncio. Y concordando todos en esta sentencia, ordenaron a los Infortunios que le siguieran y de él no se apartaran hasta que la Fortuna, a cuyos ruegos esto

se juzgaba, mandando cesar fuese contenta. Y tornando las tempestades primeras cada uno a su reino se volvió.

Los Infortunios dijeron a la Fortuna por respuesta que eran contentos de seguir en todo lo que ella dispusiese acerca de Curial. Replicó Fortuna que ya les había descubierto su intención, y les rogaba que no perdiesen tiempo, sino que al punto pusiesen en obra sus deseos. Y ordenó a la Envidia que se fuese cabe los ancianos, y a los Infortunios, que se llegasen a Curial y de él no se partiesen. Con lo que la Envidia por una parte y los Infortunios por otra hicieron camino a sus sendos destinos.

La Envidia habla a Guelfa por boca de los ancianos.

Obedeciendo los ancianos a Guelfa, a su cámara fueron, y, no sospechando la enamorada mujer de la emboscada que le tendían, hablando primeramente de otras cosas, tan de lejos como pudo, llegó al punto de Curial, y recogiendo las velas le dijo:

—Bien sabe Dios que he sentido gran placer del honor que se os ha hecho en París, y en tanto se lo tengo a Curial como si a mí misma me hubiese honrado. Respondieron ellos en favor de Curial que aquel valeroso caballero se esforzaba tanto en honrar y favorecer a todos los que eran de Monferrato que maravillaba, y de un bien a

otro, de un honor a otro honor saltando, dijeron de Curial tantas y tan notables cosas que Guelfa no cabía en sí de gozo. Y aunque mucho habían dicho, no cesaban ni podían cesar, tantas eran las cosas vistas y ante ellos pasadas que, aunque sin término hablaran, se les olvidaría alguna cosa digna de recuerdo. Guelfa los interrogaba, y ora uno, ora otro le contestaban y decían tantas maravillosas cosas que otro paraíso Guelfa no podía desear.

Empero, entre otras interrogaciones, les dijo:

—Ahora decidme: ¿habéis visto a Laquesis?

—¿Cómo, señora, si la hemos visto?—dijeron ellos—. Señora, estad cierta de que por fuerza teníamos que verla, porque Curial en ningún momento sale de su casa, muerto ni vivo, y todos cuantos negocios tiene deja por ella.

—¿Es bella?—preguntó Guelfa.

—Ciertamente—dijeron ellos—, mucho lo es.

—Maravíllome—dijo Guelfa—de que no vuelva a Alemania.

Respondieron ellos:

—No puede, señora, tan encendida está en el amor de Curial.

—¿Y Curial?—dijo Guelfa.

—Bien se sabe; también la quiere bien; tened por cierto, señora, que no oye ni ve sino en ella. Y por mi fe, no es maravilla, pues ella le rinde tanta fiesta que muchos le tienen envidia, y ciertamente creo que si ella se va a Alemania él no la dejará por nada del mundo, antes partirá con

ella. ¿Y queréis saber, señora, si le ama? De esto bien podemos nosotros certificar, que por él pierde matrimonio con el duque de Orleans.

—¿Y cómo sabéis esto vosotros?—dijo Guelfa.

Respondieron:

—Porque el rey nos rogó que apartásemos a Curial secretamente de ella, a ser posible de modo que él no lo sintiese y hallásemos manera de que estuviese con vos, pues le queríais bien y tan pródigamente le dabáis de lo vuestro, y así acaso Laquesis, sin verle y sabiendo que se hallaba a vuestra vera, resentiríase y, como desesperada de él, consentiría el dicho matrimonio.

—¿Y cómo—dijo ella—se habla de tal manera de mí en París?

—Es cierto—dijeron ellos—, y aun tan deshonestamente, que más os valiera estar muerta que viva. Y por mucho que nosotros, por vuestro honor cuidando, hayamos querido ocultarlo y desviarlo, y porque nada sabemos ni creemos, tales cosas nos han sido dichas y tan deshonestas que es vergüenza oírlas para cualquier persona que vuestros servicios quiera. Y no nos maravilla que lo digan; pues Curial, siguiendo la costumbre de los jóvenes, por darse favor según dicen, ha hablado cosas que para tan alto caballero como él serían buenas para decir, y para vuestro honor menester sería que os costase cuanto tenéis, pero que jamás hubiera ido a Francia. Por otra parte, es bueno y notable caballero, hasta el punto que sólo de él se habla cuando de buenos caballeros

se trata; pero a vos más os valiera no haberle conocido.

Respondió ella:

—¿Y si por ventura no lo ha dicho él?

—Nosotros no sabemos sino lo que hemos oído decir, no por él; pero, para que sepáis esto cómo ha sucedido, como nosotros por orden del marqués hablásemos de vuestro matrimonio con el duque de Orleans, nos fué respondido que vos ya teníais marido y no podíais tener dos. Y como nosotros nos maravillásemos de aquellas palabras, nos fué replicado que estabais desposada con Curial, y acaso consumado el matrimonio, y por eso le dabais cuanto él dispendiaba, y así que dejásemos burlas a un lado.

Calló Guelfa y toda turbóse, y despidiendo a los ancianos, mandó llamar a Melchor de Pando, y díjole que Curial era ya muy rico y en gran favor, y lo que ella había pensado hacer, por lo que no le placía que desde aquel punto le enviase dinero, y así, que diese vuelta a la llave de la caja, que ella pensaría cómo dispendiar en bien de Dios, ya que harto en favor del mundo había dispendiado.

El disfavor de Guelfa y los pasos de Curial.

Partiéronse los ancianos de Guelfa, y a sus alojamientos se fueron, pensando haber cumplido algo de lo que deseaban.

A los pocos días llegó la doncella que Guelfa

había enviado a Curial; pero no le hizo fiesta alguna ni la interrogó como la vez primera, y si la doncella quería hablar de Curial, la señora desviaba hacia otras cosas y no la quería oír. Por ello conoció la doncella que su señora estaba furiosa contra Curial, y no se atrevía a hablar, y en el secreto de su corazón maldecía a Laquesis, pensando que Guelfa había oído de aquellos amores, y por ello estaba contra Curial mal dispuesta. Empero Guelfa, al cabo de unos días, así como de cosa de que cuidaba poco, dijo:

—Dime qué honor se hacen Laquesis y Curial.

La doncella, pensando que Guelfa lo supiese todo, le dijo lo que había visto y oído. Creyó entonces Guelfa las palabras de los ancianos, y volvió a ordenar más estrictamente a Melchor de Pando que cuidase de no dar nada a Curial, pues si con todo lo que le había dado no era bueno, no bastaría a mejorarle el tesoro del sultán. Melchor contestó que cumpliría su mandato.

Al cabo de poco tiempo, Curial, según solía, envió a Melchor de Pando demanda de dinero. Melchor respondió que no se atrevía a hacerlo si Guelfa no se lo ordenaba. Sorprendióse mucho Curial al oír esta respuesta, y secretamente y disfrazado fué a Monferrato y habló con Melchor de Pando de muchas cosas, y finalmente le mostró la carta respuesta que le había hecho. Melchor respondió ser cierto que él la había transmitido y que nada podía darle si Guelfa expresamente no se lo ordenaba.



Respondió Curial:

—Id a la señora y decidle que estoy aquí y que quiero hacerle reverencia, y que me ordene cuándo quiere que vaya.

Melchor respondió que así haría, y fué a Guelfa y le dijo que Curial estaba en su casa, y le suplicó le hiciese merced de recibirle. Respondió Guelfa:

—No es tal Curial ni le conviene el nombre como él se figura (1); decidle que no cuide de reverenciar mis palabras, que nada tengo que ver con sus hechos; vaya, en nombre de Dios, donde le plazca, que yo me he retraído y no me cuido de vanidades. A vos, Melchor, debo deciros que, si en algo estimáis estar a mi servicio, no me habléis más de él, que curada estoy de toda locura. Demasiado me costaría Curial si por él perdiera la otra vida, y si esto, que los pobres de Dios deben tener, se lo diese a él para dispendiarlo en mala forma. Harto le he dado si ha sabido guardarlo, y si no, busque quien le haga otro tanto como yo le hice hasta ahora. Y si él supiese la penitencia que me han dado por estas locuras, no hablaría más de ellas; de lo que le he hablado, arrepentida estoy.

Volvió Melchor con la respuesta, y dijo a Curial todo lo que había oído. Turbóse Curial y no pudo atinar la causa de todo aquello, y fué tanto

(1) Es imposible traducir exactamente esta frase. *Curial*, en idioma original, significa *cortés, pulido, galán*. De ahí la gracia de un juego de palabras imposible de conservar en la traducción.

lo que pensó aquella noche que no habló ni una palabra y metióse en cama varias cosas cogitando.

Al día siguiente, Curial dijo a Melchor:

—Señor padre, ruégoos por amor de Dios que acudáis a la señora y sepáis mejor qué le sucede.

Melchor le respondió que no se atrevería a preguntárselo; Curial le rogó que de todos modos fuese, y si no quería hablar, por lo menos escuchase si ella algo decía. Melchor contestó que le placía. Por lo que fué cabe la señoría de Guelfa.

Mas, por mucho que estuvo, ella ni un solo instante abrió la boca para hablar de Curial, de lo que Melchor se maravilló mucho, y, llegada la hora, a su alojamiento volvióse.

Esperando estaba Curial que Melchor le aportase alguna buena noticia; pero viendo que no hablaba, empezó a preguntarle qué había dicho la señora. Melchor respondió que no le había hablado.

—¡Ah, Santa María!—dijo Curial—. ¿Y no me daréis algún consejo?

Respondió Melchor:

—Cierto sólo uno sé, y es éste: Que os dirijáis a la abadesa, pues yo sé que es muy vuestra amiga y os quiere bien, y por ella podréis saber qué es esto, y éste es el mejor consejo que sé y puedo daros.

Siguiendo Curial el consejo y disfrazado fuése al monasterio y mandó decir a la abadesa que un gentilhombre, llegado a su puerta, la quería ha-

blar. Por lo que la abadesa llegóse a la puerta, y, viéndole disfrazado, no le conoció y dudaba en acercarse a él. Entonces él la aseguró diciéndole que se acercase, que despidiese a las demás monjas y le diría quién era, y la abadesa, ordenando alejarse a las otras, se acercó y él le dijo:

—Yo soy Curial.

En aquel punto, la abadesa le cogió la mano, le internó en el monasterio y, abrazándole y haciéndole gran fiesta, sentóse con él, preguntándole cómo iba así disfrazado.

Curial respondió:

—No se ha cumplido aún mi mala ventura, y si a Dios pluguiese, harto debiera habérseme cumplido ya.

Y enseñándole la carta de Melchor, díjole que había venido para saber de dónde provenía aquella novedad, y había sabido que estaba tan en el disfavor de Guelfa que más no podía, sin atinar a dar con la causa. Y que por todo ello le suplicaba y rogaba que fuese a hablar con la señora y supiese, si podía, cómo había acontecido todo esto, pues él creía no haber hecho ni dicho cosa por la que lo mereciese. Respondió la abadesa que iría y se esforzaría tanto como le fuese posible en saberlo y en hallarle algún remedio.

Sosegóse un tanto Curial, pensando que la abadesa proveería a todo, y, despidiéndose de ella, a su posada volvióse.

En cuanto la abadesa hubo comido fué a ver a Guelfa, que tuvo gran placer en recibirla, y

apartándose a un lado con ella, la causa de su visita le preguntó. Cuando la abadesa la hubo del todo explicado, Guelfa permaneció un momento pensativa sin responder nada; pero después pidió los Evangelios y una cruz y tomó juramento a la abadesa de que lo que iba a decirle ella no comunicaría a Curial ni a persona alguna en el mundo. Hizo, pues, venir a su doncella y mandóle repetir palabra por palabra todo lo que sabía de Curial y de Laquesis, amén de la fama que ella tenía en la corte del rey de Francia, de lo que la abadesa turbóse toda y dijo:

—Señora, por ventura Curial merece poco mal en esto.

Guelfa siguió diciendo:

—Amiga mía, yo quisiera antes morir que oír lo que oigo.

Y le añadió todas las palabras que de los ancianos había oído; por todo lo cual se había propuesto nada más darle ni hablarle, adicionando a esto que, en tanto estimase su vida, al monasterio no volviese por tal, que Curial, con tal de tener noticias, ni la enojase cada día ni se las enviase a preguntar. Así Curial enviaba cada día al monasterio a saber si la abadesa había regresado, y diciéndole que no, oculto esperaba a que volviese.



El duque de Orleans desposa a Laquesis.

La Fortuna, que había vuelto a Curial sus espaldas fieras y crueles, fuése al duque de Orleans, y en sueños, toda riente y alegre, se presentó a él y así le dijo:

—Carísimo amigo mío; yo había favorecido a Curial con todo mi poder, y ahora, cansada de derramar todos los bienes en un sitio, vengo a ti, sabiendo que Curial era un gran estorbo en tus amores con Laquesis. Para socorrer y ayudar a tu afligido espíritu, te doy fe de que si tú ahora intentas el matrimonio, yo te seré de tal manera favorable que obtendrás lo codiciado. Y si no te lo impide la fuerza, de ningún otro modo puedes perderlo. Por lo que en cuanto apunte el día, ves a suplicar al rey que, mandando buscar a Laquesis y a su madre, de estas bodas vuelva a hablarles, y al punto le serán otorgadas, pues Laquesis está descontenta de Curial porque sin decirle nada se ha ido a ver a Guelfa. Y sabe, ¡oh, duque!, que Curial se halla en tal extremo que no volverá aquí jamás, y si lo hace, poco tiempo estará y caerá en disfavor, pues yo le he desfavorecido y los Infortunios le han asaltado y no le dejarán en muchos años, y a tal punto le reducirán que, no haciéndose de él mención alguna, ignorarán los que le conocen el lugar donde vivirá y será borrado de la memoria de los hombres.

Y desapareciendo haciendo girar su rueda, corrió a otras partes.

Al día siguiente, el duque, recordando el sueño, creyó que así sucedería y fué a ver al rey, y sin decirle lo que había soñado, le suplicó enviase a buscar a la duquesa de Baviera y le volviese a hablar del matrimonio aquel de que tantas otras veces le hablara, pues él sabía con certeza que sólo lo impedía Curial y no otra persona, y estaba seguro de que Curial no volvería a Francia ni cuidaba ni cuidaría más de Laquesis. Y así, que le hiciese esta gracia de poner de nuevo las manos en ello.

Pensó en seguida el rey al oír éstas palabras que los ancianos con quien él había hablado habían hallado modo de que Curial partiese. Por lo que al punto mandó venir a la duquesa y a su hija, y tanto les habló en distintos modos y tanto se esforzó, que Laquesis, imaginando que la Fortuna había de ser adversa a Curial por razón de haberse marchado a Monferrato sin decirle nada, consintió en el matrimonio, y antes de que abandonaran la real estancia muy secretamente los desposaron.

Casados que estuvieron, Laquesis puso tan ardientemente sus amores en el duque, que sin él ni una hora no quería pasar. Ignoraban todos la causa, no sabiendo nada de la boda, y los amigos de Curial plañían mucho a este caballero, pero aun pensaban que, llegado él, el duque aquel favor perdería. Así esperaban su regreso.



Sufre Curial todos los Infortunios.

Permaneció Curial en Monferrato algunos días, y como no volvía la abadesa ni de ella podía obtener respuesta, dióse a pensar, y en aquel pensamiento adicionó uno a otro error. Que es conrición de hombres desamparados por la Fortuna y acorralados por los Infortunios, cuidando enmendar y enderezar sus errores, más errar, trabajando por su daño.

Curial dijo a Melchor:

—Señor padre, yo nada hago aquí; antes pierdo el tiempo en vano, por lo que he pensado volver a París a buscar modo de que no caiga del estado en que estoy. Por mi fe os prometo que si hubiera querido a Laquesis por mujer, ya hace luengos días que la tendría, y por ventura no me hubieran dado ahora en las narices, y si lo hiciesen como ahora hacen, sabría dónde acogerme. Acaso tendré ahora por necesidad que hacer por fuerza lo que por mi voluntad no quise, y así quiero partir y poner orden en mis cosas. Pues si al presente no tengo dinero que gastar, joyas tengo y otras prendas con que socorrerme, y antes de que sea sabido el disfavor que aquí he hallado, quiero buscar remedio para mi vida, que perdería de dolor si aquí continuase. Y, entre tanto, os ruego, si es posible, que procuréis hallar arreglo en estos hechos, pues si me escribís que vuelva, al punto me tendréis aquí.

Muy sabio era el anciano, y a Curial respondió así:

—¡Ay! Me temo que yerres el camino, pues todas las mujeres que tienen sentimientos, señaladamente las grandes señoras, quieren tratarnos de ese modo, y no pudiendo ni sabiendo castigar a las personas que aman en otra manera, prívanles el hablar, se ocultan de ellas y dicen que no las quieren. Empero muchas veces sucede que pasan muchas penas por los enamorados a quienes castigan, que ellos, aunque se crean olvidados del amor y no pudiendo soportarlo largamente, ellas mismas procuran que se hagan las paces. Y eso vos sabéis bien, porque en este mismo sitio ya os ha acontecido. ¿Dónde queréis, pues, ir, ni qué imagináis hacer que os sea provechoso? ¿Dónde hallaréis mujer tan rica y tan bella como ésta, ni cómo la induciréis a que os dé tanto como ésta os ha dado? Abrid los ojos del entendimiento, y si habéis errado, enmendaos y no erréis otra vez, pues este error peor sería que el primero. Y si ella lo oía, acaso pensara, como es razón, haciéndola en menos y despreciándola, que a Laquesis tomabais teniendo en poco su despecho. Y por ventura, de despechada caería en cruel, y aborreciéndoos, podría ser causa de que os perdieseis, pues tales avances como los que Guelfa os ha dado no los tiene quien quiere todos los años en Pascua.

Calló un instante Curial, sin responder cosa ninguna, y se fué a dormir; pero ya en el lecho,



y no pudiendo dormir, el consejo de Melchor aprobó, y pensando muchas cosas y de una a otra imaginación saltando, cansado por larga vigilia, durmióse, y dormido, el siguiente infortunio se le apareció:

Una mujer de mucha nobleza y digna de reverencia, acompañada de muy notable gente, a él se acercó, y le dijo:

—Curial, no te maravilles si me siento, porque he andado mucho, y fatigada por la largueza del camino no puedo, de cansancio, tenerme en pie. ¡Oh, Curial! ¿Qué he hecho yo que así he de perder mi hija por ti? Responde y dime qué ganancia logré cuando por tu esfuerzo recobré a Cloto, que casi ya había perdido, si después me haces perder a Laquesis, que es toda mi vida. Ya la otra estaría olvidada, pero ésta abreviará mis días. Dime, Curial, ¿no es Laquesis conveniente mujer para ti? Ciertamente no hallaríamos en el mundo duque o señor que no la quisiera, y no sé por qué la desprecias. Si lo haces por Guelfa, mucho yerras, porque Guelfa ya te ha aburrido, y bien lo sabe ese viejo falso que te aconsejaba que no fueses a París, y consejo alguno vale contra el hastío que ella le ha ganado. Y aun, si me haces hablar, puedo asegurarte que ella, cansada de ti, ha puesto otro en tu lugar que más cerca de ella está que tú estuviste, y de sus amores, a fin de que ella le sea fiel, con la posesión corporal ha aprehendido firmes y seguros rehenes. A ti tan sólo comunicaba sus bie-

nes; al otro, sus bienes y su cuerpo. Por lo que te aconsejo que, perdiendo la esperanza vana, te vayas de aquí al punto, y ven mientras tengo lugar de darte mi hija, y no pierdas lo que tienes en la mano por lo que no puedes tener, pues los solicitantes son muchos y los pretendientes grandes, y yo te certifico que si tú no vas pronto morirá por ti, o, aun contra su voluntad, bajo otro poder has de verla, y tu remedio o loca excusa será sólo la de los groseros, que dice: "No lo creía."

Y desapareciendo prontamente con el sueño, marchóse.

Despertó Curial, y recordando el sueño tuvo por seguro que de todo en todo había perdido a Guelfa; por lo que, no queriendo perder a Laquesis, deliberó salir en todo caso de Monferrato para ir a París. Y en cuanto llegó el día, que hasta le parecía que tardaba, mandó a buscar a Melchor, y le dijo que por nada del mundo dejaría de ir a París, para disponer de su gente y darles de qué viviesen; pero que le encarecía quisiera encomendarle a la señora y excusarle tanto como pudiese, pues en cosa alguna había errado. Y si sospechaba de Laquesis, erraba mucho, porque verdad era que la visitaba, como muchos lo hacían, pero que él en ella y ella en él no había entre ellos sino lo que la gente veía.

Respondióle Melchor que, puesto que así lo quería, fuese en nombre de Dios, pero que no imaginaba ser lo mejor, y que con la señoría obra-

ría, según había acostumbrado, con todo su poder. Y con ello, Curial partió.

Por aquel mismo tiempo, el duque de Borgoña marchó a su tierra, y así también el conde de Foix, de modo que en la corte del rey de Francia faltaban algunos de los amigos de Curial.

Volvió Curial a París y halló el mundo cambiado, y, no viendo a los amigos que tener solía, empezó a caer en disfavor, y le era preciso, por no quedar sólo, ir detrás de aquellos que antes detrás de él seguían. Laquesis le envió a decir que no la visitase, porque estaba matrimoniada con el duque de Orleans, que de su visita tomaría gran enojo, y así que hiciese su pro. Del mismo modo hasta el rey hubiese preferido que Curial no volviese tan pronto, pensando que Laquesis, no habiéndolo olvidado todavía, no sabría gobernarse con aquella discreción que convenía a su estado. Por ello no hizo a Curial fiesta tanta ni tan buena cara como solía. De modo que a Curial, que tristemente iba, no se le acercaban más que hombres en disfavor, de los que no se hacía mención.

Vió cerrados todos los caminos que acostumbraba a hallar abiertos, y convencido de su disfavor, desesperóse y estuvo muy a punto de entregar su alma al diablo. Y con ello perdió el apetito y el sueño, y cayó en tanta tristeza que no hallaba placer en cosa ninguna, y hablaba a solas como un loco, gesticulando terriblemente; paseaba sin cesar por la habitación y respondía



muchas veces sin que nadie le llamase, y cuando le llamaban no respondía, sino que, como persona irreflexiva y fuera de todo albedrío, le era preciso que le obligasen a comer, pues nunca tenía apetito; estaba sin color y sin donaire, y no lograba poner gracia en cosa que dijese o hiciese.

Pero aun no satisfecha la Fortuna, le procuró otro infortunio. Imaginando Curial que allí perdía el tiempo y estaba cercano a perder el cuerpo y el alma, determinó volver a Monferrato antes que Guelfa supiese el disfavor de París. Por lo que, agenciándose dinero merced a algunas joyas y con otras cosas que juzgaba no provechosas y que no podía llevarse, púsose en camino y se trasladó a Monferrato lo más secretamente que pudo, y dejando a su gente en algún apartado lugar, a su alojamiento fuése. Melchor, al verle, no le hizo tanta fiesta como solía, pensando que no le pluguiera a Guelfa; pero, con todo, le acogió y le preguntó qué había hecho en París. Respondió que nada había cumplido sino apresurar su regreso. Replicó Melchor:

—¿Ya maridó Laquesis?

Respondió Curial:

—No lo sé, ni me entrometí en sus actos; mucho pluguiérame que fuese cierto; por lo menos, acabarían las sospechas.

—Por mi fe—dijo Melchor—, cierto es, y voy a deciros cómo lo he sabido. El mismo día que de aquí salisteis, Guelfa mandó a buscarme y me dijo que no os tuviese más en mi casa, y yo le

contesté que habíais ido a París a poner orden en vuestras cosas y volver. Guelfa envió al punto un escudero en vuestro seguimiento, el cual, volviendo, ha contado nuevas así de las bodas de Laquesis como del gran disfavor en que habéis caído, de lo que Guelfa ha reído mucho. Yo me he esforzado con la abadesa tanto como he podido en volveros a servicio de la señora; empero no nos ha sido posible convencerla. Y como le fuese dicho por nosotros que si aquellos dos ancianos la rogasen, ella lo hiciera, al punto hincó las rodillas en tierra, miró al cielo y juró y votó a Dios Nuestro Señor, a la Virgen María y a toda la corte celestial, que ni por propio impulso ni a ruego de hombre nacido jamás os perdonaría, a no ser que la corte del certamen de (1) la Virgen, junta con el rey y la reina de Francia, la implorasen, lo cual era y es imposible. Y aunque todos los enamorados allí reunidos pidiesen piedad por vos a grandes voces, ella jamás accedería. Ved, pues, en qué estado se hallan vuestras cosas.

Calló Curial, deseando la muerte más que la vida. Después de un largo silencio, como el dolor le hiciese hablar, las siguientes palabras dijo:

—Una sola cosa al menos quisiera obtener, y después venga la muerte cuando le plazca: que la señora me hiciese tanta merced que quisiera

(1) *Puig de Nostra Dona* dice el original. Se refiere a las fiestas poéticas de *Puis de Notre Dame.*

oírme una sola vez, y que después hiciese lo que mejor le pareciese.

Prometióle Melchor esforzarse cuanto pudiese en que la señora quisiera oírle. Curial aquella noche no durmió ni halló reposo. Melchor se esforzaba en vano en consolarle. El día siguiente, Melchor fué a la señora, y al salir de misa, a ella se acercó, e hinojándose, le habló de esta manera:

—¡Oh, señora, más noble y más valerosa que todas las otras, os imploro merced de perdón para estas viejas canas mías, que tienen la osadía de hablar delante de tanta y tan singular excelencia, especialmente de cosa que sin particular licencia de vuestra señoría no debiera pronunciar mi boca! Indúceme a ello mi vejez, pensando que, aunque por este hecho tenga que morir, no puedo perder muchos días, y por otra parte me aseguran los muchos servicios que en la largura de tanto tiempo como ha pasado os he hecho y haré mientras os plazca y el alma fatigada a esta pesada y vieja carne quiera hacer compañía. Ello es rogaros que Curial, que volvió anoche y está en mi casa, sea oído por vos una vez tan sólo. Esta única merced, ¡oh, nobilísima señora!, halle yo en vos, y a mí, no a él, conceded esta gracia, que entiendo ser la última que os pida.

La abadesa, hinojada también, también le suplicaba que quisiera concederla; por lo que Guelfa, viendo la instancia importuna con que la rogaban, quiso otorgarlo, corroborando no obstante y reafirmando el voto que había hecho con jura-



mento solemne de que no lo enmendaría en nada, y que en cuanto le hubiese oído se fuese y en treinta leguas no se acercase a lugar en que ella estuviese.

Fuéle esta respuesta transmitida a Curial. Por lo que Melchor, la noche siguiente, le condujo a la cámara de Guelfa, y ésta, metiéndose en un reservado, cerró la puerta y ordenó a la abadesa que dijese a Pando que aquel hombre que con él había venido hablase y dijese todo lo que decir quería, que ella estaba en sitio desde donde podía oírle bien. Melchor dijo a la abadesa si sería posible que le viese la cara, y faz a faz hablarla, y le fué contestado que no. Por lo que Curial se arrodilló y empezó a disculparse mucho y a suplicar merced, que en caso de haber pecado quisiera perdonarle, y habló un espacio de tiempo. Y aunque era muy elocuente y gran orador, ciertamente en aquella ocasión había perdido y perdió toda ciencia y sabiduría del habla, y cuanto más se esforzaba en disculparse, parecía que con mayor fuerza él mismo se acusase, y de lo que nada era hacía crimen y pecado mortal. Ved qué cosa es el hombre cuando pierde la gracia. Empero Guelfa lo oyó todo, y en cuanto hubo acabado, de aquel sitio mudóse y mandó a la abadesa que les dijesen que se fuesen; y como ésta la requiriera a que respondiese a las palabras que había oído, la señora le contestó que no había prometido más que oirle y que ya lo había hecho, y le tuviesen por excusado contestar, pues jamás

le hablaría. Así, la abadesa les dijo que, pues la señora les había oído, se fuesen, que sobre esto nada más podía hacerse.

El autor se compadece de Curial y de su gran dolor.

Triste y muy doloroso me hallo ante la desventurada y muy congojosa separación de Curial, y dígoos que si Curial, llorando, hinojado en el umbral de la puerta de Guelfa, pudiese morir, imagino que aquella muerte sería dulce medicina al dolor suyo, pues la muerte hubiera acabado todas sus mundanales penas. Cierto es que esta desconocida Antropos, que amenaza a todos los vivientes con su cuchillo afilado con que los sendos hilos de todas las vidas corta, es de tan cruel condición que las más de las veces mata a aquellos que tienen deseo de una larga vida, y a aquellos que la buscan e imploran, mira con desprecio; y después, volviéndoles la asquerosa cara, arruga la nariz, alarga los labios, hace como quien no oye, como serpiente sorda. Y fingiéndose ciega, no perdona voluntad alguna, pues todo su deporte es bañarse en lágrimas que, con diversos argumentos, se esfuerza en arrancar de los ojos de los que lloran. Ciertamente, aquel doloroso día que Curial partióse de la cámara de Guelfa creyó morir, y en aquel punto poco deseo tenía de la vida. Y aun cuando lo recuerdo,



impelido por las lágrimas de Curial doloroso, me apresuro a hacerle compañía. Apartada ya Guelfa de la puerta, y cuando Curial, sin ser ya oído, inútilmente se excusaba, confortado por Melchor, fué alzado del suelo y con muchas palabras requerido a que de aquel llanto se quisiera abstener, y que mejor partido era que no relajaba a Guelfa, según se demostraría por vivas razones ante justificado árbitro. Curial, no atendiendo, empero, la verdadera sentencia de estas palabras, sobremanera turbado, mudo estuvo un instante; mas en seguida invocó a San Pedro diciendo si había perdido las llaves del Paraíso o que si las tenía, quisiese usar de su oficio, a fin de que un trozo de madera no le vedase la entrada.

—Callad—dijo Melchor—, que no es éste aquel Paraíso del que tiene las llaves San Pedro; lejos está el uno del otro, y sus leyes son harto distintas. Empero, caso de que queráis que esto sea Paraíso, estad seguro de que ni en éste ni en aquél pueden entrar sino pasando primero por Purgatorio; y así, vámonos a casa, y por ventura conoceréis así no ser tan grande el daño como imagináis. Por lo que, casi a la fuerza, sacó a Curial de allí y emprendieron el camino.

¡Ay de mí, y cómo escribiré sin llorar aquella dolorosa partida! Ciertamente desfallece la fuerza de mis dedos y cae la pluma en medio del papel blanco y en diversos sitios lo salpica; ya me olvido de mí mismo y miro al desventurado Curial, que se aleja con pasos descompuestos y la cara

turbada. ¡Oh, Curial! ¿Dónde dejaste la gracia y el donaire de tu paso? No son ésos tus gestos; devuélvelos a aquel de quien son; recobra los tuyos. ¿Por qué te cambias por otro? ¿No estás contento con lo que Dios y la Naturaleza, sirviente suya, copiosamente te han dado? ¿Eres mujer, que nunca se contenta de la belleza que tiene, por mucha que sea, y por todo extremo la acrece con manual artificio de sus gestos, ora de un modo, ora de otro, y no satisfecha de los espejos que la verdad le muestra, pregunta a las demás para que le digan qué les parece? Ahora mira hacia atrás, y parece que se ha de romper el cuello, y saliendo los ojos de sitio, torciéndose para mirarse la cola, en la cual, aunque hubiese tantos ojos como en la del pavo real, aun no le parecerían bastantes para mirarse bien. Y Argos se vería apurado para contentarla, aunque todos sus ojos le prestase. Yo te ruego, Curial, que vuelvas en ti y te reconozcas bien mientras aun estás a tiempo, y si quieres juzgar mi voluntad, verás no tienes razón para quejarte.

Diálogo de Melchor y Curial.

Llegado a su mesón, Curial dejóse caer en el lecho, no de otra manera que una gran carga de leña cae pesadamente, y, sueltas las retenidas lágrimas, amargamente sollozó, maldiciendo su



desventurada ventura, por lo que Melchor, yendo hacia él, en la siguiente forma le habló:

—Bien conozco, Curial, que tus virtudes han perdido sus fuerzas y estás muy necesitado de consejos, y si no me retuviese el recuerdo de que he sido joven y muchas veces erré los caminos que tu yerras, me esforzaría en reprender tus impulsos no discretos. ¿Cuidas con lágrimas restaurar tu caso? De nada aprovecha esa manera, y aun te conviene, si quieres bien lograr, abandonarla en seguida. Otra es la vía que has de andar, pues la que sigues no lleva al bien, sino al abatimiento. Reconócete y véncete mientras estás a tiempo, y, enjugando las lágrimas, abre sitio a mis palabras y disponte a tomar consejo. Recíbelo, pues de mí, que otra cosa no deseo que tu honor y tu bien, y respóndeme.

MELCHOR

¿Qué injuria te infiere Guelfa si su auxilio, no el tuyo, te deniega?

CURIAL

No me infiere injuria alguna.

MELCHOR

¿Pues por qué lloras?

CURIAL

No lloro por injuria, sino porque me condena con error, y caso de que error yo haya cometido, no merece tan gran punición.

MELCHOR

Ciertamente has errado y no puede decirse lo contrario, y los castigos no deben darse a voluntad de los castigados. Calla, pues, y bien harás, ya que llorar no procura remedio.

CURIAL

Eso es al contrario, pues llorar aleja dolor.

MELCHOR

Bien está lo hecho, y pláceme que busques vía por donde alejar el dolor.

CURIAL

Dígote, Melchor, que muchas veces ocurre morir los hombres dispersa la hiel por tanto llorar.

MELCHOR

Cierto, pero tú por remedio lloras y no para morir.

CURIAL

¡Ah, Melchor, padre mío! Te ruego, si es posible, que busques otro remedio a mi consolación, y con los ojos del pensamiento mira los dolores de mi corazón y la muerte que me amenaza, pensando que yo la temo. No sabe lo presto que estoy a seguirla, o, de lo contrario, más perezosamente se me acercara. ¡Oh, vosotras las tres hermanas que fatalmente disponéis de la vida de los hombres; rompa la una su huso y no hile más; des-



canse la otra y no crezca entre sus dedos la tela, y corte la otra en la tela los hilos de mi vida, y entre las tres dad fin a mis males. ¡Ved con cuánta necesidad os invoco, y vedme de rodillas ante vosotras; no me volváis la cara; oídme al menos, y si tenéis algún espíritu de piedad, usad de él conmigo, quitándome de este mundo para mí cruel y durísimo!

FIN DEL LIBRO SEGUNDO Y DEL TOMO I



INDICE DEL TOMO I

Págs.

Págs.



COLECCIÓN UNIVERSAL

OBRAS PUBLICADAS

(Julio de 1919 a marzo de 1920.)

N.º 1. 2, 3 y 4.—**Poema del Cid.** Texto y traducción por Alfonso Reyes.—**1,20 ptas.**

N.º 5 y 6.—Lope de Vega: **Fuente Ovejuna.** Comedia. Edición revisada por Américo Castro.—**60 cts.**

N.º 7.—Kant: **La paz perpetua.** Ensayo filosófico. Traducción del alemán por F. Rivera Pastor.—**30 cts.**

N.º 8, 9 y 10.—O. Goldsmith: **El Vicario de Wakefield.** Novela. Traducción del inglés por Felipe Villaverde. **90 cts.**

N.º 11, 12 y 13.—La Rochefoucauld: **Memorias.** Traducción del francés por Cipriano de Rivas Cherif.—**90 céntimos.**

N.º 14 y 15.—J. Ortega Munilla, de la Real Academia Española: **Relaciones contemporáneas.** Novelas breves.—**60 cts.**

N.º 16.—P. Merimée: **Doble error.** Novela. Traducción del francés por A. Sánchez Rivero.—**30 cts.**

N.º 17, 18, 19 y 20.—Stendhal: **Rojo y negro.** Novela Tomo I. Traducción del francés por Enrique de Mesa.—**1,20 ptas.**

N.º 21, 22, 23 y 24.—Stendhal: **Rojo y negro.** Novela. Tomo II. Traducción del francés por Enrique de Mesa.—**1,20 ptas.**

Nº 25 y 26.—Goethe: **Las cuitas de Werther.** Novela. Traducción del alemán por José Mor de Fuentes, revisada y corregida.—**60 céntimos.**

N.º 27.—Antonio Machado: **Soledades, Galerías y otros poemas.** Segunda edición. — **30 céntimos.**

N.º 28 y 29.—Cervantes: **Novelas ejemplares.** Tomo I.—"La Gitani-

lla" y "El amante liberal".—**60 cts.**

N.º 31, 32 y 33.—L. Andreiev: **Sachka Yegulev.** Novela. Traducción del ruso por N. Tasin.—**90 cts.**

N.º 34 y 35.—C. Castello-Branco: **Dos novelas del Miño.** Traducción del portugués por F. Blanco Suárez. **60 cts.**

N.º 36 y 37.—Cicerón: **Cuestiones académicas.** Traducción del latín por A. Millares.—**60 céntimos.**

N.º 38, 39 y 40.—Villalón: **Viaje de Turquía.** Tomo I. Edición de A. G. Solalinde.—**90 céntimos.**

N.º 41, 42 y 43.—Villalón: **Viaje de Turquía.** Tomo II. Edición de A. G. Solalinde. — **90 céntimos.**

N.º 44 y 45.—Vladimiro Korolenko: **El día del juicio.** Traducción del ruso por N. Tasin.—**60 cts.**

N.º 46 y 47.—Serafín Estébanez Calderón "El Solitario": **Novelas y cuentos.—60 cts.**

N.º 48. — Leibnitz: **Opúsculos filosóficos.** Traducción por Manuel G. Morente.—**30 céntimos.**

N.º 49, 50 y 51.—Plutarco: **Vidas paralelas.** Tomo I. Traducción del griego por Antonio Ranz Romanillos, revisada y corregida. **90 cts.**

N.º 52, 53 y 54.—Abate Prevost: **Manón Lescaut.** Novela. Traducción del francés por Enrique de Mesa.—**90 céntimos.**

N.º 55 y 56.—Ruiz de Alarcón: **Los pechos privilegiados.** Comedia. Edición cuidada por Alfonso Reyes. **60 cts.**

N.º 57.—Vélez de Guevara: **El Diablo Cojuelo.** Novela.—**30 cts.**

N.º 58, 59 y 60.—George Eliot: **Silas Marner.** Novela. Traducción del inglés por Isabel de Oyarzábal.—**90 cts.**

N.º 61 y 62.—Alejandro Kuprin: **El Dios implacable.** Novelas. Traducción del ruso por N. Tasin.—**60 cts.**

N.º 63, 64 y 65.—Trindade Coelho: **Mis amores.** Cuentos. Traducción del portugués por P. Blanco Suárez.—**90 céntimos.**

N.º 66, 67 y 68.—Madame de Stael: **Diez años de destierro.** Memorias. Traducción del francés por M. Azaña. **90 cts.**

N.º 69 y 70.—Tirso de Molina: **El condenado por desconfiado.** Comedia. Edición de Américo Castro.—**60 cts.**

N.º 71.—Kant: **Lo bello y lo sublime.** Ensayos críticos. Traducción del alemán por A. Sánchez Rivero. — **30 céntimos.**

N.º 72 y 73.—Alfredo de Musset. **Cuentos.** Tomo I. Traducción del francés por L. Fer-

nández Ardavín. — **60 céntimos.**

N.º 74 y 75.—Leopoldo Alas (Clarín): **El señor y lo demás son cuentos.—60 cts.**

N.º 76 y 77.—L. Sterne: **Viaje sentimental.** Traducción del inglés por Alfonso Reyes.— **60 cts.**

N.º 78, 79 y 80.—Julio César: **Comentarios de la guerra de las Galias.** Traducción del latín por D. J. Goya y Muniain, revisada y corregida.—**90 cts.**

N.º 81 y 82.—A. Chejov: **La sala número seis.** Cuentos. Traducción del ruso por N. Tasin. **60 cts.**

N.º 83 y 84.—Garcilaso de la Vega: **Poesías. 60 cts.**

N.º 85.—C. Cornelio Tácito: **La Germania.** Traducción del latín por D. Alamos Barrientos, revisada y corregida. — **Diálogo de los oradores.** Traducción del latín por D. C. Sixto y D. J. Ezquerra, revisada y corregida.—**30 cts.**

N.º 86, 87 y 88. — E. About: **El rey de las montañas.** Novela. Traducción del francés por A. Sánchez Rivero.—**90 cts.**

N.º 89 y 90.—A. Caron de Beaumarchais: **El barbero de Sevilla.** Comedia. Traducción del francés por J. I. Alberti y E. López Alarcón.—**60 cts.**

N.º 91, 92 y 93.—J. Sandeau: **La señorita de la Seiglière.** Novela. Traducción del francés por Pedro Vances. **90 cts.**

N.º 94 y 95.—Cervantes: **Novelas ejemplares.** Tomo II. "La española inglesa" "Rinconete y Cortadillo", "Licenciado Vidriera". — **60 céntimos.**

N.º 96 y 97.—A. de Lamartine: **Graziella.** Novela. Traducción del francés por Juan José Llovet.—**60 cts.**

N.º 98, 99 y 100.—M. d'Azeglio: **Mis recuerdos.** Tomo I. Memorias. Traducción del italiano por E. de Echauri.—**90 cts.**

N.º 101, 102 y 103.—M. d'Azeglio: **Mis recuerdos.** Tomo II. Memorias. Traducción del italiano por E. de Echauri.—**90 cts.**

N.º 104 y 105.—L. Andreiev: **Los espectros.** Novelas breves. Traducción del ruso por N. Tasin.—**60 cts.**

N.º 106, 107 y 108.—Dante Alighieri: **El Convivio.** Traducción del italiano por Cipriano Rivas Cherif.—**90 cts.**

N.º 109.—Francisco Herczeg: **Las hermanas Gyurkovics.** Historia familiar. Traducción del húngaro por Andrés Révész.—**30 cts.**

N.º 110, 111, 112 y 113.—Jane Austen: **Persuasión.** Novela. Traducción del inglés por

M. Ortega Gasset.—**1,20 pesetas.**

N.º 114 y 115.—G. Flaubert: **Tres cuentos.** Traducción del francés por Luis Bello.—**60 cts.**

N.º 116, 117 y 118.—A. Caron de Beaumarchais: **El casamiento de Fígaro.** Comedia. Traducción del francés por E. López Alarcón.—**90 cts.**

N.º 119 y 120.—Fenelon: **La educación de las niñas.** Traducción del francés por María Luisa Navarro de Luzuriaga.—**60 cts.**

N.º 121 y 122.—Máximo Gorki: **Varenka Olesova.** Novela. Traducción del ruso por N. Tasin.—**60 cts.**

N.º 123, 124 y 125.—M. d'Azeglio: **Mis recuerdos.** Tomo III y último. Memorias. Traducción del italiano por E. de Echauri.—**90 cts.**

N.º 126 y 127.—Agustín Moreto: **El lindo don Diego.** Comedia. — **60 céntimos.**

N. 128.—Robert Filmer: **Patriarcha o El poder natural de los Reyes.** Tratado político. Traducción del inglés por Pablo de Azcárate. — **30 cts.**

N.º 129 y 130.—Plutarco: **Vidas paralelas.** Tomo II. Traducción del griego por Antonio Ranz Romanillos, revisada y corregida. — **60 cts.**

N.º 131, 132 y 133.—Carlos Nodier: **El hada de las migajas.** Cuento fantástico. Traducción del francés por Pedro Vances.—**90 cts.**

N.º 134, 135, 136 y 137.—Giovanni Verga: **Los Malasangre.** Novela. Traducción del italiano por Cipriano Rivas Cherif.—**1,20 ptas.**

N.º 138 y 139.—Cervantes: **Novelas ejemplares.** Tomo III. "La fuerza de la sangre", "El celoso extremeño" y "La ilustre fregona".—**60 cts.**

N.º 140.—Tomás Arnold: **Ensayos sobre Educación.** Traducción del inglés por Lorenzo Luzuriaga.—**30 cts.**

N.º 141 y 142.—Leónidas Andreiev: **Dies irae.** Novelas breves. Traducción del ruso por N. Tasin.—**60 cts.**

N.º 143 y 144.—Grazia Deledda: **Elías Portolu.** Novela. Traducción del italiano por Eustaquio de Echaurí. — **60 cts.**

N.º 145.—Voltaire: **Memorias.** Traducción del francés por M. Azaña. **30 cts.**

N.º 146, 147 y 148.—Thackeray: **Catalina.** Novela. Traducción del inglés por Mariano Alarcón.—**90 cts.**

N.º 149 y 150.—Goldoni: **La posadera.** Comedia. Traducción del italiano por Cipriano Rivas Cherif.—**60 cts.**

N.º 151, 152 y 153.—Vic-

tor Hugo: **Bug-Jargal.** Novela. Traducción del francés por D. Dionisio Alcalá Galiano, revisada y corregida. **90 cts.**

N.º 154 y 155.—Torres Villarroel: **Vida.** Memorias. Tomo I.—**60 cts.**

N.º 156, 157 y 158.—Montesquieu: **Grandeza y decadencia de los romanos.** Traducción del francés por E. Bohigas.—**90 cts.**

N.º 159 y 160. — Hauf: **Cuentos.** Traducción del alemán por C. Gallardo de Mesa. — **60 céntimos.**

N.º 161 y 162.—Kuprin: **El brazalete de rubíes.** Novela. Traducción del ruso por N. Tasin.—**60 cts.**

N.º 163 a 166.—Dozy: **Historia de los musulmanes de España.** Tomo I. Traducción del francés por Magdalena Fuentes.—**1,20 pesetas.**

N.º 167 y 168.—Teixeira de Queiroz: **Cuentos.** Traducción del portugués por P. Blanco Suárez.—**60 cts.**

N.º 169 y 170.—A. de Vigny: **Chatterton.** Drama. Traducción del francés por J. Robles. **60 cts.**

N.º 171 a 173.—Cervantes: **Novelas ejemplares.** Tomo IV y último. "La señora Cornelia", "Las dos doncellas" y "Coloquio de los Perros".—**90 cts.**

N.º 174 y 175.—Torres Villarroel: **Vida.** Memorias. Tomo II y último.—**60 cts.**

N.º 176.—Eugenio d'Ors. **La Bien Plantada de Xenius.** Novela. Traducción del catalán por Rafael Marquina. **30 cts.**

N.º 177 a 180.—H. de Balzac: **Papá Goriot.** Novela. Traducción del francés por J. de Zuazagoitia. —**1,20 pesetas.**

